

EL MAGO Y EL LOCO

Desde hace siglos, los hombres buscan en el tarot su futuro, pero ¿qué secretos del pasado albergan la sacerdotisa, el mago, el ahorcado... y el loco?



BARTH ANDERSON



Lectulandia

Hace años Jeremiah Rosemont dejó atrás las amargas rivalidades del mundo académico. Ahora vive una existencia sencilla e itinerante en Centroamérica. Pero no puede dejar atrás su pasado... ni la peligrosa verdad que se esconde tras el abandono de sus estudios. Siguiendo una enigmática invitación a Roma, Rosemont se encuentra en el centro de un misterio que se remonta hasta la caída de Troya, la búsqueda de un tesoro místico por el que muchos están dispuestos a sacrificar su fortuna y su vida: la primera baraja de tarot conocida.

A medida que Rosemont profundiza en los orígenes del tarot, su destino se entrelaza con el del Rey Niño, un indigente dotado de un don inenarrable... y de un pasado misterioso. Para estos dos hombres, las cartas lo revelarán todo.

Lectulandia

Barth Anderson

El mago y el loco

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2017

Título original: *The Magician and the Fool*
Barth Anderson, 2004
Traducción: Juan José Llanos Collado
Diseño de cubierta: Opalworks

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM



4^o Aniversario

AGRADECIMIENTOS

El estudioso del tarot Ron Decker fue el primero en señalar la conexión entre el Arcano I (el Mago) y el dios egipcio Jnum.

Gracias a Mark Teppo por permitirme acceder brevemente al mundo creado en «The Oneiro-mantic Mosaic of Harry Potemkin» (disponible online en www.farragoswaincot.com).

Gracias a los escritores de Clarion 98, a los Ratbastards y a los Karma Weasels por haber revisado esta historia durante años.

Los gallos nicaragüenses no necesitan la excusa del amanecer para ponerse a cacarear. Si lo sobresalta un merodeador, o quizá un juego de faros u otro pollo, un solo gallo desencadena, con un sonoro cloqueo, una clamorosa reacción en cadena por toda Managua. Los nicaragüenses no daban muestras de percatarse; para los residentes, el grito de un gallo era como la bocina de un taxi para los neoyorquinos. O lo ignoraban o no dormían nunca. Aquella noche empezaron a las tres de la madrugada. Solo era su segunda noche en Managua y Rosemont aún no había aprendido a ignorarlos. Se zafó del clérigo dormido y se escabulló de la cama.

Después de enfundarse unos pantalones de algodón deambuló hasta la puerta principal, que conducía al patio de la Casa Evangelista*^[1]. Envuelto en la oscuridad amniótica, mientras la tórrida brisa nocturna mecía un árbol de hojas anchas sobre su cabeza, tomó asiento junto a las librerías del atrio descubierto, desde donde se veía la calle a través de la puerta de seguridad del frente. A Rosemont le gustaba aquel albergue. Había peregrinado hacia el sur desde Méjico y ese era el sitio más sofisticado donde se había alojado desde Costa Rica. Platos de gallo pinto* (arroz con habichuelas), un huevo duro y un poco de queso. Ventiladores en los dormitorios. Duchas sin agua caliente, aunque nadie la deseaba. Allí confluían viajeros de todo el mundo; algunos formaban parte de grupos religiosos que ofrecían su ayuda, otros iban a ver el volcán del sur de Managua.

Desde el atrio, Rosemont percibía el estrépito de la pareja de australianos que estaban practicando sexo en el cuarto de baño. Aquella misma tarde habían estado discutiendo acaloradamente y produciendo el mismo alboroto. También oía al grupo de estudiantes europeos que bebían y flirteaban en una de sus estancias, procurando inútilmente ser discretos. Después de haber ejercido de traductor para el cocinero del albergue, que se había encaprichado de una de las francesas, Rosemont había dejado la fiesta hacía un par de horas.

La Casa Evangelista, que figuraba en buena parte de las guías de viaje de mochileros, era un oasis después de la travesía que Rosemont había realizado el sábado desde la región de Segovia, en el noroeste de Nicaragua. Había recolectado café en aquella frontera durante semanas a cambio de sustento y hospedaje. Ahora corría el mes de mayo y la cosecha había terminado, de modo que se dirigió hacia el sur en pos de un cargamento de grano destinado al mercado. Saltando a bordo de un espacioso remolque de madera que se empleaba para transportar sacos de cincuenta kilos de café verde, abandonó las granjas soleadas de las altas montañas Isabel. Para su desgracia, poco antes de llegar a las áridas regiones del centro del país, Rosemont perdió el sombrero al incorporarse para pasarle una botella de ron a otro

autoestopista. Este se rió, observando cómo daba vueltas por la pista de tierra tras el camión, y le dedicó un saludo.

—¡Vaya con Dios, sombrero! —Rosemont también se rió. Pero cuando el sol alcanzó su cénit al cabo de menos de una hora, se estaba cociendo como los húmedos granos de café que se secaban en los anchurosos patios de cemento que jalonaban la carretera; nada se interponía entre el inclemente sol nicaragüense y él.

Alrededor del mediodía, cuando la carretera montañosa descendió hasta los desiertos de las afueras de Matagalpa, se había disipado el efecto del ron del desayuno y Rosemont comprendió que tenía serios problemas. Apuró la única botella de agua que tenía. Se cambió de lugar para beneficiarse de la escasa sombra que proyectaba la cruceta del remolque. Se cubrió la cabeza con una camiseta que extrajo de su mochila, pero ya estaba al borde de la insolación, deshidratado a causa del ron y el sol, y le temblaba todo el cuerpo debido a una alucinación febril producida por el traqueteo de los camiones de granja, las hojosas ramas de café que brotaban de los rebosantes sacos de arpillera que lo rodeaban y sus acaudalados abuelos, que le reprochaban desde los Estados Unidos que de ese modo nunca obtendría una cátedra. Cuando el camión se detuvo en Matagalpa frente a las oficinas de la cooperativa cafetera Cecocafen, su compañero de viaje se compadeció de él y le compró un par de botellas de agua, que le ofreció con una sonrisa sardónica, diciendo:

—Vaya con Dios, señor Sin Sombrero.*

Mientras Rosemont estaba sentado en la parte trasera del camión, bebiendo agua y esperando al conductor, se le acercó un chiquillo con la palma de la mano extendida. Desde su lecho de enfermo hecho de sacos de café, Rosemont miró aquella palma y en su delirio le pareció que el chico sostenía una concha rota, ofreciéndosela. Observó la cara del muchacho en busca de una explicación.

—Por favor* —imploró el niño. Rosemont volvió a mirar y se percató de que la mano solo tenía tres dedos.

Hay que ver lo que les hacemos a los niños en este mundo.

Rosemont señaló los dedos del muchacho con un ademán de cabeza.

—¿Qué te ha pasado?

El chico encogió un solo hombro. A continuación balbuceó:

—Los ángeles.

Rosemont no lo entendió, ni estaba seguro de lo que había depositado en aquella mano, pero eran los dos últimos billetes que le quedaban en el bolsillo.

—No te acerques a los ángeles, ¿vale?

El chico aceptó el dinero y, mientras el camión se apartaba del bordillo, desconcertó a Rosemont diciendo:

—Es usted el que debería cuidarse de los ángeles.

La monótona autopista de Managua apartó enseguida la extraña advertencia de la mente de Rosemont, y las botellas de agua contribuyeron a sofocar su estruendosa jaqueca. Cuando llegaron a Managua, bien pasado el crepúsculo, la humedad del

Pacífico que le impregnaba la camisa constituía casi un alivio. Con la ayuda de un taxista finés, Rosemont se encaminó desde la bulliciosa estación del mercado cafetero hasta el único albergue cuyo nombre conocía: la Casa Evangelista. Recelaba del nombre religioso (básicamente, «evangelista»* significaba protestante) pero la Casa ostentaba una excelente reputación entre los viajeros. El propietario del albergue, que se presentó como Aurelio, aunque a todas luces era americano, lo recibió en el atrio revestido de baldosas rojizas.

—Un trotamundos atrapado en el desierto y sin sombrero —aventuró Aurelio. Llevaba abierto el cuello de su camisa de lino azul, exhibiendo el áspero vello blanco de su pecho. Tomó la mochila de Rosemont y la arrastró hasta el mostrador de recepción—. ¿Alemán?

Se lo decían mucho. Rosemont sonrió, sintiéndose desfallecido.

—Aquí abajo no hay muchos, pero soy americano.

Aurelio se rió y volvió a examinarlo.

—Como dijo el Bardo —declaró—, parece que te ha meado encima un caballo. —Aurelio estrechó la mano de Rosemont entre las suyas y acto seguido lo precedió por el patio de la casa, donde cabeceaban tenebrosas ramas de palmera, hasta las estancias de los huéspedes. La puerta del dormitorio que le asignó estaba grabada, con un tosco retrato pintado de Carlos Fonseca^[2] con gafas y perilla. Anunció—: Para ti, mi habitación preferida, Fonseca. —Sonrió afectuosamente—. Mañana por la mañana se celebra un servicio dominical con comunión. Estás invitado, pero no hace falta que asistas.

Héctor, el mozo y vigilante del albergue, se presentó al cabo de un instante con las bolsas de Rosemont, que arrastró hasta el interior; puso en marcha el ventilador eléctrico, instaló un dispensador de agua en la cómoda y esbozó una sonrisa triunfal al retirarse.

—No voy a ir —replicó Rosemont, imponiéndose al sonoro vaivén del ventilador, preguntándose de nuevo si habría cometido un error seleccionando aquel albergue—. No me encuentro muy bien y...

—Pues duerme —lo atajó Aurelio con una sonrisa mientras se apartaba de Rosemont.

Una pareja australiana se detuvo a sus espaldas, frente a la habitación de Rosemont. Estaban discutiendo por dinero.

Sus discrepancias lo hastiaban. La grata firmeza de la mano de Aurelio le había recordado a Rosemont cuánto tiempo hacía (semanas) que no tocaba siquiera a otro ser humano. Deseó que la pareja adoptase una forma de hablar más delicada y que Aurelio no se fuera.

—A lo mejor vengo a verte esta noche —propuso Aurelio—. A ver cómo te encuentras.

Ya empezamos, pensó Rosemont. Debería haber respondido que no era necesario, pero no era el mismo de siempre.

—Sí, claro.

Finalmente, Aurelio no fue a ver a Rosemont y los gallos de Managua lo despertaron temprano la primera noche. La jaqueca que sufriera en el desierto de Matagalpa había desaparecido, aunque se había sumido a intervalos en un sopor, bebiendo el agua de su botella y soñando con bayas de café rojas y hinchidas, reconfortado por la corriente del ventilador, que estaba dirigido hacia él.

Al cabo de unas horas las campanas accionadas manualmente que anunciaban el servicio religioso lo despertaron. Rosemont se dijo *Qué demonios*, y se puso la última camisa limpia que le quedaba, una camisa de cuadros azules y marrones con rayas amarillas.

La Casa estaba diseñada en forma de un óvalo de gran tamaño, con el atrio y la puerta delante, y la «iglesia» detrás. En realidad, la iglesia no era más que una veintena de sillas dispuestas ante un altar improvisado. Los huéspedes que se encaminaban desde sus aposentos, situados a la derecha del óvalo, hasta las mesas del comedor y la cocina, que estaban a la izquierda, desfilaban constantemente tras la congregación de nicaragüenses y huéspedes internacionales que habían madrugado para escuchar al viejo sacerdote anglicano.

Buena parte del sermón de Aurelio se le escapó a Rosemont, que estaba arrellanado en una silla plegable y se había reclinado contra la pared. No comprendió los pasajes del libro de Ezequiel ni las crípticas citas de los modernos padres de la iglesia. Pero cuando Aurelio empezó a hablar de Roma, Rosemont se inclinó hacia delante.

—San Pedro y San Pablo fueron ejecutados —proclamó Aurelio, predicando en inglés para la concurrencia internacional—, cada uno conforme a su clase. Pablo era un ciudadano romano y por consiguiente fue decapitado; una muerte rápida y piadosa. Pero Simón Pedro, que era un judío anónimo, sufrió una muerte anónima, y fue crucificado y torturado hasta la muerte por sedición, conspiración y terrorismo en los confines del imperio, al igual que su anónimo rabino, Jesús.

Después del servicio, Rosemont y Aurelio comieron juntos y recorrieron el siniestro barrio. Aurelio le confesó que la Iglesia Anglicana se disponía a expulsarlo por proselitismo y «otras prácticas».

Rosemont deseaba que le cogiera la mano. *Hazlo. Vamos. Hazlo.*

Estaban frente a frente, pero Aurelio no lo miraba a los ojos. Entonces, como si le estuvieran arrebatando a Rosemont, admitió:

—Me gustaría cogerte la mano. —Alzó sus ojos oscuros hacia Rosemont—. Pero en esta cultura es peligroso cruzar esa línea.

Compraron un par de Coca-Colas y se las bebieron frente a la bodega. Cuando volvían a la casa dando un paseo, Rosemont rodeó los hombros de Aurelio con el brazo. Cuando dejaron atrás la siguiente manzana asió la mano del hombre de más edad.

Aurelio contrajo los músculos cuando Rosemont, que era más joven y más alto, lo

abrazó, aunque lo contemplaba con deseo y temor.

—No te preocupes. Estás a salvo. —Rosemont justificó sus actos diciéndose que ahora necesitaba que alguien lo ayudase. Tenía poco dinero, la temporada de café había terminado y todavía estaba enfermo a causa del calor y el sol. Ya había borrado una línea entre la chica francesa y el cocinero, los había reunido para establecer un confortable lecho de sensaciones agradables y complacientes en la casa. Al parecer, la pareja de australianos desavenidos había pasado el resto de la tarde del sábado haciendo las paces, porque ahora eran todo susurros y risas disimuladas, y Rosemont encontraba aquel sonido reparador; de hecho, mitigó su dolor de cabeza. No se había inmiscuido de aquel modo ni una sola vez desde que al abandonar los Estados Unidos se prometiera no volver a hacerlo nunca. *Pero necesito algo bueno. Un nido. Algo parecido al hogar*, se dijo Rosemont. *Solo hasta que me reponga*. Antes de que nadie se percatara de que estaba ocurriendo algo, se pondría de nuevo en marcha.

—Confía en mí —dijo, mirando a los ojos del sacerdote con una sonrisa—. Yo me encargo de todo.

Esa noche, sentado cerca de la puerta de hierro forjado de la casa, Rosemont reflexionó sobre el sacerdote mientras la brisa oceánica nocturna lo acunaba en su asiento, exultante a causa de la calidez satisfecha, ahíta y saturada de su cuerpo. El triángulo de vello gris en el pecho del anciano. Los hombros fornidos que parecían resquebrajarse en el momento crucial. El intenso sabor salado de Aurelio perduraba en la boca de Rosemont y, como un viento, la homilía traspuso los barrotes de la puerta de la casa en su busca.

En los confines del imperio.

Por primera vez desde que se había marchado de América hacía seis meses, Rosemont ponderó la trascendencia de su caída en desgracia. En aquel lugar la pobreza no era como en los Estados Unidos. Nadie tenía dinero excepto los imposiblemente ricos, mientras que los niños con tres dedos mendigaban en las calles. Sin las ataduras de su cargo de historiador de arte interino, del vecindario respetable y la familia, Rosemont había renunciado de buena gana a la prosperidad y el futuro prometedor para despeñarse, como si estuviera resbalando, desde América hasta las elevadas planicies de México, Chiapas, Guatemala y Honduras, siguiendo la estela de las migraciones de los trabajadores cafeteros y las granjas selváticas ocultas. Ahora había dado con sus huesos en un barrio desamparado y en la cama de un clérigo radical. Rosemont se preguntó qué habría más allá de aquel confín, suponiendo que hubiese algo. Al sopesar el alcance de su desgracia divisó América en el cielo septentrional, un pájaro inmenso y ridículo que desplegab sus grandes alas impedidas por ordenadores personales, teléfonos, módems, calefactores de luna trasera, reproductores de discos compactos, televisión por cable, coches parlantes y capuchinos descafeinados extra grandes. Piedra arenisca enmascarada por la hiedra. Escaramuzas universitarias. Reputación y estatus; traición y sabotaje. Todo se le antojaba tan arbitrario desde allí; Rosemont no quería saber nada de aquel pájaro.

Quería esta carretera. Quería seguir adentrándose en los confines del imperio, y más allá, si lograba encontrar un sitio donde alguien como él pudiera integrarse.

Un estallido de carcajadas de los juerguistas de la habitación francesa llegó a sus oídos. Rosemont cerró los ojos. Escuchar el talante del albergue lo tranquilizaba profundamente.

—¡Eso es! ¡Olvídalo! Voy a cancelar mi viaje. Quiero quedarme aquí para siempre —exclamó alguien en inglés.

—Yo también —lo secundó la muchacha francesa—. No pienso marcharme.

—¡Bien! —vociferó a modo de respuesta el cocinero nicaragüense—. Fundaremos una nueva ciudad aquí mismo, dentro de la Casa. Nuestra ciudad no participará en guerras como las de Bush. Los habitantes de nuestra nueva ciudad serán *nicas* y *euros*. ¿Dónde está Rosemont? Si pudiera...

Se produjo un estrépito de metal contra metal y un nuevo estallido histérico de risa colectiva.

Rosemont se volvió en el asiento al percibir el martilleo de los pasos de varias personas en la calle tenebrosa que discurría frente a la casa. Apareció un hombre que se apretó contra los barrotes de la puerta y recorrió el atrio con la mirada antes de concentrarse al fin en la claridad de la cocina que se derramaba por el vestíbulo.

—¡Ayúdeme!* —exclamó—. ¡Ayúdeme!* ¡Ayúdeme!

Las reglas de la casa decretaban que pasada la medianoche solo se podía abrir la puerta a los huéspedes: el albergue de Aurelio estaba situado en un barrio muy peligroso. El hombre parecía frenético cuando Héctor, el joven vigilante, salió de su oficina, donde estaba escuchando una radio de onda corta. Cuando el hombre miró hacia atrás por donde había venido enmudeció de repente, petrificado de miedo. En ese preciso instante aparecieron dos hombres a la carrera y lo empujaron violentamente contra la puerta mientras se perdían de vista nuevamente por la calle. Casi parecía que estaban jugando a pillar de madrugada y el hombre se había puesto a salvo al tocar aquellos barrotes de hierro.

Héctor observó su retirada y contempló al desconocido, a la espera de que se explicase o se fuera, quizá.

El hombre, que continuaba aferrado a la puerta, lucía una elegante camisa de etiqueta bajo un gabán, una distinción que no se veía con frecuencia en el horno tropical de Managua. La chaqueta y la camisa estaban mugrientas.

—Estoy metido en un lío —le susurró en español a Héctor.

—Lo siento. No me dejan abrir la puerta —respondió Héctor—. Este barrio no es seguro a causa de las pandillas.

—Lo que me preocupa no son las pandillas. Dígame, ¿puede darme un poco de comida?

—No, señor. Tendrá que volver mañana por la mañana.

—Voy a quedarme aquí un momento —repuso el hombre, apoyándose contra los barrotes de hierro forjado.

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera —contestó Héctor. Cuando se dio la vuelta reparó en la presencia de Rosemont, sentado en las sombras. Sonrió y se tocó la gorra de béisbol—. No le había visto, señor Rosemont. ¡Buenas noches!

Rosemont esbozó una sonrisa soñolienta, sin saber si estaba infringiendo las reglas de la casa al sentarse en el atrio tan tarde. Hizo ademán de incorporarse, alegando:

—Lo siento. Es que necesitaba salir de la cama un momento. Este calor...

Héctor meneó la cabeza de un lado a otro con energía.

—Quédese todo el tiempo que quiera. —Volvió a sonreír y escudriñó por última vez al hombre de la puerta antes de dirigirse nuevamente a la oficina y su estruendosa radio de onda corta.

El desconocido observó la desaparición de Héctor desde la puerta, mientras llegaba a sus oídos el sonido del orgasmo operático de los australianos procedente del vestíbulo y los cuartos de baño. Se sentó a la escucha un instante, como si fuera música, y después sus ojos se desviaron hacia Rosemont, sentado en las sombras.

—Tengo un mensaje para usted.

Rosemont se reclinó levemente en su asiento, sorprendido por sus palabras y porque hablara inglés.

—¿Qué ha dicho?

—¿Le ha llamado «Rosemont»? —añadió el hombre—. ¿Es usted Jeremiah Rosemont?

Aunque estaba completamente inmóvil, su cuerpo se puso a sudar. Rosemont se carcajeó con una breve sílaba de incredulidad.

—Sí, soy yo.

El hombre introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre comercial prístino y blanco, un acusado contraste con el estado de su atuendo. Se lo ofreció entre los barrotes de la puerta.

—Aquí tiene.

Nadie de su antigua vida a la sombra del ridículo pájaro sabía que se encontraba en Nicaragua, ni mucho menos en aquella ciudad, ni alojado en aquel albergue. Rosemont estaba lo bastante cerca como para ver el sobre en la intensa claridad procedente de la habitación de Héctor. La carta estaba dirigida a: «Jeremiah Rosemont, Casa Evangelista, habitación Fonseca, Managua, Nicaragua».

—Es imposible —farfulló Rosemont, aferrando los brazos de la silla para no ponerse a temblar—. Ni yo mismo sabía que iba a venir hasta el sábado por la noche. ¿Quién lo ha enviado?

—No sea infantil. —El desconocido le tendió el sobre con una sacudida impaciente de la muñeca—. Me he asegurado de que lo recibiera limpio, tal como prescriben las reglas. Ahora cójalo.

—¿De qué cojones está hablando? —espetó Rosemont, poniéndose en pie temblorosamente, con la brusquedad de una marioneta. Se adelantó un paso y aceptó

el sobre—. ¿Quién lo ha enviado? ¿Quién es usted?

El hombre se desprendió de la puerta y retrocedió.

—Yo he cumplido mi parte —respondió—. No sé nada más.

Rosemont extendió de nuevo el sobre a través de la puerta.

—Dígame de qué se trata. Por favor.

—Lea el mensaje —contestó el hombre, mientras se apartaba del sobre y de Rosemont—. Supongo que sus preguntas encontrarán... —Observó la calle atemorizado—. ¡Joder! —Acto seguido se volvió y salió corriendo por donde había venido, sin mirar de nuevo a Rosemont.

Al cabo de un instante apareció al otro lado de la calle un caballo blanco con motas marrones que galopando persiguió al desconocido. Había dos figuras superpuestas inclinadas sobre su lomo y la segunda empuñaba algo parecido a una lanza. Rosemont se abalanzó hacia la puerta, pero solo consiguió atisbar al mensajero, que miraba frenéticamente por encima del hombro, y la cola ondeante del caballo iluminada por una farola antes de que ambos se perdieran de vista.

Rosemont, alterado, se retiró de la puerta. Se acordó de que no debía estrujar el sobre entre sus manos sudorosas. Cuando se encontró con fuerzas para caminar sin que se le doblaran las rodillas, giró en redondo y recorrió el vestíbulo hasta llegar a su habitación, sosteniendo la carta horizontalmente como si se tratara de una bandeja de nitroglicerina.

—¡Rosie! —exclamó en inglés una de las chicas francesas cuando pasó ante su habitación, haciendo que diera un respingo—. ¿Te tomas la última copa?

—La última copa —repitió en inglés el ayudante del cocinero, aunque no hablaba ese idioma. Tenía los ojos vidriosos—. ¡La última copa!

Rosemont observó el corrillo de bebedores (franceses, nicaragüenses, un muchacho alemán y una sueca de mediana edad) y aunque antes se había sentado entre ellos, ahora la puerta de la estancia se le antojaba un portal que conducía a una dimensión paralela. No podía imaginarse acceder a ella.

—No, gracias —musitó, se dirigió a su habitación y cerró la puerta.

Después de encender la lámpara de la mesita de noche, Rosemont tomó asiento en la cama y abrió el sobre, esperando a medias una explosión. Sin embargo, dentro había un billete de avión para un vuelo desde Managua hasta Roma y una nota que decía simplemente: «Venga, Rosemont, necesitamos su opinión».

Rosemont soltó la carta, el billete y el sobre, que resbalaron hasta el suelo, y se tendió de espaldas en la pétrea cama, con la mano sobre la frente. Permaneció de ese modo toda la noche, incapaz de cerrar los ojos o de dormir, escuchando los gritos de los gallos de Nicaragua.

En busca de un traje elegante, el Rey Niño se inclinó sobre el volante como si la avenida Lyndale lo estuviese atrayendo hacia delante. Entre la Treinta y Dos y Treinta y Cuatro había un callejón que discurría paralelamente a ambas calles. En el flanco oriental de este se levantaba un selecto edificio de apartamentos donde residían sobre todo jóvenes que trabajaban en el centro, y en el flanco occidental había un asilo judío. Los contenedores de aquel lugar eran cornucopias y había transcurrido una semana entera desde su última recolección.

Cuando enfilaba el callejón con su furgoneta, el parachoques arañó la acera elevada. El Rey Niño debía despachar parte de su chatarra; la estaba sobrecargando. Pisó el acelerador con la punta del pie, la furgoneta se encaminó bamboleándose hacia los contenedores y el Rey Niño experimentó una explosión de alegría casi adolescente cuando comprobó que estos rebosaban de bolsas y cajas.

Una original recolección urbana.

—Aquí está mi traje —afirmó el Rey Niño.

Existían numerosas modalidades de recolección urbana y el Rey Niño las empleaba todas en momentos diferentes conforme a sus necesidades y deseos. La batida zen: explorar y recolectar. La estrategia definida: abastecerse de equipo, seleccionar los objetivos, escarbar, ocuparse de las autoridades y escapar con el botín. El método frigano: pensar globalmente y comer muy localmente; las tiendas de comestibles siempre tiraban productos en perfecto estado. La restauración y la reventa habían hecho de la recolección urbana una empresa lucrativa: el Rey Niño atesoraba en la parte trasera de su furgoneta una máquina de coser tradicional de 1923 que alguien había tirado creyendo que era inservible, aunque el hilo solo estaba enredado en el carrete. Imaginaba que valía cientos de dólares, basándose en sus muchos años reparando antigüedades desechadas como aquella.

Y luego estaba el Estilo del Rey Niño, que hasta él empleaba solo en ocasiones excepcionales. Funcionaba de la siguiente forma: uno visualizaba lo que necesitaba y luego iba y lo encontraba. Daba miedo abrir aquella puerta, puesto que a menudo había otros acontecimientos, personajes y conflictos no deseados capaces de franquear la abertura de la tapa de un contenedor abierto. El resultado del Estilo del Rey Niño dependía de la urgencia, de la necesidad y de una fantasía viva que la imaginase satisfecha.

La necesidad de hoy era extraordinaria. El Rey Niño había conseguido un empleo, pero llevaba unos caquis deslucidos desde hacía casi dos años. Necesitaba imperiosamente un traje nuevo.

Había una pila ordenada de ocho cajas junto a la hilera de papeleras, que más parecían mercancías a punto de cargarse en un camión en marcha que basura

desechada, pero el Rey Niño aparcó sin vacilar la furgoneta para investigar.

Abrió la primera caja manipulándola con la mano izquierda. Libros. Odiaba los libros. Pesaban mucho, ocupaban espacio, hedían a mohó y raramente le reportaban más de veinticinco centavos cada uno. Dobló cuidadosamente la caja y la depositó a un lado.

La siguiente caja era más prometedora: cedés. El Rey Niño había tenido suerte al anticiparse a Lulú y la Unidad del Crack. Raramente pillaban otra cosa que cedés. Además, había algunos buenos, sobre todo *grunge* de los primeros años noventa, así como otros títulos alternativos. Nirvana, desde luego. Soundgarden. REM. Lemonheads. Blue Mountain. Jayhwaks. En Cheapo le darían un dólar por cada disco de aquella música para blancos, calculó el Rey Niño, mientras cargaba la caja en su furgoneta. Música de gandules. Parecía que alguien (¿su compañero de piso, su casero?) se había hartado de algún zángano entrado en años y había arrojado al callejón sus libros y sus cedés. Una ruptura, decidió el Rey Niño. Una infidelidad. Con una amiga íntima. La hermana de ella. *Ups*. El Rey Niño se rió mientras deslizaba la caja de cedés bajo la mesa esquinera que había encontrado una hora antes. Sí, la hermana, eso era, aunque no se había propuesto imaginárselo todo con tanta claridad. La mujer había tirado aquellas cosas en un acceso de rabia provocado por la traición de su hermana más que por la del patético holgazán al que estaba dispuesta a abandonar. El Rey Niño se detuvo frente al compartimento de la furgoneta y la abigarrada colección de artículos que había en su interior (muebles, la máquina de coser antigua, una bicicleta con rueditas) con las manos a ambos lados de la caja de cedés, imaginando aquella ruptura, petrificado. Aquel fulano ignoraba que sus pertenencias estaban tiradas ahí fuera. Saldría a buscar sus cosas. Maldita sea. Iba a echar de menos especialmente a los Lemonheads, que le recordaban a la época más apasionada y embriagadora de su romance, cuando iban a Duluth para salir con la hermana de ella. El Rey Niño introdujo la caja en la furgoneta cuanto pudo, dejando espacio para otras. El gandul era un sentimental que se obsesionaba con las relaciones pasadas así como los alcohólicos se aferran a una cerveza tibia. Le haría un favor llevándose aquellos recuerdos. No se trataba de una racionalización. Percibía el rumor de ese futuro como si fuera una canción atravesando las paredes de un apartamento. Si volvía a casa y descubría esos cedés en el callejón, supuso el Rey Niño, se sumiría en una depresión inducida por la música, saboreando dolorosamente durante muchos años el daño que le había infligido a aquella chica. Esa era la música de un futuro. Desde el otro, el Rey Niño lo oía descender las escaleras a la carrera con sus zapatillas Nike Air para recuperar los objetos que la mujer había tirado en un arranque de cólera. Pero las cajas habían desaparecido. El tipo estaba furioso, por supuesto. Abandonaba violentamente aquella relación, dando un portazo, indignado. La chica, satisfecha por su venganza, lograba sobreponerse, y también él, pues la rabia había cauterizado las heridas de ambos.

Un final feliz. Todo gracias al Rey Niño.

La tercera caja ostentaba la palabra: «Estudio», pero contenía ejemplares antiguos de *Playboy*, y la cuarta, un amasijo de chatarra: un móvil con gaviotas plateadas enredadas, figuras de acción rotas de *La guerra de las galaxias*, bolígrafos Bic con las puntas reventadas, y velas resquebrajadas y medio consumidas.

El Rey Niño volvió a apilar ordenadamente las cajas (deja siempre la basura mejor de lo que la encuentras), llevó a cabo una rápida inspección de los cubos de basura del apartamento y se volvió a mirar la hilera de contenedores del asilo al otro lado del callejón.

Recolectar en ellos le inspiraba sentimientos encontrados. Por un lado, nunca dejaban de procurarle una abundante cosecha. Eso se debía a que (por otro lado) eran el lugar de descanso postrero de los artículos que abandonaban los residentes que fallecían en el asilo. La mayoría de los objetos que hallaba en el fondo eran lujosos bastones, teléfonos para ciegos, audífonos y gafas de gruesas lentes. A menudo estaban en excelente estado y se podían revender a cambio de grandes sumas de dinero, en comparación con los beneficios que le reportaban otros objetos recolectados.

Pero los efectos personales eran aún más lucrativos e inquietantes. Una caja de música que interpretaba tres canciones distintas de Cole Porter. Un espejo art decó. Fotografías antiguas en blanco y negro de abuelos o parientes europeos con espléndidos marcos. Una menorá chapada en oro. Diarios, cartas e incluso joyas. Al no haber familia alguna en la siguiente generación para echarles el guante, aquellos artículos acababan en el contenedor; ni siquiera los empaquetaban como los libros del zángano. El Rey Niño siempre se preguntaba por qué los trabajadores del asilo no se apropiaban de ellos. Quizá les pareciera excesivo desvalijar a los hombres y las mujeres a los que habían ofrecido tanta atención y compañía. O quizá solo se llevasen los mejores tesoros, y solo de los clientes a los que no conocían bien, dejando que los recolectores como el Rey Niño reclamasen el resto.

Levantó la tapa del primer contenedor y no encontró sino sobras de la cafetería. Los tres contenedores siguientes contenían archivos antiguos. Cogió un trozo de papel. Un formulario de admisión de 1974. Al parecer, por fin alguien había almacenado en un disco duro los archivos antiguos.

Era el último contenedor. Allí se vería satisfecha la necesidad del Rey Niño. Presentía que el traje lo esperaba como si fuera el colofón de una broma pesada, y de pronto no supo si deseaba que le estamparan una tarta en la cara. El universo podía ser un bufón cruel cuando uno adoptaba el Estilo del Rey Niño. Se acercó al contenedor, levantó la tapa y estuvo a punto de dar un respingo al ver el traje extendido dentro de su envoltura de plástico, solo para él.

No era un traje viejo cualquiera. Se trataba de una magnífica chaqueta cruzada de seda negra con una raya ostentosa y pantalón a juego. La cincuenta y dos, advirtió el Rey Niño, inspeccionando la etiqueta de la chaqueta a través del plástico. Perfecto. Noventa de cintura de pantalón. Hasta los zapatos, embolsados en una bolsa de la

compra, eran de la talla exacta, la cuarenta y cinco. Era demasiado perfecto.

Sin saber si debía aceptar una cosecha tan magnífica, el Rey Niño apoyó la mano izquierda en el envoltorio y comprendió que se trataba del traje que los enfermeros habían descartado para el entierro. El traje que habían seleccionado era menos ostentoso. El difunto era discreto y cortés. No esperaban encontrar un traje con semejante aire de gángster en el armario del viejo. Por el contrario, habían escogido un austero traje gris marengo y una sencilla camisa blanca. Recordaban que se había vestido de ese modo para el Sabbath de los viernes durante los últimos tres años.

Sin embargo, habría sido un crimen sepultar aquel hermoso traje en un vertedero, y aún peor rehusarlo después de haberlo solicitado específicamente, de modo que el Rey Niño lo extrajo del contenedor. Bajó la cremallera de la envoltura y, sosteniendo la percha, inspeccionó los bolsillos del traje con la mano derecha enguantada, pues no deseaba apropiarse de otros efectos personales del finado que los imprescindibles. Descubrió los resguardos de dos entradas de teatro colocados pulcramente en el bolsillo del pecho a modo de pañuelo: teatro restaurante Chanhassen, *Ellos y ellas*, 1988. El Rey Niño sonrió. El fulano se había vestido en consonancia con el espectáculo. No obstante, cuando examinó el bolsillo trasero de los pantalones, su sonrisa se desvaneció. Se quedó boquiabierto y la percha estuvo a punto de resbalar de sus dedos.

Había un símbolo dibujado con lapicero en un pliego de papel de carta. El trazo era experto, como si fuera una letra de un alfabeto peculiar o un carácter de un código infantil.

Igual que el Rey Niño lo había visto por primera vez hacía doce años.

Asustado, observó el traje. ¿Quién habría sido aquel hombre? ¿Cómo un anciano judío de Minesota iba a saber dibujar algo tan abyecto? Y si no lo había dibujado él, ¿dónde demonios había estado con aquel traje para meterse a la ligera ese antiguo símbolo en el bolsillo trasero, con menos ceremonias que un par de resguardos de entradas?

Dispuesto a irrumpir en el asilo para ponerse a interrogar al personal, el Rey Niño dio tres pasos en aquella dirección y se detuvo. No. La explicación no era tan literal y probablemente guardaba poca relación con aquel hombre o con su traje.

La culpa era suya, comprendió. Había pedido aquel traje, y, como bien sabía, cuando pedía que se abriera una puerta, aunque fuera la tapa de un contenedor, cosas terroríficas entraban a consecuencia de ello.

Pero esto... Si lo hubiera sabido. ¿Permitir que aquella bola de demolición entrase de nuevo en su vida? Meneó la cabeza. No necesitaba tanto ni el empleo ni el traje, pero era demasiado tarde. Allí estaba.

Se escuchó una vibrante música disco procedente de un coche, el cremoso sol de abril apareció desde detrás de una nube y el Rey Niño metió el traje en la parte trasera de su Econoline.

El taxista se detuvo junto al bordillo y vociferó algo en italiano. Rosemont supuso que quería decir: «Es aquí» o «Bájese». Resultó que, después de haberse desplazado desde el aeropuerto internacional de Roma arrancándole alaridos al embrague, la dirección que buscaba (anotada al dorso del billete de la aerolínea) se encontraba en el laberinto de calles con ventanas oscuras del famoso gueto judío de Roma.

Al contemplar la hilera de edificios anónimos y constreñidos que se hacinaban frente a él, Rosemont se volvió hacia el conductor:

—¿Este es el 24 de Vicolo il Bambinello?

Pero el taxista, que ya había cobrado, se limitó a señalar la puerta más cercana y apretó el acelerador a fondo, interponiéndose en el camino de tres tipos con motorinos. Las maldiciones y los bocinazos se perdieron a lo largo de la calle.

Aunque un humilde distrito comercial palpitaba a escasas manzanas de distancia, en aquel punto las casas ruinosas estaban apiladas unas encima de otras. Aquellas casas de piedra, altas y estrechas, estaban salpicadas de orificios cuadrados destinados a las vigas que antaño habían sustentado los edificios de madera adyacentes, que habían desaparecido largo tiempo atrás. Mientras ascendía un pronunciado tramo de escaleras hasta la puerta más cercana, Rosemont supuso que cualquiera de aquellas casas era siglos más antigua que América.

Llamó a la puerta, pero la encontró entreabierta, de modo que se deslizó en el interior y se encontró en un atrio tenebroso. Distinguió un tenue rectángulo de luz que brillaba alrededor de una puerta en el extremo de un largo pasillo. El vestíbulo olía a polvo y moho, pero también a cebollas salteadas.

Temiendo adentrarse en el apartamento de alguien, caminó cautelosamente hasta la puerta al final del pasillo, con una pronta disculpa en los labios.

—¿Qué lugar es este? —preguntó a la oscuridad.

Rosemont llamó a la puerta. Oyó a las personas que hablaban quedamente al otro lado y el siseo de la fritura. Cuando la puerta se abrió de un tirón, Rosemont dio un respingo, asustado. Lo estaba mirando fijamente una italiana de mediana edad con el cabello encrespado y un delantal grasiento.

—¡Lo siento!* —exclamó Rosemont, disculpándose en español involuntariamente—. Estoy buscando...*

La mujer le espetó algo apresurado y severo con un grave susurro. Detrás de ella había una anciana con aire de abuela caramelizando cebollas en el antiguo horno de gas de una angosta cocina.

—¿Qué dice? —inquirió la mujer más joven, en italiano.

Rosemont le entregó el sobre que el día anterior le había dado el mensajero desconocido en Managua y se dirigió a ella en italiano. Se le daba mejor el italiano de

la época del Renacimiento, pero consiguió preguntar:

—Señorita, ¿conoce esta dirección?

Ella escudriñó el sobre y adoptó una expresión resignada, quizá compasiva. Le dijo algo burlón a la anciana por encima del hombro y esta bufó conforme con un desdenoso ademán de cabeza y masculló algo parecido a «puta».

Rosemont volvió a intentarlo.

—Estoy buscando un hotel. Por lo menos eso creo. ¿Conoce esta dirección?

La mujer le devolvió el sobre y se limpió las manos en el mugriento delantal, como si se hubiera desecho de algo.

—Venga. Venga. —Se apartó de la puerta y le indicó que pasara. Cuando entró, el estómago le dio un vuelco debido al claustrofóbico hedor de las cebollas, el gas y la basura—. Por ahí —siseó la mujer con un resoplido, señalando una manta que ocultaba un pórtico.

—¿Qué hay por ahí? —preguntó Rosemont en inglés.

—Vaya, vaya —insistió la mujer del delantal, mientras se dirigía nuevamente a la tabla en la que estaba picando pimientos verdes.

Rosemont se estrechó contra la anciana para llegar hasta la manta y levantó el borde, preguntándose adónde lo estaban enviando.

Al otro lado había una habitación con tres camas y los cuerpos de otros tantos durmientes que roncaban en la oscuridad. Rosemont meneó la cabeza enfurecido y giró en redondo, pero las dos mujeres le estaban indicando que siguiera adelante.

—Aquí no lo queremos. Vaya. ¡Por ahí!

—Pero si están durmiendo. Yo no...

—*Shh, shh.* —La anciana lo acalló y le volvió el hombro con un brusco empujón de la mano—. No los despierte. Vaya.

Rosemont pasó por debajo de la manta, sintiéndose estúpido y confuso, con la esperanza de acceder a la calle al otro lado del edificio y así librarse del olor a cebollas y gas. Pasó de puntillas junto a los durmientes al encaminarse a la puerta del otro lado, deteniéndose solo para escuchar el sonido de un noticiario que hablaba sin cesar sobre Iraq desde un *walkman* abandonado en el suelo. La estancia despedía un olor agrio, como de ropa sucia y cuerpos sudorosos, y Rosemont serpenteó entre las camas, sorteando montones de libros y revistas en la sofocante oscuridad. Abrió la puerta del otro lado, enseguida la cerró a sus espaldas para no despertar a los apestosos durmientes y accedió a un patio al aire libre. El aire fresco, aunque tibio, le produjo una sensación agradable en el rostro. Cuando alzó la mirada vio camisetas y lencería blanca ondeando en lo alto, en tendederos laxos entre elevadas ventanas.

Había cuatro puertas que daban a aquel patio soleado, y una de ellas estaba entreabierta, diseminando una cálida luminosidad al exterior. Rosemont distinguió voces americanas al otro lado de la puerta. Había una indicación que rezaba: «Posada de los Aprendices», en inglés y en italiano, pero ninguna dirección.

—Un albergue —se dijo Rosemont, dirigiéndose a la puerta—. Debe de ser aquí.

Dentro de la posada había una típica sala de recepción con una mujer hermosa que vestía un grueso suéter de color lila detrás de un escritorio, un ordenador que arrojaba un destello azulado sobre su rostro y una pared cubierta de mapas de las calles de Roma a sus espaldas. La joven pareja que aguardaba en recepción frente a Rosemont presentaba un aspecto harapiento y bronceado. Rosemont los observó atentamente, escuchándolos, preguntándose si le darían alguna pista de por qué lo habían convocado a aquel lugar.

Los dos parecían extenuados y sin embargo impacientes, aunque hacían gala de la actitud hastiada de los jóvenes que imitan a los viajeros europeos que tienen muchos más kilómetros a sus espaldas.

—Necesitamos una habitación para las próximas tres noches —dijo el muchacho, apoyándose en el escritorio, intentando hacer entrar en razón a la recepcionista.

La mujer de detrás del escritorio no apartó la mirada de la pantalla de su ordenador, donde estaba perdiendo una partida de corazones, y parecía enfadada.

—No.

Rosemont se irguió para observar a la recepcionista por encima del hombro del muchacho. A juzgar por su tono, no parecía que el problema fuese la ocupación.

La chica americana miró a su compañero como si este tuviera la llave necesaria en el bolsillo y lo alentó con una inclinación de cabeza.

—Mire —prosiguió el chico, que seguía apoyado—, en Praga conocimos a un tipo llamado Etienne que nos dijo...

La recepcionista apartó la mirada del ordenador por primera vez y le dirigió al muchacho una mirada maligna que marchitó su voz hasta silenciarla.

La joven retomó la causa.

—Etienne nos dijo que aquí podíamos encontrar una habitación. Necesitamos un sitio donde quedarnos, de verdad.

—No. No es cierto. —La recepcionista volvió a mirar la partida como si la pareja ya hubiera salido por la puerta.

—Nosotros...

—Puede que sepáis lo que hay que decir por algún motivo aleatorio —les interrumpió la recepcionista. Su tono era altanero, pero sus ojos seguían siendo sosegados y amables—. Pero no hay absolutamente nada desesperado en vosotros. No. Vosotros sois turistas. Tenéis cuanto necesitáis en vuestras ridículas mochilas de Lands' End, y un millar de números de teléfono en vuestra edición actualizada de la guía de Roma de Fodor. Puesto que sabéis que debéis decir que habéis hablado con Etienne, también sabréis que este albergue no es para turistas. Ni para trotamundos. Ni para mochileros de ninguna clase. ¿Vale?

Los dos estaban claramente decepcionados hasta el punto de montar en cólera y la chica en particular no estaba dispuesta a darse por vencida.

—Sabemos que aquí está pasando algo. Sabemos que esto es...

—Sí, que estoy a punto de alcanzar la luna y me estáis fastidiando —atajó la

repcionista, mientras se arremangaba el suéter. Se inclinó hacia la izquierda, más allá de la cadera del chico y de pronto estableció contacto visual con Rosemont—. Pase, pase. ¿Necesita una habitación?

Los americanos lo miraron por encima del hombro. Haciéndose a un lado con renuencia, el muchacho le dejó un hueco en el mostrador, mirándolo de arriba abajo desconcertado.

Rosemont se reajustó la mochila, pero no consiguió ocultar la marca Lands' End a los presentes.

—*Ejem*. Buenas tardes. Hola —dijo en inglés. Echó una ojeada a derecha e izquierda cuando pasó entre los americanos, sin saber qué se esperaba de él. La carta decía solamente que se dirigiese a aquella dirección y reservara una habitación. No decía nada de Etienne ni de lo que había que decir—. He venido a...

—Tenemos individuales y mixtas. —La mujer volvió a bajarse las mangas del suéter, minimizó la pantalla de la partida de corazones y abrió una hoja de cálculo—. Nos quedan dos individuales.

—*Ejem* —farfulló Rosemont con una risa nerviosa, mirando al chico—. Me quedo con una individual.

—¿Por qué le da una habitación a él y a nosotros no? —exigió saber la chica, y Rosemont se la imaginó adoptando la misma expresión durante una pataleta cuando tenía tres años—. Nosotros podemos quedarnos con una individual.

La recepcionista se apartó de la cara el cabello negro de corte masculino como si estuviera acostumbrada a tenerlo más largo.

—Él nos necesita. Vosotros no. Discutidlo con el presidente Bush, ¿de acuerdo?

—La verdad es que me han dicho que viniera —intervino Rosemont. Parecía importante señalarlo y confiaba en obtener una explicación haciéndolo.

—¿Etienne? ¿Conoce a Etienne? —preguntó la chica—. ¿Quién es Etienne?

La recepcionista parpadeó como diciendo: «Ignórelos».

—¿Nombre?

La pareja americana se apartó del mostrador y se abrazaron, exhalando teatrales resoplidos, mientras Rosemont se desprendía de la mochila, enrojecida a causa del omnipresente polvo volcánico de Nicaragua, se desprendía de la mochila.

—Rosemont. Jeremiah Rosemont.

Se sometió al procedimiento acostumbrado para registrarse, pero cuando llegó el momento de presentar su pasaporte la recepcionista lo rechazó.

—No somos del Gobierno —explicó—. Lo único que nos hace falta es su firma.

Rosemont echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—¿No hay que pagar por adelantado?

—No tiene dinero, ¿eh? —observó la recepcionista.

Rosemont meneó la cabeza.

—La verdad es que no. Solo divisa nicaragüense.

Ella le ofreció un libro de registro forrado de tela para que lo firmase.

—Quédesele —susurró—. Estamos a su disposición, *signore* Rosemont. — Debido a su acento italiano, su nombre sonaba como «rosa-moan-ta»—. Aquí tiene la llave. Su habitación está en este piso, por ese pasillo.

La pareja americana ahora se encontraba en el patio y Rosemont les oía discutir. Se volvió hacia la recepcionista y preguntó:

—¿Puede decirme una cosa?

Ella había retomado su partida de corazones, pero lo miró como si hubiera apartado su atención de una importante llamada telefónica.

—¿Qué quiere?

—¿Sabe usted lo que estoy haciendo aquí?

La mujer frunció el ceño, al borde de la indignación. Se inclinó hacia delante, dirigiendo una mirada de soslayo a la puerta donde todavía se escuchaba a la pareja americana.

—No, pero le daré un consejo.

Rosemont asintió y se inclinó hacia ella.

—No vuelva a admitir su ignorancia de ese modo.

—¿Mi ignorancia? —Rosemont apretó los puños, presa de un raptó de ira y miró a la recepcionista enfurecido, espetando—: ¿Cómo no voy a ser ignorante en una situación como...?

—¡*Shh!* Está aquí por una razón y le garantizo que sabe cuál es —replicó ella con un susurro apresurado. Rosemont experimentó la vívida sensación de que estaba intentando decirle algo antes de que apareciese alguien dispuesto a silenciarla—. Usted me importa un comino. Yo no soy más que una voluntaria. No me importa por qué ha venido. Apuesto a que probablemente tiene que ver con los académicos. Pero oiga, a mí no tiene por qué importarme. Ni tengo que darle consejos. —Le miró las manos—. ¿Una investigación, quizá? ¿Es usted historiador?

Su voz se había desprendido de su acento de enojo. De pronto parecía intrigada por él.

Rosemont respondió:

—Sí. Fui historiador de arte durante años. ¿Cómo lo ha sabido?

—Da igual. No me importa lo que fuera. —La mujer cerró los ojos y encogió un hombro. Su adusto corte de pelo le confería un aspecto controlador y puntilloso, pero su comportamiento altanero se había disipado—. Además, son todos académicos. O solían serlo. O quisieran tener una carrera académica. —Lo miró indefensa—. Tiene que dejar de sacarme información por la fuerza. Posee información o habilidades que alguien desea. Ya está. Ya se lo he dicho.

—¿Ah, sí? Quizá —admitió Rosemont. No le estaba sacando información por la fuerza, por supuesto, pero comprendía que a veces la gente se sintiera de ese modo cuando él deseaba obtener algo de ellos.

La carrera académica de Rosemont se había evaporado hacía dos años; ahora le parecían décadas, de tan poco que le importaba. Aquel Rosemont, el niño prodigio

que a la tierna edad de veintidós años había publicado un artículo sobre los bocetos recién descubiertos de Bonifacio Bembo, el celebrado artista tarótico, y que a resultas de la atención subsiguiente había llegado a valorar tanto la reputación y el prestigio, había desaparecido de la faz de la Tierra. Le habían arrebatado todo; se lo habían arrancado, literalmente, dos hombres que miraban con malos ojos el efecto irresistible que ejercía sobre los incautos, como aquella recepcionista. Aquel Rosemont había renunciado a su preciosa carga en Austin, Texas, en la camilla de una sala de urgencias, con el cráneo fracturado, una clavícula rota y una espantosa pérdida de sangre. Este Rosemont se alegraba de haberlo dejado atrás, pero le costaba abandonar sus antiguas costumbres.

—No sé qué iba a querer nadie de mí —prosiguió, tratando de sonsacar a la recepcionista—. Eso es todo. Alguien me escribió y aquí estoy.

—Sí, aquí está. Aquí está —corroboró ella, como si Rosemont le estuviese arrancando las palabras. Echó una ojeada a los americanos que estaban en el patio y murmuró—: Ha venido a Roma de buena gana, ¿no es cierto?

—Así es.

—Sin ninguna razón de peso. —Frunció levemente el ceño con un ademán de las cejas, alentándolo a continuar—. ¿Por qué lo ha hecho?

Rosemont se rió.

—Ni siquiera me lo planteé —admitió. En Managua, no había dudado un segundo antes de aceptar los billetes y trasladarse a Roma. Miró atentamente a la recepcionista. Le pareció prudente y digna de confianza, de modo que añadió—: En mi caso es más bien lo contrario. El dilema es quedarme parado... es cuando siempre acabo metiéndome en líos.

—Ya veo. Se forman clubs de fans a su alrededor, ¿eh? —dijo la recepcionista—. ¿Grupitos de culto a su personalidad?

Rosemont asintió mirándola fijamente, preguntándose si acaso había percibido que la había obligado a hablar deliberadamente.

—A veces.

La gente siempre acababa percatándose de que había algo extraño en Jeremiah Rosemont, de que las cosas no eran como debían ser. Siempre lo identificaban como el catalizador, la brasa bajo el lecho de hojas que de improviso inflamaba las llamas. Desapariciones y reapariciones de niños. Visitas de difuntos. Personalidades extrañas que se apoderaban de la gente. En esos momentos de crisis y angustia algunas personas, especialmente los estudiantes, recurrían a Rosemont, mientras que otras se volvían en su contra. Eso era lo que había sucedido con los dos palurdos de Austin. El magnetismo de Rosemont los había repelido en lugar de atraerlos y reconfortarlos, y había estado a punto de ocurrir de nuevo en la Casa Evangelista de Managua; una reproducción de los aterradores acontecimientos de Estelí, Kansas City, Des Moines y Austin.

—¿Así que este es un refugio para personas como yo? —inquirió.

El semblante de la recepcionista era sereno y cordial cuando miró a Rosemont.

—Más bien es una puerta que está atravesando. No creo que vuelva. —Alzó la mano para que se marchara o guardara silencio, y dictaminó con tono imperioso—: No es más que un consejo. Yo no lo conozco de nada, ni me importa, me gustan las cosas tal como están. Ahora váyase. Tengo que deshacerme de la reina.

Rosemont decidió que no debía presionarla, aunque era evidente que se había sentido impelida a hablar y a responder a sus preguntas, y que tal vez habría respondido a otras.

—Gracias. Gracias.

Le dio la espalda a la recepcionista y observó el pasillo que esta le había indicado. Desde un elevado rosetón situado en el otro extremo, la claridad macilenta se reflejaba en el linóleo del tenebroso corredor, y Rosemont se preguntó quién más se alojaba en aquel estafalario albergue. La mujer le había asegurado que era un lugar seguro, pero se preguntó qué concepto tenía ella de la seguridad.

Rosemont se disponía a recorrer el pasillo hasta su habitación (seguía llevando la misma ropa que el domingo anterior en Managua) cuando al otro lado del cristal de una puerta cercana vislumbró un destello plumoso de color magenta. Se volvió a mirar a la recepcionista, pero esta estaba absorta en la partida y no lo había advertido. Abrió la puerta y accedió a una callejuela tortuosa. La puerta estaba provista de un muelle y se cerró estruendosamente a sus espaldas. Rosemont escrutó la calle, que era estrecha y describía una curva al ascender por un pequeño cerro. Había un hombre o una mujer con botas de tacones altos y medias de rejilla que corría por el centro de la calle, con una ondeante boa de plumas de flamante color magenta. Al ascender la colina, la callejuela se ondulaba hasta perderse de vista tras unos edificios altos. En aquel punto, donde se hallaba Rosemont, los edificios estaban tan juntos que el cielo no era sino una alargada grieta de color azul marino en lo alto. No había reparado en la colina al bajarse del taxi, y los edificios parecían más recientes y sin embargo antiguos, de otra época. Rosemont no sabía dónde estaba. ¿No acababa de dar la vuelta hasta el otro lado del edificio?

Giró en redondo para mirar la puerta, pero solo vio una pared.

—¿Hola?

Rosemont apoyó la mano en la pared y la deslizó sobre su polvorienta superficie, pero no logró hallar ninguna bisagra, ni juntas ni picaportes. Apartándose del sitio donde debería haberse hallado la puerta, escudriñó la pared hasta los aleros. No había ventanas. Ni balcones. Tan solo una pared de ladrillo rojo, extensa y uniforme.

—¿Hola?

Una pareja de ancianos que se acercaba le dirigió una mirada colérica; el hombre sostenía una *chaise longue*.

—¿Esto es...? —Estaba a punto de preguntarles si la Posada de los Aprendices estaba cerca, pero entonces recordó la conversación que la recepcionista había mantenido con la pareja de americanos. Era una especie de casa franca. Aunque

aquella pareja supiera de su existencia, no hablaría—. Buenas tardes —dijo en inglés.

La frágil anciana le dirigió un ademán inescrutable al pasar. No parecía amistoso.

«*Aquí está a salvo*», le había asegurado la recepcionista. «*Puede que sea el único lugar donde está a salvo*».

Rosemont agachó la cabeza y se reclinó contra la desnuda pared de ladrillo. Se miró la mano y comprobó que seguía llevando la llave de su habitación. Tenía grabado el número cinco.

—Roma —musitó, mientras se guardaba la llave en el bolsillo—. Estoy en Roma.

La furgoneta del Rey Niño atravesó las sombras que proyectaban las mansiones palaciegas de Franklin y se detuvo en la intersección con la avenida Hennepin. Mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde, el antiguo símbolo que acababa de encontrar en el traje a rayas llenaba el ojo de su mente. La furgoneta estaba en punto muerto, a la espera, y la certidumbre de que todo el continente se hallaba a su disposición desde aquel semáforo en rojo le inspiró consuelo.

Podía doblar a la izquierda, incorporarse a la autopista 94 y dirigirse al este por San Pablo hasta los páramos de Wisconsin. Wisconsin era un sitio excelente para ocultarse, pero una persona como el Rey Niño llamaría demasiado la atención allí. Era agreste y remoto, pero no estaba lo bastante alejado. También podía desviarse hacia el sur desde la 94 por la autopista 35, que seccionaba el país y se unía a la autopista intercontinental en México, y esconderse en un laberinto urbano mayor y mejor, como México D. F. También podría ir al norte, se dijo, escrutando Hennepin, donde el espacioso bulevar desembocaba en la autopista 94 para luego discurrir hacia el oeste. Dirigirme a las estepas que hay más allá de Fargo y continuar hacia el oeste, hasta Seattle, o incluso hacia el norte, hasta Winnipeg, y desaparecer.

Pero cualquiera de aquellas rutas de escape comportaba empezar de nuevo y, aunque había tardado años en hacerlo, finalmente había creado algo en aquel lugar. Correcciones. Conexiones. Y ritmo. No se atrevía a llamarlo hogar, ni a pensar siquiera en esa palabra, pero ahora aquella ciudad lo protegía y aún no tenía sentido sacrificarla.

Así pues, la furgoneta del Rey Niño se dirigió traqueteando hacia el este por Franklin, después por Lyndale, pasando junto a la bulliciosa sede de la cooperativa Wedge, donde confluían las tribus urbanas y los poderosos, surcando un buqué de *boutiques* y dejando atrás la calle Lake. Cuando llegó a la ciudad, la intersección de Lyndale y Lake era uno de los centros neurálgicos del mercado de la heroína. Las bandas *grunge* aullaban a las gélidas noches de Minesota desde sus mugrientos apartamentos. Ahora todo era merlot y dinero, y había mucho más deseo que necesidad.

El Rey Niño comprobó la fecha en su reloj. Era jueves. Lara estaría bebiendo burbon en Dream Machine, y en una ocasión le había pedido que fuese a verla antes de decidirse a abandonar la ciudad.

Más antiguo que el barro de Jemet, pensó mientras conducía, hipnotizado por el flujo del tráfico. *¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?*

La lavandería Dream Machine era el repugnante antro de lavadoras y secadoras al norte de su almacén de la ribera occidental donde varias semanas antes el Rey Niño había conocido a su mejor amiga, Lara. No sabía su apellido, ni estaba seguro de que

tuviesen algo en común, pero se había acostumbrado a verla una vez por semana en la lavandería y eso le gustaba. Después de haber metido la furgoneta en una plaza de aparcamiento, el Rey Niño se asomó al escaparate de lámina de vidrio. Allí estaban Lara, sentada en una lavadora con las piernas cruzadas, y sus dos compañeras de piso, Gitana y Jackie, posadas frente a ella en sendas secadoras con sus chaquetas de cuero pintarrajeadas. Una botella de Beam descansaba entre ambas.

—Hola, lavanderas.

Las chicas alzaron la vista hacia el rostro curtido del Rey Niño cuando la puerta de Dream Machine se cerró a sus espaldas.

—¡Vaya! —Lara se rió y le dio un puñetazo en el brazo—. Estaba hablando de ti hace un momento. —Se reclinó hacia atrás, aparentemente para apartarse de la cara el cabello castaño claro, pero en realidad lo estaba examinando por debajo de sus párpados ebrios—. Gitana, trae un vaso.

Le caían bien aquellas chicas. No arrugaban la nariz en su presencia, aunque sabía bien que despedía un persistente hedor a cerveza rancia y ceniza de cigarrillo debido a las recolecciones.

—He encontrado el traje.

—Salud. —Gitana le entregó un vaso de burbon—. Ya estás listo para la actuación, ¿no?

Actuación. Listo. Aquellas palabras lo amedrentaron, pero trató de sonreírle a Gitana mientras aceptaba la copa.

—¡Le he conseguido un trabajo en el restaurante! —exclamó Lara—. ¡Y me parece cojonudo que te quedes en la ciudad este invierno, Rey Niño!

Gitana sostuvo la mirada del Rey Niño y le guiñó el ojo.

—Llevamos aquí desde las diez de la mañana.

El Rey Niño se apoyó en la lavadora contigua a la de Lara y enterró deliberadamente la mano derecha enguantada en el bolsillo. Era agradable unirse a ellas, tener amigos. Aquel círculo se había fraguado hacía muy poco; Lara y sus colegas de la escuela de arte, a quienes no parecía importarles que hubiera caído tan bajo ni que «okupase» un almacén. A veces hasta quedaba con ellas y su colega Garbus el vividor, para tomar algo en el Wiggle Room Saloon. Si así lo deseaba, podía percibir una nota de condescendencia en el comentario de Lara relativo a su estancia en Mineápolis durante el invierno y a su existencia trashumante, el retintín de atildada magnanimidad que resonaba en la voz de las personas dotadas de recursos, aunque estos fueran pequeños, modestos. Pero Lara no podía evitarlo. El Rey Niño sabía que estaba borracha y que su efusión era auténtica, de modo que decidió no molestarse. Hacía mucho tiempo que no pasaba tanto tiempo en el mismo sitio, al punto de que la gente lo reconociera, le sonriera y le pusiera una copa en la mano. El hecho de que tuviera el aspecto y el olor de una especie de pirata callejero chiflado no parecía importarles a Lara, a Gitana ni a Jackie.

El burbon tenía un sabor dulce y áspero y el Rey Niño hizo una pausa para

escrutar el interior del vaso, y después su mano derecha enguantada y rota más allá de este. El aroma del burbon siempre le recordaba épocas más alocadas. Forzó una sonrisa.

—Por una mierda chungu.

Gitana y Jackie alzaron su vaso, abriendo la boca en un tándem de risa.

—¡Mierda chungu!

—Así que has encontrado el traje —observó Lara, que apuró su vaso y se lo ofreció a Jackie para que volviese a llenarlo—. Dentro de poco empiezas a actuar en el Dona Mia. Todo marcha bien. —Lara le dirigió una mirada de vampiresa, con un aspecto tan seductor como era posible, teniendo en cuenta que estaba sentada en una lavadora—. Y sin embargo... has venido a verme. —Bajó la voz aún más—. El jueves de Dream Machine.

El Rey Niño extendió la mano como si lo hubieran pillado in fraganti.

—Muy cierto. He venido por la magia.

—¿Algo no marcha bien?

El Rey Niño se estremeció al recordar el símbolo. Bebió otro sorbito de burbon y cogió el vaso con la mano izquierda.

—Necesito algunas respuestas.

Lara se despojó de la chaqueta de cuero, que había decorado a mano con pintura blanca, y tomó asiento vestida apenas con una camiseta sin mangas y unos pantalones vaqueros. Lara llevaba camisetas sin mangas incluso en invierno para exhibir deliberadamente los tatuajes de tigres que lucía en los hombros. Introdujo una mano blanquecina en el bolsillo del muslo de sus pantalones y extrajo una baraja de tarot. Palmoteó en la lavadora que había detrás del Rey Niño.

—Súbete aquí.

Mordiéndolo el vaso de burbon, el Rey Niño se unió a ella encima de la lavadora. Enfrente había un espejo que ocupaba la pared entera. Lo ignoró, temeroso del reflejo enloquecedor que sabía que acechaba en su interior.

—Jackie, sé buena y dóblame las bragas —pidió Lara mientras desataba el nudo de seda que sujetaba las cartas.

Estaba claro que a Jackie no le gustaba la idea. Sus afiladas facciones de lolita le conferían un aspecto diabólico cuando se enojaba. Con un sonsonete altivo, canturreó:

—«Jackie, llévame a la manifestación pacifista. Jackie, lávame la ropa». Diva.

Lara barajó las cartas, las depositó frente al Rey Niño y las recogió de inmediato con una disculpa apresurada.

—¡Ups! ¡Lo había olvidado! No te gusta tocarlas.

El Rey Niño sostenía el vaso de papel con ambas manos como si quisiera calentarse, pero en realidad solo deseaba hacer algo con ellas. Por razones de seguridad, tan solo manipulaba su propia baraja de tarot, pero había estado a punto de coger las cartas de Lara. El Rey Niño percibía que su reflejo lo miraba desde el

espejo que había al otro lado de la lavandería.

—No te preocupes —dijo Lara—. Yo absorberé la maldad por ti. —Lara repartió diez cartas boca abajo, poniendo seis en forma de cruz y cuatro al lado en una columna; la composición que empleaba siempre que el Rey Niño le pedía una lectura.

Lara leía de una forma muy dramática, pero al Rey Niño no le importaba. Después de repartir las cartas se interrumpía y cerraba los ojos para hacer acopio de energía, de paz o de lo que fuera, suponía él, y sostenía los dedos separados sobre las cartas durante un instante prolongado y silencioso. El Rey Niño no creía que hicieran falta esas chorradas, pero Lara era una lectora muy precisa, de modo que si antes debía destripar a un pollo, él estaba dispuesto a esperar pacientemente sentado hasta que acabasen los cacareos.

Finalmente Lara le dio la vuelta a las dos primeras cartas, que se cruzaban en el centro de la estructura. Las miró como podría haber mirado a una pareja cuya conversación estuviera escuchando secretamente.

—La tuya es una historia de encubrimiento y descubrimiento. Me explico. Primero fuiste un discípulo asustado. Después un guerrero rodeado de sus armas favoritas. Es la transformación de las astillas de madera que se convierten en columnas de humo negro. Pero eso no nos interesa... de momento. No es más que el golpe del bate y la trayectoria de la pelota, no el resultado final. ¿Lo comprendes?

El Rey Niño no le encontraba sentido alguno.

—Sí, claro.

Gitana abrió una secadora y empezó a sacar faldas negras y pantalones del mismo color.

—Estáis los dos locos.

El Rey Niño asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa para alentar a Lara. Estaba esperando la décima carta: el resultado final.

—Continúa.

Lara le dio la vuelta a las cuatro cartas siguientes de modo que ahora estaba al descubierto una porción mayor de la cruz.

—Jamás conseguirás escapar de tu pasado, aunque forcejees constantemente con la correa como un perro apaleado y asustado. —Lara prosiguió del mismo modo, una carta tras otra, diseminando sus perlas surrealistas; la mayoría se le escaparon, pero otras lo sobrecogieron con una resonancia estremecedora—. El sabueso que estuvo a punto de atraparte hace muchos años no tenía ninguna posibilidad, ¿verdad? —Y añadió—: El peligro de camuflarse es que uno olvida su verdadera piel. —Las lecturas de Lara se asemejaban un poco a girar aleatoriamente el sintonizador de una radio, y así era como el Rey Niño se había percatado de lo que era, sentado en aquella lavandería hacía escasas semanas, escuchando cómo compartía sus alocadas lecturas con sus amigos entusiastas y fácilmente impresionables. Pero siempre accedía a un canal, oía algo que los demás no podían oír; solo había que esperar con paciencia durante augurios enigmáticos como «Los animales muertos insepultos te sacan de

quicio», «Día tras día paladeamos la esperanza más acre» y «Flotas en el cielo como el mediodía».

»Estas últimas cuatro cartas —prosiguió Lara— se refieren a lo intangible de tu situación, lo que debes saber, pero ahora no puedes ver ni afrontar, lo que temes y anhelas. ¿Lo comprendes?

Siempre decía eso.

—Oh, sí. Sí, lo comprendo.

—Hay un telescopio que enfoca una estrella lejana. Tú sabes que está enfocado correctamente, pero no puedes ver la estrella por mucho que mires.

Tal vez fuese cierto, de un modo críptico y metafórico. Tenía en el bolsillo la extraña imagen egipcia, pero no comprendía lo que auguraba, y no podía dejar de pensar en ello.

—¿Qué me aconsejas?

Gitana estaba doblando un top negro de punto.

—Ella no da consejos, Niño.

—Esa no es mi sección. Lo siento —dijo Lara, mientras se servía un poco más de burbon—. Ahora cierra la puta boca. Ya tengo el resultado final.

El Rey Niño apretó los dientes, preparándose.

—No verás lo que tienes justo delante —dictaminó Lara, arrastrando un poco las palabras— hasta que comprendas algo esencial del caso del sabueso.

El Rey Niño se encogió de hombros.

—¿Qué?

—Que tú no eres el sabueso.

—Yo no soy el sabueso —repitió el Rey Niño, sin comprender el significado de lo que estaba diciendo. Esperó una aclaración, pero Lara apuró su copita a modo de respuesta. La apremió diciendo—: ¿Yo no soy el sabueso?

—No, no lo eres. Nunca encontrarás el Santo Grial.

—Yo no me dedico a los griales.

—Menos mal, porque el sabueso sigue en el caso.

—Creía que habías dicho que yo no seguía en el caso.

—No, he dicho que tú no eras el sabueso.

El Rey Niño rechinó los dientes. Quizá había llegado demasiado tarde para una lectura coherente.

—¿De qué estás hablando, Lara?

—Yo no he dicho que no hubiera un sabueso.

El Rey Niño reformuló mentalmente la frase, como si estuviera traduciendo.

—Vale —murmuró—. ¿Pues quién es el sabueso, si no soy yo?

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! ¡No ves lo que tienes justo delante! —Señaló un tanto—. ¡Confirmado!

El Rey Niño bramó:

—¿Cómo voy a ver lo que tengo delante?

—No puedes ver lo que tienes delante.

—¡Con tus lecturas no! Si yo no soy el sabueso, ¿quién soy?

—Dios, vaya dos —rezongó Gitana, meneando la cabeza.

—Tú —sentenció Lara mientras recogía las cartas—, eres el Grial.

El Rey Niño se disponía a enfrentarse a ella para darle otra vuelta de tuerca a aquella lectura propia de Abbot y Costello, pero se contuvo de repente. Se preguntó si se trataba de nuevos versos dadaístas fortuitos o de su escalofriante canal de veracidad. Apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo, como para impedir que echase a volar la lavadora en la que estaba sentado.

—¿Qué acabas de decir?

Lara ordenó las cartas y volvió a atar la corbata de seda a su alrededor, haciendo un pequeño nudo Windsor con sus dedos temblorosos.

—¿Es que tartamudeo, joder? Eres el puñetero Grial, ¿vale?

El Rey Niño experimentó el acusado impulso de agarrarla y arrancarle algo convincente. Pero supuso que no iba a obtener las respuestas que deseaba, de modo que le preguntó:

—¿Me estás diciendo que ese sabueso me persigue?

—Tú dirás.

—No, tú dirás.

—¡No, tú dirás!

El Rey Niño la miró con recelo. Hasta era posible que ella hubiera plantado el símbolo egipcio en aquel traje, que lo hubiese dejado para que él lo encontrase. Cuando Lara lo miró, se topó con su atenta observación y pareció sobresaltarse. Quizá algo se hubiese apoderado de ella y la hubiera manipulado para que dejase aquel símbolo donde él pudiera encontrarlo. Pero no. Lara no mentía, lo percibía. Lo que decía era válido tanto si entendía la implicación de sus palabras como si no, como a menudo pasaba con las lecturas de los no iniciados.

—Hay algo que quiere algo mío —le explicó a Lara con un susurro grave y apresurado— y está dispuesto a matarme para conseguirlo. Así que si sabes algo concreto me servirá de ayuda.

Lara volvió su rostro hacia él, y el Rey Niño comprobó que había comprendido al fin que estaba asustado, que sus palabras lo habían atemorizado. También se percató de que el momento profético había pasado. Tenía los ojos demasiado vidriosos por el alcohol, con una pequeña chispa de miedo por su amigo.

—¿Necesitas un sitio donde quedarte? —preguntó—. ¿Estás en peligro?

Un sitio donde quedarte. Estuvo a punto de escupirle. No mentía, quizá, pero el golfo insondable que la rodeaba era tan amplio que no le permitía ver claramente a las personas; solo podía ver al Rey Niño como un indigente indefenso y trágico. ¿Necesitas un sitio donde quedarte? ¿Te puedo dar un mendrugo de pan para no sentirme tan culpable por haberte conocido? Si no fuera por su receptor interno que la conectaba con las señales procedentes del otro lado del golfo, predominarían sus

reflejos de benefactora y no habría hecho buenas migas con el Rey Niño.

—Sí, estoy en peligro —gruñó el Rey Niño—. Por eso quería esta lectura, para ver si estoy a salvo.

—¿Quién te persigue, Niño?

Decidió que había llegado el momento de averiguar si Lara era realmente amiga o enemiga. El Rey Niño extrajo el pliego que había hallado en el traje hacía apenas una hora y lo extendió sobre la lavadora. Su reflejo estaba gesticulando en el espejo frente a él, tratando de llamar su atención. El Rey Niño cerró los ojos y le preguntó a Lara:

—¿Has visto esto antes?

—¿Qué es? —Lara lo cogió y lo examinó—. Parece un animal, a lo mejor.

Esperaba que al verlo recibiese algo más coherente a través del siniestro canal al que tenía acceso, pero no fue así. La expresión de Lara era sincera e ignorante, y no tenía acceso a las personas que veneraban aquel símbolo. El Rey Niño le arrebató el papel y se lo guardó en el bolsillo. Ocultarse no le había servido de nada. Levantar un muro frente al pasado, enterrar los nombres y las historias de aquella época y liberarse tan solo había pospuesto lo inevitable. En cuanto había decidido que tal vez fuera seguro aceptar un empleo y encontrar un traje que ponerse el primer día, el Rey Niño había anunciado su presencia, había asomado la cabeza y *voilà*, una advertencia de Nuestro Señor de la Rueda.

—Niño, ¿qué es esa cosa?

—Es un símbolo de un culto muy antiguo —le explicó—. Es egipcio, pero no del todo. Es anterior a esa civilización. Es más antiguo que el barro de Jemet, como solíamos decir.

Lara frunció el ceño y le hizo un guiño lento y amoroso.

—Pero ¿qué significa todo eso?

Los labios del Rey Niño esbozaron una sonrisita nerviosa. *Mira quién pide claridad ahora*. Alzó la mirada hacia ella.

—Es una tarjeta de visita del sabueso. La he encontrado en el bolsillo del traje que acabo de recolectar. Alguien me advierte que me está persiguiendo.

Lara frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—No. Pero es cierto.

—Admito que está pasando algo raro, Niño. Pero si te estuviera persiguiendo alguien, ¿por qué iba a alertarte?

—*Hmm*. —El Rey Niño se irguió. No había pensado en ello de ese modo—. Les gusta jugar. Meter miedo. Pero tienes razón. —El símbolo llenó momentáneamente su visión y lo vio como lo había visto por primera vez: chapado en oro, en una cadena alrededor del cuello del hombre de seiscientos años. Parpadeó rápidamente—. Este símbolo no trae nada bueno. Eso es lo único que sé. Creo que debo irme de la ciudad. Creo que debería subirme a la furgoneta y...

—Mira —intervino Lara, aferrando su mano enguantada.

Él dio un respingo y apartó la mano de un tirón.

—¡No!

Lara levantó las manos para apaciguarlo, pero parecía asustada. El Rey Niño la miró con furia y comprendió que estaba intentando dilucidar si estaba tan chalado que debía cancelar su actuación en Dona Mia. El momento pasó y los hombros de Lara se relajaron, adoptando la languidez del alcohol.

—Si alguien quisiera matarte lo haría sin más, Niño. No pondría una nota en un traje y lo dejaría en un contenedor que a lo mejor encuentras o a lo mejor no —repuso con un tono todavía alterado—, ¿no?

El Rey Niño no comprendía muy bien las causas del devenir de las cosas, pero quizá Lara estuviese en lo cierto. Quizá el símbolo del antiguo culto no vaticinara una visita del anciano. Quizá las cosas hubieran cambiado. El Rey Niño lo había hecho, desde luego.

—Podría ser.

—Te esperan en Dona Mia.

—Lo sé.

—Así que ahora no puedes salir corriendo.

—No sé. Puede que sea el mejor momento, Lara.

—¿Después de todo lo que he hecho por ti? —Se estaba burlando, pero no bromeaba—. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes una dirección ni un teléfono?

—No necesito esas cosas.

—¿Una furgoneta que vaya bien? ¿Hacerle una visita al médico? ¿Mear en un sitio que no sea un solar abandonado?

La respuesta inmediata era que tampoco le importaban esas cosas. Pero la miró fijamente y se preguntó si así era.

—Aguanta el tipo, Niño —dijo Lara—. Me parece que estás flipando porque te da miedo este empleo y cambiar. Me parece que eso es lo que te pasa.

El Rey Niño torció el gesto. Más gilipolleces suyas de estudiante de arte de visita en los barrios bajos. Ella podía abandonar aquel mundo de indigentes, manifestaciones pacifistas y lavanderías infectas siempre que quisiera. Se preguntó qué diría si le explicara lo que temía en realidad: la crueldad contingente y grotesca, los torturadores burlones, la advertencia que le habían hecho hacía doce años mientras su amante se retorció en el suelo de un taller. «Vienen a por ti. ¡Tienes que huir!».

Pero Lara había dicho la palabra adecuada. Miedo. Se permitió una insólita mirada a su reflejo, a aquella imagen de sí mismo. Por lo menos ahora se le parecía. No solía hacerlo, y quizá eso significara que las cosas estaban cambiando para mejor, haciéndose menos terribles. Así funcionaba el juego, después de todo. Los que medraban con el poder anhelaban la aquiescencia, la rendición y el temor. Su vida se amoldaba a la búsqueda de manantiales cada vez mayores, de los que bebían profundamente; quizá el simple hecho de haber sido presa del pánico durante la hora

transcurrida desde que había encontrado el símbolo, hubiera hecho más por anunciar su posición que una bengala disparada en línea recta hacia el cielo al estallar sobre la ciudad.

Durante muchísimo tiempo, el Rey Niño se había atenido al lema de que si no tenía nada que perder no tenía nada que temer. Durante aquellos primeros días de indigencia, su reflejo fue horroroso, un recordatorio de los horrores de los que estaba huyendo. Pero eso ahora era distinto y quizá «nada que perder equivale a nada que temer» fuera la estrategia equivocada. Quizá si fortalecía su existencia y dejaba de vivir de una forma tan rigurosa... Quizá el mundo de Lara fuese más seguro a causa de su impavidez petulante y su confusa fe en sí mismo. ¿Acaso la esperanza triunfaba sobre el miedo? Podría ser. Quizá.

—Vale. Mi traje y yo estaremos mañana en Dona Mia. Tal como había dicho.

Lara sonrió.

—Guay. —Sostuvo la botella de Beam sobre su vaso sin servirle—. ¿Me lo prometes?

El Rey Niño sonrió para sus adentros. ¿Iba a vivir en edificios abandonados toda la vida? Había llegado el momento. Había pasado demasiado tiempo al borde de la luz de la hoguera. Había llegado el momento de volver a unirse a la tribu de los humanos.

—Echa.

Ella le sirvió.

—Gitana, sí que va a leer mañana. Espera a que te haga una lectura el Rey Niño. Pone los pelos de punta.

Gitana estaba abrochando el cuello de un vestido.

—Voy a redactar un comunicado de prensa.

Era tan osado, tan innecesariamente atrevido, después de tantos años de recelosa soledad. Pero ya estaba hecho, lo había prometido, de modo que apuró el burbon.

—De perdidos al río —dictaminó y extendió el vaso vacío por encima de la lavadora para que le sirvieran otra.

Si los planificadores urbanos hubiesen prestado atención se habrían percatado de que el vértice del bulevar River, la media manzana que sobresalía hacia la autopista 35 como un dedo acusador, había empezado a desaparecer de los archivos hacía aproximadamente una década. Los mapas callejeros de Mineápolis habían empezado a recortar ese dedito, ese trecho de doscientos metros de carretera, donde un almacén abandonado de piedra rubia que databa del siglo anterior y dos dúplex eduardianos se reclinaban unos contra otros. La mayoría de las familias no deseaban una casa tan cerca de la autopista y a las empresas no les interesaba el minúsculo depósito de Bryce & Waterston, que no disponía de aparcamiento ni de modernas plataformas de carga; el coste de la reforma habría excedido su precio. O cuando menos esa era la

idea que las impulsaba a apartar la mirada de aquella sección amputada del bulevar River.

Una de las mansiones eduardianas transformadas en dúplex estaba habitada por cinco familias de inmigrantes vietnamitas y eritreos. Un grupo de teatro «*okupaba*» la planta baja de la otra y una prostituta llamada Farah vivía en el piso de arriba. Ni las familias inmigrantes, ni el grupo de teatro ni el Rey Niño pagaban alquiler. De hecho, solo Farah estaba ligada al comercio cívico de un modo palpable.

El depósito de Bryce & Waterston ponía nerviosos al resto de los residentes, de modo que el Rey Niño disponía del edificio para él solo. Accedió desde la 35 oeste, aparcó la furgoneta en el bulevar River, lejos del almacén, pero a la vista del mismo, y recorrió un tortuoso sendero a través de un solar abandonado infestado de cardos y de grama. Entró en su hogar por una ventana lateral en la que había apoyado un tablón de madera contrachapada.

Corría el mes de abril, de modo que la frescura del almacén resultaba tonificante al apartarse del calor del sol. El Rey Niño se hospedaba en aquel lugar en primavera y en otoño, pero durante los crudos inviernos de Minesota y los días más ardientes del verano dormía en la Econoline o en el albergue de la 28, si conseguía que lo admitieran. Pero ahora se detuvo en el centro de la antigua zona de carga para inhalar el aire fresco y húmedo del almacén. Le encantaba aquel lugar, pero por primera vez estaba considerando quedarse en Mineápolis durante todo el año, y eso entrañaba un cambio. Con la perspectiva de un empleo como el que le había conseguido Lara, se encontraba pensando en cosas tales como un apartamento. ¿Podía ganar tanto dinero? ¿Un teléfono? Quizá un escritorio y una habitación donde pudiera guardar los libros que compraría con sus ganancias. Después de septiembre, Bryce & Waterston era demasiado frío y húmedo para tales propósitos.

El Rey Niño acababa de apoyar la mano en la pared, disponiéndose a subir las escaleras desprovistas de barandilla, cuando atrajo su atención un objeto en la superficie de la zona de carga. Una roca, pensó al principio, o quizá un ladrillo. El edificio se estaba desmoronando, de modo que no era insólito encontrar de tanto en tanto ladrillos desperdigados por el suelo.

Pero este ladrillo tenía ojos. ¿Como una tortuga? ¿No? Era difícil verlo, pues estaba guarecido en un recodo de sombras antinaturalmente densas debajo de las escaleras.

El Rey Niño se quedó petrificado, con la espalda apoyada en el áspero ladrillo rubio de la pared del almacén, cuya gélida humedad le heló la parte posterior de los brazos desnudos. No se atrevía a moverse, atrapado en un silencio que desbarataban los graznidos de los gansos en lo alto y el tráfico que discurría por la autopista. Poco a poco, un cuadrado de luz solar se alargó y se arrastró por el suelo hasta engullir la figura en su resplandor.

Ahora podía verla claramente. No se trataba de una tortuga, sino de un cochecito. Una furgoneta.

La suya.

El Rey Niño volvió la cabeza levísimamente, mirando su furgoneta de soslayo a través de la entrada abierta. Seguía allí, en el bulevar River. Con las puertas y las ventanas cerradas, comfortable como un escarabajo Econoline.

Ahora que la luz natural se proyectaba sobre el modelo, el Rey Niño advirtió que era más que una esmerada representación: era una réplica exacta, con el parachoques delantero ligeramente desprendido y una abolladura en una de las puertas de carga. Era una señal. Alguien lo estaba observando. Alguien se había presentado y lo había encontrado aunque hubiese borrado los senderos que empleaban aquellos rastreadores. No podía resistirse a la fuerza que se avecinaba. No, no se avecinaba; ya estaba allí. ¿Acaso había sido la decisión que acababa de tomar? ¿Aquellas cosas sucedían tan deprisa? ¿La promesa que le había hecho a Lara había alertado a un espía? ¿O se trataba de una trampa más antigua que al fin se había accionado? En los viejos tiempos, Jnum le había parecido un chiste, pero no volvería a suceder.

«Eres el puñetero Grial, ¿vale?».

Las palabras de Lara lo habían asustado profundamente. No era la venganza, la restitución, la justicia ni el odio lo que impulsaba al «sabueso», como lo había designado Lara. Era él. No importa lo que yo tenga ni lo que le dé, pensó, alzando la vista a lo alto de las escaleras que conducían a su hogar secreto.

Dirigiéndose hacia ella, el Rey Niño trazó con el dedo las iniciales «RN» en el techo de la furgoneta en miniatura. Estaba hecha de barro. Era barro del Nilo, lo sabía. Cuando la recogió le dijo:

—Renuncié a mi poder sobre un mundo maligno hace mucho tiempo. —Se interrumpió—. Pero ahora he regresado a él.

Se dirigió a una de las ventanas hechas añicos de Bryce & Waterston y arrojó al aire la réplica como si fuera un pájaro enjaulado. Esta se separó de las manos del Rey Niño y planeó hacia el este, mezclándose con los gansos y los patos que se encaminaban al Misisipi, donde el barro fluvial se uniría al barro fluvial.

—Yo no soy un grial. Solo soy yo mismo.

A su alrededor, la sinuosa calle romana se estaba llenando de lo que parecían asistentes a un festival. Individuos sonrientes provistos de sillas de jardín y de mantas se paseaban por la calle de un lado a otro con aire expectante. Algunos lucían un maquillaje atrevido y estridente sobre el cuello de sus camisas austeras y sus faldas desenfadadas. En las cercanías, alguien estaba encendiendo cohetes de botella.

Rosemont volvió a escudriñar la pared. Había esperado durante algún tiempo para comprobar si algún viajero llegaba y abría la puerta secreta. Pero quizá solo se abriese hacia fuera y la impertérrita recepcionista lo hubiese dejado marchar sin advertírselo. Confiaba en lograr dar un rodeo hasta la fachada y atravesar la cocina de las malhumoradas señoras y el dormitorio hasta encontrar de nuevo el albergue. Suponía que debía hacerlo en seguida, pero ahora olía a carne a la parrilla en algún lugar de la manzana y su estómago lo apartó de la pared. No había comido nada desde el pequeño filete ruso del avión que lo había llevado a Roma.

Rosemont emprendió la marcha por la angosta callejuela en dirección a los atrayentes aromas. Mientras deambulaba, sin embargo, recordó que no tenía dinero. Tenía divisa nicaragüense, pero la corona estaba tan devaluada que ni siquiera había conseguido cambiarla en el aeropuerto internacional de Roma. ¿Cómo iba a comer en una de las ciudades más ricas de Europa? La idea lo preocupó... y aumentó el hambre que sentía.

—¡Oh, Dios! ¿Qué coño estás haciendo aquí? —masculló una voz en inglés.

Rosemont volvió la cabeza de un lado a otro, tratando de hallar el origen de aquella voz, que resonaba como si procediera del interior de una papelería.

—¿Jeremiah? Esto es... Oh, es para morirse de risa. ¡Ay, Dios, me duele en...! ¡Borra esa estúpida expresión de tu cara y ven aquí!

Rosemont reparó en un Volvo aparcado y advirtió que el maletero estaba abierto, apenas una rendija, y que estaba sujeto con una goma elástica. Había una persona atrapada en su interior. Rosemont alargó la mano hacia la goma para desengancharla, pero la voz siseó:

—¡Déjalo! No tenemos tiempo. Tienes que ayudarme. Has de confiar en mí, ¿vale? Ya sé que no tiene sentido, pero lo tendrá.

—¿Quién eres?

—¿No sabes quién soy?

—No —dijo Rosemont.

—¿No?

—¡No, no sé quién eres!

—Entonces, *ejem*. —El hombre del maletero sofocó una carcajada, tosió y se recompuso—. Vamos a posponer ese momento de alegría, ¿de acuerdo? ¿Ves ese

edificio de ahí? ¿El de las escaleras y la puerta azul?

Rosemont lo vio. Se encontraba a menos de diez metros de distancia, en lo alto de una corta escalinata. Había un grupo de jóvenes de aspecto discotequero fumando en los peldaños, luciendo unas relucientes alas de hada en la espalda que ofrecían un curioso contraste con sus camisetas sin mangas.

—Sí, lo veo...

—Pues tienes que subir ahí. Cuando entres encontrarás un archivador de tres anillas en un escritorio junto a la escalera de mármol. Tienes que cogerlo y volver aquí, después me sacas del maletero y salimos corriendo como alma que lleva el diablo. ¿Entendido? Has de ser rápido, limpio y comportarte con total...

—No pienso entrar en la casa de un desconocido —espetó Rosemont.

—Anda, cállate.

—No pienso robar nada. No para un tipo que está dentro de un maletero.

—Si no me ayudas me matarán. No deben hacerlo, pero lo harán de todas formas. Y tú tampoco estás muy bien que digamos. Comprendes el mensaje, ¿no? ¿Un tipo con pinta siniestra en mitad de la noche? ¿Probablemente una carta dirigida a ti con un billete de avión dentro?

Rosemont retiró la mano que aferraba la goma elástica y se inclinó diciendo:

—Sí. Sí, ¿de qué va todo esto? ¿Puedes...?

—¡No hables con el maletero, gilipollas! ¡Joder, actúa como si no supieras que estoy aquí!

Rosemont se irguió y se apoyó en el Volvo para observar a los jueguistas de la calle.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién era? ¿Quién lo envió? — Aunque debía actuar con aplomo, en aquel momento no había un solo hueso quieto en su cuerpo. Cuantas más preguntas afluían, más aspavientos hacía, vociferando—. Tienes que decirme algo, ¡nada de esto tiene sentido! ¡He venido desde Nicaragua! ¿Quién era ese tipo? ¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—Ahora no te pongas en plan William Shatner^[3] conmigo —repuso el hombre del maletero—. Te contaré cuanto sé si me echas una mano. ¿Trato hecho? Mira, es pan comido. Se marcharon todos después de encerrarme aquí. La casa está desierta. No está cerrada con llave. Lo sé porque yo no la he cerrado. Entra de una puñetera vez y coge el archivador rojo, lo vas a ver, te lo juro por Dios, y vuelve aquí.

Rosemont meneó la cabeza mientras se alejaba del Volvo.

—No puedo creerlo. No puedo. No puedo hacerlo. —Se puso en marcha, alejándose del hombre del maletero. Entonces se detuvo y se apretó la frente con la yema de los dedos como si quisiera impedir que sus pensamientos o su cerebro se desperdigaran por la calle.

—¿Rosemont? ¡Tienes que hacerlo! ¿Dónde vas? ¡Ah, Dios, estoy encima de un charco de líquido de limpiaparabrisas o algo así!

Sin dejar de menear la cabeza, Rosemont se volvió hacia el edificio de la puerta

azul y observó a los jóvenes con alas de hada y gafas de sol envolventes que estaban sentados bebiendo en los escalones. No parecía que viviesen allí, tan solo eran fiesteros instalados en unas escaleras disponibles. Quizá sí pudiera entrar. Quizá no lo detuviesen. Quizá pudiera obtener algunas respuestas.

—¿Rosemont? ¡Venga! Espabila. Vamos.

El hombre del maletero sabía lo del mensajero chiflado. Sabía lo del billete de avión. No tenía sentido, pero alejarse ahora, después de haber recorrido la mitad del planeta, tampoco lo tenía.

Rosemont se echó la mochila al hombro y se dirigió hacia el grupo de hombres de la escalinata.

Cuando se acercó se separaron para dejarlo pasar y ascendió las escaleras, metiendo la mano en el bolsillo como si buscara las llaves, procurando aparentar que estaba en su elemento, lo mejor que podía un viajero itinerante que tenía barro nicaragüense en sus botas de trabajo. Bloqueó la cerradura con el cuerpo, simuló abrirla y rogó que el loco del maletero no estuviera mintiendo.

Una exhalación más tarde había entrado.

Cuando se encontró en un vestíbulo de techo alto, surcado por franjas diagonales de luz blanca que iluminaban una escalera de mármol pálido que se elevaba frente a él, Rosemont experimentó una desesperada sensación de pánico. Por alguna razón, había imaginado que aquello era un conjunto de oficinas, que se disponía a llevarse algo de un mostrador de recepción.

Pero no, se trataba de una residencia privada. Las paredes estaban revestidas de marcos baratos que contenían imágenes de los cinco miembros de una familia, todos con gafas. Había una pila de ropa limpia doblada en el primer escalón. Montones de libros en el suelo a la espera de sus estantes o de cajas de cartón. Dos osos de peluche en un carricoche de juguete que esperaban que un niño fuese a jugar con ellos. Una denodada pulcritud que apenas lograba mantener a raya el desorden. Rosemont no había estado en una casa como aquella, con tanta vida y soledad, desde hacía muchos años.

En el suelo, al pie de las escaleras, divisó un punto perfectamente redondo. Se acercó y lo miró. Era negro y relucía como si fuera pintura. Comprendió de qué se trataba un segundo antes de tocarlo, pero no pudo contenerse y dejó que le enrojeciera la yema del dedo. La sangre ya estaba empezando a coagularse, describiendo un círculo rojo más oscuro en el suelo de madera.

Rosemont se estremeció y se limpió el dedo en la bota. Se disponía a retroceder cuando vislumbró otro punto negro ante una puerta cerrada junto a las escaleras.

—No lo hagas —se dijo mientras alargaba la mano hacia el picaporte.

Rosemont cerró la puerta con estruendo apenas un instante después de haberla abierto, con una fotografía perfecta de lo que había visto en el pequeño cuarto de baño grabada en el ojo de su mente. Se apoyó en el pasamanos, se miró el pecho y comprobó que estaba empezando a hiperventilar. Aspiró varias hondas bocanadas y

se obligó a pensar con claridad.

—Vale. Hay mucha sangre ahí dentro. Así son las cosas. Vale.

Asintió y cerró los ojos fuertemente, restregándose los con energía, pero lo último que había visto, la mano de una persona con un fragmento de madera clavado en ella, lo abrumaba. El clavo sujetaba un pliego contra la madera, una hoja de papel blanco imposiblemente limpio que contrastaba con todo el rojo de la estancia.

Rosemont alzó los ojos hacia el cielo.

—Oh, no lo hagas, tío, no lo hagas, no lo hagas, no lo hagas.

Pero un segundo después estaba abriendo la puerta y cerrándola de nuevo, casi de inmediato.

En el vestíbulo, con las rodillas temblorosas, Rosemont se tapó los ojos con las manos.

—¡Ay, mierda!

Era una mujer corpulenta, con cierto aire de ama de casa, hecha un guiñapo. Llevaba pantalones vaqueros y zapatillas baratas. En el trozo de madera hundido en su mano había caracteres de un alfabeto que Rosemont no reconocía y, antes de cerrar la puerta a toda prisa, había distinguido las palabras mecanografiadas «Solicitamos su presencia» y «Roma» en el papel en blanco.

Era una copia de la misma carta que él había recibido en Managua.

Rosemont avanzó dos pasos en dirección a las escaleras y apoyó todo su peso en el pasamanos, respirando profundamente por la boca y exhalando con fuerza por la nariz.

—Claro. —El hedor a sangre y excrementos tras la puerta era intenso, persistente—. Será una broma. ¿Por qué no aceptas el billete y te vas volando a Roma? —musitó de forma entrecortada.

De modo que había otras personas que habían recibido la misma citación. Pero alguien deseaba librarse de los destinatarios de una forma bastante ritualista. ¿De verdad aquella carta era idéntica a la suya? Quizá no la había leído correctamente. Una carcajada estertórea, enfermiza y grave brotó de su pecho. No podía abrir de nuevo aquella puerta.

Cuando se disponía a apartarse del pasamanos y escabullirse vio un archivador rojo de tres anillas debajo de un montón de cartas en un escritorio de roble situado junto a las escaleras. En el estante de enfrente había un pañuelo cuidadosamente doblado.

Una náusea vertiginosa hizo que el estampado del pañuelo, unas flores con aire de cachemira que le resultaban vagamente familiares, se alzaran de la tela y bailaran en su retina. Aferró el archivador rojo y el pañuelo y los metió en su mochila. Quería vomitar y librar a su cuerpo de la visión de aquella pobre mujer, pero antes de cerrar la cremallera de la mochila observó la cubierta del archivador y leyó la etiqueta generada por ordenador que había en ella:

Dr. John C. Miles
Universidad Liggett & La Salle

Rosemont se llevó una mano a la boca al ver el nombre del autor. Extrajo el archivador de la mochila y una catarata de flores diminutas surgió del pañuelo de cachemira y se desparramó por el suelo cuando abrió el archivador por la primera página, titulada:

LA IMPUGNACIÓN DE ROSEMONT

Rosemont echó la cabeza hacia atrás.

Cerró el archivador de inmediato y volvió a mirar la cubierta. John C. Miles. Cuando volvió a abrirlo y echó un vistazo al inicio del manuscrito se dio cuenta de que estaba redactado como si fuera una carta al editor. En el encabezamiento figuraba la dirección de la *Gaceta Mensual de Antigüedades*, una revista a la que regularmente Rosemont había contribuido años atrás. Pero la carta tenía un título, «La impugnación de Rosemont», como si fuera un artículo.

Estimado señor,

¿Sabía usted que Jeremiah Rosemont se hurga en la nariz? Se hurga en la nariz mientras duerme...

¿Qué demonios era esto? ¿Un ataque calumnioso contra su persona? Rosemont frunció el ceño airadamente mientras trataba de encontrarle sentido al artículo, preguntándose si realmente se había publicado en la *Gaceta Mensual de Antigüedades*. Volvió a leer.

Estimado señor,

¿Sabía usted que Jeremiah Rosemont se hurga en la nariz? Se hurga en la nariz mientras duerme. ¿Lo sabía? No tengo nada contra usted. Con objeto de vender ejemplares de su ridícula revista publica con frecuencia los balbuceos impresionables del doctor Jeremiah Rosemont, el del moco disimulado, el de la cosecha sonámbula. Y tampoco les guardo rencor a los suscriptores de *Gaceta Mensual de Antigüedades* (GMA). No obstante, cuando lean esta carta procuren mantener el ritmo de los chicos listos, ¿de acuerdo, Amables Lectores?

Se trataba de Miles, en efecto. Sus diatribas iracundas e irresponsables, y su combinación patentada de guasa y bilis. ¿Era posible? Rosemont volvió la cabeza hacia la puerta principal. El Volvo. ¿El hombre del maletero era John C. Miles? Rosemont debería de haber reconocido su voz entre todas las demás, pues iba asociada a Austin, al Circo del Pasma Infinito y a los momentos más álgidos y

abyectos de su vida. Miles no habría conseguido disimular tan bien su voz. Rosemont escrutó la página.

El tarot no tiene orígenes ocultos, ¿eh? Rosemont, Rosemont, Rosemont. Me sorprende que la GMA y la cuantiosa recompensa que concede a las aventuras (¡!) y los misterios (¡!) te haya comprado esa mierdecilla de artículo.

Rosemont cerró el archivador así como había cerrado la puerta del cuarto de baño para proteger sus ojos y su mente de semejante exceso. La reaparición de John C. Miles, su demonio personal, y la reverberación del papel imposiblemente blanco rodeado de sangre nadaban de una forma repulsiva en su vientre, y las flores de cachemira le irritaban el rabillo del ojo.

—Esto está pasando de verdad —musitó y meneó fuertemente la cabeza para evitar la visión de túnel—. Tengo que sobreponerme. No controlo esta situación.

Volvió a introducir el archivador en la mochila y se sobresaltó ante un ruido repentino, antes de darse cuenta de que no se trataba de un disparo, sino del aire acondicionado al ponerse en funcionamiento.

Rosemont se dirigió a las ventanas largas y estrechas que flanqueaban la puerta principal desde el suelo hasta el techo para echar un vistazo al exterior. Vio a dos hombres alejándose del Volvo en dirección a la escalinata y la puerta azul. Rosemont se apartó de la ventana, refugiándose en las cálidas sombras de la casa, pero no les quitó la vista de encima (uno de ellos tenía los hombros encorvados y aspecto canino, y el otro un cráneo de hormigón que se balanceaba sobre un cuello grueso) hasta asegurarse de que se dirigían a la casa. Como en efecto estaban haciendo.

Rosemont se agazapó y, apenas consciente de lo que estaba haciendo, recogió las numerosas flores de cachemira del estampado del pañuelo que se habían desperdigado y se precipitó hacia la puerta del baño, cerrándola un instante antes de que se abriera la puerta principal.

—No está aquí —observó una voz aguda y tensa. Ahora se hallaban en el vestíbulo.

Japonesa, pensó Rosemont, en el cuarto de baño. La mujer que yacía en el suelo parecía japonesa y su maquillaje empezaba a resaltar con estridencia sobre la piel lívida. Rosemont era incapaz de pasar por encima de su cuerpo, incapaz de moverse y de apartarse de las voces procedentes del vestíbulo.

—¿No está? —repitió el otro—. ¿Cómo que no está?

—Mira. Ha desaparecido. Igual que el pañuelo. Ha desaparecido.

Escóndete, idiota, se dijo Rosemont cuando desde el vestíbulo llegó hasta sus oídos el frenético rumor de los documentos manoseados y arrugados. El baño era ciertamente espacioso, disponía de una bañera hundida, un bidé de color azul pálido y una ducha. Había acabados dorados por todas partes y una estatuilla de escayola que

representaba a un querubín reclinada contra la bañera. El gran armario de ropa blanca parecía un escondite prometedor, pero tendría que retirar la canasta de su interior y no había tiempo para eso. A la izquierda de la puerta del baño estaba la ducha de puerta corredera. Después de meterse en ella, bajo el goteo de la alcachofa, trató de cerrar poco a poco la puerta deslizante, pero esta se atascó en el surco. Rosemont echó la cabeza hacia atrás, temeroso de hacer demasiado ruido al tocar la puerta y aferró la mochila contra el pecho.

—Joder. ¡Joder!

—Los iraníes deben de haber vuelto después de meterlo en el maletero —aventuró la voz más profunda y serena de las dos—, y... no sé. De algún modo...

—¡Pero si estaba aquí mismo!

—*Bene*. Relájate. Ahora no tiene sentido llorar por eso. Lo tendrán los iraníes o los de la Hoja Negra.

—¡Joder!

—Pero nosotros tenemos a Miles. Mira, ya te he dicho que te relajes. Se lo sacaremos o nos conducirá hasta el monje. Tenemos que ocuparnos de otra cosa.

La voz más nerviosa exhaló un suspiro exasperado.

—Dejémosla.

La voz más profunda se rió y el sonido de las sacudidas del picaporte del cuarto de baño transmitió una descarga eléctrica al corazón de Rosemont. La puerta se estaba abriendo.

—Por lo menos hemos parado a una. —La voz aguda y tensa parecía más tranquila, pero su proximidad, que reverberaba en el cuarto de baño, estremeció a Rosemont—. Eso es algo, ¿no?

Rosemont se contrajo completamente. Se estrechó cuanto pudo contra el tabique de la ducha y procuró no pensar en la mujer ni en sus ordinarias zapatillas cotidianas. El extraño código escrito en la tabla. El clavo. *Los tipos que han hecho esto. Dios mío, están aquí mismo, en esta habitación.* Lo descubrirían dentro de un segundo, y entonces, y entonces, y entonces...

—Siempre que aún no se haya fundido la conexión —observó la voz más profunda—. Sí, está bien.

—Vale. Vamos a hacerlo.

Rosemont cerró los ojos y escuchó, medio esperando el sonido de la sierra desmembrando a la mujer. Pero al parecer estaban poniéndose en cuclillas o sentándose en el suelo del cuarto de baño junto a ella. Un momento después estaban susurrando. Rosemont se esforzó para oír lo que decían, pero ambos murmuraban deprisa y a la par, tan tenue y apresuradamente como si se precipitasen hacia alguna conclusión. Rosemont no lograba distinguir las palabras individuales, ni siquiera el idioma, y el bisbiseo modelaba pequeños estampados en el aire, símbolos que también parecían hablarle con débiles susurros. Como la oración que musita, por ejemplo, el miembro de una tribu remota que se arrodilla en el desierto para examinar

el rastro dejado el día anterior por una caravana, preguntándose si se trata de huellas de dioses; un templo retumbante en el que unos curiosos ataviados con túnicas se arrodillan bajo un techo esplendorosamente decorado con pinturas de barcos para escuchar la lejana oración del tribalista de las arenas. Sus palabras, que no eran palabras tal como las concebía Rosemont, parecían hablarle por su propia voluntad. Libéranos de este lugar, suplicaban, de esta abominación de marga y agua, de este burdel de espías. Libéranos de las prisiones infectas de tus amos y llévanos...

En ese preciso instante la pared cedió a espaldas de Rosemont.

Cuando este echó una ojeada por encima del hombro comprobó que la pared de la ducha se había vuelto transparente, insustancial y oscura. Volvió a mirar. ¿Es el cuerpo de un animal lo que se mueve a la sombra de la pared? Un caballo. No, tiene pelo. ¿Lana? Rosemont exhaló un jadeo sofocado.

Los susurros del cuarto de baño se interrumpieron.

Rosemont alzó la vista. Escuchando. Cuando escrutó la escena al otro lado de la ducha no le pareció que hubiese cambiado nada en el cuarto de baño. La lujosa estancia presentaba el mismo aspecto que antes, con la bañera hundida, el querubín de escayola, el lavabo y el espejo del tocador.

Pero vio a los dos hombres en el espejo, y uno estaba mirando el reflejo de Rosemont, agazapado, como si estuviera dispuesto a saltar.

Rosemont dio un respingo aterrado y se estrelló de espaldas contra el tabique.

—¿Qué es eso? —inquirió el más bajo de los dos, que era pequeño y rotundo en todos los aspectos—. ¿Es real?

A través del espejo, Rosemont se percató de que el cadáver de la japonesa había desaparecido, los azulejos del suelo estaban limpios y el más corpulento de la pareja, que lo estaba contemplando con atención, tenía los ojos vidriosos y parecía ebrio.

—Podría ser —aventuró—. No estoy seguro. ¿Es John C. Miles?

—¿Eres John C. Miles? —le preguntó al espejo el más bajo.

Rosemont había enmudecido a causa de la sorpresa, desconcertado por sus preguntas.

El más bajo se puso en pie y sus abyectos ojillos despidieron un destello entre el odio y la perplejidad. Rosemont esperaba que arremetiese contra él en la ducha, suponiendo que podía valerse de la mochila a modo de escudo si su adversario tenía un cuchillo. Pero ambos siguieron observando su reflejo como si estuvieran contemplando algo milagroso a través de la niebla.

—Es un *doppelgänger* —afirmó el más bajo mientras retrocedía para salir del campo de visión de Rosemont en el espejo—. Una proyección de Miles. O de alguien más...

—Los lémures no pueden hacer eso —repuso el más corpulento. Reculó sin dejar de contemplar el espejo con expresión amenazante, mostrándole a Rosemont la coronilla de su voluminosa cabeza blanca—. Nunca se ha dicho que los lémures hicieran eso —añadió cuando se hubo apartado de su vista—. Nos vamos. Venga. Ya.

Al cabo de un instante el cuarto de baño estaba en silencio. Rosemont aguzó el oído, pero no percibió el sonido de la puerta al abrirse ni pasos en el vestíbulo. Nada. Miró por el espejo, mas no vio sino la pared que había a la derecha de la ducha. Después de que el tabique diera la impresión de desmoronarse y oscurecerse, Rosemont ignoraba si estaba realmente a salvo, si podía confiar en sus ojos o en sus sentidos. ¿Realmente se había desmoronado la pared? ¿Aquello había sucedido de verdad?

Finalmente salió de la ducha con las piernas temblorosas, aferrándose a la pantalla de la ducha y mirando hacia donde había estado el cadáver de la japonesa. No había nada más que azulejos rosados impolutos. Rosemont escuchó un poco más y abrió la puerta del cuarto de baño. Pero tampoco había nadie en el vestíbulo.

Rosemont cerró la puerta y atravesó rápidamente el baño hasta el lavabo, impelido por la necesidad de sentir algo real. Agua. Agua fría en las manos y en la cara. Se disponía a abrir el grifo cuando se quedó petrificado, presa del pánico al contemplar el espejo del tocador.

Una aglomeración de numerosos planos coloridos que representaban los ángulos y las ondulaciones de su rostro le devolvió la mirada. Pero el rostro del espejo no era el suyo, ni remotamente. Parecía reptiliano y abría la boca con independencia de la de Rosemont y de sus restantes movimientos, o más bien de la ausencia de estos, pues Rosemont estaba completamente paralizado, aferrándose al lavabo, contemplando aquella imagen cambiante con terror e incredulidad. En un momento su reflejo se asemejaba a un reptil o a un pájaro, pero al siguiente, cuando la cara cambiaba, parecía súbitamente simiesco y, acto seguido, el mosaico policromado de planos y superficies fruncía el ceño en una formidable circunferencia de pétalos de flores, antes de que cambiara la luz del baño y su semblante volviera a ser reptiliano.

Todo aquello era incomprendible. Rosemont sintió que los músculos de su rostro se dilataban, convulsionándose por la repulsión que le inspiraba el cuerpo de la mujer torturada, su posterior desaparición y la visión del animal en la pared de la ducha, pero su reflejo no lo imitó. Quiso desmayarse para dejar de contemplar aquella cosa. ¿Dónde estaba él? ¿Dónde estaban sus ojos castaños? Su mochila se estrelló contra el suelo, pero sus piernas se mantuvieron firmes, y Rosemont y el hombre reptil, frente a frente, abrieron la boca con una mueca de terror.

El Rey Niño estaba fumando frente a la puerta principal de Dona Mia. Hacía años que no fumaba, pero tenía una cajetilla nueva en la mochila y se proponía apurar aquel cigarrillo hasta el filtro. Observó a un grupo de doce personas que serpenteaba en dirección al estrado del jefe de comedor y se topaba con un grupo de ocho que salía de almorzar envuelto en una ofuscada neblina de mimosas y *bloody marys*. Un hombre al final de la cola de entrada asintió con la cabeza mirando al Rey Niño antes de introducir la mano en el bolsillo de su americana en busca de una cajetilla. Sosteniendo repentinamente un cigarrillo entre el dedo índice y el corazón, hizo un ademán, alzándolo. ¿Fuego?

No había viento, de modo que el Rey Niño extendió el mechero con el brazo entumecido y lo encendió. El hombre se puso el cigarrillo entre los labios, se inclinó y frunció los labios frente al mechero.

El Rey Niño y él exhalaban conjuntamente.

—¡Dios, cómo odio las fiestas de cumpleaños! —rezongó el hombre.

El Rey Niño sacudió la ceniza de su cigarrillo al mismo tiempo que él, manifestando su conformidad, y se volvió a guardar el mechero en el bolsillo de sus pantalones abolsados. Solía fumar ajeno a semejantes familiaridades tras del primer acercamiento, al silencio compartido y cortés, y al aliento y las manos conspiradoras de los fumadores. Pero ahora había regresado al mundo real. Y lo estaba recordando todo.

—¿Por qué ha venido?

El hombre respondió:

—Mi amiga Lara me ha dicho que había un adivino.

El Rey Niño no lo miró.

—Vale.

El incómodo silencio que se produjo a continuación le indicó al Rey Niño que enseguida iba a escuchar más, de modo que arrojó la colilla y la aplastó con la planta del pie. Se despidió del hombre con una mirada, recibiendo a cambio un lacónico asentimiento de cabeza, y entró en el restaurante.

El atrio se despejó cuando el grupo que aguardaba se dirigió hacia su mesa, y el Rey Niño entró y se detuvo solo ante el estrado. Percibía que la gente se volvía para mirarlo. Llevaba un suéter negro de cuello de cisne bajo el traje cruzado que había recolectado. Junto con su rostro bronceado, su postura derrotada, su negro cabello cortado a navaja y su traje a rayas, sabía que parecía más un vagabundo en busca de una película de gánsteres que un cliente típico de un restaurante como aquel. Pero no iba a dar más el pego.

Y eso era esencial, puesto que ahora era un restaurante distinguido. No hacía

mucho tiempo había recogido fresas orgánicas detrás del local, que entonces era la última cafetería jipi de la ribera occidental. Pero lo que antaño fueran bancos de madera basta, pizarras y una enseña que rezaba «Estados Unidos fuera de [rellena el espacio]» provista de una alcayata para colgar palabras como «Minnesota» o «Mi útero» ahora eran manteles blancos, barrocos menús italianos y cálidas paredes amarillas decoradas a la esponja con pintura granate. Además, la concurrencia era una amalgama prometedora para la inauguración de Dona Mia. Había muchas coletas grisáceas que caían sobre trajes de Ralph Lauren sentados junto a nuevos ricos suburbanos que se habían aventurado en la ciudad con pantalones de pinzas y magnífico cuero negro. La conversación bullía en el restaurante y había tres miembros del grupo Boiled in Lead sobre un reducido escenario empuñando guitarras y mandolinas, y desenrollando cuerdas negras, mientras las mimosas anaranjadas centelleaban en copas altas sobre las bandejas de bebidas que circulaban.

Lara salió de la cocina.

—Aquí llega el dragón^[4] —observó, riéndose entre dientes.

El Rey Niño se percató de que estaba boquiabierto. Con una blusa de seda púrpura con cuello oriental y zapatos negros de corte clásico que parecían más propios de la parte alta de la ciudad que de la ribera occidental, estaba transformada.

Lara se apartó de un hombro una exquisita cascada de cabello castaño.

—¿Qué?

—Llevas manga larga —se burló el Rey Niño.

—¿Ah, sí? Pues tú llevas traje.

El Rey Niño inclinó la cabeza.

—Así que los dos hemos venido de incógnito. En el antiguo local es probable que me hubiesen dejado enseñar los tatuajes, pero aquí no —observó Lara con una irónica sonrisa torcida.

—Supongo que este es el aspecto que tendrás los domingos a partir de ahora.

—El negocio familiar. —Lara puso los ojos en blanco—. Vamos, te prepararé.

Lo precedió a través del restaurante hasta un biombo instalado en un rincón y cuando pasaron ante una serie de espejos decorativos situados junto a la cocina, el Rey Niño vislumbró en ellos su reflejo, que lo miraba enfurecido con los brazos en jarras. Apartó la mirada enseguida y siguió a Lara.

—¿Tienes hambre? Le he pedido al jefe de cocina que pusiera tortilla de queso de cabra en el menú de hoy.

Cuando Lara le había dicho hacía varias semanas que su padre iba a conseguirle un empleo en el restaurante, el Rey Niño se la había imaginado fregando platos, con los brazos tatuados al descubierto, las botas salpicadas de espuma jabonosa y el cabello recogido en un moño encrespado. Pero controlaba el menú y podía contratar a un lector de tarot. Se sintió como un ingenuo.

—Queso de cabra, ¿eh? No. No necesito nada.

El cartel del biombo anunciaba «Lecturas de tarot» con la caligrafía de Lara. En

el rincón había dos sillas ante una mesita desprovista de mantel. El biombo de madera proporcionaba intimidad y había un cirio ardiendo junto a un cenicero. Lara le preguntó:

—¿Bien?

La escarpia de la pared indicaba que habían retirado lo que hasta entonces hubiera ocupado aquel lugar. El Rey Niño apagó la vela de un soplo y se la tendió a Lara.

—Bien.

Ella meneó la cabeza y la aceptó.

—No creía que se pudiera ser gitano y además minimalista.

—Gracias por el cenicero. —El Rey Niño dejó en el suelo su mochila, que contenía los cigarrillos y una baraja de tarot envuelta en seda—. Tienes mala pinta.

—Estoy hecha polvo. Después de Dream Machine nos fuimos al Wiggle Room Saloon a ver a Garbus. No deberíamos haberlo hecho. —Lara apoyó una cadera en la mesa y se dobló ligeramente—. Gracias por lo que estás haciendo, Niño —prosiguió—. Recuerda que aquí tienes amigos. Gitana está sirviendo mesas. ¿La has visto?

Gitana estaba flirteando con un fornido ayudante de camarero mientras la chispeante concurrencia se hacinaba en su sección de la cafetería. Eso estaba bien. Sería crucial disponer aunque fuera de un nidito de buena voluntad como aquel si necesitaba protegerse. La muchedumbre parecía inofensiva, pero si había un aprendiz presente, quizá el Rey Niño no lo detectase. Después de todo, en una ocasión un aprendiz arameo se había enmascarado como un seminario entero de alquimistas cuando las mafias locales se presentaron para ejecutarlo. Había oído que los ocultistas de la Hoja Negra podían enmudecer a ciudades enteras, sumiéndolas en un intenso sopor durante generaciones. Pero los que rendían culto a Jnum, el de la cabeza de cabra, eran los aprendices más pavorosos de todos; sus poderes nunca se habían documentado totalmente, de modo que, por lo que sabía el Rey Niño, podía haber un espía, un delator o un soplón oculto en aquella densa turba.

—Hey. Recibiendo transmisión. —Lara chasqueó los dedos para llamar su atención—. ¿Te encuentras bien?

Él se rió de sí mismo, entre dientes. Al parecer la nueva política de aplomo no estaba cuajando aún.

—He venido, ¿no?

—Por cierto —dijo Lara, adoptando un tono excesivamente entusiasta—, hay un apartamento barato al otro lado de la calle. ¿Te lo había dicho en Dream Machine?

—No.

—El casero es un viejo amigo de mi padre. Lo podría convencer para que renunciase a la fianza y, coño, en dos domingos, tendrías de sobra para pagar el alquiler del primer mes.

Maravilloso. Ahora soy su «proyecto». El Rey Niño echó un vistazo al reloj con la esfera en forma de girasol instalado encima de la barra. Las diez menos cinco. El trato estipulaba que el Rey Niño le echaba las cartas desde las diez de la mañana

hasta las tres de la tarde a cualquiera que quisiera una lectura y el restaurante a cambio le pagaba quinientos dólares en efectivo, además de las propinas, lo que suponía una suma principesca para el Rey Niño, que no podía negar que había estado acariciando la idea de un apartamento. Pero no le agradaba el numerito de niñera de Lara, la nota de su voz que le confería el aspecto de una animadora en los Juegos Paralímpicos.

—No sé, eso podría interferir con mis planes para pulirme la pasta en putas y crac, Lara.

La risa de Lara lo ayudó y, después de que ella se retirase al puesto del jefe de comedor, extrajo las cartas y las desenvolvió. Contempló la baraja un instante, tratando de conjurar la antigua excitación que le suscitaba. Nada. En el pasado, el tarot le había producido la misma sensación que a algunos les provocaba un buen fármaco potente que reorganizara y simplificara la vida a su alrededor. Antaño había adoptado de buen grado todas las ceremonias y los sacramentos triviales que entonces comportaban las cartas: el mantel de seda, la caja de madera donde se guardaba la baraja y la música necesaria: el segundo disco de *Bitches Brew* de Miles Davis, *Maggot Brain* de Funkadelic o nada en absoluto. Pero las tradiciones y obsesiones que había aprendido a lo largo de su vida subsiguiente habían dejado atrás al tarot. Cuando ahora observó las cartas, hojeando ociosamente la baraja, el Rey Niño estaba seguro de que la creación del tarot se había debido al optimismo exacerbado de que todas las cosas ocultas se podían revelar. Además, el tarot estaba diseñado como si el artista, con sus caricaturescas aproximaciones a lo místico (el Mago) y lo profano (el Loco), compartiera su patético optimismo. Para aquella actuación el Rey Niño había escogido la baraja de Rider-Waite, cuyos dibujos de trazos descarnados y colores atrevidos funcionaban bien con la gente que desconocía el tarot. Pero aquella baraja era una bagatela para él. Lo que antaño fuera Miles Davis ahora se le antojaba Steve Miller. La heroína se había transformado en cerveza. El tarot ya no lo satisfacía.

El Rey Niño tomó la baraja, la barajó una sola vez y descubrió la primera carta, que mostraba a un monarca ataviado con una túnica roja empuñando un cetro *anj* con sendas cabezas de cabra en los brazos de su trono. No eran las cabras de Jnum tal como estaban representadas en el símbolo que había encontrado, pero a veces hasta el radar inexacto del tarot interpretaba correctamente las cosas. De hecho, en contadas ocasiones, sus mensajes podían ser burlonamente precisos.

El Emperador. Rey de reyes y señor de señores. El primer día del nuevo empleo de un indigente.

Me estás observando otra vez, ¿verdad?, les dijo a las cartas.

La jornada empezó con una hermosa mujer entrada en la cincuentena que se presentó ante el biombo de madera con ojos de color azul celeste, el cabello blanco recogido en una trenza francesa y sin anillo en la mano. El escote de su vestido de tirantes era bastante pronunciado para una mujer de su edad. Se podían inferir generalidades de aquellos detalles, y el Rey Niño había aprendido cuáles eran

realmente reveladores.

—Nunca me han hecho una lectura. ¿Es usted psíquico? —le preguntó la mujer—. ¿Esto forma parte de su sistema de creencias?

—Adelante, baraje las cartas.

Cuando acabó, el Rey Niño tomó las seis primeras cartas y las arrojó sobre la mesa. Sin prestarles verdadera atención, declaró:

—Su pregunta atañe al amor y hay un amante del que desea saber más cosas. Él es más joven que usted.

La mujer esbozó una sonrisa enigmática, pero sus ojos destellaron, indicándole que se hallaba en el buen camino.

A medida que la mañana transcurría velozmente sin que se presentasen dioses egipcios, el Rey Niño se permitió relajarse. Enseguida los simples detalles físicos dieron paso a deducciones penosas (la fragancia de un puro sin fumar y una pulsera hospitalaria con la leyenda «centro de maternidad»; unas manos intensamente bronceadas pero pálidas en el espacio que había ocupado una alianza; los dedos temblorosos, los labios apretados y la verificación de que las lecturas eran gratuitas seguida de un pequeño suspiro de alivio) y estas a inducciones más asombrosas que se catapultaban desde la margen funesta de las metáforas. Así funcionaba una lectura de tarot, si en efecto funcionaba. No dejes de emplear metáforas hasta que encuentres la vena y brote la verdad. «El diez de bastos invertido es como la remisión del cáncer», y en efecto, el cáncer del cliente estaba remitiendo. Mientras tanto, Boiled in Lead removía sus pociones celtas. El Rey Niño echaba las cartas y aceleraba las lecturas en la medida de lo posible, como si estuviera compitiendo con sus violines y sus veloces guitarras.

Ese era el rollo. Después de la duodécima lectura, sabía qué cartas aparecerían en cuanto sostenía la mirada de la gente. *La tristeza está escrita por toda tu cara*. Nueve de espadas. *Tú eres un chulito, ¿verdad?* Seis de bastos. Cuando el sol pasó el mediodía veía el pasado y el futuro de todos los presentes en Dona Mia como si fuera la fotografía aérea de un río: de dónde manaban, hacia dónde se dirigían y dónde desembocarían a la larga. Vio las batallas legales de una mujer, recrudeciéndose sin desenlace a la vista después de haber consumido sus finanzas durante años. Vio que un hombre había engañado a su socio y que la culpa lo devoraría antes de que obtuviera un beneficio decente. La reconciliación con un hijo. Un joven destinado a Iraq. Amoríos sensuales y fortalezas ocultas. La psicología, la lógica y la sincronía recorrían dificultosamente los senderos de los transeúntes bajo el Rey Niño, que surcaba los cielos a lomos de una corriente de aire en la que no había navegado desde Roma.

Presas de palpitations efervescentes y bruscas, dio paso al siguiente cliente y desde el otro lado del biombo apareció su compañero de cigarrillo, acompañado por una mujer. El Rey Niño se incorporó y la pareja inclinó la cabeza ante él a modo de reverencia.

—Hola, hola —murmuraron mientras se sentaban ante la mesa.

El Rey Niño también se sentó y se disponía a ofrecerles la baraja cuando vio una repentina panorámica de su vida, como si alguien hubiese apartado un telón para revelar un cañón de abismos terroríficos. Procuró no echarse atrás físicamente. Se parecía a la sensación que había tenido antes de hallar el traje en el tercer contenedor, pero era tan poderosa, tan vertiginosa, que se preguntó si iba a perder el conocimiento.

Con las manos apoyadas en la mesa a ambos lados de las cartas anunció:

—Hoy las lecturas son gratis.

—Ya lo sabemos —respondió la mujer—. Está muy bien que Dona Mia...

—Pero quiero que ustedes me paguen.

El semblante del hombre era tan lóbrego como la puerta de una iglesia cerrada, y asintió como si hubiera esperado aquello y lo respetara.

—¿Cuánto quiere?

El Rey Niño ensanchó las aletas de la nariz. Si preguntó si acaso comprendían lo que estaban haciendo en aquel lugar o eran completamente inconscientes. En todo caso, había llegado el momento de trazar ciertos círculos de protección bien definidos a su alrededor, de hacer fintas y ganar tiempo hasta que averiguase lo que deseaban de él.

—Lo que le parezca apropiado —contestó, observando al hombre—. Usted dirá.

La mujer observó a su marido mientras este sacaba la cartera y depositaba diez billetes de veinte dólares encima de la mesa.

El Rey Niño contempló la pila de dinero. ¿Podría llamar a Lara a gritos?

El hombre lo estaba mirando.

—¿No es suficiente?

Al parecer se habían embarcado en una especie de cacería. A juzgar por la facilidad con la que se desprendían del dinero, el Rey Niño dedujo que lo habían hecho muchas veces en un vano esfuerzo de encontrar respuestas sobre la asombrosa profundidad de aquel cañón.

—Hemos oído hablar de usted —declaró el hombre. No miraba al dinero ni parecía importarle cuánto había.

—Lara dice que le leyó las cartas y le cambió la vida —musitó la mujer—, que realmente conectó con ella.

—La verdad es que casi siempre me lee las cartas ella a mí. —El Rey Niño se percató de que seguía teniendo las manos apoyadas en la mesa, de que no estaba amontonando el dinero. Si lo recogía, podía ganar más en un día en Dona Mia que en los últimos tres meses recolectando.

—Dice que usted es algo especial.

—Necesitamos algo especial —corroboró la mujer.

Los fanfarrones eran los que se delataban.

—Yo no soy nada especial. Solo soy lo que soy. Solo digo lo que veo —repuso el

Rey Niño. Fuera lo que fuese, era inminente. Si no los interrumpía en el acto desembucharían y un continente del cielo se desprendería, resbalaría y se estrellaría sobre él. Abrió la boca para hablar, para despedirlos, para decirles que cogieran su dinero y se fueran al infierno. Pero no podía negar que se compadecía de ellos. La visión de aquel territorio era como un río visto desde arriba; la corriente los arrastraba y a él también. Había puesto el letrero y había sacado el felpudo de bienvenida para todo el que deseara asomarse al otro lado. Lo había prometido; era una promesa intrínseca. Aunque no se atuviera a ningún código de lectores de cartas, no quebrantaba sus promesas, especialmente a las personas necesitadas.

—Tenemos que hacerle una pregunta —declaró la mujer. No era hermosa, pero se había engalanado con un collar de jade, un esmalte de uñas verde y unos zapatos de charol del mismo color. Su sombra de ojos tenía un leve matiz verdoso. Su costoso reloj hacía juego con los pendientes igualmente valiosos. El Rey Niño quiso dejar de darse cuenta. La mujer continuó—: ¿Nos reconoce?

No había previsto aquella pregunta. Volvió a mirarlos a ambos. El hombre se había arreglado las uñas y tenía fundas en los dientes, lo que resultaba extraño, puesto que no era lo bastante apuesto para ser actor, estrella de cine o presentador de informativos, y despedía cierto descuido desenfadado que sugería que semejantes esfuerzos por tener un aspecto tan bueno en realidad no le importaban.

—No —contestó el Rey Niño—. ¿Debería?

El hombre asintió aprobadoramente.

—No.

No importaba. La escuela era extraña, pero todos se portaban muy bien con ella. Ahora podía usar aquel nombre. No importaba en realidad.

El Rey Niño se estremeció.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre.

—Calla —terció la mujer—. Lo sabe.

—*Shh.* —El Rey Niño la acalló con furia, retrepándose en su asiento, inclinándose sobre la mesa como si hubiera balas silbando sobre su cabeza—. Yo no «sé» nada.

El hombre se adelantó poco a poco hasta el borde de la silla, y los sosegados rituales de eufemismos y silencio que compartían los fumadores se disiparon en un ataque de pánico.

—¿Sabe dónde se encuentra?

El Rey Niño se reclinó contra el respaldo de la silla, mareado, preguntándose si iba a derrumbarse.

—¿Puede ayudarnos a encontrarla? Porque si puede hacer...

—¡No! Lo siento, yo no sé nada y no veo nada —lo interrumpió el Rey Niño con un graznido descompuesto.

La pareja no se movió. Lo observaban expectantes, interpretando el movimiento de sus hombros, de sus cejas.

—Dios, Lara tenía razón sobre usted. Tiene que decirnos si puede verla. Venga, si se ha puesto verde.

El Rey Niño cerró la boca con un chasquido. Cerró los ojos y meneó la cabeza. No, no sabía nada, al igual que ellos. No sabía, con solo mirarlos, que soportaban la culpa y la vergüenza como los turistas asustados que se aferran a sus maletas en una ciudad peligrosa en la que no deberían estar. Que su arrogancia le decía más que sus súplicas afligidas. Que con el lustre de los zapatos del marido y el esplendor del tinte de la esposa intentaban, en primer lugar, causar buena impresión y en segundo lugar, encontrar a su hija. No se podía culpar al pobre hombre; había perdido pie y estaba agitando los brazos. Ignoraba cómo entender aquel horror, y ella también, a juzgar por los pendientes que había escogido, adquiridos en un centro comercial, como si aquello no fuera más que otro almuerzo de domingo en la ciudad para una pareja suburbana. ¿Quién iba a saber cómo comportarse? ¿Acaso había guías disponibles que indicasen cómo vestirse cuando se buscaba a un hijo que había desaparecido hacía más de un año?

Y todo aquello se basaba en las deducciones, en el simple hecho de haber echado un millar de cartas y que equiparaba su capacidad para leer a un perfecto desconocido con la de los terapeutas experimentados y los estafadores. ¿Cómo iba a revelarles lo que se le había inducido al cabo de todo un día leyendo cartas con los sentidos abiertos y la ventajosa posición desde la que observaba su pequeño reino? ¿Cómo iba a decirles que su hija había desaparecido debido a su insulsa falta de atención? Sus cinturones, sus pulseras y sus modales impecables y obsequiosos le indicaban que quizá estuvieran dispuestos a creer cualquier cosa que les dijera, que la había atropellado un coche en un bulevar oscuro y que su cuerpo aparecería en un callejón o en una alcantarilla lejana. Su respuesta era irrelevante; solo deseaban que les hablase con autoridad.

Habían aconsejado a los Elling que presentaran el mejor aspecto posible para que volvieran a invitarlos a aquel programa de televisión. Costaba mucho dinero estar tan elegante, pero estaban dispuestos a todo, decía su bronceado de cama solar, a hipotecar lo que fuera, decía el collar de la mujer, y a reclutar a cualquiera que estuviese dispuesto a ayudarlos, aunque para la gente de la cadena solo significaran índices de audiencia.

Y el Rey Niño lo sabía. Sí que lo sabía. La pequeña Tanya Elling había deambulado a la deriva durante una infancia sin ataduras de ninguna clase hasta que había encontrado una salida. No. Eso no era cierto. Alguien había encontrado una entrada.

Publicidad. Tiempo en antena. Atraigan la atención de los medios de comunicación hacia la historia. Es difícil competir con la cobertura de la guerra. Hagan lo que puedan.

Estaba desconsolado y furioso. Qué descaro. Qué hipocresía redomada demostraban al pedirle ayuda y buscar respuestas. Después de haberla dejado sola por

las noches mientras ellos se iban de copas con sus amigos o permitirle que pasara la noche con personas a las que apenas conocían. No comprendían que tenían las manos llenas de mierda, y jamás se permitirían comprenderlo.

A veces, la metáfora se manifestaba en primer lugar y los detalles se presentaban desde el otro extremo. Unas zapatillas de tela azul y unas medias blancas en un contenedor. Un recibo por la compra de ropa nueva en Old Navy. Una voz dulce que imploraba la primera noche lejos de papá y mamá, demasiado dulce para que el Rey Niño la pudiera soportar. Pero cuanto más tiempo estaba lejos, más sencillo resultaba. Así eran las cosas con los chicos.

Dejadme en paz. No me lo enseñéis, deseaba decirles, pero en aquel momento comprendió lo que estaba sucediendo.

Alguien había entrado, en efecto, y se había apoderado de su hija, sí, pero alguien había entrado también en los padres, en su mismísimo corazón. Un maestro, uno de los poderosos, había cometido aquella atrocidad, o cuando menos había permitido que un monstruo explotase una debilidad. Pero aquel aprendiz había subyugado al señor y la señora Elling con una energía taimada y ominosa que hizo que el Rey Niño sintiera de pronto como si las paredes de Dona Mia fueran los dientes de una trampa de resorte cuyo cebo eran los padres y su tragedia imposible de ignorar.

—Lo siento muchísimo —dijo. Se desplomó en la silla, simulando agotamiento, aunque de hecho estaba agitado y convulso y deseaba salir corriendo del restaurante—. Todas mis visiones espirituales se han difuminado. No se ha manifestado ningún tótem ni ninguna bola de cristal. Debo hacer una meditación guiada con velas o algo parecido. No sería justo que aceptara su dinero.

El hombre asintió con ademán comprensivo. Sin duda les habían dado aquella explicación anteriormente.

Pero la mujer no se la creía.

—Usted ha visto algo —dijo sucintamente.

El Rey Niño recogió los doscientos dólares y se los entregó al hombre.

—No hasta que nos lo cuente —insistió la mujer, arrebatándole los billetes a su marido para estamparlos de nuevo sobre la mesa—. Usted es un hombre bueno. Los dos nos hemos dado cuenta. No puede negarse a decirnos si sabe dónde está Tanya.

El marido, siguiendo el ejemplo de su esposa, se inclinó sobre la mesita y apoyó una mano en el hombro del Rey Niño. Este sentía una pena lacerante, compasión y pesar..., pero sabía que no podía demostrarles nada de eso. No serviría de nada, tan solo les daría ánimos. Por el contrario, apartó la mano del hombre con brusquedad.

El otro ignoró el gesto.

—¿Sabe dónde está su cuerpo? —inquirió.

Qué pregunta tan deliberadamente estúpida, pensó el Rey Niño. Como si a los humanos no les quedase un solo voltio de instinto. Como si el animal que habitaba en el interior de aquel hombre no pudiera presentir lo que le había sucedido a su cachorro. Les convenía más aquella santurronería ensoberbecida, ignorar lo que

habían permitido que ocurriera. Haber subyugado a aquellas personas significaba conectarlas con un canal borroso y, en su rabia, quiso subyugarlos físicamente y obligarlos a asumir su propia responsabilidad, para que admitieran que su patética debilidad los había conducido hasta aquel momento.

Estaba a punto de subyugarlos, de guiarlos a ambos, el uno junto a la otra, bajo la antigua arcada, donde se podía atar a los humanos como a perros, ya fueran reyes, mendigos, pecadores o gurús, donde era obvio que ya los habían subyugado a los dos. Estaba dispuesto a hacerlos suyos con la intención de liberarlos, hasta distinguía el tono quejumbroso de la misteriosa congregación que siempre se reunía en torno a aquel funesto arco.

Pero no pudo. Ni siquiera para ayudarlos. Jamás volvería a subyugar a nadie. No quería que recayeran más almas rotas sobre la suya.

Además, había otras formas de quebrantar los vínculos del poder.

—Como si no lo supiera —siseó el Rey Niño a los Elling con su tono más amenazador—. Como si no le hubiera hecho la vida imposible a esa pobre chica desde que nació.

El rostro de ambos palideció. No hubo ni siquiera una nota de horror o desconcierto en su semblante. El teléfono móvil del marido empezó a sonar, pero él no se movió.

—Muy bien, háganse los suecos. Un poco más —prosiguió el Rey Niño—. Pero escúchenme. No la encontrarán. Por lo menos enseguida. Tiene otro apellido, vive en otra ciudad, va a otra escuela y tiene otros amigos. Todo ha vuelto a la normalidad. —Estaba diciendo la verdad burlescamente. Era la única forma, aunque fuese como un filo dentado sobre su corazón decir siquiera esas palabras. Entonces, para asegurarse de que el hombre se pusiera en pie, ayudase a su esposa a levantarse y se encaminaran sin demora a la salida, añadió—: ¿Quiere oír lo mejor? Ella le dice a su nuevo padre que lo quiere.

Tal como esperaba, el hombre se incorporó. Pero en lugar de ayudar a su esposa a levantarse como había predicho, se inclinó sobre la mesa, se precipitó hacia delante y antes de que el Rey Niño pudiera detener el golpe una supernova de dolor estalló en su rostro.

Se cayó de la silla, agitando los brazos como si fueran los miembros desprendidos de un maniquí roto. Tendido en el suelo del restaurante, mientras se percataba de que su nariz se abría como un grifo, creyó que transcurría mucho tiempo, pero entonces advirtió que la mujer seguía contemplándolo con furioso asombro. El hombre seguía irguiéndose tras haber lanzado el puñetazo, frotándose los nudillos doloridos.

El Rey Niño esbozó una sonrisa ebria, con la boca húmeda y caliente a causa de la sangre.

—Ese es el espíritu.

—Hijo de puta chiflado —le espetó el hombre.

El biombo de madera que los ocultaba se tambaleó de repente, desmoronándose

hacia un lado, y un segundo después, Lara y Gitana estaban sujetando al marido por la americana y el cinturón para apartarlo de la mesita. Obligándolo, advirtió el Rey Niño.

—¡Hijo de puta chiflado!

Lara le estaba diciendo que se callara, mientras el Rey Niño se incorporaba a duras penas, pues le parecía encontrarse en un barco que se escoraba. Se aferró a la mesa como si esta estuviera a punto de resbalar por el suelo, pero un instante después el ayudante de camarero con el que había estado flirteando Gitana surgió de la muchedumbre boquiabierta y lo derribó, dejándolo sin aliento al estrellarse ambos contra el suelo.

—¡Winn! ¿Qué? ¡Quita! —exclamó Lara.

Un golpe violento propulsó la mandíbula del Rey Niño hacia la izquierda, sumiendo su cerebro en el sinsentido y el desorden. Hubo más gritos y varias palabras malsonantes, pero todo quedaba sofocado por los denodados gruñidos del gorila que tenía encima, descargando puñetazos sobre él. ¿Qué demonios estaba haciendo aquel tipo?

—¿Qué demonios estás haciendo? —exclamó Lara—. ¿Qué demonios? ¡Para!

El Rey Niño era vagamente consciente de que seguía oyendo la voz de la muchacha perdida, que canturreaba la misma canción que había cantado para consolarse la primera noche. Lo único que quería era sacársela de la cabeza, escapar de ella y de la paliza que le estaban propinando. Al cabo de un segundo se encontró junto a ella, la hija perdida, una chica corriente con el cabello grasiento de color caoba. Estaban en un campo de labranza, con franjas de nieve blanca sobre la tierra negra y rastros soleados de mazorcas de maíz que la atravesaban. El viento de la pradera se abatía sobre ellos y su camisón con motivos de veleros no era ni mucho menos suficiente para protegerla de su amargo mordisco.

—¿Qué está pasando? —le preguntó al Rey Niño.

Un mirlo de alas rojas gorjeaba en la cenagosa distancia.

El Rey Niño se palpó la nariz. Estaba recta e intacta.

—Tú debes de habernos traído hasta aquí.

Ella se abrazó los codos y dobló las rodillas, tiritando.

—Joder, estoy helada.

El Rey Niño percibía las campanadas de una iglesia reverberando sobre la tierra uniforme.

—Yo tenía otra cosa. El tarot. Me inventaba historias del tarot en casa de mis abuelos.

El Rey Niño miró por encima del hombro y distinguió dos figuras, pequeñas debido a la lejanía, que se dirigían corriendo hacia ellos en una amenazadora línea recta. El restallido de sus túnicas leonadas le infundió pavor. Se había ocultado de ellos durante doce años y lo habían encontrado precisamente en aquel lugar. Rastreadores. Velocistas del desierto. Asesinos. Apenas precisaban agua o descanso

cuando iban a la caza de cultos rivales para exterminarlos y podían dar saltos en el tiempo, a través de los sueños.

De repente, la muchacha se hallaba al otro lado del campo, separada de él por un istmo de nieve, y le susurró al oído:

—Será mejor que te vayas.

No creía que se tratara de un sueño ni de nada «real», pero estaba seguro de que los corredores del desierto eran bastante reales.

—Sí, me parece que es una buena idea. Pero ¿cómo? ¿Cómo me «voy»?

—Gracias por intentar ayudar a mis padres —musitó la joven—. ¿Estarás bien?

Desde el otro lado del restaurante, mientras contemplaba las espaldas de los testigos y escuchaba el clamor de los cubiertos contra el suelo y los gritos de confusión, el Rey Niño empezó a retroceder de espaldas en dirección a la puerta principal. Cada paso que daba dejaba una llameante huella roja en los espléndidos azulejos de cerámica del suelo del restaurante y su visión lo llenaba de tristeza.

Eso espero, pensó, respondiendo a la chica. Haz cuanto puedas para huir, Tanya Elling.

No había tiempo para ocuparse de las huellas. Tenía suerte de haber escapado de la melé del rincón.

—¿Dónde está? ¡Lo tenía, joder!

—Winn, ¿quieres dejarlo ya? Dios, ¿qué te pasa?

De todas formas, ninguna de aquellas personas vería las huellas, de modo que antes de que lo encontrasen los rastreadores retrocedió a toda prisa, dejando una estela de pisadas tan rojas como un camión de bomberos en el suelo de Dona Mia y finalmente giró en redondo y echó a correr, precipitándose a través de la entrada principal.

Estaba encima y detrás de él. Percibía su presencia como si fuera fuego que lamiera el tabique del cuarto del baño. Rosemont tomó asiento en la tapa del retrete, inclinando la cabeza casi hasta las rodillas para no ver el espejo, y deseó hallarse en la Posada de los Aprendices. Fuera del cuarto de baño la casa estaba en silencio, y la pequeña parte de su cerebro que seguía siendo suya, que seguía siendo racional, lo apremió a salir mientras pudiera. Pero no sabía si podía ponerse en pie, no sabía si la cosa del espejo estaba contemplándolo en aquel preciso instante. Si miraba por encima del hombro, ¿seguiría allí, esperando para sostenerle la mirada, abriéndole su fea boca? ¿Cómo se había metido ahí dentro? ¿Estaba realmente allí? ¿Procedía de él? No era él. *No soy yo. No es ninguna parte de mí.*

Estaba ocurriendo algo más, se dijo. Estaba pasando algo y él debía aclararse las ideas, reflexionar. Los dos hombres que canturreaban habían creído que la cosa era John C. Miles, pero ¿por qué demonios iban a llegar a esa conclusión?

Rosemont volvió la cabeza hacia la izquierda y miró furtivamente al espejo por encima del hombro, pero lo único que vio fue una mancha de agua con forma de pez en el techo que se reflejaba desde el otro lado de la habitación. Aspiró una bocanada de alivio y exhaló. Con la cosa momentáneamente ausente, Rosemont bloqueó el reflejo de la mochila doblándose sobre ella y extrajo el archivador rojo. Seguían temblándole terriblemente las manos, pero abrió la cubierta y examinó el contenido subsiguiente a «La impugnación de Rosemont» en busca de pistas sobre la relación de Miles con la cosa del espejo. Pero el archivador solo contenía copias de documentos antiguos, fotocopias y hasta algunas láminas mimeografiadas. Rosemont sabía que las fibras deshilachadas de los manuscritos antiguos destacaban con una cualidad casi arenosa cuando se fotocopiaban, de modo que algunas de aquellas copias debían de proceder de los documentos primarios originales. ¿El nombre de John C. Miles en la cubierta significaba que él había recopilado aquellos documentos, que los habían recopilado en su nombre o que, por alguna razón, se referían a él? Otras páginas del archivador parecían simples cartas; hasta había notas manuscritas en servilletas de bares de hotel, aunque ninguna de ellas ostentaba la caligrafía infantil y afilada de Miles. Casi todas eran copias. ¿Aquellos dos hombres estaban dispuestos a matar y a torturar por eso? ¿Copias de documentos antiguos?

Rosemont se había olvidado momentáneamente del espejo. Echó un vistazo huidizo por encima del hombro. Solo el techo. Nada más. Quizá no hubiese sucedido. Quizá aquellos hombres hubieran sido alucinaciones a las que había engañado otra quimera. Rosemont suspiró. Se dijo que quizás ya estuviese a salvo y continuó hojeando el archivador. Lo serenaba el tacto del papel reseco en los dedos.

Después de los textos fotocopiados encontró lo que parecía una entrevista que

Miles había llevado a cabo con una mujer llamada Priscilla, diversas transcripciones médicas y algunos recortes de periódico. En ese momento, un artículo resbaló de las últimas páginas. Las páginas no tenían agujeros y parecían limpias y nuevas. Se titulaba:

Análisis químico de fibras
Dra. Johanna Ingebretsen
Instituto Guelph

Un análisis de fibras. Un simple y tedioso análisis de fibras. Rosemont retornó agradecido a la familiaridad de la rutina académica, al ritmo lógico del informe y la prosa ordinaria del científico. La gráfica de columnas de la composición orgánica indicaba una considerable presencia de materia vegetal procedente de caducifolias y coníferas. Asimismo, el análisis químico de infrarrojos revelaba una elevada tasa de cobre. Los equilibrios de pH resultaban hermosos por su aburrida simplicidad. Mientras absorbía la gráfica de la tasa de descomposición se percató de que sus manos habían dejado de temblar.

Guelph era un laboratorio de primera; cualquiera que fuese el objeto del examen, estaba recibiendo el lujoso tratamiento acostumbrado. Sin embargo, el excéntrico académico John C. Miles no tenía necesariamente aquella categoría. Considerando el calibre de aquel análisis, Miles era más bien el típico estudioso que consideraba que investigar consistía en emborracharse durante toda la semana.

Mientras se apartaba el cabello sudoroso de la frente y escrutaba de nuevo el informe, Rosemont intentó determinar lo que se estaba autenticando, pero no llegó a discernirlo. La datación carbónica indicaba que los pigmentos (¿eran de un texto o de un cuadro?) apenas tenían más de mil años de antigüedad, situándolos en algún momento entre los años 925 y 950 d. C. Probablemente tenían su origen en los gremios de boticarios o de artistas del norte de Italia de aquella época, conjeturó Rosemont al observar la elevada cantidad de cobre presente en los pigmentos y la pintura. Las fibras de la muestra que se facilitaba eran coherentes con la masa que se empleaba para fabricar papel de forma tosca y primitiva en Europa, y la masa (la pulpa húmeda que a la larga se transformaba en papel) procedía de madera caducifolia resistente de variedades típicas también del norte de Italia. El análisis las situaba en la misma época que los pigmentos: el año 950 d. C.

Para el historiador de arte que habitaba en Jeremiah Rosemont (la parte de sí mismo que había abandonado y dado por muerta en Texas años atrás) aquello no era menos desconcertante que recibir una carta en la noche de Managua o tener visiones sobrecogedoras en los espejos de Roma. La fecha carbónica era demasiado antigua. Preguntarse por el objeto del análisis era secundario al mero hecho de que se hubiese descubierto algo hecho de papel en la Europa del 950. Los chinos, que habían inventado el arte de fabricar papel, lo habían mantenido en secreto hasta bien entrado

el primer milenio. El secreto solo se había divulgado en un punto, cuando los musulmanes persas saquearon una ciudad del oeste de China y secuestraron a varios papeleros locales. ¿Pero en el 950? ¿En el norte de Italia? En aquella época el secreto apenas estaba llegando a lo que actualmente era Iraq, pues las primeras instalaciones para fabricar papel aparecieron en Bagdad en el año...

Rosemont rechinó los dientes, rumiando una idea. La palabra «tarot» salpicaba toda la carta al editor de Miles, y Rosemont también la había visto en algunas de las restantes transcripciones. ¿Se trataba de un tarot? ¿De una baraja confeccionada en el año 950? De ser así, las ramificaciones se propagarían más allá de los estudios taróticos. No se había fabricado papel en Europa hasta el año 1150. El juego de Tarocchi, para el que se habían diseñado específicamente las cartas del tarot, no se había jugado hasta trescientos años después. Era como encontrar un automóvil en la Inglaterra de Shakespeare.

Rosemont recordó una disputa con John C. Miles hacía tres años. Otros episodios importantes de su pasado adquirieron poco a poco una nitidez cristalina mientras sopesaba la relación de aquella discusión típicamente peculiar con el informe Guelph y los cadáveres que desaparecían, los hombres que salmodiaban, las visiones del desierto y los reflejos perturbadores y desorientadores. Quizá fuera precisamente la alteración de la realidad que acababa de sufrir la que había provocado que brotasen de su mente pensamientos inéditos, obligándolo a plantearse que el altercado fortuito de la conferencia de Atlanta sobre el arte renacentista albanés no hubiera sido fortuito en absoluto, como tampoco los sucesos que se habían derivado de él. ¿Acaso Miles había intentado decirle algo entonces? Tendría que haber sabido que estaba tramando algo en aquel momento, pero había tantas cosas de Miles que siempre habían sido caprichosas, desde su forma de vestir hasta su forma de entrar en una habitación, que Rosemont simplemente había considerado que su viejo amigo era demasiado inmaduro y no lo bastante adulto, que no había logrado sobreponerse a la obstinación y los excesos de una juventud rebelde en Austin, Texas. La levita de sepulturero. Las gafas de francotirador con cristales amarillos. Los andares erráticos de Groucho Marx. La vena inconformista e inmadura. Su aparente capacidad para perder la noción del tiempo aunque hubiera que respetar compromisos importantes.

—¡Perdón! —Casi siempre hacía sus apariciones estruendosas y repentinas con una disculpa, tanto si entraba un antro de vaqueros como en una sala de conferencias repleta de colegas—. ¡Perdón! No he podido evitarlo. Perdón. —Miles ya estaba mascullando cuando entró en la Sala de Conferencias A, donde lo esperaban unas cincuenta personas y un consorcio de historiadores del arte renacentista—. Un nazi. Lo siento. Pero es que había un nazi.

Desde la mesa de los panelistas de la Sala de Conferencias A, Rosemont lo siguió con la mirada mientras atravesaba las puertas dobles prácticamente a la carrera, sorteaba al público y se dirigía a la mesa de los panelistas con su bolsa negra de mensajero rebotando contra la cadera y haciendo ademanes apologeticos en el aire

con una mano.

—¡Justo delante del hotel! ¿Pueden creerlo? Un auténtico nazi vivo. —El gesto de disculpa se transformó en un pulgar que señalaba enérgicamente por encima del hombro—. Un policía, quiero decir. —La mano volvió a saludar a la concurrencia—. Le estaba comprando cables de arranque a un tipo con la mejor intención, pero resulta que no hay que decirle a un policía que se está entrometiendo... ¡Oh, no habéis empezado sin mí! Hola. Hola.

Cuando Miles llegaba solo cinco minutos tarde al panel, el moderador, uno de los organizadores de la conferencia, les había preguntado a los asistentes si deseaban empezar sin él, pero no había sido más que una pregunta retórica. Los espectadores habían acudido para presenciar la trifulca entre Miles y Rosemont, de modo que murmuraron una negativa, algunos menearon débilmente la cabeza y se dispusieron a esperar con los brazos cruzados. Ahora que Miles estaba presente, muchos sonrieron o pusieron los ojos en blanco ante el viejo loco John C. Miles, como si fueran cómplices de una broma deliciosa, y aquello enojó a Rosemont. Como si no estuviera ya bastante consentido. Como si el debate fuese a tener la menor importancia. Hasta el doctor Vincent Abernathy, al que había enviado un museo francés con objeto de hacerle a Rosemont una oferta que este no tenía intención de rechazar, parecía ansioso de entretenimiento.

Rosemont, desde el estrado, miraba encolerizado a los que sonreían, deseando que no alentasen a Miles. Se acercó el micrófono. Su voz seca retumbó en la sala.

—Oh, qué bien, por fin ha llegado el cabaré.

Ahora Miles estaba saludando a los tres panelistas.

—Mira, ese es Harvard. Hola, Sarah Lawrence. Hola, Jeremiah. Mírate. Ya estás cabreado conmigo.

—Gracias por venir, John —dijo el moderador, ufano. Rosemont le dirigió una mirada malévol. Probablemente él era el que había preparado aquel pequeño *tête-à-tête*.

Miles se detuvo tras la silla abierta y el rótulo que llevaba su nombre.

—¿Aquí? —Acto seguido señaló a Rosemont, se tocó la punta de la nariz y volvió a señalarlo—. ¿Les importaría? —Miró al moderador y a los otros dos panelistas (Ted Fitz de la Sarah Lawrence y Denise Olivetti de Harvard, que flanqueaban a Rosemont) diciendo—: Me tendrían que haber puesto al lado de Jeremiah.

El moderador frunció el ceño.

—John, vamos a empezar. Ya han pasado veinte minutos de un espacio de una hora. Vamos a...

—Harvard. ¡Hop! ¡Cámbiame el sitio!

Denise esbozó una sonrisa dolida, pero al cabo de un instante se levantó de la silla como una marioneta.

Entretanto, Ted Fitz ordenaba los puntos esenciales de su disertación sobre la

influencia del Califato en la Sombra en el tarot. Rosemont sonrió. Como si fueran a darle ocasión de hablar...

—Mientras nuestros expertos se ponen cómodos e intercambian saludos, permítanme recordarles a todos que este panel se llama...

—¿Quieres agua? ¿Jeremiah? ¿Tienes sed? —Miles alzó la jarra de agua helada después de servirse—. No te levantes. Te la pongo yo. —Olisqueó la jarra y se encogió de hombros—. Sabes, tío, he leído el artículo sobre Moakley que publicaste en *Orbis Tertius Hermeticus*, y tenemos que repasar algunos problemas. —Miles se cruzó con Denise por detrás del moderador, sosteniendo en alto el vaso y la jarra. Denise seguía sonriendo, esforzándose por parecer audaz.

—¿Para qué necesitabas cables de arranque, Miles? —exclamó alguien al fondo de la sala.

Miles llenó el vaso de Rosemont.

—Eran muy baratos. No creo que ese tío supiera qué baratos los estaba vendiendo —respondió, protegiéndose los ojos de las luces del techo y observando a la concurrencia—. ¿Eres Everett? Hey, tío.

Estupendo, pensó Rosemont. *Se ha traído a su séquito*.

Los asistentes estaban descruzando los brazos y adelantándose en sus asientos. El mundo de los historiadores del arte no era un mundo de artistas, aunque la mayoría abrazase lo que Rosemont había denominado *faux-hemia*. La porción del mundo de la historia del arte que estaba obsesionada con el Renacimiento era pequeña, próspera y discreta, como un bosquecillo de arbolitos obsequiosos bien atendidos. En Austin, Texas, un charlatán ataviado con chaqué de enterrador apenas llamaba la atención entre fantasiosos vaqueros punks, los Butthole Surfers, separatistas tejanos, zendiks^[5] neohipis y diversos maniáticos calcinados por el desierto. Sin embargo, en la conferencia sobre el arte renacentista albanés, su predisposición a tocarse la nariz con el dedo pulgar frente al solemne académico Jeremiah Rosemont lo convertía en un acontecimiento destacado; de ahí la presencia de cincuenta personas en una conferencia de solo doscientos participantes en total.

Miles descansó los codos sobre la mesa y mirando de soslayo a Rosemont, que estaba a su derecha, dijo ante el micrófono:

—Vamos a levantar la mano. ¿Quiénes de los presentes han leído el artículo de Jeremiah en *Orbis Tertius Hermeticus*? Ese es el que me dejaba por los suelos.

—¡Dios! —rezongó Rosemont desdeñosamente—, nadie te dejaba por los suelos.

Unos dos tercios del público alzaron la mano.

—Miles —añadió Rosemont. Sabía que su tono exasperado haría que pareciera un pesado, pero no podía evitarlo. Quería dejar a Miles por los suelos ahora—. Me refería a ti, no te atacaba. Admiraba tu investigación sobre el *triumphus*...

—¿Que la admirabas? ¡Estabas cabreado conmigo! Ni siquiera tratabas mi tesis sobre los orígenes ocultos.

Rosemont no podía creer que se tratara de eso.

—¿Y bien? —replicó—. ¿Qué pasa? Mi artículo hablaba de la correlación existente entre Mardi Gras y el tarot, Miles. Decía específicamente que no me parecía que el tarot tuviera orígenes ocultos. Yo no...

—¡Ajá! —Un dedo largo y huesudo apareció ante la cara de Rosemont.

Rosemont dio un respingo.

—¿Qué?

—¡Lo admites!

—¿Que no tiene orígenes ocultos?

—¡Eso es! —exclamó Miles.

—Claro que lo admito. ¿A dónde quieres llegar?

—¿Llegar? —Miles se arremangó la camisa y se limpió la boca. Rosemont conocía aquel gesto. Significaba que hablarle de aquello lo ponía nervioso, y le inspiró ternura, quiso decirle a su viejo amigo algo que pudiera serenarlo. Pero aparentemente aquello era un combate de boxeo en lugar de una charla entre amigos o un animado coloquio en Trudy's o en el Circo del Pasma Infinito. Rosemont había rebasado la línea que Miles había trazado en la arena; su antiguo amigo no estaba dispuesto a escuchar palabras afectuosas en aquel momento. Miles se retiró la mano de la boca y el momento pasó—. Estoy de acuerdo con todo lo que decías en tu mierdecilla de artículo —prosiguió—. Sí, el tarot está arraigado en los desfiles de Cuaresma del Renacimiento, que a su vez están arraigados en la antigua Roma y en los ritos triunfales que honraban a los generales victoriosos.

—Al igual que Mardi Gras —intervino Rosemont, mirando a Abernathy—. En las carrozas que construyeron los soldados para el triunfo de Tito en el año 71 d. C. tras la campaña de Jerusalén y...

Se escuchó un golpe estruendoso. Miles estaba simulando cabecear sobre el micrófono y sus ronquidos retumbaban por la sala.

—El problema —gritó este, alzando bruscamente la cabeza—, es que no se puede tener ambas cosas. No se pueden mencionar los ritos triunfales sin referirse a su propósito oculto.

—¿Propósito oculto? —repitió Ted, cuyo acento levemente inglés había adoptado un registro semejante al de los Monty Python—. ¿Un general? ¿Que vuelve a Roma para vanagloriarse? ¿Qué propósito oculto puede haber en un desfile militar?

—Vaya, cuánto me alegro de que me hagas esa pregunta —repuso Miles, distendiendo su semblante en una amplia sonrisa tejana—. ¿Cómo termina el *triumphus*, Ed? ¿Qué sucedía después de que el triunfador desfilara por las calles de Roma en el sentido de las agujas del reloj, empujando a su enemigo encadenado frente a él?

—¿Un polvo estupendo? —aventuró Ted. El público se rió complacido.

—¿No lo sabes? No tiene nada de malo admitirlo. Solo te están juzgando tus colegas —dijo Miles, refiriéndose a la concurrencia con un ademán de la mano.

Ted carraspeó, levantó el mentón y se rascó la garganta.

—La verdad es que mi área de especialización es la influencia egipcia en el tarot —respondió.

—Egipto. Si no tuvieras una cátedra —masculló Miles, cuya voz rezumaba desprecio—, eso sería encantador.

—John, ya basta. Como facilitador, debo pedirte que te abstengas de...

—¡Un sacrificio de sangre! —bramó Miles frente al micrófono—. ¡Un culto de sangre! Una sangría sangrienta de sangre ensangrentada. ¿He mencionado ya la sangre? ¿Por qué? ¿Lo sabe alguien? Dios, este panel se está viniendo abajo. —Se puso en pie con el cable del micrófono enrollado en el otro puño, como si fuera un cantante de *rock*—. ¿Everett? ¿Sigues ahí, tío? Adivina el motivo de que hicieran un sacrificio de sangre al término de un desfile militar.

—Por la gloria continuada de Roma —chilló Everett, cuya voz parecía un débil contrapunto a los gritos de Miles a través del micrófono.

—¡Mal! Bueno, claro, eso es, pero venga, vamos a darles una lección —exhortó este, clamando como un predicador—. ¿Quién más estaba allí? ¿Quién esperaba al guerrero victorioso en el templo de Júpiter en el apogeo del espectáculo? ¡Vamos! ¡Decidlo! —exclamó, señalando al público.

—¡Un *haruspex*! —prorrumpió Everett en respuesta.

—Sí. Un jodido *haruspex* —exclamó Miles, escupiendo al pronunciar la «p» y haciendo que la concurrencia diera un respingo cuando la consonante estalló en la sala.

—¿Y qué es un *haruspex*? ¿Ted? ¿Everett? Da igual. Ahora es cuando la cosa se pone interesante —prosiguió, subiéndose a la silla—. ¡Leen entrañas, Jeremiah! —chilló. Entonces, con un regocijo propio de un espectáculo de terror, le gruñó a Rosemont—: ¡Hígados! «Leían» un hígado de toro al rojo vivo. ¿Lo entiendes? ¿A que se parece a una lectura de tarot? Pues bien, celebraban esa «lectura» porque todos los romanos creían secretamente que su poderosa ciudad estaba a punto de precipitarse al caos eterno. Que alguien me pregunte por qué Roma creía eso. ¿Por qué creían los romanos que estaban a punto de precipitarse al caos eterno? —inquirió Miles, mirando a Rosemont. Hizo una pausa y lo observó expectante como si Rosemont pudiera prenderse y estallar en espléndidas llamas.

En aquel momento, Rosemont no había entendido la significativa mirada de Miles ni las implicaciones ocultas de la diatriba que siguió, pero al recordarlo ahora, en el cuarto de baño de Roma, con el archivador abierto por «La impugnación de Rosemont» sobre sus muslos, lo supo. Lo supo.

Everett exclamó desde el público:

—¡Porque el mito de la fundación de Roma decía que estaban condenados!

—¡Maldita sea! —vociferó Miles, irritado, dirigiéndose a la concurrencia—. ¡Cállate, Everett! Sí, vale, eso es totalmente cierto. ¿Pero por qué estaban condenados? —Se interrumpió, como para concederle a Rosemont la última oportunidad para intervenir—. Porque según la historia de su propia creación, la

ciudad nació de un crimen, de un horrible asesinato. De modo que había ocultistas a mano para leer las señales y comprobar si la justicia divina se abatiría finalmente sobre Roma.

—¿Asesinato? —terció Ted—. ¿A quién asesinaron?

—Rosemont lo sabe —repuso Miles, cuya mirada todavía estaba consumida por Rosemont. Pero como este se negaba a contestar, respondió—: A Remo.

—¿Remo? —repitió Ted—. ¿El de Rómulo y Remo?

Rosemont cerró enérgicamente los ojos. El argumento de Miles, su interés en la época de Austin, su chaqué de sepulturero y Rómulo y Remo; el infantilismo de todo ello se le antojaba sumamente agónico.

—Rómulo mató a su propio hermano a sangre fría —continuó Miles. Rosemont creyó percibir su mirada—. ¿Lo sabíais? La mayoría solo se acuerda de la loba que los amamantó. Pero Rómulo mató a su hermano y reclamó la soberanía de la nueva ciudad, hasta le puso su propio nombre. Así fue como nació Roma y Remo cayó en el olvido. —Como no vio llamas, ni siquiera comprensión por parte de Rosemont, Miles pareció sumirse en el desaliento, mientras su columna de vapor se disipaba a sus espaldas—. Para eso era el rito. Para recordar a ese hermano perdido.

En aquel momento, Rosemont, el panelista, se había limitado a sostener la mirada de Miles con ojos impertérritos, manifestándole su indiferencia y su furia ante los alardes y las burlas de su amigo. Sobre todo frente a Abernathy, que era crucial para su futura influencia y estatus en los círculos europeos. *¿Cómo puede hacerme esto a mí?*, había pensado el panelista Rosemont, levantando la vista hacia su amigo, que se había subido a una silla como un grosero borracho. *¿Por qué no se calla de una puta vez?*

Pero el Rosemont que seguía temblando en el cuarto de baño en su denodado empeño por comprender lo que había visto en el espejo sintió que al fin comprendía el extraño altercado que Miles había provocado hacía tantos años. *Dios, ese era nuestro mito, suyo y mío, se dijo.* El nombre de Remo en boca de Miles debería haberle transmitido un escalofrío en aquel entonces, como hacía ahora al recordar con cuánta vehemencia le había hablado este. No le di nada. Solo lo miré como si estuviera loco. Como si no supiera de qué estaba hablando.

Amigos íntimos. En aquella época estaban tan unidos que podían terminar, qué demonios, podían empezar las frases del otro; podían mantener una conversación simplemente mostrándose cartas de tarot (el método de Calvino, se llamaba). Un adivino le echaba las cartas a un cliente mientras el otro las interpretaba con los ojos vendados. No había frontera alguna entre sus mentes. Miles y Rosemont atraían a una clientela devota compuesta por amas de casa cuarentonas, muchachas perdidas en busca de prodigios y fanáticos esnobs de la floreciente clase petulante de Austin, y se habían convertido en celebridades de segunda. ¿Pero cómo iban a explicar el verdadero portento? ¿Cómo podían los adivinos explicarle su telepatía a la gente que no aceptaba «el amor» como respuesta? Miles y Rosemont tampoco la entendían,

pero mira por dónde, se les había ocurrido una historia tras consultar al oráculo de Shiner Bock^[6]: la historia de dos bebés cósmicos; uno había sido arrastrado en un canasto de cañas por el río Colorado, y el otro en una plancha de poliestireno por el poderoso Pedernales, ambos envueltos en pequeñas banderas de la República de Texas. Algunos decían que procedían del clan de arcángeles que había construido los ferrocarriles, mientras que otros afirmaban que sus padres eran viajeros en el tiempo que los habían abandonado antes de huir a la dimensión 42. Pero los murciélagos molósidos mejicanos habían salvado a los bebés por separado y los habían criado juntos; en efecto, los murciélagos los habían criado en los páramos bajo el puente de la avenida del Congreso. Los dos jóvenes aprendieron el arcano lenguaje y los secretos misterios de la colonia de murciélagos, según les refería Miles a los clientes que aguardaban su lectura; un conocimiento oculto que los destinaba a convertirse en los mayores profetas desde los días del Álamo. Rómulo y Remo eran sus nombres confidenciales, y aunque a menudo se contaba una historia más antigua de otro Rómulo que había matado a un Remo diferente por haber saltado sobre los muros inacabados de la incipiente Roma, la mejor historia aseguraba que los gemelos estaban sanos y salvos, y que moraban en la luz sagrada de las torres Moon de Austin.

Mentiras. Estupideces. Ya ni siquiera le importaban; eran embustes contados en un maníaco circo posmoderno, eso era lo que habría pensado Rosemont el panelista, si hubiera conseguido recordar la historia en absoluto. ¿Una conexión entre las cartas del tarot y Rómulo y Remo? Por favor. Esa era toda la consideración que le había concedido a Miles. A lo largo de la mesa de los panelistas, Denise y Ted estaban interpretando un dueto hastiado. Algunos miembros del público también lo hacían. Varios habían cerrado sus maletines para dirigirse a la puerta al término de aquella absurda representación. Abernathy parecía a punto a quedarse dormido.

Rosemont sonrió suavemente y dijo:

—Es una idea muy interesante, Miles.

Pero, al parecer, Miles no estaba dispuesto a aceptar aquello de Rosemont y se bajó de la silla frunciendo el ceño.

—¿Estás escuchando siquiera las palabras que salen de tu boca? ¿Comprendes que eran ocultistas? Comprendes que el tarot está arraigado en el ocultismo, en esa historia, ¿y eso es lo único que se te ocurre? ¿«Interesante»? —El semblante de Miles ostentaba una expresión traicionada, pero Rosemont, al recordarlo, imaginó que probablemente también tenía tintes de tristeza.

Rosemont quería que Miles se callara para poder tomarse una copa con Abernathy.

—Dios, ¿es que ni siquiera me vas a dejar estar de acuerdo contigo? —le espetó. No sentía indignación ni incredulidad. Tan solo deseaba alejarse de Miles. Miró a la concurrencia como si estuviera comprobando un reloj.

—¿Solo te parece «interesante»? Antes eras una persona distinta. Esto no es una

mera historia, un mito... es mucho más. —Le dirigió a Rosemont una mirada suplicante y enojada—. ¿Comprendes adónde quiero llegar? Se preservó algo. De casi tres mil años. Es lo que tú y yo estábamos buscando en Austin cuando...

Mientras Miles profería su cantinela, la mirada de Rosemont se había dirigido hacia Abernathy, que parecía decididamente indiferente al panel. Estaba sofocando cortésmente un bostezo al tiempo que ojeaba la puerta, y Rosemont temió de pronto que se marchara sin transmitirle la oferta de Francia, una lucrativa propuesta de un puesto de asesor en una exposición de los primeros naipes manufacturados en la Francia del Renacimiento. Endureciendo su tono, Rosemont atajó a Miles.

—Pues escribe un artículo.

Miles contempló estupefacto a Rosemont.

—¿Un artículo?

—Sí que es interesante. Así que impúgname. Encuentra un editor y publica tu gran idea. —Rosemont introdujo sus notas en su maletín—. Hasta entonces, esto no es más que una paja mental.

Miles meneó la cabeza frente a Rosemont con el mismo desdén que había demostrado ante Ted cuando este había mencionado Egipto.

—No puedo creerlo. Pensaba que si lo planteaba, si te lo explicaba, por lo menos despertarías lo suficiente para recordar lo que tú...

Rosemont desconectó su micrófono y se puso en pie mirando de soslayo a Abernathy.

—Ted, Denise.

Miles se dirigió a Rosemont entre susurros mientras se pasaba la correa de la bolsa por encima de la cabeza:

—Sigue fingiendo que eres normal, Jeremiah. Sigue rechazándote. Pero no se trata solamente del tarot, y hay más en el mismo sitio.

Alguien sopló una tuba frente a la casa silenciosa, en la feria callejera romana. La alcachofa goteaba en la ducha ante Rosemont. Después de aquello no había concedido mucho peso a aquella discusión con Miles ni a sus últimas palabras, que entonces se le habían antojado una endeble burla de despedida. Otra escena imprevisible con John C. Miles que no conducía a nada.

Pero algo había cambiado. Todo era distinto. Todo se había reconfigurado de algún modo, lo supo mirando al resplandeciente espejo.

Hay más en el mismo sitio.

Ahora Rosemont se imaginaba que Miles era el que le había enviado aquella carta a Managua. Miles no podía haber sabido dónde se encontraba, pero los dos hombres de las salmodias parecían atribuirle poderes mucho más extraordinarios que hallar a viejos amigos en otros países. El *doppelgänger*. La cosa del espejo. Creyeron que era Miles. ¿Lo era? Miles había intentado decirle algo y, por alguna razón, convencerlo de los orígenes ocultos del tarot. No le bastaba que estuviera de acuerdo con él. Rosemont sabía que debía tratarse de algo relacionado con sus antiguas cacerías y sus

lugares favoritos de Austin, con una época que simplemente había dejado atrás en pos de una carrera, un estatus y un nombre. Pero Miles no lo había hecho. No se trata solamente del tarot. Algo le había ocurrido a Miles que lo había convertido en algo que Rosemont no comprendía.

Rosemont abrió de nuevo el archivador rojo y retrocedió hasta «La impugnación de Rosemont».

Sus conservadores y sus coleccionistas están muy atareados pujando por huesos enmohecidos, de modo que probablemente no estén familiarizados con mi trabajo en la Universidad Ligget & La Salle, donde fundé el departamento de Mitología Urbana. Hablando claro, yo no empleo la palabra «mito» para referirme a las fábulas morales calcificadas, a los métodos de autoayuda de Joseph Campbell para encontrar la facilidad ni a las fábulas complacientes.

Aunque Jeremiah Rosemont ejerció su autoridad y su estatus para liberarme de mi cátedra en Ligget & La Salle y de la carga del salario que esta comportaba, el propósito de mi vida sigue siendo la búsqueda de los mitos vivos modernos que le confieren sentido al mundo, más aún, que literalmente conforman el mundo. No contar un «verdadero mito» significa someterse a la locura, y por el contrario, contar un verdadero mito es hundir los dedos en la urdimbre de la realidad. Antaño estabas de acuerdo conmigo en esto, Rosemont.

—Ese estúpido narcisista cree que yo hice que lo despidieran —se dijo Rosemont. ¿Se corre una juerga tras otra con las dietas de la universidad y me echa la culpa a mí? ¿Les vende setas alucinógenas a sus alumnos? Rosemont escrutó el artículo hasta encontrar lo siguiente:

Jeremiah, imagino que tienes los labios apretados de ira. Te veo diciendo: «Tal vez, Miles», que en realidad significa alguna crueldad como: «John Miles es un maniático bipolar que no debería mezclar los medicamentos con el alcohol». Puede que hayas abandonado tus investigaciones sobre el miedo y la pasión, pero yo puedo verte sosteniendo estas páginas mecanografiadas, mofándote de estas palabras todavía inéditas. Llevas esa camisa, la camisa marrón y azul que yo te regalé, la de rayas de color amarillo mostaza. Estás sentado en un cuarto de baño, ¿verdad? Hay un espejo detrás de ti. Tienes divisas de un país centroamericano en el bolsillo de la chaqueta. Necesitas un afeitado.

Oh, mira, acabas de leer el último párrafo. No pongas esa cara tan estúpida. He dado el salto con el que soñábamos en Austin, mientras que tú escogiste la seguridad estática. En tu mundo, el mundo académico, soy una desgracia. Pero en el mío soy todopoderoso.

—¿Hola? —se escuchó la voz de un hombre.

Rosemont dio un respingo asustado. Cayó en la cuenta de que la puerta del cuarto de baño estaba abierta y de que se había sentado casi a plena vista del vestíbulo. Cerró silenciosamente el archivador y lo introdujo en la mochila.

—¿Jeremiah?

El sosiego que le había infundido sentarse a leer en silencio se hizo añicos cuando oyó su nombre pronunciado en la otra habitación y leyó las palabras de Miles. ¿Cómo lo había sabido? El espejo. El cuarto de baño. Las divisas centroamericanas. Rosemont volvía a temblar de pies a cabeza al contemplar su camisa marrón y azul con rayas mostaza.

Se inclinó hacia delante para asomarse fuera del cuarto de baño. El hombre del atrio era un sujeto espigado que le estaba dando la espalda, arqueando el cuello para inspeccionar una habitación lejana. El hombre del maletero. Tenía que ser él. Tenía el cabello negro rapado y su voz le resultaba sorprendentemente grata ante la aplastante singularidad de los sucesos recientes.

Rosemont traspuso la entrada del cuarto de baño y se percató de que había otra persona: una mujer, demacrada como si estuviera en su lecho de muerte, con ojos oscuros que centelleaban en sus cuencas hundidas y cerúleas, que parecía sacada de una película de terror de los Estudios Universal de los años treinta, con un pico de viuda asesina.

—Miles —dijo esta cuando reparó en Rosemont.

El hombre se volvió y, en efecto, se trataba de John C. Miles, con sus gafas de francotirador tintadas de amarillo y su largo cabello rizado cortado al rape. Tenía más papada y un aire más cansado. Pero era él, fuera lo que fuese.

Rosemont seguía sintiéndose profundamente alterado por cuanto había leído y presenciado, pero consiguió proferir:

—De todos los maleteros de Volvos de todas las ciudades del mundo...

—No está mal. —Miles se rió—. ¿Me reconoces ahora? No tienes buena pinta, colega. ¿Qué ha pasado?

Rosemont advirtió que sus ojos se movían de un lado a otro mientras su cerebro buscaba a toda prisa una respuesta.

—No estoy seguro.

Miles y Vampirella se miraron preocupados.

—Esta es Priscilla, Jeremiah. Es de los buenos.

Lo cierto era que no se le había ocurrido que pudiera no serlo, pero ahora se lo preguntó. De hecho, ¿Miles era «de los buenos»? Habiendo personas mutiladas, asesinadas y desaparecidas, ¿acaso Rosemont estaba en buen estado, en cualquier sentido de la palabra? Apenas podía confiar en su propia mente en aquella situación, y mucho menos en otros seres humanos, pero tragó saliva con dificultad y dijo:

—Había dos hombres. Ahí, en el cuarto de baño. Estaban canturreando algo raro y la pared...

—¿Aquí? —Miles dio un paso hacia Rosemont—. ¿Los has visto?

—A través del espejo —respondió este, tropezándose un poco con aquella palabra.

Priscilla y Miles retrocedieron levemente, como con lástima.

—Espejos. A ninguno nos gusta mirarnos en el espejo —observó Miles.

—¿Pero quiénes eran? —inquirió Rosemont.

Priscilla se relajó visiblemente.

—¿Se han ido?

—Sí. Se llevaron... se fueron con un cadáver...

—¿Un cadáver? —repitió Miles—. ¿Había, *ejem*, un clavo?

Rosemont pestañeó rápidamente y apartó la cabeza como si rehuyese la visión del cuerpo que había tenido delante.

—Sí.

—Entonces han matado a otro autenticador —dictaminó Priscilla. A continuación susurró, casi implorándole—: Solo nos queda usted, señor Rosemont.

Rosemont observó a la mujer, llevaba pantalones militares y camiseta negra. ¿Se trataba de otra trotamundos? ¿De una artista que estaba holgazaneando en Roma, quizá? Le pareció que sonaba resignada y pesarosa, pero tenía un acento y unos modales marcados, de modo que no podía leerla muy bien. ¿Era paquistaní? ¿Afgana? Rosemont le preguntó:

—¿Cómo que era una autenticadora? ¿Yo soy un autenticador?

Priscilla avanzó hacia él, como si se dispusiera a entregarle algo precioso.

—Señor Rosemont, usted tiene lo que...

—Espera —la interrumpió Miles—. Lo primero es lo primero. ¿Has cogido el archivador? No está en el escritorio.

Priscilla contrajo el hombro y observó a Miles con una expresión desdeñosa que se disolvió en un asentimiento cuando comprendió el sentido de sus palabras.

—No —contestó Rosemont mientras levantaba la mochila. Él también miró al escritorio—. No, no lo he encontrado. Ellos...

—¿Lo tienen? —lo atajó Priscilla, rezumando veneno. Sus ojos hicieron jirones a Miles—. Tienen tu archivador y todo tu trabajo. —Profirió una carcajada metálica como el sonido de varias monedas al caer sobre una superficie acerada.

Miles se desplomó contra la puerta principal. Miró a Priscilla con aire desvalido.

—No pude hacer nada. Me asaltaron los iraníes. Tengo suerte de que no...

—Déjalo —lo conminó la mujer. Su gélida carcajada se aplacó hasta convertirse en una risa sofocada.

—Tenemos que recuperarlo. Es todo por lo que he trabajado —repuso Miles—. Lo que quería enseñarle a Marni. El informe Guelph.

—Mira, eres un completo idiota, como ya te he dicho otras veces, así que te resultará fácil olvidarlo —dijo Priscilla mientras lo apartaba bruscamente de la puerta principal y le aferraba un hombro de un modo amistoso pero dominante—. Tenemos

a Rosemont. Tenemos a un autenticador. Eso es lo único que necesitamos de verdad.

Rosemont los observó con recelo, pues estaba tan trastornado que no estaba seguro de que no se tratara de una representación en beneficio suyo. Pero no. Conocía a Miles lo bastante como para comprender que se encontraba verdaderamente abrumado y confuso. Se sentía fatal por haberle mentido, pero le devolvería el archivador en cuanto hubiera leído un poco más, en cuanto hubiese averiguado lo que estaba sucediendo y supiera en qué se había convertido Miles.

—Hemos de llegar al *templum*. Está a punto de anoecer, Jeremiah Rosemont —anunció Priscilla. Su nombre sonaba forzado en su boca, como si hubiera esperado mucho tiempo para pronunciarlo—. Ahora vamos a correr muy, pero que muy deprisa. Para los estándares modernos, en todo caso. ¿Estás en condiciones de correr?

Rosemont se puso la mochila sobre los hombros.

—Sí.

Pero Miles parecía a punto de vomitar.

—¿Miles? Vamos. Venga. Es hora de dejarlo correr. Solo era el trabajo de media década. Debes tener perspectiva.

—Lo sé. Así es el juego. Sabía que sería de este modo.

Priscilla apoyó la mano en el picaporte.

—No son más que palabras —estaba diciendo Miles en un susurro apresurado—. Hace años que intentan deshacerse de nuestra prueba. Solo es otra patada en la boca, ¿eh? Vale. Ya sé que debemos irnos. Estoy listo.

—En cuanto abra la puerta —Priscilla miró alternativamente a los dos hombres—, corred como si os persiguiera el diablo. Porque lo tenemos detrás y viene a por nosotros.

Entonces abrió la puerta de un empujón.

Los pies apergaminados de sus fantasmas volvían a deambular suavemente por los pisos superiores, paseando y persiguiéndose, arañando las superficies de madera y piedra con las uñas. El Rey Niño los oía, oía sus andares sosegados y sus revoltosas travesuras interrumpidas por alaridos y aullidos inquietantes. Se había acurrucado en una sombra de la planta baja de Bryce & Waterston, mientras en el exterior caía una lluvia nocturna en densos torrentes verticales. Había invitado a los fantasmas para protegerse, pero como eran proclives a sufrir estallidos de violencia permanecía en las tinieblas de abajo, embotándose con el alcohol.

La noche siguiente a la debacle de Dona Mia, un miembro de la vecina familia Hmong lo había seguido hasta Bryce & Waterston para comprobar si se encontraba bien. Una persona normal no habría oído nada, no habría visto sino a un hombre asustado con la nariz fracturada, agazapado en los rincones y los recovecos del almacén. Los grafitis no eran más que grafitis y la lluvia no era más que lluvia. Con la pechera del traje salpicada de sangre y la nariz flácida como un escroto encima de su rostro, era evidente que necesitaba ayuda.

—¿Necesitas que llame a un médico? —le preguntó aquel tipo, James.

El Rey Niño introdujo la mano en el bolsillo para sacar el poco dinero que le restaba, dos billetes de veinte, y se lo ofreció a James.

—Tráeme todo el alcohol que puedas conseguir.

James era un joven de rostro afable que parecía preocupado por él en ese preciso instante. Manoseando los billetes, dijo:

—Conozco a un médico.

—¿Por cuarenta dólares? —inquirió el Rey Niño.

—Quizá. Es el mejor amigo de mi tío. Es un médico militar, pero no lo destinan fuera. Nos visita los domingos sin...

—No. ¿El domingo? No, no. Tengo que arreglarme la nariz esta noche. Tengo que emborracharme deprisa. Por favor, lo que sea barato, ¿vale?

El Rey Niño le había hecho peticiones mucho más extrañas (custodiar medio kilo de hachís que había encontrado en un contenedor; presentarse ante la policía para informarles sobre un cadáver junto al río) de modo que darse un paseo hasta la licorería por motivos medicinales debió de parecerle absolutamente razonable. Hasta se quedó a su lado mientras él engullía el ron tan deprisa como le permitía su atrevimiento, pero se disculpó cortésmente cuando el Rey Niño declaró que al fin se hallaba lo bastante borracho para «la rectificación».

Después de aquello, el Rey Niño permaneció sumergido en un estanque de ebriedad, y daba las gracias por ello. El dolor se cernía en la periferia de su consciencia mientras consumía poco a poco el ron, y también mantuvo a raya el dolor

al día siguiente abriendo la segunda botella de una serie de cuatro. Sin comida ni agua. Solamente ron y miedo. Se había corrido juergas como aquella anteriormente, de modo que su cuerpo adoptó el ritmo, así como un bailarín retoma un antiguo número. Aferrando la botella número dos durante buena parte del día, empezó a vislumbrar el fascinante y fabuloso lugar donde habitaba la magia, como si estuviera flotando hacia el techo. De modo que siguió adelante y la segunda noche abrió la botella número tres.

La lluvia era grata. Manaba de la neblina alcohólica de su mente y anegaba la urbe en una plácida confusión, de modo que los policías de patrulla se adentraban erróneamente en las calles de un solo sentido aunque les resultaran familiares y los niños olvidaban las reglas de los juegos que amaban. Donde caía aquella lluvia, el Rey Niño percibía el chapoteo de los pasos de los rastreadores del desierto que acechaban los rincones abandonados, extraviados y harapientos de la ciudad, las fábricas y las estaciones de tren desiertas, los muelles recubiertos de maleza y los campos de béisbol convertidos en solares de gravilla. El Rey Niño bebió un poco más, manteniéndose a la escucha, y les tendió trampas a los cazadores del desierto. Los sacerdotes de Jnum, el dios creador de Jemet, buscaban esporádicas hogueras de magia para extinguirlas. En los días en que los humanos apenas eran humanos, los cazadores de Jnum habían sofocado sistemáticamente los primeros indicios de clanes que se convertían en algo más que clanes, cuando se producían los primeros y más imperfectos progresos de la cultura preegipcia. Con el tiempo, el fuego había ardido descontroladamente, según los miembros de su culto, que consideraban el mundo contemporáneo como algo muerto, completamente calcinado. Aquellos cazadores eran expertos en asegurarse de que los rescoldos, los Reyes Niño del mundo, no volvieran a prender hasta convertirse en algo incontrolable. Sus trampas eran para ellos.

Para cuando atacó la tercera botella, el Rey Niño había dejado atrás las meras preocupaciones mortales de las resacas, las jaquecas y el dolor palpitante de una nariz rota que había enderezado él mismo. De modo que cuando se presentó el fantasma, una figura tenue y andrógina con un atuendo negro ajustado que la hacía invisible en el nocturno almacén, el Rey Niño ni siquiera estaba seguro de que lo que veía fuera real. Cuando el visitante traspasó el marco de la ventana por donde siempre entraba el Rey Niño, a escasos metros de este, podía haber sido otro fantasma. El Rey Niño contuvo el aliento. Se quedó petrificado y esperó a que el intruso hiciera un sonido para asegurarse de que no se trataba de una alucinación ni de una de sus propias trampas.

Negra contra el cielo gris férreo, la cabeza de la silueta se volvió de un lado a otro, pero no pareció reconocer al Rey Niño, que estaba a plena vista y lo bastante cerca como para reparar en sus zapatos de piel, negros, polvorientos y arrugados. Sus guantes negros. Una pequeña mochila negra como las que llevaban las jóvenes de moda. Su chaqueta de Cardin.

¡Oh, Dios mío! No se trataba de un rastreador del desierto. Era peor. ¿Cómo me has encontrado aquí?

Su mano izquierda quiso tocar la derecha para volver a protegerla, tan palpable era el recuerdo del martillo en alto y el amargo aliento de su torturador. Ese no era el hombre que lo había lastimado, pero había estado presente aquel día, y aunque el Rey Niño lo conocía simplemente como Transom, sus andares y sus brazos lánguidos le resultaban tan familiares como la reconfortante presión del guante negro que le ceñía la mano.

Atravesando la confusión y el aturdimiento del Rey Niño, Transom recorrió sigilosamente el almacén, olfateando y husmeando. El Rey Niño no se atrevía a moverse por miedo a llamar su atención, de modo que permaneció inmóvil como la puerta de acero que había a su lado y siguió al visitante con la mirada. Transom se detuvo a un metro de distancia, tan cerca que distinguía su rostro pastoso.

—Tiene que ser aquí —murmuró tenuemente Transom, hablando como si se dirigiera a alguien a sus espaldas—. Pues las huellas de los hombres del desierto conducían hasta aquí y después se desvanecían.

Su mente estaba trastocada a causa de tanto ron durante tantos días, pero incluso el Rey Niño era consciente de la astucia de aquella estratagema: rastrear a los rastreadores. Quizá pudiese sustraer una página del manual de Transom. Se incorporó como pudo, procurando mantener el equilibrio. Transom dio un paso hacia delante y el Rey Niño lo siguió con pasos vacilantes, recorriendo ambos la antigua zona de carga del almacén.

Un fantasma bramó escaleras arriba, pero Transom no reaccionó. Su culto era inmune a los aullidos de los fantasmas de Remo.

—Hasta los dientes —estaba diciendo Transom, que parecía nervioso—. Así que no, no pretendo meterme en líos, créeme.

Alentado por el ron, el Rey Niño lo imitaba paso a paso. Imaginaba que Transom hablaba con Visconti, el martillador. Probablemente Visconti lo estuviera escuchando desde un lugar seguro y distante; quizá un Denny's, tomando café malo mientras escuchaba a Transom. Siempre y cuando Visconti se mantuviera apartado, el Rey Niño creía que podía controlar la situación. Pero probablemente aquel matón estaba dispuesto a aparecer en cuestión de un instante, y aquella idea se instaló en su estómago, haciendo que le temblara la rodilla izquierda.

Transom se detuvo y giró en redondo como si hubiera oído una pisada.

El Rey Niño se paró. Cruzó los brazos sobre el pecho, como protegiéndose, y se tragó su propio miedo, ocultándolo de Transom en lo más profundo de su cuerpo.

—Puede que sí —dijo este—, pero no creo. No desde hace algún tiempo.

Transom se ajustó la mochila y se encaminó a las escaleras. El Rey Niño lo siguió sin dejar de abrazarse. Cuando Transom pasó junto a las sílabas que años atrás el Rey Niño había trazado con aerosol en las paredes, las tocó levísimamente con un dedo que lucía un anillo.

—Sí, pero no son más que grafitis.

El Rey Niño asintió. No son más que grafitis. Eso es. Sigue andando. Pero para su consternación, cuando Transom dejó atrás aquellos símbolos y señales, el poder que contenían se ensombreció antes de extinguirse.

En el segundo piso, el Rey Niño guardaba hallazgos de segunda clase procedentes de los contenedores; artículos que podía necesitar, vender, regalar o tirar al cabo del tiempo. Útiles de jardinería, baterías de cocina antiguas, bicicletas con los radios aplastados, impresoras rotas y una estantería. Había tenido cuidado para que pareciera que habían tirado todas aquellas cosas de manera fortuita a lo largo de los años, y asimismo atesoraba una juiciosa cantidad de auténtica basura amontonada en las inmediaciones. Transom se dispuso a indagar en aquella colección, y el Rey Niño comprendió que no buscaba necesariamente pruebas generales de su presencia, ni siquiera pistas sobre la identidad del inquilino del almacén. Al parecer buscaba con un propósito y un ánimo determinado.

Oh, mierda. Sabe que la tengo.

—¿Cómo voy a saberlo? —rezongó Transom, tras haber derribado una caja de teteras viejas de una patada—. Esto es un vertedero.

El dormitorio del Rey Niño, por llamarlo de alguna manera, se encontraba en el tercer piso, donde estaban los fantasmas aulladores, al que solo se podía acceder empleando el palo provisto de un gancho que ocultaba en el segundo piso, bajo un colchón con manchas de humedad, para levantar el pasador de la trampilla del techo. En el transcurso de los años que había «*okupado*» aquel lugar había visto a numerosos visitantes que se aventuraban escaleras arriba. Algunos indigentes habían irrumpido a través de la carbonera, como hiciera él mismo al principio, y una comitiva de adolescentes se había presentado varias veces por semana durante unos seis meses seguidos para colocarse. Pero nadie había descubierto jamás el tercer piso.

Transom arqueó la cabeza y alzó la vista directamente hacia la trampilla como si esta lo hubiera llamado.

—Ahí. Ahí arriba.

El Rey Niño cogió uno de los ladrillos rotos que atestaban todo el suelo de Bryce & Waterston. Lo sopesó hasta que le produjo una agradable sensación en la mano, hasta que consiguió imaginarse partiéndole el cráneo a Transom antes de que aquel cabrón supiera que estaba allí. Había jurado hacía mucho tiempo que jamás volvería a manipular, controlar ni subyugar a otro ser humano, y a la luz de aquello, se preguntó si en cambio podría matar a una persona, aunque fuese aquel despreciable espécimen. Sí, decidió. Podía hacerlo fácilmente. Después de todo, Transom era el que había conducido a Visconti hasta él. Hacía tantos años, había custodiado la sala mientras Visconti le hundía un clavo en la mano derecha. Matarlo era mucho mejor que limitarse a subyugarlo, y lo mejor de todo era que estaba lo bastante borracho como para hacerlo.

Transom se abrió paso a patadas entre los montones de basura en busca de algo

que le permitiese acceder a la trampilla. Entonces encontró el colchón y levantó una esquina del mismo.

—Vamos allá —musitó al encontrar la vara con el gancho.

Transom gesticuló brevemente intentando llegar al techo, inclinándose hacia delante y hacia atrás en su empeño por asir la tira de cuero. Cuando la hubo apresado profirió un gritito de sorpresa al abrirse la trampilla y descender ruidosamente la escalera sobre sus engranajes. Un momento después estaba trepando por ella, seguido de cerca por el Rey Niño, que seguía sosteniendo el ladrillo con una mano.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, el Rey Niño vislumbró el círculo de fantasmas de ojos dorados que ardían en la claridad del horizonte de Mineápolis, retrocediendo ante su llegada como muestra de deferencia. Menuda broma. Hacía tres años habían respondido a su llamada y durante tres noches lo habían apaleado mientras dormía, infligiéndole auténticas heridas con sus correosas pezuñas y sus garras. Después de aquella violenta tarde en Dona Mia, el Rey Niño había vuelto a invitarlos para protegerse. Pero su lealtad era imprecisa en el mejor de los casos.

Transom se alejó y, cuando dio la impresión de echarse atrás, encogiéndose de hombros casi como si se hubiera sobresaltado, el Rey Niño supo lo que había encontrado. Los fantasmas también. Percibía sus pasos arrastrados y sus gruñidos urgentes.

La pila de cajas de cartón.

Transom se detuvo ante las cajas mientras el Rey Niño ascendía la escalera a gatas, apoyándose en el ladrillo para impulsarse temblorosamente hasta la estancia. En todas las cajas había libros de tapa dura amontonados encima de los tesoros, por no hablar de los ceniceros de cristal emplomado que también había metido. Esperaba que fuera suficiente.

—¿Quizá? —susurraba Transom—. Quizá esté ahí. De repente me pone nervioso fisgonear.

Muy astuto, pensó el Rey Niño. Ahora vamos. A por ello.

Pero Transom siempre había sido más precavido que astuto, y puso ambas manos en la primera caja, flexionó las rodillas y la apartó de la pila.

El ladrillo era un peso muerto en la mano del Rey Niño. Si lo hago, habrá un cadáver. Pero si me limito a dejarlo inconsciente y arrastrarlo hasta el río, volverá. Y si lo mato, alguien lo seguirá para descubrir lo que ha pasado. Pero si le echo encima a los fantasmas, Vis... el hombre cuyo nombre empieza con uve sabrá que aquí se practican las disciplinas de Remo. Y traerá más que rastreadores del desierto... cada vez más.

El Rey Niño solo había subyugado a tres personas en su vida, y el último yugo había quebrantado la mente que estaba bajo su mano, llenándolo de horror y culpabilidad, y lo había expulsado de los confines más remotos de la civilización cuerda para arrojarlo a aquellos abismos, donde se ocultaba en las fronteras, habiendo renunciado a su identidad y sin representar peligro alguno para los demás, para

contemplar silenciosamente el hecho de haber salido impune de algo peor que un asesinato. Pero eso. Ese agente de caprichoso horror. Ese momio rantas, ese limazón^[7]. Allí estaba, Transom, acercándose cada vez más a las polvorientas cajas de cartón y la muerte no bastaba para detenerlo.

Depositando el ladrillo en el suelo, el Rey Niño se detuvo detrás de Transom y le puso ambas manos sobre los hombros para que no pudiera desconectarse ni retroceder, y ambos alzaron el rostro hasta la elevada arcada de piedra que se presentó frente a ellos en el firmamento añil sin techo.

—¿Lo ves? —preguntó el Rey Niño, arrastrando las palabras.

Transom levantó la barbilla con los ojos desorbitados.

—¿Qué cojones es eso?

Dejando una mano en el hombro de Transom, el Rey Niño dio un paso hacia delante, empujándolo hacia el arco de mármol; las fulgurantes vetas rojas hendían la piedra blanca. Los fantasmas huyeron desenfrenadamente hasta el otro lado de la estructura y se disolvieron a escasa distancia en una ensordecedora muchedumbre que profería ovaciones y abucheos en tantos idiomas distintos que el tumulto resultaba incomprensible. Sin embargo, lo único que el Rey Niño distinguía al otro lado del arco no era el gentío, sino su propia espalda mientras empujaba a Transom hacia delante.

El Rey Niño asintió solemnemente mientras caminaban.

—Qué fácil —dijo—. Me sorprende lo fácil que es.

Al cabo de un instante, Transom estaba sentado con las piernas cruzadas frente a las cajas de cartón que contenían las esperanzas y los terrores del Rey Niño. Subyugado. Sus ojos eran estanques desiertos y había apoyado en el suelo el dorso de las manos. El resplandor de la ciudad se reflejaba en las nubes, iluminando el piso superior. El Rey Niño le arrebató la mochila.

—La necesito —protestó este con aire ausente.

—*Shh* —lo reprendió el Rey Niño—. No es cierto.

—Pues cógela.

El Rey Niño halló lo que buscaba en su interior: un sencillo archivador de tres anillas que contenía las erratas de las pruebas y los documentos de corroboración que validaban las irracionales creencias de los aprendices. Pequeñas biblias para locos, le había explicado uno de ellos. Todos los aprendices las llevaban consigo. El Rey Niño había visto varias, hasta había intentado confeccionar una propia en diversas ocasiones. Pero al fin su preocupación siempre había sido desprenderse del poder en lugar de amarlo. Además, era inmune a su obsesión por las citas, las notas y la autoridad debido a su dilatada trayectoria en las instituciones académicas convencionales; todo se le antojaba afectación a ese lado del arco iris. ¿Demostraciones? ¿Pruebas? Disponía de todas las pruebas precisas de que el mundo estaba infestado de personas dotadas de poderes inexplicables, insaciables y asombrosamente maravillosos. Sin embargo, la mayoría de los aprendices juraban por

aquellas colecciones y las necesitaban para justificar sus incursiones premeditadas en la locura. Algunos, los Tenebrosos, que descendían de los traperos londinenses, recorrían los laberintos subterráneos de las ciudades, los canales y las cloacas, emergiendo a la superficie con el solo propósito de robar los documentos de los «aprendices soleados» y retirándose para absorber y digerir los conocimientos sustraídos. El Rey Niño suponía que ahora encajaba en aquella categoría.

Asimismo había escuelas enteras de pensamiento sobre la disposición de dichos documentos en orden cronológico o alfabético, en función de los temas, de los autores o de los sistemas ideados por los propios aprendices. Al abrir el archivador, el Rey Niño comprobó que Transom clasificaba sus documentos por orden de adquisición, poniendo encima el más reciente: en este caso, una transcripción fechada dos meses antes. La leyó por encima, dispuesto a inspeccionar el grueso fajo de documentos del interior, pero entonces vio su propio nombre, de modo que retrocedió y leyó con más atención, aunque su mirada ebria se tropezaba con las palabras.

Servicios de transcripción médica y psicológica, sociedad anónima

Fecha: 3/4/02

Paciente no identificado. Ingresado el 3/9 /92. Sin historia médica previa al ingreso. Bajo la tutela del Estado.

Entrevistador: doctor Dale de Vore, asesor del Instituto Cherryvale

P.: No puedo darle esquinazo eternamente. La verdad es que las medicinas me ayudan. Me parece que necesito que me las vuelvan a recetar.

DR.: ¿A quién le está dando esquinazo?

P.: A un terrible... Usted... usted no me conoce, ¿verdad?

DR.: ¿Debería?

P.: [risas] No lo sé. Es que he tenido un momento de duda.

DR.: Se debe a la interrupción del tratamiento médico. Para usted la normalidad consiste en la alteración de la consciencia. Es impresionante. Menudo tratamiento le han puesto. No importa. Le daré otra receta después de nuestra reunión, no se preocupe.

P.: Es que cuesta. ¿Dónde está el presidente Bush? Estoy librando un duelo.

DR.: Me parece que no tiene una espada en la mano.

P.: Lo tengo todo aquí arriba. Y en las entrañas. Siempre me está golpeando en el corazón y siento sus nudillos. *Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.*

DR.: ¿Quién? ¿Puede decírmelo? ¿Quién es? (...) Los de atención primaria me han dicho que cree que le persigue un dios.

P.: Yo no he dicho eso. A mí no. Un dios no.

DR.: ¿No cree que lo persiga un dios?

P.: Lo que quiero decir es que no es... no, no lo creo.

DR.: Bien. A lo mejor le parece un dios, pero...

P.: Sabe qué, no me gusta nada esta falta de control. Tiene usted que matarme o volver a recetarme medicinas.

DR.: No, no. No diga eso. Venga. Estaba a punto de decir que no lo están persiguiendo, ¿verdad? Están persiguiendo a otra persona, ¿no es cierto?

P.: (...)

DR.: Y no se detendrán hasta que lo consigan. ¿Es eso? ¿Eso es lo que quería decir?

P.: (...)

DR.: ¿Tiene idea de a cuántas potencias distintas se enfrenta en este momento? ¿A cuántas potencias desafió en Roma?

P.: Usted me dijo que lo de Roma no había pasado.

DR.: ¿De verdad? Yo no se lo he dicho. Puede que se lo hayan dicho los de atención primaria, pero yo no. Venga, vayamos al grano. ¿Dónde está el remoriano? El lémur. ¿El lémur? ¿No? Vale, en ese caso, ¿dónde está la profetisa? Vamos. ¿Quién lo está ayudando?

P.: Esto no debería pasar, ¿no? ¿Es porque no me he tomado las pastillas?

DR.: Quiero ayudarlo. Lo sé todo sobre usted. Sé lo de Priscilla. Sé que estaba a punto de lograr su objetivo de recrear su ciudad en Madison.

P.: (...)

DR.: Ah. Usted no lo sabía. En aquel entonces se respiraban aires revolucionarios, pero nadie sabía de qué clase. *Je*.

P.: No puede ser. Usted forma parte de mí.

DR.: Más de lo que se imagina. Todos queremos lo mismo. Todos ansiamos las enseñanzas de Nuestro Señor de la Rueda. Todos deseamos evitar este sacrificio de ganado. No sé lo que quiere usted, pero yo puedo ayudarlo. Necesito que los dibujos me ayuden a protegerlo.

P.: Puedo protegerme solo.

DR.: Ya lo sé. Confeccionó una baraja con fotografías que recortó de las revistas. Los de atención primaria me han enviado copias en color. Son exquisitas. Tiene usted muchos recursos.

P.: He escudado el almacén que está «okupando», pero me parece que alguien lo ha descubierto.

DR.: ¿Almacén? ¿Almacén? ¿Qué almacén?

P.: (...)

DR.: ¿Entonces es un aprendiz?

P.: No lo sé. Es el Rey Niño..., pero está escondido. Ahora también se oculta de mí.

DR.: ¿Un rey niño? ¿Un faraón?

P.: Está demasiado asustado como para marcharse.

DR.: (...)

P.: No debería haber...

DR.: ¿No debería haber qué?

P.: (...)

DR.: ¿Se encuentra bien?

P.: (...)

DR.: Usted sabe que tiene la baraja. Sabe que la tiene.

P.: (...)

DR.: No lo sabía, ¿verdad? Pues sí. La robó. ¿Recuerda algo de eso?

P.: (...)

DR.: ¿Dónde está ese almacén?

P.: Yo... yo no.

DR.: ¿Dónde está ese maldito almacén?

P.: ¿Qué almacén?

DR.: El almacén donde me ha dicho que estaba.

P.: ¿Quién le ha dicho que estaba en un almacén?

DR.: Me ha dicho que había un rey niño...

P.: (...)

DR.: En un almacén.

P.: Oh. Ah...

DR.: ¿Qué almacén?

P.: No. No recuerdo haberle dicho eso. ¿Dónde está Bush?

DR.: Hijo de puta. ¡Ha dicho «almacén»! ¡Ahora concéntrese!

P.: Todo es culpa de George Bush. Todos estos duelos.

DR.: Voy a ordenar que reanuden su tratamiento y después lo volveremos a intentar. Hijo de puta.

El Rey Niño se desplomó sobre sus posaderas. Se sentó con las piernas cruzadas frente a Transom, con el archivador abierto en el regazo, mientras los fantasmas chasqueaban sus húmedas boquitas en las inmediaciones. Se había levantado una brisa y el almacén entero despedía olor a lluvia, una fragancia limpia, para variar. La caja de cartón que contenía sus esperanzas y sus temores estaba detrás de él, y la mera lectura de una referencia a su contenido le infundió el deseo de abrirla y volver a mirar las imágenes de su interior, recargarlas con una chispa humana y aprender, aprender sin cesar. Pero no lo hacía desde hacía años y habría sido una estupidez intentarlo sin haberse preparado, enmarascado y ocultado durante meses. Ahora conocían su paradero los amos, los esclavos y los lunáticos de todo el país.

El Rey Niño releyó el manuscrito, pero su mente vacilante perdió asidero y resbaló sobre las palabras, hasta que finalmente alzó la cabeza y preguntó:

—¿Eres tú el que interroga al paciente no identificado?

Transom estaba sentado en una postura forzada, subyugado, dispuesto a satisfacer cualquier capricho del Rey Niño.

—No. Es el duque Visconti, haciéndose pasar por psiquiatra.

El Rey Niño apretó los labios para formar aquel nombre. El primer mecenas del tarot^[8] y el gran Judas de la Disciplina Etrusca.

—Visconti. —Para ser más preciso, en su caso: el Martillador—. ¿Va a venir?

—En cuanto le informe tendrá interés en hablar contigo. Al igual que los demás. Probablemente. Supongo. —Transom esbozó su sonrisa vampírica.

—¿Demás? ¿Qué demás?

—No puedo decírtelo.

El Rey Niño se sintió como si hubieran vuelto a propinarle un puñetazo en la nariz.

—¿Qué me has dicho?

—He dicho —repitió Transom, que ahora parecía muerto de miedo— «No puedo decírtelo», egregio.

—Sabes que puedo reducirte a la nada, como tú acabas de hacerle a mi almacén, y que me reiré mientras lo hago.

—Sí —entonó Transom—. Lo sé. Pero por desgracia para ti, existe un poder mayor...

¡Oh señor!, pensó el Rey Niño al contemplar la expresión lánguida de Transom. Nunca se había topado con aquello anteriormente, ni sabía cómo afrontar semejante cosa. *¿Está rechazando mi yugo?*

—¿Quién es?

Transom meneó la cabeza con un ademán de desamparo.

—Tres cartas.

—¿Qué quieres decir? ¿Has recibido tres cartas?

Transom cerró los ojos y meneó la cabeza.

El Rey Niño deseaba hacerlo. Quería reducir a la nada la personalidad de Transom. Estaba seguro de que al subyugarlo había cogido a un monstruo por la cola, puesto que ahora no podía desatarlo por las buenas ni soltarlo. La entidad que lo había subyugado, la cosa de las tres cartas, pataleaba y se volvía hacia el Rey Niño allá afuera, en algún lugar de la oscuridad.

—¿Visconti sabe que te ha subyugado otro? —inquirió.

—Subyúgalo y pregúntaselo tú mismo —replicó Transom—, egregio.

—Vale, bueno —consiguió responder el Rey Niño—. Necesito que vuelvas con Visconti, Transom, cabroncete abyecto. Necesito que vuelvas con él ahora mismo y que en cuanto llegues le digas que aquí no has encontrado nada. ¿Lo has entendido? Haz todo lo que esté en tu mano para convencerlo a él y a tu otro amo de que no estoy aquí, y no te demores.

Transom asintió, ansioso de agradar, ahora que había vuelto a satisfacer al Rey Niño.

—¿Alguna cosa más, egregio?

El Rey Niño bajó la vista a la transcripción, buscando a tientas cualquier indicio

que pudiera servirle de ayuda.

—Sí.

—¿Qué, oh mi glorioso y exquisito señor oscuro?

—Deja eso. Esta mierda de Priscilla —dijo el Rey Niño, mirando con furia el voluminoso archivador—. ¿Era verdad? ¿O Visconti se estaba marcando un farol?

La sonrisa rauda de Transom se asemejó a una serpiente que emergía de su madriguera reptando sobre su vientre. El Rey Niño estaba haciendo frente a otros dos yugos para mantener el control sobre él.

—Oh, no. Es muy, muy cierto —le aseguró Transom, que aparentemente estaba disfrutando con la incomodidad del Rey Niño.

—¿Qué estaba haciendo en Madison?

Transom lo observó con suspicacia.

—¿No sabías que estaba allí? No me lo explico. Madison fue un punto de inflexión en el resurgimiento de vuestra asquerosa religión.

—No es una religión.

—Oh, lo siento. Vuestra «Disciplina Etrusca». Yo estuve allí, sabes. Le habían encargado a Visconti que rastrease a una lémur llamada Rebecca y a cualquiera que...

—¿A quién?

—A Rebecca Goldblatt. Entonces respondía al nombre de Tomillo.

El Rey Niño contuvo el aliento.

—¿Tomillo Goldblatt?

Transom volvió a mirarlo maliciosamente.

—¿La conocías?

El Rey Niño estuvo a punto de responder, pero se limitó a mirar fijamente a Transom. *Joder, no sabían que yo estuve allí.* Había hablado demasiado. Le había revelado algo esencial a Transom, que conocía a Tomillo, y no podía volver a tragarse aquellas palabras.

La risa metálica de los fantasmas resonó en las tinieblas.

Priscilla había estado acechando Madison. Tomillo estaba conectada de algún modo con la Disciplina Etrusca. Todo ello reconfiguraba la perspectiva que tenía de su infancia y de su identidad. Era como si acabara de transformarse en otra persona y ahora pudiese recordar dos pasados, el de la persona que imaginaba que era y el de la persona que Transom afirmaba que era. Experimentó una sensación extrañamente reconfortante. Casi un alivio. La Disciplina Etrusca lo habría denominado «adivinar»: no consistía en predecir el futuro, sino en descubrir la propia identidad en concordancia con las fuerzas del universo. Tenía la extraña sensación de que al reconfigurarse su existencia de aquel modo la veía como siempre debería haberlo hecho. No era «auténtica» *per se*, sino que estaba dirigida, canalizada y doblada en un extremo. Adivinada.

Pero debía asegurarse. Observó las cajas de cartón que Transom había estado pavorosamente cerca de abrir.

—Es hora de que te marches, Transom —anunció el Rey Niño, mientras se incorporaba temblorosamente—. Tengo que hacer algo. —Lo condujo hasta el primer piso, en dirección a la entrada. Entonces, así como había hecho bajo el arco de mármol blanco, lo empujó suavemente hacia delante para obligarlo a encaminarse a la oscura muralla de lluvia que había frente a ellos. En aquel momento el Rey Niño lo tenía completamente subyugado.

Transom asintió pesadamente, tan confuso como él.

—¿Una pregunta?

—Adelante —concedió el Rey Niño.

—¿Por qué se burlaban de mí las hordas de los antiguos?

El Rey Niño contestó:

—No lo hacían. —Se preguntó qué harían los fantasmas ahora que él, un agente de Remo, había actuado como Rómulo, subyugando a un enemigo de aquella forma—. Se estaban burlando de mí.

—¡Oh. Pues vale! ¿Hay tiempo para una sopa?

El Rey Niño percibió que aquella pequeña comadreja maligna se había quebrantado para siempre. La chulería y la sonrisa maligna habían desaparecido; se sintió sorprendentemente afligido al comprobar su desaparición. Solo se estaba protegiendo; la famosa excusa de Rómulo.

—Sí. Ve a por una sopa —le dijo a Transom—. Date prisa. Seguro que te estás muriendo de hambre.

—Claro que sí. Un poco de sopa. Jo, qué bueno hace hoy.

El confuso ajeteo del barrio romano del monte Aventino describía una espiral en torno a Rosemont con gruesas pinceladas de paredes apuntaladas, bóvedas, cúpulas, postigos azules en fachadas de color escarlata y porciones derruidas de la gran ciudad, allí, en la menor de las dos colinas centrales de Roma. Con sus zancadas imprecisas y cambiantes, Priscilla condujo a Miles y a Rosemont a través del retablo del festival petrificado; aquí la masa informe de un helado derretido suspendida en el aire como una bandera, y allá las alas de una paloma, que parecían a punto de aplaudir o de orar por los corredores mientras estos brincaban como piedras sobre la plácida superficie de un lago, entrando y saliendo de Roma al tiempo que la atravesaban.

Finalmente, Rosemont se detuvo junto a sus compañeros en una pintoresca *piazza* donde tres calles adoquinadas desembocaban en el patio de una capilla. Esta había visto épocas más eclesiales, al parecer. Ahora era una cafetería, o quizá un apartamento privado, a juzgar por el afable desenfado de la mujer que bebía *espresso* en la única mesita. Había una hilera de cubos de basura, el último de los cuales estaba al revés, así como toldos de franjas multicolores que se combaban sobre las parras floridas que rebosaban de los alféizares, bancos en los cuatro rincones de la *piazza* y una modesta fuente con una pequeña gárgola que manaba agua desde unos labios gruesos y fruncidos. Había un tufillo a cloaca en el aire.

—Aquí está —anunció Miles—. El centro de mi universo.

Rosemont caminaba a la altura de Miles. Le agradaba sentir su cercanía después de la turbulenta vorágine del apartamento.

—¿Esto? —lo interpeló—. Parece demasiado pintoresco y festivo para ser el centro de tu universo.

—Sí, no es exactamente el Oil Can Harry's^[9] de Austin —repuso Miles con acento sureño. Observó a dos gatos que se precipitaban sobre algo detrás de los cubos de basura al otro lado de la *piazza*—. No le hace justicia a su historia, desde luego.

—¿Qué es? —preguntó Rosemont.

Priscilla terció:

—Ahí está Marni. Vamos.

Cuando atravesaron la plaza para dirigirse a la anciana que bebía *espresso*, esta se puso en pie para abrazar a Priscilla.

—Te he echado muchísimo de menos —declaró, pero su semblante permaneció impertérrito, como si no hubiese hablado. Quizá rondase los ochenta años, pero tenía un aspecto muy saludable, con un aire aristocrático e irascible que denotaba que la senectud era una molestia que no soportaba de buena gana. Llevaba un chaquetón de

marinero azul con una mancha de salsa en la solapa. Rosemont tenía dificultades para identificarla, al igual que a Priscilla. ¿Era iraní? Miles había mencionado a unos iraníes. ¿O rusa? Sin mirar a Miles ni a Rosemont, Marni le preguntó a Priscilla:

—¿Quiénes son estos hombres? ¿Cuál es John C. Miles?

Miles alzó una mano a modo de saludo.

—Hola, soy Miles. Es un verdadero honor, señora.

Rosemont lo miró de soslayo. Nunca la había oído hablar como Eddie Haskell^[10].

—Acabo de ver al marroquí, que se dirigía a la celebración. Me parece que ya es oficial —observó Marni, que seguía sin mirar a Miles. Se sacudió la mancha de la solapa del chaquetón—. Te persiguen todas las sectas más importantes.

Miles asintió y le ofreció su mejor sonrisa.

—Todas no.

Marni lo miró directamente con sus centelleantes ojos castaños.

—¿Oh?

—Todavía queda usted.

El rostro de ella conservó su inflexible aplomo, pero se rió.

—*Ek tariana ek coo.*

—Lo siento. —Miles meneó la cabeza—. Todavía estoy aprendiendo su idioma.

—Yo diría que significa «ese es el problema de mi cráneo» —respondió. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta azul marino.

Miles frunció el ceño, aparentemente decidió que debía reírse y se obligó a proferir una carcajada entre dientes, aunque parecía perplejo.

—Pues vale.

—Casi estamos preparados —dijo Marni—. Sentaos conmigo. Solo será un momento.

Los cuatro se sentaron en torno a la mesa, pero nadie se presentó para tomarles nota. El silencio resultaba incómodo. Rosemont quería que Priscilla o Miles le presentasen a Marni, discutir el contenido del archivador rojo o hablarle de los hombres que canturreaban y sus perturbadores anhelos y poderes. Pero Priscilla y Miles permanecieron en silencio, contemplando la mesa, como si esperasen la autorización de Marni para hablar.

Al cabo de un instante, Rosemont sorprendió sin querer la mirada de Marni. La anciana miró al otro lado de la *piazza* y volvió a observar a Rosemont. Este siguió su mirada y vio a dos hombres ataviados con sendos monos blancos que llevaban en volandas a un soldado italiano inconsciente recién llegado de Kuwait, a juzgar por el uniforme del desierto. Lo arrastraron hasta el otro lado de la fuente de la gárgola, produciendo un carraspeo entrecortado con sus botas de combate contra los adoquines, y lo depositaron en uno de los bancos, doblándole las piernas sobre el asiento antes de marcharse con pasos resueltos.

Miles y Priscilla no dieron muestras de percatarse de ello.

Otra pareja de hombres con mono blanco salió de otra de las calles, arrastrando a

una mujer sin sentido. Estos parecían más conscientes de lo estafalario de su situación, pues miraban de un lado a otro para comprobar las reacciones de las personas de la plaza. Pero los transeúntes iban a lo suyo, dejando atrás la pequeña fuente como quizá hicieran todos los días, recorriendo sus gastados senderos. ¿Acaso los hombres de blanco eran invisibles para ellos? ¿O solo era un día cualquiera en la metrópoli para los romanos avezados que eludían el contacto visual innecesario?

Finalmente hubo cuatro personas inconscientes tendidas en los bancos de los rincones de la *piazza*, y Rosemont recordó el dormitorio que había franqueado para acceder al albergue. Le preguntó a Miles:

—¿Esos durmientes forman una especie de demarcación?

Las tres personas de la mesa le dedicaron su atención con expresiones tan violentas y urgentes que Rosemont se tapó la boca con la mano.

—Es más listo de lo que le conviene —observó Marni, dirigiéndose a Miles.

—O bien se está haciendo sensible —aventuró Priscilla. Frunció el ceño con aparente interés bajo su dramático pico de viuda, y volvió a mirar fijamente a Rosemont de un modo que le hizo sentir que se disponía entregarle o decirle algo.

Miles le susurró a Rosemont:

—Aguanta, colega. Me parece que obtendrás respuestas dentro de un segundo.

Marni aspiró una honda bocanada, ensanchando las aletas de la nariz, y asintió como si estuviera disfrutando una música dulce que solo ella pudiese oír. Después esbozó una sonrisa que le confirió un aspecto majestuoso y bello, al parecer de Rosemont.

—Sí que es delicioso —admitió, recorriendo la plaza con la mirada—. Esto es sumamente delicioso, amigos míos.

Miles exhaló un pesado suspiro que denotaba un alivio aturdido y miró a Priscilla, que estaba al otro lado de la mesa.

—Confiaba en que pensara así.

Priscilla asintió, observando a la anciana.

—Falta documentación. Pero ya le he dicho a Miles que eso no tiene importancia.

—¿Cuántos años dices que tiene? —le preguntó Marni a Miles al cabo de un largo momento de reflexión.

—Es una suposición —contestó este—. Pero creo que tiene casi tres mil años. —Revelar aquella información pareció quitarle un peso de encima. Su tono era más afable, más risueño—. ¿Le resulta familiar, Marni? ¿Le trae recuerdos de, *ejem*, la madre patria?

Quizá se debiera a la reciente guerra del Golfo, pero Rosemont la encontraba kuwaití. Volvió a mirarla atentamente. ¿Árabe? ¿Armenia?

Marni inspiró por la nariz, deleitándose, al parecer, con aquella misteriosa brisa oceánica, dehesa o lluvia de montaña que solo ella percibía.

—Es un *templum* terriblemente fuerte. Me recuerda a los lugares donde nuestros barqueros indagaban en la mente de las generaciones anteriores. Aún se perciben las

aristas afiladas de esas plazas invisibles, si uno sabe por dónde pisa. —Eché una ojeada a los toldos. Al puesto de palomitas de maíz. A los gatos callejeros, que ahora estaban comiendo—. Precisamente en este sitio. ¿Quién lo construyó? ¿Lo sabes?

—Un descendiente tuyo —afirmó Miles.

—¿Mío?

—De Wilusija, sí.

Rosemont estuvo a punto de dar un respingo al reconocer aquel nombre. Se había preguntado cómo se pronunciaba al encontrarlo casualmente en el archivador rojo, repasando la transcripción de una entrevista entre Miles y Priscilla. ¿Marni y Priscilla procedían del mismo lugar? ¿De aquella Wilusija? ¿Se trataba de un país? ¿De una ciudad? ¿De un castillo? Nunca había oído antes aquel nombre.

—¿Quién lo construyó? ¿De quién estás hablando, Miles? —porfió Marni. Al parecer, la experiencia que le había producido el *templum* la había apaciguado—. ¿Cómo demonios lo encontraste?

Miles estaba retrepándose en la silla a causa de la emoción.

—Estaba impaciente por conocerla y hablar de eso. Me ayudó Priscilla. Ella poseía cierta información que yo no tenía, mientras que yo poseía información que ella no tenía. Nos conocimos en Sarajevo hace unos años.

—¿Sarajevo? —intervino Rosemont—. ¿Has estado en Sarajevo?

Miles miró a Marni.

—¿Le parece seguro que hablemos de esto?

—Oh, aquí estamos muy seguros —le aseguró Marni, contemplando a los durmientes—. Además, me parece que es bueno que él lo sepa.

Priscilla le dijo a Rosemont:

—Conocí a Miles cuando él estaba en Sarajevo reuniendo pruebas para sus teorías sobre mitología urbana.

—Concretamente, estaba estudiando una secta esotérica de doce pasos de Alcohólicos Anónimos —intervino Miles—. La estaba investigando para la..., para un artículo que estaba escribiendo.

Rosemont reprimió una sonrisa. Estaba seguro de que Miles había estado a punto de confesar que estaba investigando «La impugnación de Rosemont».

—¿Un programa esotérico de doce pasos? —Rosemont bufó burlonamente antes de comprender que Miles no estaba bromeando—. ¿De verdad?

Miles sostuvo su mirada, pero su rostro se distendió en aquella sonrisa.

—No seas impertinente si no quieres que te llevemos de nuevo a ese cuarto de baño y te dejemos ahí dentro con el espejo.

Marni se rió entre dientes.

—Yo reaccioné igual que tú, Rosemont, cuando me topé con aquella secta. Pero los doce pasos son completamente esotéricos, si piensas en ello —afirmó Miles—. «Admitir que uno se encuentra indefenso ante Dios, tal como cada uno lo entienda». —Enarcó las cejas e inclinó la cabeza, exponiéndole la idea a Rosemont—. ¿O qué te

parece esto? «Tomar la decisión de entregar la voluntad y la vida al cuidado de Dios». Pero aquí está el gran paso, en mi opinión el más sobrenatural de los doce. El paso número tres: «Convencerse de que un poder mayor que nosotros mismos puede devolvernos la cordura».

Rosemont se disponía a argüir que si esas eran máximas esotéricas los cristianos renacidos eran quiromantes. Pero Priscilla se le adelantó para explicarle a Marni:

—Así fue como me descubrió Miles. El fundador de los Alcohólicos Anónimos de Sarajevo comprendió lo que Miles estaba buscando y me condujo hasta él. Llegamos aquí hace seis meses en busca del gemelo perdido. Remo.

Priscilla siguió hablando, pero Miles se volvió de repente hacia Rosemont y susurró, como para no molestarla:

—Rosemont.

Rosemont lo miró pestañeando, confuso.

—¿Qué?

Priscilla los observó por el rabillo del ojo mientras dialogaba con Marni, empleando un lenguaje que Rosemont no reconoció.

—Hey —dijo Miles, amablemente—. Hola.

Rosemont entrecerró los ojos, escutándolo. Soltó una carcajada.

—Hola, Miles.

—Me alegro de que hayas venido —prosiguió este. Exhaló un profundo suspiro, con un estremecimiento, y descansó la mano en la pierna de Rosemont—. ¿A que nunca te habías divertido tanto?

Demasiadas confianzas inapropiadas, como siempre, y siempre son bien recibidas. Rosemont puso la mano en la de Miles.

—¿Esta mierda surrealista? ¿Cadáveres? ¿Gente que se desvanece sin dejar rastro? No puedes hablar en serio.

—Sí, es muy jodido —admitió Miles, sonriendo y asintiendo. Se zafó de la mano de Rosemont y el inesperado momento de afecto se extinguió—. El tipo de Sarajevo me contó una mierda fascinante. Fue quien me dijo que se trataba de algo arcaico, ni siquiera lo llamó doce pasos, aunque sus reuniones consistían en encuentros de alcohólicos desahogados y adictos rehabilitados hace tiempo que son libres para hablar de lo que les plazca. Pero me di cuenta de que toda esa jerga de «defender la ciudad» y «erigir murallas de protección», el lenguaje de una disciplina surgida de una ciudad destruida de la Edad del Bronce, era un mito y un rito. —Miles estaba citando su antigua fórmula para discernir si una historia constituía un auténtico mito o solo un antiguo cuento de hadas: historia más ritual igual a mito. Miles se rió—. Un puñetero mito viviente.

Muy a menudo, hablar con Miles era como intentar mantener ocho conversaciones al mismo tiempo. Sin dejar de darle vueltas al significado de su mano sobre su pierna, Rosemont le preguntó:

—¿Lo dices en serio? ¿Encontraste un culto que había sobrevivido desde la Edad

de Bronce?

—Preservado en los doce pasos como si fueran de ámbar. —Miles sonrió—. Tío, hace años que quería hablarte de esto.

Rosemont sintió que esbozaba una sonrisa ceñuda.

—¿Cuál es el rito?

—Disciplina etrusca. La Disciplina Etrusca. Los etruscos edificaron la realidad con los despojos humeantes de un mundo caótico porque la ciudad a la que habían sobrevivido había sido destruida. Esa era la misión expresa de la Disciplina: un rito posapocalíptico, ¿sabes? Crear un entorno donde perdurasen la cultura y la ciudad. Ahora la historia de su creación se transmite de boca en boca en las reuniones de los doce pasos, la creación de su identidad, de su cordura y de su realidad compartida, a lo que se reduce cualquier historia de creación. Y es lo que yo andaba buscando. Y lo encontré en la disciplina etrusca moderna. Pero oh, eso no es todo, chico, porque...

—Espera. —Rosemont se tocó la frente con la yema de los dedos, concentrándose. Miles le producía ese efecto. Rosemont no sabía por dónde empezar a interrogarlo sobre lo que acababa de contarle, cómo retroceder hasta recuperar el hilo del comentario de Priscilla (¿Remo? ¿Estaban buscando a Remo? ¿Nuestro Remo?) ni cómo escuchar subrepticamente la conversación de esta con Marni, en la que sin duda estaban hablando el idioma que Marni había empleado anteriormente, ni cómo interpretar la repentina muestra de afecto de Miles y su posterior desaparición. ¿Murallas de protección? ¿Realidad compartida? ¿Un posapocalipsis en la Edad de Bronce? Era como volver a conocer a Miles en la carpa del Circo del Pasma Infinito y descubrir la vehemencia de sus fecundas teorías, sus deliberaciones sobrenaturales, sus reflexiones surrealistas y sus incisivos divergentes, y Rosemont supo que debía agarrarse en el acto y saltar a bordo si no quería quedarse atrás. De modo que se agarró por segunda vez en su vida—. Espera un minuto. ¿Una ciudad de la Edad de Bronce y etruscos? —prosiguió, mirando a Marni. Santo Dios, no puede referirse a lo que creo que se refiere—. ¿Qué ciudad?

Miles sonrió complacido.

—Siempre das en el blanco. Hablar con Jeremiah Rosemont es como hablar con un ave de presa. Así es. E-trus-cos —musitó Miles, separando las sílabas—. Extroyanos. Rómulo y Remo eran extroyanos. Sus descendientes, en todo caso. Los descendientes de la cultura de Marni. Los encargados de reconstruir la ciudad después de la diáspora troyana. Y ese empeño de reconstrucción está vivito y coleando en Sarajevo. El conjuro de la muralla se ha recobrado. La ciudad sigue esperando a que la edifiquen.

Rosemont se quedó sin habla al oír los nombres de Rómulo y Remo en boca de Miles. ¿Se refería a su ridículo mito de los niños rescatados de los ríos tejanos? No. Parecía que hablaba completamente en serio. Los nombres de los gemelos lo dejaron petrificado como si lo hubieran sorprendido desnudo bajo el resplandor de un foco, y se volvió hacia Priscilla de inmediato para comprobar si esta había oído lo que

acababa de decir Miles. Priscilla había dejado de hablar con Marni y estaba escuchando a Miles, asintiendo, dirigiendo una mirada de soslayo a la anciana. Rosemont se percató de que Priscilla estaba calibrando la reacción de Marni, así como él estaba calibrando la suya.

Es para volverse loco, se dijo. De no haber sido porque había dos personas en la mesa que a todas luces lo consideraban una especie de autoridad, Rosemont habría aspirado una honda bocanada y la habría tomado con su viejo amigo Miles por aquella fantasía atolondrada y absurda ¿Rómulo y Remo eran extrojanos? Podría haber afirmado que los habían criado los murciélagos de la estepa o que descendían de ángeles constructores de autopistas. Pero Rosemont no podía hablar, ni oponerse, hacer preguntas, despotricar ni burlarse, no podía formular una respuesta porque era incapaz de explicarse nada de lo que le había sucedido desde su llegada a Roma. De entre todas aquellas cosas, ¿por qué iba a indignarlo la irresponsable erudición de Miles?

«¿Qué es eso? ¿Es real?», había inquirido el más bajo de los dos hombres, en cuclillas, al contemplar al reflejo de Rosemont en el espejo. Lo había visto, ambos lo habían visto, y habían huido sin comprender lo que estaban mirando, pues aparentemente no eran más conscientes de lo que estaba ocurriendo que el propio Rosemont. La única persona que parecía pensar que tenía la situación controlada era John C. Miles.

«Aguanta, colega», había dicho Miles hacía un momento. «Me parece que obtendrás respuestas dentro de un segundo». Por amor de Dios, si esas eran las respuestas, se dijo Rosemont, haría mejor en correr a ciegas por las calles para escapar de aquel maniaco balbuciente.

Pero era obvio que a Marni le agradaba lo que decía Miles. Se estaba ganando su simpatía. Miles surtía ese efecto magnético en las personas, las atraía o las repelía, y a menudo cambiaban de parecer de improviso. Rosemont lo sabía porque él producía el mismo efecto en la gente.

—Me parece que deberíamos comer algo y tomar unas copas mientras discutimos lo que nos ha mostrado Miles. ¿No sería divertido? —propuso Marni.

—De puta madre —farfulló Miles, inclinándose.

El estómago de Rosemont también dio un vuelco. Seguía sin saber qué pensar de las alocadas teorías de Miles, pero no había comido desde el vuelo.

—Me gustaría.

—Ejem, ¿ekta? —terció Priscilla, cruzándose de brazos—. No es una buena idea. —Sus ojos se posaron sobre Miles—. Nada de beber.

—Me los dicen los de los doce pasos —explicó Miles, dirigiéndole una mueca grotesca a Rosemont—. Según parece, desprendo una «vibración de adicto».

Se presentó un camarero precisamente cuando Rosemont se disponía a preguntarle a Miles si podía prestarle un poco de dinero italiano. Todo en el camarero, hasta su bigote, parecía estricto e irascible. En una bandeja llevaba cuatro

platos de pasta cocida y vasos medianos rebosantes de Campari.

—La comida más barata del menú —suspiró— para todos.

Marni descansó la mano en el brazo de la joven.

—Parece que has perdido la votación.

Priscilla sonrió burlonamente y asió el tenedor.

—Ya verás.

A Rosemont, por otra parte, no le importaba cómo había sabido el camarero que debía llevarles comida y qué bebida debía servirles. Se acercó el plato, enrolló la pasta en el tenedor y el aceite de oliva con sabor a romero rociado sobre ella despidió un aroma reconfortante y magnífico.

Marni aspiró otra honda bocanada del *templum* y dijo:

—Antes de admitir que mis tradiciones están arraigadas en las de Priscilla y las tuyas, doctor Miles, necesitaré pruebas. Si este *templum* es tan antiguo como tú dices, ¿cómo es posible que ningún otro aprendiz lo haya visto?

—Porque está oculto a la vista de todos. Ese es el poder único de Remo, el mago que lo creó —respondió Miles mientras aferraba el tenedor—, y si no me hubieran robado mi trabajo podría enseñarle pruebas fehacientes de ello. —Miles enseñó los dientes en una sonrisa frustrada y continuó—: Pero hay tres pruebas de que este *templum* es de Remo. La primera son las lemurias, que...

—Eran un ritual romano para honrar a los muertos, *ekta* —intervino Priscilla.

—¡Aj! Ya sé lo que son las lemurias —espetó la anciana, depositando su copa en la mesa. El comentario de Priscilla había echado a perder su buen humor y su rostro arrugado pareció ensombrecerse a causa de la ira—. Pero ¿cómo va a ser eso una prueba? Ya no es un ritual. No es más que una costumbre pintoresca.

—El nombre mismo es una prueba —repuso Priscilla—. Las *eles* y la *erres* eran intercambiables. Lemuria es Remuria, que significa: «lo que pertenece a Remo».

Los labios arrugados de Marni se fruncieron al beber un sorbo de la copa. La bajó con un asentimiento.

—¿Me habéis hecho venir desde Estambul para esto?

—Pero antaño sí que era un ritual —alegó Miles—. Antiguamente se celebraban lemurias en esta *piazza* para honrar al gemelo muerto, porque fue donde Remo leyó su augurio para... bueno, en mis notas, he recopilado los informes arqueológicos del museo de...

—¿No tienes pruebas? —lo atajó Marni con un ceño muestra de decepción—. ¿He de creerme sin más que existe una conexión entre las tradiciones romana, etrusca y troyana? ¿Basada en la etimología? ¿Qué será lo próximo? ¿La genética? Queridos, lo que deseo y lo único que me importa son pruebas de que hubiera culto y ritual.

Al contemplar a la anciana, Miles movía la mandíbula como si estuviera masticando.

Priscilla le sostuvo la mirada y giró la mano en el aire como para instarlo a continuar.

¿Están buscando un culto? ¿Un culto a Remo? Rosemont fingía estar famélico y completamente enfrascado en la pasta, pero estaba pendiente de cada palabra de aquella conversación. Se preguntó si eso era lo que Miles había intentado decirle en Atlanta, que había descubierto algo poderoso e inexplicable. Un culto. Una práctica esotérica de alguna clase. «Hay más. Hay mucho más, Jeremiah».

Sin quitarle la vista de encima a Marni, Miles tosió, tragándose un comentario insidioso, imaginó Rosemont.

—Bueno, supongo que eso me lleva a la prueba número dos —dijo Miles. Adoptando una pose suplicante en el borde de la silla, Miles se encaró con Marni con una rodilla levantada y la otra doblada, casi al modo de un embajador medieval implorándole a una poderosa reina. Rosemont nunca lo había visto tan conciliador, tan apaciguador. El listillo de la conferencia de Atlanta, que machacaba a sus colegas para lucirse ante los demás, había desaparecido hacía mucho. Por alguna razón estaba apelando a Marni, ansiaba su confianza, y era evidente que no le gustaba su ceño—. ¿Conoce la historia de Rómulo y Remo, *ekta*? O para ser más específico, ¿sabe cómo termina?

—Sí. Los propios romanos la difundieron —contestó Marni, perpleja y asqueada. Alzó una mano nudosa como si le estuviese ofreciendo algo al aire—. Se jactaban de que su héroe fundador había matado a su propio hermano. Inmorales desde el principio. —Se limpió las manos en la servilleta—. Los griegos en particular eran incapaces de comprender por qué los romanos decidían contar una historia tan terrible sobre sí mismos.

—Las mejores historias son demasiado dolorosas como para ignorarlas —observó Miles—. Los romanos la contaban porque sucedió algo raro el día que Rómulo mató a Remo, y por eso se devanaron los sesos y se inquietaron durante siglos.

Marni alzó el mentón.

—¿Qué pasó?

La ha pescado, se dijo Rosemont con una sonrisa.

—Sucedió el día del nacimiento de Roma —relató Miles—. Rómulo y Remo eran augures, adivinadores, y habían celebrado un concurso para comprobar quién determinaba el mejor enclave para erigir su nueva ciudad. Rómulo ganó el concurso y empezó a delimitar un perímetro excavando una zanja circular en torno a las siete colinas más altas de Roma —prosiguió—. Pues bien, Remo cruzó esa trinchera. Saltó deliberadamente sobre la zanja que su hermano estaba excavando con un arado.

—Sí —admitió Marni—, siempre había oído que estaban discutiendo sobre dónde debía construirse la muralla.

—Pero, *ekta*, vuelve a escuchar lo que te está diciendo Miles —terció Priscilla, inclinándose hacia delante y entrelazando las manos de modo que los índices se tocaran—. Una ciudad fundada por la adivinación. Un arado. Un círculo excavado en la tierra por un mago.

Los ojos de Marni permanecieron impasibles, pero después relucieron.

—Oh, vaya. —La anciana parecía atónita, con las yemas de los dedos posadas en el mentón—. Nunca se me había ocurrido. No sé cuántas veces he oído esa historia. Nunca se me había ocurrido lo que estaba haciendo Rómulo.

—Ni a nadie —afirmó Priscilla—, porque no debía saberlo nadie.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Rosemont, con los espaguetis enrollados en los dientes del tenedor.

—Estaba echando el mismo conjuro que se echó el día de la fundación de Wilusija, de Troya —dijo Miles—. Rómulo y Remo eran miembros de la misma secta esotérica a la que pertenece Priscilla, la Disciplina Etrusca, que preservó la magia de Troya para erigir ciudades, un culto dedicado a la construcción de puertas, murallas, calles y alcantarillas —añadió—. Rómulo estaba resucitando a Troya.

Rosemont creyó percibir el aire de la montaña por un instante. Brisas frescas y tonificantes. El *templum*, pensó. Rosemont miró a los durmientes de los bancos al otro lado de la *piazza*. *Puedo sentirlo*.

Marni asintió complacida, pero después volvió a fruncir el ceño.

—Todavía no me lo has contado. ¿Qué es lo extraño que le pasó a Remo?

—¿Lo extraño que le pasó? —repitió Miles—. Que no le pasó nada. Cuando Remo traspuso aquel círculo mágico, este debería haberlo matado o maldecido. Pero sobrevivió.

—Pero tampoco destruyó el conjuro wilusijano al trasponer el círculo —objetó Marni.

—Esa no era su intención —replicó Miles—. Remo solo quería demostrarle a su hermano que estaba protegido por este *templum*. —Miles arqueó el dedo para señalar al suelo. Después se cruzó de brazos—. Le estaba demostrando que él era el mago más poderoso.

—De acuerdo —concedió Marni—. Más adelante querré ver pruebas, pero me impresiona tu afirmación.

Rosemont no podía creerlo: Miles estaba haciendo una reverencia. Estaba haciendo una reverencia al tiempo que apartaba la mirada.

—Gracias, *ekta* —dijo.

Rosemont estaba empezando a comprenderlo. Al principio todo pasaba muy deprisa, tanto que no lograba ordenarlo en su mente. Pero ahora estaba empezando a comprender una parte de aquella demencial conversación, pues entendía cómo había llegado Miles a aquella conclusión. Era su historia de Remo. El Remo que había hallado una salida. En aquella época, Miles y Rosemont eran buscadores que anhelaban asomarse al otro lado del telón de la realidad, sin saber si alguna vez lo conseguirían, pero buscando no obstante, echando cartas y fantaseando, y Remo era el héroe que habían inventado, el mago en ciernes que se había proyectado desde este mundo sofocante hacia el más allá incognoscible.

Rosemont comprendió a dónde quería llegar Miles al afirmar que la imaginería y la estructura del tarot estaban arraigadas en el propósito esotérico de los antiguos

desfiles triunfales de Roma. Todos aquellos desfiles eran para Remo. Los romanos recordaban a Remo, tanto si eran conscientes de ello, como si no. El tarot también lo recordaba, tanto si se barajaban las cartas o se percataban de ello los *new agers* como si no. Ahora todo cobraba sentido.

Además, Rosemont tenía la vívida impresión de que Miles se hallaba ante un precipicio, una ribera, y de que si daba un paso se alejaría de aquella existencia mundana. Sin duda había llegado más lejos que Rosemont, que había huido de las extravagancias que lo habían perseguido durante toda su vida en pos de la normalidad, sin misticismo ni misterio. Miles le estaba tendiendo una mano a Rosemont, ofreciéndose a tirar de él, a pesar de su negativa y de la vergüenza característica de un «Intelectual Muy Importante».

—En fin. ¿Cómo lo encontraste? —inquirió Marni—. ¿Cómo supiste que el *templum* estaba aquí?

Miles tosió incómodamente y miró a Rosemont.

—Soy un ocultista. Vivo con los ojos bien abiertos. Siempre.

—Muchos lo hacen. Eso no lo explica.

Miles respondió:

—Eso nos lleva a mi última prueba. Lo que tengo que contarle ahora debería mantenerse en absoluto secreto. Entre nosotros tres —añadió, señalando a Marni, a Priscilla y a sí mismo.

Rosemont se echó hacia atrás en la silla como si lo hubieran empujado.

—¿Qué es esto? ¿Por qué?

—Mira —dijo Miles—, no es nada personal, pero has venido para ser un autenticador imparcial. Sería contraproducente que te contara todo lo que he de decirle a Marni.

Rosemont estaba a punto de sincerarse. Finalmente sentía que estaba obteniendo respuestas y se disponía a alargar la mano para por fin asir la mochila, sacar el archivador y entregárselo a Miles. Ahora se sentía traicionado, furioso y vengativo.

—Claro. Voy a empolvarme la nariz, ¿no?

Priscilla intercedió:

—¿Por qué no puede quedarse? Todos vamos a ver la baraja cuando...

Miles la acalló.

—Porque el Monje me pidió que fuera discreto.

—¿Qué monje? —Rosemont contempló a Miles, incrédulo—. ¿Y si me niego? ¿Y si me quedo? ¿Qué pasa entonces?

—Con el tiempo serás vulnerable ante Visconti y su lisonjero Transom, los hombres que fueron a por ti en el apartamento —intervino Marni, fulminando a Rosemont con la mirada—, porque los durmientes despertarán y el *templum* sagrado volverá a ser un rinconcito de Roma. Entonces todos estaremos desprotegidos. Prosigamos.

Rosemont miró hoscamente a Miles y produjo un chirrido estridente con la silla al

incorporarse.

—Increíble. In-creíble.

Había dado dos zancadas para apartarse de la mesa cuando oyó el siseo de Marni. Giró en redondo y vio que esta había cogido su mochila y se la estaba ofreciendo con una mirada afilada.

—¿Quieres llevártela mientras discutimos del Monje? —dijo, y cuando Rosemont aferró una de las correas, ella la sujetó un poco más y apostilló—: Hay ladrones en todas partes, sabes.

Rosemont sonrió.

—Sí. Es verdad —admitió—. Vale.

Las cajas de cartón que contenían sus sueños y sus temores estaban abiertas. El Rey Niño las había abierto él mismo, pero después de haber estado selladas durante doce años, la mera visión de las cajas abiertas le aceleró el pulso y el miedo le ofuscó el cerebro.

La luz sesgada caía a su alrededor, proyectándose a través de los antiguos cristales. Se había desprendido de la lluvia para dar paso al sol de la mañana. La puerta de un coche se cerró violentamente; Farah volvía a casa con un cliente (sabía de quién se trataba por el sonido de la puerta: el introvertido de mediana edad con cicatrices de acné. *Born to Run* empezaría enseguida su incesante ciclo). Durante largo tiempo el Rey Niño permaneció sentado a la escucha para asegurarse de que las escaleras de madera no crujieran, de que no hubiese nadie bajo la trampilla del tercer piso intentando abrirla.

Instantes después, cuando la E Street Band acometió su clásico fragor, el Rey Niño decidió que las cosas eran normales y extrajo de una bolsa de cuero un espejo y una máscara roja y negra de luchador mejicano. El mero tacto de los espejos lo ponía nervioso, pero al fin había llegado el momento de mirar el interior de la bola de cristal. Había llegado el momento de aclarar lo que se le escapaba a Lara, antes de que Visconti llamase a la puerta.

El Rey Niño dispuso una silla frente a la pared formando un ángulo y colocó el espejo de pie frente a la silla, de modo que a través de este pudiese contemplar el suelo en ángulo recto. Después tomó asiento, sostuvo con las rodillas un rótulo de madera art decó de la ferretería Riemann y arrastró la caja de cartón que contenía sus sueños y sus temores hasta el otro lado de este. Respiró profundamente. Respiró profundamente. Acto seguido se ajustó la máscara encima de la cara, estirando dolorosamente el tejido sobre la nariz fracturada. Rodeando el anuncio con ambos brazos en una suerte de abrazo podía verse las manos en el espejo y mirar la caja. Pero no veía el contenido con sus propios ojos, ni siquiera con su visión periférica; solamente en el reflejo. El rótulo se interponía, de modo que no podía ver sus manos temblorosas, y se cuidaba de mirar su propia cara, su propio reflejo.

Al otro lado del solar, Farah se desgañitaba por encima de Springsteen.

—¡Tío! ¡Tío! ¡Ay, tío! ¡Tío!

El Rey Niño extrajo la primera ilustración, herméticamente cerrada en su caja de plástico transparente, y se la mostró a sí mismo en el espejo.

La mesa de trabajo. El horno del panadero. La masa informe.

O bien, desde otro punto de vista, la mesa del estafador. El sombrero calado de un forastero embaucador. Un trozo de tela que le ocultaba algo.

Y desde otro más, un noble con cabeza de cabra, cuernos largos y curvilíneos y

dos montones semiformados de incipiente arcilla humana sobre su mesa de alfarero.

El Rey Niño extrajo otras imágenes, también cerradas. El cazador con perros anaranjados, el astrónomo y sus hermosas estrellas gemelas y el jinete delirante, todos ellos impresos aún en la mente del Rey Niño desde el día en que se los había mostrado el Monje Loco.

Sacó otro dibujo y lo contempló a través del espejo inclinado. El Arco. Aquella era la imagen más terrorífica de las trece ilustraciones antiguas, porque quien la había pintado sabía. Quizá el pintor lo conociera desde la ventajosa posición del *triumphator* que franquea la arcada para entrar en su ciudad, o desde el punto de vista del vencido, es decir, del enemigo capturado hostigado ante el vencedor, sometido a una abyecta humillación. Pero el artista conocía el significado de subyugar y de ser subyugado. Las vetas rojas que hendían el mármol blanquecino de la arcada como si fuera la piel de un anciano. El sol cruel e imperioso en lo alto. La zanja de Rómulo, excavada con su arado para el conjuro y la futura muralla. La pala alzada. El hermano caído. La sangre inocente derramada.

¿Pero el alfarero? ¿Cómo encajaba eso?

¿El estafador?

Los pensamientos de tu conciencia solo pueden atravesar el luminoso pórtico de tu mente de uno en uno. Para vivir asumes que has de suprimir ciertos pensamientos o amalgamarlos para formar un solo pensamiento manejable. Una persona con una sola línea de pensamientos. Un arco. Así es la mente humana. Pero no la nuestra.

El Rey Niño metió las imágenes en la caja de cartón y las contempló a través del espejo de modo que estuvieran enmarcadas dentro de otro marco. Constreñidas. Controladas. Cada imagen constituía un foco de energía, un «arado alzado», en palabras del Monje, un punto del surco donde no se hallaría la muralla de Rómulo, sino un pórtico. Aquellos dibujos eran pórticos, grietas en el antiguo conjuro de Rómulo el conquistador. Cada ilustración, cada carta, era una imagen que se asomaba al exterior, así como el Rey Niño era una imagen que se asomaba al interior a través del pórtico de su propia imagen que se asomaba al exterior, a la edad de nueve años.

Lo que vio fue Madison, Wisconsin. Vislumbró a una mujer que recorría la hilera de dúplex y albergues para indigentes de la calle Broom asiendo la mano de un niño de nueve años. El Rey Niño conocía esas casas. Conocía esa calle. Esperaba hallar respuestas sobre los planes de Visconti o el paradero de los rastreadores del desierto, pero aquello era grato. No la había conocido siendo adulto, de modo que colarse por la puerta de aquellas antiguas ilustraciones o por el pórtico de su mente era un precioso regalo. Era un tesoro indagar en la mente de su propia madre.

Esta sostenía la mano de su hijo, implorando carteles que anunciaran habitaciones libres, y el Rey Niño comprendió que Anita se estaba empapando de la capitulación de Madison. Pensaba que parecía haber cierta tensión en el cuerpo de las personas, pero no en las calles. Antaño aquella amalgama singular de veteranos hirsutos y chiflados melenudos galvanizaba incluso los encuentros fortuitos en las esquinas,

cuando su madre iba desde Racine los fines de semana. Comprendió que lo echaba de menos. Los estudiantes que ahora pasaban eran decididamente elegantes, caminaban con propósito y con nervio, mirando la acera frente a sus pies, sin sostenerle jamás la mirada. Los habitantes de Madison parecían menos apasionados que en 1968, y el Rey Niño supo que aquella pasión recordada era la causa de que hubiese dirigido allí sus pasos.

El Rey Niño permaneció sentado observando sobrecogido. Ahora comprendía que no había tenido una imagen mental de su madre. Había examinado sus pensamientos anteriormente, pero no así sus ojos ni su cara. Le gustaba el aspecto tan fiero que presentaba al detenerse ante una espaciosa casa de 1910 sosteniendo la mano de su hijito para leer un cartel escrito a mano.

Ven a la comuna Valhalla. Somos una casa de 20-25 miembros (¡y tres gatos radicales!) dedicados a los estilos de vida alternativos, la abolición del patriarcado, los sistemas alimentarios anarquistas, la igualdad total entre los géneros y la forma de vida del *kibbutz*.

—¿Qué es una comuna? —inquirió su hijo cuando leyó el cartel. Entonces era conocido como Finn, pero tendría una veintena de nombres distintos antes de que concluyera su estancia en la Tierra.

Anita tiró de él escaleras arriba hasta la puerta principal antes de que pudiera preguntarle también sobre los anarquistas o el *kibbutz*.

—Es un sitio donde la gente se esfuerza para cambiar el mundo.

Finn parecía escéptico.

—¿Aquí?

Para el Rey Niño, aquel lugar era el único que le había parecido un hogar verdadero, y verlo ahora, percibirlo a través de los poros de su madre y de los suyos, era delicioso. Valhalla era un patio de recreo dentro de otro, una atalaya de la fervorosa locura de los jóvenes que, como la madre de Finn, ansiaban desprenderse de la estrecha uniformidad de los hogares de su infancia. En aquel mundo un niño era único; no como en un espectáculo circense, sino porque lo apreciaban y lo mimaban. Y el Rey Niño lo percibía, incluso desde Bryce & Waterston. El joven disponía de una reserva inagotable de compañeros de juegos para quienes representaba el tránsito hacia la vejez en estado puro al que la extravagancia de los adultos de Madison solo se aproximaba débilmente con sus fiestas de togas y mentecatos y el alcoholismo universitario. Tomillo era su favorita. Era una ardiente joven feminista que jugaba con Finn a las «historias del tarot», ideando relatos complejos y dispersos sobre los personajes que representaban los naipes.

En cuanto a Anita, los estudios la mantenían ocupada hasta la extenuación y, de buena gana, Tomillo se encargaba de Finn en su ausencia. Pero ante los ojos del Rey Niño, las tardes que Anita pasaba leyendo a Chaucer en la biblioteca Helen C. White

se prolongaban hasta convertirse en noches modelando cerámica en la clase de arte del campus después de breves llamadas a la casa para preguntar si alguien podía acostar a Finn. El hijo adulto que escrutaba a su madre la odiaba y la admiraba por ello. Después de todo, se estaba preparando, disponiéndose a dar el siguiente paso: Racine, Madison y el horizonte. ¿Por qué no había de hacerlo? ¿Por qué había de atarse aquella poderosa joven cuando las madrugadas en la clase de arte podían devenir en una camaradería auténtica que nunca antes había experimentado? La esperaban cigarrillos y botellines de cerveza Point en el bar 602 o la State Street Infirmary. Sus compañeros de estudios afirmaban que tenía talento, elogiaban sus obras y su ideología, y la consultaban sobre cuestiones cotidianas, y una parte del Rey Niño sentía que, después de haber pasado una década encadenada a una caja registradora y a un hijo en Racine, Anita debía en efecto cruzar cualquier puerta que se le abriera. Pero su cerebro se ofuscó a causa de la cólera y el pánico al presenciar el progreso de su alejamiento, cuando su madre emprendía breves trayectos hasta Iowa City y Chicago en pos de grupos musicales, acostándose con los bocados más selectos que se cruzaban en su camino y abandonando a su hijo. En aquellos viajes, cuando iba sola en su Maverick desvencijado, tras una caravana o una camioneta cargada de amplificadores y kits de batería, el Rey Niño comprobó que a veces adelantaba a una figura en las autopistas más tenebrosas, un personaje con una mochila de color caqui a quien su madre vislumbraba en repetidas ocasiones detenido en la cuneta, en el límite de sus faros.

¿Se trataba de un fantasma? ¿De un hombre? ¿Acaso la estaba esperando? Si así era, la causa no estaba clara. Comprender los acontecimientos y las imágenes de los antiguos dibujos no era como ver un DVD. Para descubrir siquiera quién era el merodeador de los maizales, el Rey Niño debía mirar fijamente a través del pórtico de las ilustraciones hasta que el sudor perlaba su frente y su rostro y la máscara de luchador se adhería como un torno a su nariz fracturada, haciendo que toda su cara palpitase de agonía.

Cuando al fin se le presentó la verdad vio a Priscilla, que caminaba a grandes pasos en el estallido luminoso de los faros de su madre. La uve negra de su pico de viuda era inconfundible, y no parecía más joven que la última vez que la había visto en Roma. Con los faros apagados y el motor en silencio, Priscilla arrojó la mochila a los pies del asiento del copiloto y se introdujo en el coche, las dos mujeres lado a lado en la perfecta oscuridad.

—Se acabó. La cabra ha encontrado Valhalla —le dijo Priscilla a Anita—. Dentro de poco se darán cuenta de que Tomillo no es la que está en el centro de las cosas, Anita. Tienes que salir de ahí.

Anita entreabrió una ventanilla y encendió un cigarrillo.

—Cualquiera que me vea pensará que soy una estudiante borracha. Es una tapadera perfecta en esta ciudad.

—Bueno. Pero han forjado una alianza con agentes federales que...

—Están excavando el círculo, Pris. Una pareja de biodinámicos instalados en el campo en Blue Mounds empezaron hace dos semanas. —Mientras Anita hablaba, exhalaba humo por la nariz—. ¿Resucitamos Jerusalén y creamos un lugar para que nazca el mesías? ¿O esperamos a que venga el mesías a ayudarnos a resucitar la ciudad?

—Odio tus analogías de catequesis. —Priscilla guardó silencio durante un prolongado lapso de oscuridad. Después susurró—: Finn nos está observando en este momento. ¿Lo sabías?

Las manos del Rey Niño estuvieron a punto de soltar la imagen.

El cigarrillo de Anita emitió una ensortijada voluta de humo al aire.

—¿Cómo puede ser? ¿Tomillo ha...?

—Probablemente. O lo hará. Pero no sé cómo —admitió Priscilla. Ladeó el espejo retrovisor, observando el interior del coche con las cejas enarcadas como cimitarras, pero sus ojos no encontraron los suyos en el espejo—. Puede que sea otro fragmento de sí mismo, pero no hay duda de que está aquí. —Apartó la mano del espejo y la depositó en su regazo—. No importa. De todas formas, no entenderá el lenguaje que estamos hablando.

Pero sí que lo entendía, por medio de aquellas imágenes, y tras haber descubierto que Transom había rastreado a Tomillo en los años setenta, el Rey Niño comprendió con creciente horror que su conexión con el culto a Jnum era más antigua y más profunda de lo que había sabido jamás. Lo habían estado buscando durante toda su vida.

—¿Comprendes lo que ha de suceder? —siseó Priscilla—. Si la alianza entre la cabra y esos reyes federales de América os encuentra a los dos juntos, Anita, y determina quiénes sois, comprenderá lo que él puede hacer. Y todo lo que trajo Tomillo de Europa desaparecerá.

Anita contempló el fulgor del cigarrillo y sacudió la ceniza por la ventanilla.

—¿Y si no nos encuentran juntos?

—Entonces creerán que están salvando a un chiquillo normal —respondió Priscilla, como si ese curso de acción fuera el mejor y el más evidente—. Lo convertirán en eso porque creerán que eso es lo que es.

Anita meneó la cabeza con aparente resignación.

—A la mierda.

—Lo que piensen ellos es irrelevante, *ekta* —susurró Priscilla—. Dime lo que crees que debes hacer.

Anita no dijo nada, o quizá la insaciable oscuridad de la silenciosa autopista le arrebató las palabras.

El Rey Niño podía contar con los dedos de una mano el número de veces que había examinado aquellos dibujos, y siempre que lo hacía su mente de aprendiz se abría un poco más. Pero cuando el *templum* y la abertura de una ilustración abrían su mente de aquel modo, bandadas de preguntas enloquecedoras entraban volando para

revolotear y aletear en su cráneo. ¿Su madre no era una estudiante borracha? ¿Eso no era más que una «tapadera»? ¿Ante quién? ¿El culto de Jnum? ¿El Rey Niño? ¿El Gobierno? Y si todo era una compleja estratagema, ¿podía confiar en algo de lo que veía a menos que su propia memoria pudiera corroborarlo? Aquel drama, aquel mundo, era emocionante y desconcertante.

Las mujeres hablaron un poco más del arado checo que estaban empleando los granjeros para trazar el «conjuro del círculo», hasta que al fin Priscilla abandonó discretamente el coche y se fundió con las ciénagas y los estanques de sombras que se extendían por los campos, y Anita se marchó como hacía siempre después de aquellos singulares encuentros, para regresar a Madison, a las clases, los programas de estudio, los libros de texto, las asambleas domésticas y la mundana existencia que compartía con Finn. El Rey Niño percibió que los encuentros con Priscilla la transformaban de forma irreparable, como un camaleón que no pudiese volver a adoptar del todo su color original. Hasta que al fin, después de una de aquellas incursiones en el campo, no volvió a casa.

Su hijo no volvió a verla nunca. El Rey Niño recordaba haberse despertado una mañana para encontrar su cama vacía y sin deshacer. Llamó a Tomillo, que se había convertido en una suerte de segunda madre para él, y esta se presentó sigilosamente para ayudarlo a prepararse para la escuela. Rebecca Goldblatt, se dijo el Rey Niño al observarla. Tanto Transom como Priscilla habían insinuado que era algo más poderoso que la amable joven que había aparecido aquella mañana para consolar a Finn, echarle las cartas y contarle «historias del tarot».

No era extraordinario que Anita no volviese hasta mucho después de haberse levantado Finn, pero cuando aquella primera mañana dio paso a la noche y el primer día dio paso al segundo, todos los habitantes de Valhalla comprendieron que algo iba terriblemente mal.

Se celebraron reuniones en las que los estudiantes y los miembros de la casa fueron manipulados sin su conocimiento al clásico estilo de los aprendices. El Rey Niño lo sabía, comprendía que Tomillo se había servido de ellos para entorpecer a las fuerzas que los hostigaban y se dirigían hacia Valhalla. Siempre había creído que aquel puñado de estudiantes comunistas y aspirantes a Panteras Negras se había visto abrumado ante la tarea de ocuparse de un niño de nueve años abandonado. Pero no había sido así. Ahora comprendió que Tomillo había diseñado una defensa táctica contra los asistentes sociales que se presentaron ante su puerta con cabezas de cabra repujadas en los maletines y los agentes de policía subyugados que deambulaban de noche por el patio trasero de Valhalla. Pero poco después la hasta entonces idílica infancia de Finn llegó a su final. Como si una pared se hubiera venido abajo, un destacamento de agentes federales armados asaltó Valhalla irrumpiendo en el laberinto de aquella antigua hermandad femenina convertida sucesivamente en hermandad masculina y comuna, para reclamar al joven Finn, acusando a todos los ocupantes de la casa de haber cometido una imprudencia temeraria con el niño. En la

memoria del Rey Niño, parecía un nebuloso montaje cinematográfico, aunque recordaba claramente a una agente con gafas de sol de piloto que entraba en su dormitorio secundada por una pareja de agentes armados con el emblema del FBI en sus camisetas y sus chaquetas azules.

Evacuaron al niño a toda prisa y lo llevaron en volandas a la casa de sus abuelos, donde le otorgaron un nuevo nombre, el primero de sus numerosos alias, y la comuna Valhalla, las historias del tarot, Tomillo, la Sala de Todos y la velita de Madison se apagaron.

Pero el Rey Niño aún no estaba dispuesto a renunciar a su madre. Ahora la comprendía menos que nunca, de modo que concentró sus pensamientos en una última imagen reconfortante de ella; una imagen que disfrutaba, en todo caso. Suponía que se remontaba a la noche en la que ella estaba pensando en marcharse. Era una joven de aspecto adusto y circunspecto, sentada sola ante la barra del Crystal Corner, en la calle Willy, dentro de una envoltura de cigarrillos y ensimismamiento, mientras *Insterstellar Overdrive* de Pink Floyd trepidaba desde los altavoces (tambores atronadores, tambores atronadores) y ocho C. C. Riders con atuendo de cuero insultaban a grandes voces a un transeúnte frente a la puerta principal. Eso era lo último que el Rey Niño veía de Anita a través del reflejo del Arco dibujado: una mujer silenciosa y sombría que movía el pie al ritmo de los Floyd la noche en la que no volvió a su casa con su hijo, y que jamás lo haría.

—Todavía estás ahí —le dijo el Rey Niño al espejo, al Arco—. Puedo sentirte a través del marco de plástico.

Ante la mirada del Rey Niño, la presencia colosal que moraba en los dibujos se precipitó hacia él. No había contemplado aquella presencia desde Roma, ni había osado mostrarse ante su vista. ¿Era un dios del lugar donde se había edificado aquel arco? ¿O quizás una ciudad cargada de dioses que ahora lo deseaban con la intensidad del flujo de una marea? Su mente deseaba escabullirse y ocultarse debajo de algo oscuro y pesado, pero de aquello no era posible escapar. Al final lo descubriría. Aquella presencia lo había perseguido toda la vida, había seguido el hilo dorado que parecía tirar del Rey Niño hacia delante, hasta aquel lugar, hasta aquel momento. Un niño rechazado por el mundo, convertido en un adulto sentado en un almacén oculto y olvidado, parecía decir la presencia a medida que aumentaba su fulgor. Pero yo nunca olvido, ni rechazo.

—¿Eres Jnum? —lo interpeló el Rey Niño—. ¿Qué eres?

El gran rescatador. El poderoso montón de basura. El señor del reciclaje y el recuerdo, en un mundo que no los estima. Yo equiparo vuestras alhajas con la inmundicia y convierto vuestra inmundicia en alhajas. Tu mundo me desprecia. *En ego dimidium vestri parsque altera voti*^[11].

—¿Quién viene a por mí? —preguntó el Rey Niño, desesperado—. ¿Lo sabes? ¿Alguien más poderoso que V? ¿Puedes decírmelo sin símbolos, metáforas ni acertijos?

El Rey Niño dio un respingo ante un estrépito, como si alguien hubiera golpeado unos címbalos en el tercer piso del almacén. Los fantasmas se apartaron de él dando saltos, retirándose hasta las húmedas sombras antes de salir y desaparecer.

De ese modo se disipó; la corriente arrastró a la presencia de los antiguos dibujos así como una tormenta se acalla para dar paso a un silencio inquietante.

El Rey Niño permaneció sentado en las tinieblas desprovistas de fantasmas, preguntándose qué había sucedido y cuestionándose su propia seguridad, cavilando sobre la visión que acababa de contemplar. La calle Broom y Tomillo. Madison había desaparecido y lo echaba de menos, pero se dio cuenta de que no estaba seguro del porqué.

Porque no era suyo.

Madison no era suyo.

No era un recuerdo de su infancia.

Como una casa pintada sobre un cristal, aquel recuerdo había estado impreso en su mente durante mucho tiempo, pero en seguida discernió, a resultas de los vestigios atronadores y enojosos de aquella formidable presencia, la verdad de aquella imagen transparente.

Mentiras. Lo de Madison no me pasó a mí. Nada de eso. Mi madre no se llamaba Anita. ¿De dónde ha salido esa bonita y dolorosa infancia? ¿De quién fue? ¿Y por qué creo que es mía?

Intentó ver más allá del cristal pintado, pero no consiguió vislumbrar a sus propios padres ni a sus amigos de la infancia. ¿Cómo había sucedido? ¿Acaso el haber atisbado aquellas imágenes tantos años atrás había destruido su mente y creado aquella falsa infancia? ¿Acaso se lo había hecho Roma?

Pero aquella visión no era completamente falsa. Había algo, alguien familiar en ella: Priscilla, la mujer que había visto por última vez en Roma hacía más de una década. Pero ¿qué hacía acechando en aquella autopista de Illinois como una figura sacada de una vieja historia de fantasmas del medio oeste, hablando con Anita, aquella falsa madre, en el coche de esta para desvanecerse de nuevo a continuación? El rostro familiar no lo tranquilizaba. Su imagen junto a los tenebrosos maizales lo inquietaba y le producía un estremecimiento de congoja en el pecho. Un fragmento de Roma por aquí. La visión de una infancia extraña por allá. Todo estaba confuso y desordenado como un voluminoso montón de piezas de puzle mezcladas.

El Rey Niño contempló el abultado archivador de Transom, preguntándose si el fajo de papeles de su interior contenía remedios o posibilidades.

—¡Joder! —masculló mientras lo abría—. Es como estar otra vez en Roma.

Rosemont estaba en el cubículo del aseo de un restaurante, sentado a horcajadas en el retrete cerrado, frente a la pared de yeso agrietado. Tenía el archivador rojo de Miles abierto encima de la cisterna, que empleaba a modo de modesto escritorio. Suponiendo que el *templum* lo protegía de los dos hombres a quienes Marni había llamado Visconti y Transom, Rosemont dedicó todo el tiempo necesario a asimilar la información del archivador de Miles. Marni había mencionado que Priscilla, Miles y ella misma iban a referirse a alguien llamado «el Monje» mientras Rosemont estaba ausente, de modo que hojeó las páginas hasta que aquella palabra atrajo su atención en un diario traducido. Estaba acompañada de un fax con cuatro manchas circulares producidas por otras tantas tazas de café.

FAX

Prof. John C. Miles
Habitación 648
Hotel Garibaldi
1 de 6 páginas
6 de febrero de 2003

Miles,

He encontrado este documento en un depósito de archivos que Ligget & La Salle compraron a la biblioteca Mansutti de Milán; ¡una biblioteca dedicada a la historia de los seguros en Italia! Es asombroso las gemas que posee Europa en sus colecciones de basura. Creo que lo encontrarás especialmente interesante. Tal como sospechabas, Visconti traicionó al Monje Loco (que se llamaba Di Trafana). Además, esta es la referencia más antigua a la baraja de Di Trafana que hemos encontrado.

En este fax encontrarás copias de las tres páginas originales del diario, escritas en abril de 1425 por un mercenario a sueldo (*condotierre*), así como una traducción que realizó la doctora Rita Boris, de la Universidad de Nottingham.

Por cierto, tu última carta llegó abierta. En el futuro deberíamos mantener correspondencia por medio de faxes si es posible.

Atentamente,
Everett

EL DIARIO DEL CONDOTIERRE

8 de abril: Estoy convencido de que Di Trafana, el astrólogo, maquina alguna maldad contra nuestro bienamado duque. Concretamente, me parece que Di Trafana

es el espía papal de quien me alertó F.

No puedo explicar cómo esta sospecha caldea las criptas de mi gélido corazón.

17 de abril: El astrólogo ha recibido mis regalos y mi carta, tal como yo esperaba. Mi plan consiste en solicitar su consejo sobre un disfraz para el inminente Desfile de los Triunfos del duque.

Nadie sabe gran cosa de este forastero de nombre milanés (Di Trafana), aunque he interrogado exhaustivamente al resto de los *condotierri* del duque Visconti. Según parece viene de Roma, pero no comparte el amor al Vaticano típico de los romanos.

25 de abril: El astrólogo ha accedido a ayudarme con el disfraz para el Desfile de los Triunfos, lo que me tranquiliza sobremanera, puesto que él ha leído a Petrarca, cuyo poema «Il Trionfi» será la inspiración de este festival, y yo no tengo estómago para la poesía moderna. Pero lo que es más importante, goza de la plena confianza de Visconti, y yo he de congraciarme con el duque.

Las preguntas que se me plantean son las siguientes: ¿sospecha el duque la intriga de Di Trafana igual que yo? El astrólogo es el candidato lógico, puesto que es extranjero. De lo contrario, ¿por qué no sospecha el duque? Tal vez ignore los movimientos de la Santa Sede contra él. ¿Podría yo ser tan afortunado?

26 de abril: Di Trafana me recibió anoche en sus aposentos de la Ciudadela de Milán, donde mora el mismísimo Visconti, y la velada fue sobrecogedora en demasía.

El primer indicio de que la visita iba a transcurrir de un modo singular fue la completa ausencia de alabarderos y partisanos. Hablaríamos a solas; un hecho extremadamente insólito en la Ciudadela, el castillo de un millar de ojos del duque. Los aposentos de Di Trafana estaban llenos de libros y de mapas, pero también de obras de arte, bloques de madera para hacer grabados, tarros de pintura y tinta, y otras frivolidades semejantes.

Se trata de un hombre curioso, en efecto. Petulante y fácilmente irritable, Di Trafana puede languidecer un instante y despedir un resplandor joviano al siguiente. Este comportamiento irregular se puso de manifiesto desde el principio. Cuando llegué, Di Trafana me invitó a ingerir un narcótico que denominó simplemente *murm*, pero decliné su oferta. Después me preguntó si me apetecía bailar mientras él cantaba. Me excusé de nuevo. Me pregunté si acaso estaba loco, pero a medida que nuestra conversación inicial progresaba hacia asuntos más familiares, resolví que dicho comportamiento denotaba genio militar, puesto que se conducía de modo impredecible para mantenerme a mí, un rival en el juego de influencia de la Ciudadela, desequilibrado y vacilante.

Cuando nuestro interés derivó hacia el baile e «Il Trionfi», Di Trafana afirmó que la elección de mi disfraz revelaría tanto sobre mí como la elección de una armadura o de un blasón. Juegos de salón para mujeres y cortesanos aburridos, sin duda, pero yo deseo causar buena impresión, de modo que le pedí que me dijese más cosas.

Entonces me preguntó:

—¿Qué es más importante, la sabiduría o el poder?

Creyendo que se proponía delatar a un traidor al duque o interrogar a un conspirador en potencia, decidí ponerlo a prueba:

—El poder deviene naturalmente en sabiduría —respondí—. Solo hay que fijarse en un linaje de hombres como los Visconti para comprobarlo.

Ante aquello, Di Trafana se acaloró.

—Con el tiempo he comprendido que los hombres más poderosos suelen ser ignorantes y que tienen pocas luces.

Le pregunté si se refería al duque Visconti.

Di Trafana declaró que el linaje de los Visconti era débil, que el duque actual estaba demostrando ser un hombre corto de miras. Me pareció extraordinario que el astrólogo me confiase sus opiniones de aquel modo, puesto que era un forastero cuya posición en Milán era precaria, aunque en la actualidad gozase del favor del duque. Al ver a un potencial aliado contra nuestro benefactor común, le pregunté si estaba considerando abandonar el servicio del duque.

Di Trafana respondió que no, pues aún esperaba convencerlo para que abrazase lo que denominó «el legado de Roma».

Pensé que al fin había dado con la conspiración, de modo que le pregunté si ese «legado» era una estratagema del papado.

—Entonces, ¿se ha infiltrado en la Ciudadela un espía del pontífice?

Yo nunca había soñado con una conspiración del orden que Di Trafana describió entonces.

—Creéis que el Vaticano ostenta poder —me dijo—. Aunque os rebeláis contra ese oficio, los nortehños le otorgáis poder al pontífice. Pero yo me niego. Me niego a renunciar a la propiedad de ese oficio.

Aquella afirmación era increíble.

—¿Deseas ser pontífice?

—Ya soy pontífice —proclamó—. El papa no es más que un impostor. Mucho antes del advenimiento de los cristianos y de su Dios crucificado, yo ya era pontífice, «el Sacrificante del Puente», y el responsable de recordarle a Roma su legado. Arrojava al río Tíber chiquillos confeccionados con juncos para que todos recordasen lo que habíamos perdido, lo que habíamos llegado a ser. ¿Sabes a quién arrojaron? ¿Acaso alguien lo recuerda ahora?

Respondí que conocía las antiguas fábulas de las ayas tan bien como cualquiera.

—Rómulo y Remo, los bebés que fueron rescatados del Tíber y amamantados por una loba. —Para demostrarle que comprendía su trascendencia, añadí—: Los fundadores de Roma.

—Rómulo —repitió desdeñosamente Di Trafana—. No hacía falta que lo recordásemos en nuestros rituales, ya que su nombre es sinónimo de Roma. Pero el otro muchacho... Remo. Se lo devolvíamos al agua en conmemoración. Era el mago

mayor, el intérprete del relámpago y el visionario. Hasta después de la muerte lo demostró. Abrazar su legado es derrocar al Vaticano y al papa y hacer que se estremezcan las murallas de Rómulo.

Pero el contemplar la magnitud y el alcance de aquella empresa, una conspiración para deshacer la presa gemela que ejercían Roma y el Vaticano sobre las ciudades estado del norte, me quedé sin aliento.

—¿Cómo podemos «Hacer que se estremezcan las murallas de Rómulo», astrólogo?

—Encontrando al gemelo perdido que se oculta a la vista de todos. Ahí reside nuestro poder y nuestra sabiduría. —Di Trafana extrajo de una caja de madera oscura ricamente grabada un montoncito de naipes pulcramente apilados. Yo conocía las cartas que usaban mis mercenarios turcos en sus juegos de azar, desde luego, pero apenas parecía haber quince en total. ¿A qué juego se podía jugar con ellas? Estaban ilustradas con una habilidad que casi podía llamarse artística, supongo, y eran hermosas en extremo, o así me lo pareció—. Contempla el legado de Roma. Aquí dentro está Remo —afirmó, sosteniendo las cartas boca abajo—, y con una sola mirada se crean los locos y los magos... así como los nuevos humanos.

Supuse que quería decir que había un código oculto en las cartas para comunicarse con los conspiradores. F. me aseguró el mes pasado en Venecia que la Santa Sede teme el control que el duque Visconti ostenta sobre el agua en el norte de Italia (suministros abundantes y navegación practicable, ambas cosas), de modo que le encontraba sentido a la franca diatriba de Di Trafana contra el duque y el Vaticano, pero estaba reflexionando sobre sus afirmaciones de que había vivido una vida longeva y de que había «creado humanos». ¿Había hablado metafóricamente al decir que su vida y aquella sociedad secreta eran antiguas? Tal vez no se refería a sí mismo literalmente, sino a la causa, el designio. Aunque también era posible que el astrólogo se estuviera burlando de un *condotierre* pazguato. Decidí ignorar aquella parte de la historia con la esperanza de averiguar qué recursos tenía Di Trafana a su disposición para poner en práctica su titánico contubernio.

—Durante toda mi prolongada existencia he buscado seres humanos emancipados y libres en un millar de ciudades que se han alzado y han caído. Y pensaba que los hallaría ahora, en esta época sin ley, en alguno de los duques o de las hijas de este linaje de los Visconti. —El astrólogo declaró que respetaba la ausencia de temor, cierta oscuridad de espíritu y la alegría de vivir desinhibida que hace años exhibían los Visconti, pero que por lo demás ha sido erradicada de la humanidad—. Este duque —continuó, y comprendí por su forma de arrastrar las palabras que quizá el astrólogo estuviera intoxicado a causa del *murm*—, este Filippo María. Lo único oscuro y desinhibido que posee es su desenfrenado afán por el asesinato. Se ha unido a un perverso culto extranjero, los Chanoume, que se propone destruir el legado de Roma. —Entonces Di Trafana me enseñó un símbolo profano tallado en un antiguo fragmento de madera que colgaba de un collar.

Yo me sentía absorbido por algo mayor de lo que jamás había imaginado, una conspiración más antigua que el Vaticano; más antigua, al parecer, que Roma.

—Tal vez yo podría ser tu pupilo —sugerí, empleando los que imaginaba eran sus términos en código para referirse a los conspiradores—. Deseo convertirme en un mago al servicio del legado de Roma.

Di Trafana me miró fijamente y se rió.

—Eres ridículo. No tienes la menor idea de lo que implica semejante afirmación.

Le confesé que estaba dispuesto a alzarme contra Visconti y que tenía partisanos a los que podía convocar de inmediato. Si Visconti tenía aliados extranjeros, yo contaba con robustos italianos para hacerles frente.

Di Trafana volvió a reírse y dijo:

—Eres absurdo. ¿Quieres ver lo que se recuerda en las cartas? ¿Quieres descubrir por qué Rómulo asesinó a Remo? —Le aseguré que así era y que era digno de la confianza de su sociedad secreta. Él volvió a reírse de mí y le dio la vuelta a la primera carta para mostrarme el primer mensaje pictórico, el de un pastor que contemplaba una estrella. Lo encontré poderoso, como si los trazos con los que estaba dibujado se grabasen en mi mente mientras lo miraba. Pero entonces comprendí que no se trataba de un pastor, como había pensado al principio, sino de la imagen de un papa con túnicas encarnadas que sostenía un manojo de llaves ante dos acólitos. Le pregunté al astrólogo de qué truco se trataba. Él no dijo nada y se limitó a observar mis reacciones así como un viejo soldado observa a otro más joven mientras este saborea su primera cerveza. Pero al escribir estas palabras siento la misma impresión. Ahora me pregunto si acaso lo que vi no fue una imagen completamente distinta, la de una cabra sobre sus cuartos traseros como si fuera un hombre con cuernos, similar a la que me había mostrado el astrólogo.

Si ese era el poder del legado de Roma, estaba convencido y deslumbrado, le aseguré a Di Trafana, y proclamé que cualquier intentona de detenernos era...

27 de abril: Gallinas, el hedor de las gallinas. Aquí soy supremo, pues. Lágrimas de quebranto y de fe frustrada. ¿Ese pene ensartará al sol? Si tan solo pudiera verte una vez más con tu manto de escamas de lagarto licencioso. Suprimid los olivos, tended los canales y deshaced la palabra otrora pronunciada ante Cartago y Júpiter, y la fragancia de los castillos anegados de leche y naranja.

(A continuación hay siete u ocho entradas escritas unas encima de otras durante muchos meses con tinta de distintos colores, todas ellas con la misma caligrafía que las anteriores. Así concluye el diario del *condotierre*. —Everett).

Rosemont deseaba seguir leyendo, pero el tiempo que estaba pasando en el cuarto de baño empezaba a parecerle obvio. Extrañamente, al mirar la página de alocadas

anotaciones garrapateadas que Everett le había enviado a Miles sintió por primera vez que comprendía aquella situación, siquiera de un modo precario y superficial, que al menos comprendía lo que aquellas personas creían que estaba en juego con la baraja del Monje Loco: el legado de Roma. No acababa de entender los antiguos rencores, por qué Miles le había pedido que se fuera cuando la discusión había derivado hacia el monje, ni si el Visconti de aquel diario de siglos de antigüedad era el mismo que había visto en el apartamento. Pero la baraja en cuestión le parecía extraordinaria y ominosa, y comprendía que a aquellas personas les intrigase. Ahora sentía que había visto lo suficiente al otro lado del telón como para volver, unirse a la mesa y hacerse el tonto si era necesario. Quería ver la baraja de Di Trafana, si eso era lo que deseaban que viera. Quería ver cómo encajaba aquel puzle, si acaso lo hacía.

Echándose la mochila al hombro, Rosemont abandonó el cubículo y se encaminó hacia la puerta, alzando una mano para protegerse los ojos de la tortuosa criatura que continuaba bullendo y mirándolo fijamente desde el espejo. Consideró detenerse para lavarse las manos, pero no quería arriesgarse a mirar el espejo por encima del lavabo, de modo que buscó monedas en su bolsillo para dejarlas en el cesto.

Al cabo de un instante se abrió la puerta del aseo y la intensidad de la cacofonía del festival aumentó momentáneamente a lo lejos para acallarse al cerrarse la puerta.

Rosemont no vio al hombre que había entrado. Se había vuelto en un ángulo de noventa grados, examinando la calderilla que poseía, un puñado de monedas nicaragüenses. No podía dejarlas. No tenían ningún valor.

—Disculpe. ¿Es usted el profesor Jeremiah Rosemont?

Por el rabillo del ojo, Rosemont vislumbró a un sujeto achaparrado vestido de verde chillón de los pies a la cabeza. El cuerpo de un disfraz de la rana Gustavo. Sin máscara.

—¿Y usted es?

El hombre introdujo la mano bajo su camisa de verde rana y le conminó:

—Suelte la mochila.

Con una peculiar sensación de desconexión, Rosemont comprendió que su interlocutor estaba sacando una pistola de aquel ridículo disfraz para encañonarlo. Sosteniendo las monedas en la mano extendida, lo observó desde debajo de las cejas.

—¿Qué?

—Deje la mochila y ábrala, por favor.

Rosemont echó un vistazo a la puerta y comprobó que su asaltante la había cerrado con llave. Así pues, no habría una huida a toda velocidad. Rosemont cerró la mano en torno a las monedas y se desprendió de la mochila, que depositó en el suelo entre ambos. Las paredes del aseo se expandieron y se contrajeron simultáneamente, pero Rosemont se encontraba sorprendentemente sereno. El puñado de coronas se estaba volviendo pegajoso, pero por lo demás estaba manteniendo el pánico a raya.

—Por favor —dijo el hombre, adelantándose, sin dejar de apuntarle con la pistola—, abra la mochila... ahora. Deprisa.

Rosemont obedeció, poniéndose en cuclillas para abrir la cremallera de la mochila.

—Hace días que no tengo dinero para ir a la lavandería, así que es mejor que se aparte. Esto está un poco cargado. —Debajo de la camisa, los calcetines y los pantalones se hallaba el archivador rojo—. Mis calcetines no hacen juego. ¿Hay algún problema por eso?

El hombre echó una ojeada en el interior de la mochila abierta.

—¿No tiene un libro? ¿Ni una colección de documentos históricos? ¿Ni un diario?

Rosemont se puso en pie, meneando la cabeza a modo de negativa.

—Vacíela.

Rosemont contempló su ropa.

—¿No se cree lo de los calcetines?

—Vacíe la mochila, profesor Rosemont. Dese prisa.

Ahora que se estaba disipando la conmoción de la visión de la pistola y que respiraba acompasadamente, Rosemont comprendió que no tenía nada que perder. Era la misma sensación que lo invadía cuando alguien lo atracaba en las autopistas de Centroamérica: una invulnerabilidad sosegada y burlona.

De modo que alargó la mano que empuñaba las monedas, como si se dispusiera a aferrar la mochila y, sosteniendo la mirada de su atacante, dejó que las coronas resbalaran entre sus dedos.

Las monedas se estrellaron contra los azulejos produciendo un estrépito musical en el reducido cuarto de baño y Gustavo se estremeció, bajando la vista hacia el repiqueteo.

En cuanto Gustavo apartó la mirada Rosemont le propinó un golpe en la mano que empuñaba el arma, pero no logró deshacer su presa.

Con el cañón de la pistola desviado hacia la derecha, Gustavo alzó la vista hacia el rostro de Rosemont. Pero no parecía furioso ni implacable.

Estaba asustado.

De modo que Rosemont le atizó un revés en la cara y lo arrojó despatarrado contra una papelerera cuadrada. Acto seguido se abalanzó sobre él, arrancándole la pistola de la mano y asestándole dos veloces puñetazos en la boca. Rosemont retrocedió, apuntándole al pecho con la pistola.

Desplomado contra la papelerera, que se había inclinado oblicuamente contra la pared, el hombre seguía tentándose el labio con los dedos en busca de sangre.

—Qué coño. Me habían dicho que era usted un profesor marica.

Rosemont le espetó:

—No soy profesor.

—Vale. Pues tampoco es un aprendiz.

—¿Y?

El hombre alzó la vista hacia Rosemont con acongojada curiosidad, con un

mechón de cabello negro peinado a modo de cortinilla, encrespado como la cresta de un pájaro. Sus ojos descendieron momentáneamente a la mochila abierta.

—Pues, ¿por qué se ha arriesgado a que le disparase por la ropa?

—Sabía que no dispararías —respondió Rosemont—. No estás lo bastante desesperado como para disparar.

El hombre se incorporó penosamente, mirándose los dedos como si ahora se sintiera traicionado porque no estaba sangrando.

—Puede que tenga razón. Pero no pensé que atacaría a un tío armado con una pistola.

Rosemont también estaba sorprendido, pero los bandidos que asaltaban a los norteamericanos en las desoladas carreteras de montaña o que saqueaban las pequeñas plantaciones de café en busca de calderilla hacían que aquella pequeña interacción pareciera francamente civilizada.

—¿Qué estabas buscando?

Los afectuosos ojos verdes del atacante parecían incapaces de enmascarar un solo pensamiento. Ahora resplandecieron ante Rosemont, debido a la confusión y el asombro.

—¿De verdad?

Rosemont lo miró fijamente, en espera de que Gustavo se acordase de que lo estaba apuntando con una pistola.

—Visconti y Transom me enviaron en busca de su colección, claro —respondió cautelosamente—. Es decir...

—¿Cómo que mi colección? —Rosemont creía que Gustavo andaba tras el archivador de Miles. ¿Qué otra razón habría tenido Rosemont para estar en aquel apartamento? ¿Qué creían que estaba ocurriendo?—. ¿De qué estás hablando?

—A menos que... —La mirada de Gustavo se dirigió al espejo y sus ojos húmedos se ensancharon ligeramente antes de posarse de nuevo sobre Rosemont.

Él también lo ve. Rosemont percibía que su reflejo sobrenatural lo miraba fijamente desde el espejo. Se permitió una ojeada periférica y se topó con el voluminoso semblante fractal de un animal que resollaba.

—A menos que usted no sepa que es un aprendiz —concluyó Gustavo, con una vaga sonrisa en la cara.

—Esa cosa ha empezado a aparecer en mi reflejo hace poco —musitó Rosemont—. ¿Qué demonios es?

—Algunos hemos esperado años para ver nuestro yo de aprendices. Usted puede verlo, pero ni siquiera sabe lo que está mirando. ¿Ha venido por la baraja de Watts o no, maricón?

La furia y la confusión que había sentido los últimos días se desbordaron y Rosemont apretó el cañón de la pistola contra la frente de Gustavo. Presionó hasta que su oponente discernió algo temible en su rostro que echó a perder su bravuconería.

—Tú sigue llamándome eso.

Gustavo volvía a estar apoyado contra la papelera, con los ojos apretados, y apartó la cara del cañón de la pistola.

—Pero tú eres el que lleva el pijama verde lima —señaló Rosemont. Retrocedió sin dejar de apuntar a la cara de Gustavo con la pistola—. Vayamos al grano. Dime lo que crees que es la baraja de Watts.

Gustavo balbuceó, rebotando de un terror evidente.

—Es... es demasiado... hay muchas cosas. Hay tantas cosas que ni siquiera puedo responderle.

—Según tengo entendido, se cree que está arraigada en, *ejem*, Wilusija. ¿Quizá sea un objeto etrusco?

Gustavo pestañeó, perplejo, y escrutó el rostro de Rosemont.

—Entonces ya ha estado en contacto con el doctor Miles o con Priscilla. —Frunció el ceño y su rostro se retorció en una sonrisa burlona y desdeñosa—. En fin, supongo que le habrán contado su ridícula teoría. El doctor Miles es un bocazas que debate con usted sobre el tarot en los foros públicos y que desvela misterios arcanos a la junta de subvenciones de Ligget & La Salle. Imbécil. Tiene suerte de que no lo hayan matado como a un perro rabioso hace años.

Miles emprendió esta búsqueda hace más tiempo del que yo pensaba.

—¿No crees en su teoría?

Gustavo rompió a reír, se interrumpió y miró a Rosemont como para comprobar si era oportuno hacerlo.

—¿Ese rollo de los Magos Anónimos? ¿Autoayuda esotérica? No, no me creo nada de eso, al igual que usted, supongo. Tampoco es que me paguen para pensar —añadió casi con arrogancia—. Soy el correveidile.

—Pues dime —repuso Rosemont—. ¿Qué opinan los demás de esa baraja?

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Gustavo—. ¿Es que no lo sabe?

—No.

Gustavo contempló a Rosemont con incredulidad. Finalmente pareció decidir que no estaba jugando con él.

—Ese idiota. ¿Es posible que yo tenga tanta suerte? —dijo Gustavo—. Probablemente estaba demasiado impaciente por contarle sus teorías, ¿verdad? ¿Un incesante monólogo sobre los borrachos místicos de Sarajevo? Joder. ¿No le ha dicho nada de la guerra?

—¿Qué? ¿Con Iraq? —inquirió Rosemont. Hasta los plantadores de café habían oído hablar de la Tormenta del Desierto.

—No —contestó Gustavo—. Me refiero a la controversia sobre la baraja de Watts.

Rosemont aferró la pistola con más energía.

—¿De qué estás hablando?

—Hay un tremendo desacuerdo sobre la naturaleza de la baraja, no importa lo que

le hayan dicho Miles o Priscilla —dijo Gustavo, con tanta indolencia como si entre ambos hubiera un par de *capuccinos* en lugar de un arma—. Los relatos remotamente creíbles cuentan que la baraja se parece un poco a un espejo, a un eco de la mente. Cuando la miran, los aprendices ven lo que quieren ver, de modo que deben cuidarse mucho de hacer demasiadas asunciones o empiezan a ver su propio yo, la refracción de sus propios deseos y temores. Y el verdadero desafío consiste en ver el espejo, la baraja, en lugar del reflejo.

—¿Así que por eso quieren a un autentificador? —intervino Rosemont—. ¿Quieren que alguien desprovisto de suposiciones vaya a mirar el espejo y vea la verdadera baraja, si es que puede?

—Sí, me parece que ese es el plan. Pero todo el mundo hace suposiciones —observó Gustavo con un desdeñoso ademán de cabeza—. Durante los últimos siglos, los aprendices de las diversas tradiciones han solicitado una audiencia con el propietario de la baraja, que es un monje demente, para verla y reclamarla si pueden. Los moros españoles, por ejemplo, aseguran que la crearon sus matemáticos esotéricos en los días de gloria de la Alhambra. Los aprendices coptos dicen que es un *bibelot* gnóstico cristiano. Ahora Miles y Priscilla afirman que se trata de un artefacto de adivinación de los troyanos y los etruscos, quizá también de los hititas, y de quien esté en el cajón de sastre del cerebro de Miles. Pero los musulmanes, los nubios, hasta los iraníes... disculpa, los babilonios ayurvédicos... reclaman la baraja de Watts. Son todos tan predecibles y pueriles, la verdad. Pero luego está el mayor. —Gustavo le dirigió una mirada astuta—. ¿Alguna vez ha oído hablar del Jnum?

—¿El Jnum? —Rosemont meneó la cabeza.

—Oh, esto es divertidísimo.

—¿Qué es el Jnum? ¿Una persona?

—Nadie lo sabe. Pero se representa como una figura imponente, de una extravagancia enloquecedora. Alto, majestuoso —explicó Gustavo—, un humano con cabeza de cabra.

—¿Qué? —se burló Rosemont. Gustavo casi lo había convencido con su farragoso preámbulo—. ¿Lo dices en serio, joder? ¿Un hombre cabra?

Gustavo resolló y meneó enérgicamente la cabeza una sola vez.

—Yo no haría esas bromas si fuese usted. Estamos hablando de algo más antiguo que cualquier cosa nombrada.

Rosemont trató de imaginarse a un hombre con cabeza de cabra.

—¿Se trata de un dios? No te referirás al dios egipcio Amón, ¿verdad?

—No. Amón se representaba con la típica cabeza de cabra de cuernos curvilíneos. —Gustavo describió una espiral en el aire con el dedo índice—. Jnum es tan antiguo que la especie ovina que se representa en su cabeza, una cabra con los cuernos planos pero ondulados, ya está extinta. —Para ilustrarlo, Gustavo extendió en sentido horizontal los dedos índice y corazón, meneándolos.

El símbolo que dibujó el *condotierre*, pensó Rosemont. El culto extranjero al que

se refería Di Trafana, al que supuestamente se había unido el tal Visconti, era un culto a Jnum.

—Procede del Nilo superior —prosiguió Gustavo, que ahora hablaba con alarmante impaciencia—, pero mucho antes de que hubiese granjeros ni pescadores en esa región. Jnum creó a los humanos. Quería que los hombres fuesen más que una manada de animales. No quería verlos reducidos a ganado atrapado por la civilización ni lo que es peor, a una raza de idiotas, descarriados por embusteros. Como los babilonios ayurvédicos, los veintitrés adictos a la Hoja Negra o John C. Miles.

—No lo entiendo —lo interrumpió Rosemont—. Es un giro de noventa grados respecto a todo lo que...

—No es un giro de noventa grados. Le estoy hablando de la fuente de todos los acontecimientos extraños que sin duda ha presenciado desde que llegó a Roma. —Gustavo miró rápidamente el espejo del cuarto de baño antes de que sus ojos se posaran nuevamente sobre Rosemont. Abandonó el tono de chismoso impaciente e incorregible para balbucear—: ¿Los extraños sucesos que quizás le hayan seguido toda la vida? ¿Los secuaces que atrae en los momentos de necesidad? ¿Las personas que se someten a sus deseos sin que usted lo intente siquiera? ¿Los incendios, las desapariciones y los mismos secuaces que lo amaban se vuelven contra usted en formas que no puede controlar? —Sus expresivos ojos verdes relucieron.

Rosemont no logró ocultar su sorpresa.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque les pasa a las mejores creaciones de Jnum. Lo veo en su reflejo, tan poderoso como usted. El dios creador nos robó a los más fuertes la habilidad de controlar los elementos, los sueños y a otros seres humanos. Es el antiguo regalo del Jnum a la humanidad. Los humanos inferiores son susceptibles a los poderosos, como demuestra el hecho de que ahora esté hablando con usted. Lo que me impulsa a hablar no es la pistola. Es que no puedo evitarlo —confesó Gustavo, apoyando la mano en la pared a sus espaldas para comprobar si seguía arrinconado—. En cambio, a usted lo impulsa algo más poderoso que usted mismo, aunque no lo sepa. El Jnum ha convencido a alguien fuerte como usted para que venga desde muy lejos.

Rosemont estaba confuso. *¿El Jnum me envió el mensajero a Managua?*

—¿Cómo me ha atraído? ¿Con una carta?

—No. Lo ha atraído con la baraja de Watts, por supuesto. Puede que esté en manos del Monje Loco. Puede que sea la obsesión de John C. Miles. Pero esa baraja fue creada por el Jnum.

Rosemont no confiaba en aquel hombre, que había ido a buscarlo con un arma, ni tenía motivos para creer su historia en lugar de la de Miles, pero no podía negar que le brindaba explicaciones semitangibles de todos aquellos fenómenos extraños, mientras que Miles, Marni y Priscilla solo le ofrecían otras aberraciones: historias intrigantes y demostraciones de fuerza extraordinaria como el sinuoso recorrido de Priscilla por las calles de Roma, pero en definitiva, los elementos del misterio solo

servían para agudizarlo. ¿Marni había nacido en la Edad de Bronce? ¿Existía una línea entre «el legado de Roma» y lo que parecía ser un legado de Troya? ¿Estaba relacionado con la baraja de Watts? La explicación de Gustavo concordaba con la historia del *condotierre*: el duque Visconti había abandonado el culto a Remo de Di Trafana en favor de una suerte de culto extranjero, presumiblemente más poderoso o más centrado en el poder; y lo que era más importante, concordaba con la experiencia del propio Rosemont. De algún modo, Gustavo parecía conocer los sucesos que habían erosionado los últimos vestigios de una vida normal en Austin, explicándole a Rosemont su extraña existencia. Marni, Priscilla y Miles apenas le habían explicado nada, mucho menos por qué estaba involucrado en aquello.

—¿Sabe por qué se llama la baraja de Watts?

—No —admitió Rosemont.

—Recibió el nombre del aprendiz que obtuvo el permiso del Monje Loco para mirarla hace un siglo —dijo Gustavo—, un hombre cuya mente quedó hecha añicos y que pasó el resto de sus días en un manicomio.

—Supongo que no todos los aprendices son creados iguales, de acuerdo con el Jnum —comentó Rosemont.

—No. Y francamente, tampoco le importa a nadie que pierda usted el juicio, señor Rosemont —añadió Gustavo, sonriéndole—. De hecho, cuentan con ello. Hasta John C. Miles.

—¿Qué quieres decir?

—Asumen que se volverá loco cuando la mire, y hacen bien —respondió Gustavo—. Mire, hace mucho tiempo, la civilización no era más que una serie de fogatas que ardían a lo largo de los ríos como una hilera de pústulas febriles. Durante milenios, el Jnum consiguió que siguiera siendo pequeña y que estuviera interconectada por medio de los sueños y de lo que ahora se llamaría locura. Pero su creación contrajo el virus de la civilización. Se extendió descontroladamente y Jnum no pudo detenerla, por más que lo intentó, y ahora hay más seres humanos de los que Jnum jamás pensó que debía haber. De modo que el Jnum continúa dando forma a la humanidad, desdeñando a la escoria así como la mano de un alfarero se sacude la arcilla innecesaria. Encontrando a los hermosos y a los fuertes. Para eso está la baraja de Watts. Entre quienes la miran, la baraja separa a los importantes de los superfluos, a los magos de los locos, como antaño dijo Jnum. —Al terminar, Gustavo examinó cuidadosamente a Rosemont, como si estuviera sopesando el impacto que sus palabras habían tenido sobre él.

—¿Y si no pierdo la chaveta? —aventuró Rosemont.

—En ese caso su habilidad para autentificarla o desacreditarla es la guinda del pastel —contestó Gustavo—, en lo que a ellos respecta.

Parecía frío y calculador para tratarse de John C. Miles. Errático y licencioso, esas eran las palabras de Miles. Enviar a un amigo a la boca del dragón para demostrar una teoría no parecía su estilo.

Y sin embargo, ¿acaso no era errática y licenciosa aquella aventura? ¿No lo habían llevado a Roma para que formase parte de una juerga caprichosa, como si lo hubiesen enredado en una de las épicas fiestas y correrías de Miles por todo el país? ¿A que nunca te habías divertido tanto? Quizá. O quizá fuesen a torturarlo y asesinarlo. ¿Quién sabía? Para Miles parecía que todo se reducía a lo mismo.

¿Por qué estaba allí, por qué lo habían llamado, y cuántas de aquellas mitologías enfrentadas no eran sino embustes, en todo caso? ¿La rana Gustavo creía una sola palabra de lo que le estaba contando? ¿Un dios egipcio con la cabeza de una cabra extinta? Resultaba imposible discernir la verdad de la mentira y de la esquizofrenia paranoide intergeneracional. El mero hecho de que ocurriesen sucesos inexplicables no significaba que no hubiera lugar para el engaño. Ni mucho menos para el autoengaño. O la locura.

—Es que no entiendo por qué lo que yo piense supone la menor diferencia — insistió Rosemont—. Soy amigo de Miles y un viejo colega suyo. Pero ¿por qué yo?

—Por el motivo que sea, es usted el autenticador, y la autenticidad es poder — sentenció Gustavo, palpando un punto en el aire que los separaba con el dedo corazón—. Los documentos históricos. Las cartas. Los escombros y los fragmentos de la historia que la mayoría de los historiadores desestiman o desdeñan. Un artefacto como la baraja de Watts es demasiado seductor como para ignorarlo, aunque muchos traten de olvidarla o de pasarla por alto. Pero cada pocas décadas vuelve a levantar la cabeza. De modo que su opinión sobre ella importa más que cualquier otra. — Gustavo lo observó—. Suponiendo que aún no lo haya influido Miles.

—Puedo decidir por mí mismo —replicó Rosemont—. No soy un esclavo de Miles.

Gustavo se encogió de hombros.

—Bueno, en ese caso mi misión no ha sido un completo fracaso, como me temía. Por lo menos he logrado sembrar la duda en el juez imparcial.

Rosemont profirió una carcajada gutural.

—Tampoco soy esclavo tuyo.

—¿No? —repuso Gustavo, y su talante cambió, pues ahora parecía abstraído y áspero—. Permítame disentir.

Receloso de aquel cambio de tono, Rosemont alzó la pistola.

—¿Qué quieres decir?

—No piense en una cabeza de cabra. Ahora mismo —le ordenó Gustavo con una voz que rezumaba sarcasmo—. Deje de pensar en una cabeza de cabra, profesor Rosemont. Venga. Cabeza de cabra, cabeza de cabra, cabeza de cabra. Quíteselo de la cabeza, si puede.

Cada vez que Gustavo pronunciaba aquella palabra, Rosemont veía el distintivo de una camioneta Dodge. O el casco de los Rams de San Luis. O un fragmento de un documental de naturaleza con cabras montesas deseosas de aplastarse el cráneo mutuamente. No podía evitarlo.

—Es el truco más viejo del manual de los aprendices —dijo Gustavo, volviéndose de soslayo hacia la puerta—. Me he metido en su cabeza para siempre.

Rosemont experimentó una oleada de pánico al presentir que lo estaban poniendo a prueba de algún modo que no entendía y alzó la pistola cuando Gustavo abrió la cerradura de la puerta del cuarto de baño.

—Alto.

Gustavo le sostuvo la mirada un instante y pareció vislumbrar algo que le inspiró una sonrisa. Alargó la mano y extrajo el cerrojo del pasador de la puerta.

—Alto —exclamó Rosemont, volviendo a apuntarle a la cara con la pistola.

Pero al cabo de un segundo el hombre de verde atravesaba velozmente la puerta.

Rosemont observó cómo se marchaba, indefenso. ¿Qué iba a hacer, disparar indiscriminadamente en la cafetería? ¿Matarlo? No, Gustavo había visto lo que había visto y Rosemont no podía negarlo: no iba a matarlo.

Bueno, eso no era del todo cierto, se dijo mientras recogía la mochila. Había superado la intentona de robo con el archivador de Miles todavía en su posesión y una pistola, que se introdujo en la cintura de los pantalones por debajo de la chaqueta, y ahora tenía más información que antes sobre lo que estaba sucediendo.

Cuando alargó la mano para abrir la puerta del cuarto de baño, Rosemont se dio cuenta de que esta temblaba levemente sobre el picaporte. Levantó la mano y la cerró con furia.

—Contrólate —se reprendió—. Debes controlarte.

El Rey Niño se restregó los ojos con la yema de los dedos, cuidándose de no tocar los huesos orbitales de la frente o las mejillas, y reanudó la lectura de la colección de Transom. Se sentó de espaldas a una chimenea central para leer en un mortecino estanque de luz procedente de una de las elevadas ventanas, un pequeño charco luminoso arrojado por el horizonte de Mineápolis, y mientras leía veía cómo le palpitaba la nariz. Deseaba poder dejar aquel libro. Dormir. Todo su cuerpo, desde la nariz hasta el hígado, necesitaba descansar, y además estaba hambriento. Pero se había gastado sus últimos dólares en embotarse para sobreponerse a lo peor de la reparación de la nariz fracturada y, en todo caso, no habría podido salir corriendo a comprar más alcohol aunque hubiese tenido dinero. No había tiempo para dormir ni para comer. Dentro de poco Visconti o alguien más temible llegaría en su busca para sacarlo de su almacén. El Rey Niño debía leer deprisa aquella colección y encontrar cualquier ventaja que pudiera sobre sus cazadores.

Pero al leer el texto que tenía ante él se sentía como un ratón asómandose a las fauces de un depredador entre sus colmillos. El culto a Jnum era tan antiguo comparado con la Disciplina Etrusca del Rey Niño que hasta las menciones más antiguas de aquella colección lo consideraban antiguo. Muchos de los documentos se referían a otros miembros de la secta, algunos de los cuales, al parecer, eran más viejos que Transom y Visconti. El Rey Niño sabía que Visconti había nacido en las postrimerías del siglo XIVy que sus fuerzas rebasaban ampliamente sus propias suposiciones. Al Rey Niño lo asustaba imaginar la maestría de un aprendiz que hubiera nacido cuando el culto era joven y Egipto todavía no era Egipto.

En una carta referida a algo denominado el Papiro Westcar,¹² el Rey Niño supo de un relato sobre el faraón Keops (conocido en Egipto como Jufu: «Jnum me protege»), que había presenciado un desafío entre magos, uno de los cuales era el dios con cabeza de cabra disfrazado. Después, Jufu abandonó su trono para buscar al añorado «padre de Jemet», y el texto daba a entender que Keops-Jufu seguía con vida en la actualidad. Dicha carta iba seguida de la traducción de las historias de un diplomático griego, según las cuales Jnum había merodeado en la biblioteca de Alejandría como una suerte de dios de los censores, elaborando la colección en calidad de sacerdote bibliotecario mientras destruía las pruebas y las menciones de las sectas rivales y creaba senderos secretos para «los anchos de miras». Una nota a pie de página del traductor afirmaba que el dios en persona seguía considerando sagrados los archivos, y que los acechaba en Washington D. C. y Londres.

¹² N. del t.: También conocido como Papiro de Berlín. Se trata de una colección de cuentos mágicos, la más antigua de este género que se conoce.

Sin embargo, el Rey Niño estaba fascinado por los relatos más «modernos». Le gustaba leer sobre los observadores de baja alcurnia posteriores al Renacimiento que empezaron a aportar narraciones de los encontronazos sufridos con el dios o con sus aprendices en Europa, cuando la emergente Ilustración y la aplastante normalidad deberían de haber puesto fin a semejantes observaciones. En el diario de un *coureur de bois* del siglo XVII, un leñador y *voyageur* precoz que viajaba por «Nueva Francia», se describía una escaramuza con el antiguo culto. El leñador había sido declarado culpable de jugar en el fuerte Frontenac, situado en la actual Canadá, y lo habían enviado a casa para bajarle los humos. Estaba trabajando en las tabernas del astillero y las dársenas de Marsella, buscando un pasaje para regresar a las Américas, cuando se topó con un hombre llamado Baron que deseaba contratar a un *coureur de bois* que lo guiase hasta cierto río del Nuevo Mundo.

Le expliqué que los dakotas lo llamaban Meschasipi y que los europeos aún no habían determinado su longitud. Baron me preguntó si conocía su nacimiento y si existían cataratas. Yo lo ignoraba, pero había llegado a mis oídos que el ilustre explorador La Salle tenía interés en descubrir el nacimiento de la Gran Agua y tras haberle sacado otra ronda a aquel individuo extraordinariamente feo le aseguré que si pagaba nuestro pasaje a Quebec yo podía presentarle a La Salle. Era mentira, pero al final sí que lo hice. De modo que, retrospectivamente, le dije la verdad. Que Jesús se apiade de mí.

Le pregunté a Baron por qué le interesaba el Gran Río y me relató una alarmante historia. Afirmó que era astrólogo y que había determinado por medio de sus cartas y sus cálculos que en el Nuevo Mundo se podía encontrar a una criatura llamada le Cannoume. Se trataba de un secreto que solo él había determinado, puesto que otros que perseguían a le Cannoume lo estaban buscando en Egipto y entre los turcos de Anatolia, el sultanato de *l'Orient*. Pero esos antiguos magos charlatanes ignoraban el poder de la astronomía, como se había dado en llamar a una nueva ciencia de la que ellos nada sabían, y solamente Baron había concluido que la búsqueda del Cannoume se estaba llevando a cabo en el Nilo equivocado. Cuando se enteró de la existencia de un Gran Río que discurría por el centro de las Américas del norte comprobó que concordaba con sus cálculos sobre la posible aparición de le Cannoume. Así fue como llegué al fuerte Crevecoeur en enero de este año, seducido por sus promesas de inmortalidad y los poderes mágicos que nos concedería le Cannoume en esta tierra de Luisiana.

Transom y Visconti no solo estaban persiguiendo a un aprendiz indigente. Estaban persiguiendo a su dios, comprendió el Rey Niño. Al parecer, los miembros de su culto, como ellos, habían estado buscando al Jnum desde hacía siglos. Milenios. Por todo el planeta.

Por el rabillo del ojo, el Rey Niño vio que algo se agitaba. Se trataba de un

fantasma, sin duda, que se acercaba poco a poco, poniéndolo a prueba. Sin levantar la vista, le siseó al lémur que retrocediese y siguió leyendo. En el diario, el *coureur de bois*, Baron y sus compañeros estaban siendo apresados por una tribu de hombres llamados isati.

De modo que cuando Baron me reveló esta mañana, junto a nuestra hoguera, en este extenso campamento isati, que cierta escuela secreta de los isati se dirigía a una catarata para celebrar un rito religioso, supe que al fin estábamos a punto de consumir nuestra búsqueda. Baron dijo que los salvajes le habían asegurado que esa era la única catarata del Meschasipi, y que estaba convencido, tras haber vuelto a consultar sus cartas y su astrolabio, de que ese era el punto donde aparecería le Cannoume.

El «Meschasipi» era sin duda el Misisipi, y el Rey Niño sabía que la única cascada o catarata de este se encontraba precisamente en Mineápolis. ¿«Le Cannoume» era el Jnum? ¿Baron era Visconti? ¿Había encontrado al dios con cabeza de cabra en aquel lugar, en las riberas del Meschasipi?

El Rey Niño alzó la vista, sosteniendo entre los dedos la página que se disponía a pasar. No había fantasmas en las tinieblas, sino una pequeña fluctuación luminosa. Apenas una lámina metálica que capturaba un destello. El Rey Niño contempló el firmamento nocturno a través de las altas ventanas, la lluvia que caía en el interior y la densa capa de nubes que se cernía sobre la ciudad. No había fulgor alguno que capturar. Dejó el archivador de Transom y miró fijamente a la oscuridad. ¿Qué era? El Rey Niño se arrastró por el suelo hacia la fluctuación.

Vislumbró un destello luminoso en el reluciente guardabarros de una bicicleta vieja. Era muy pequeño, como si fuera el reflejo de una luz a través de un ventilador de techo.

Retrocedió al percatarse de que se trataba de su propio reflejo.

El reflejo estaba agitando algo, lo que había causado la titilación. Sostenía en la mano un pequeño *collage* con una fotografía en blanco y negro de Charles Bukowski tomando una cerveza en el centro. El Rey Niño se inclinó hacia el guardabarros y comprobó que alguien había escrito «sota de copas» con una escrupulosa pluma negra bajo la mano de Bukowski que empuñaba la cerveza.

La forma en que la mano del reflejo cogía el *collage*, con el dedo corazón en el margen superior y el pulgar en el inferior, parecía más elocuente que la carta que estaba sosteniendo, pero el Rey Niño no acababa de aprehender su significado. Era un juego. Era un juego al que debía jugar con una persona específica de su pasado, un ser querido. Espera. No era un juego. Era una forma de dialogar. Se podían mantener conversaciones enteras alzando las cartas del tarot, entresacándolas de una baraja hasta encontrar la figura que representaba el siguiente giro, el siguiente capítulo de la historia. ¿Cómo lo sabía el Rey Niño? ¿Era una antigua revelación que emanaba de la

bicicleta y de su propietario anterior? No, procedía del Rey Niño. De su vida. ¿Cómo sabía que ese «juego» solo se jugaba con una persona concreta? ¿Y quién era?

El caballero de la sota de copas.

Había innumerables asociaciones ligadas a las cartas, asociaciones y definiciones que nunca podrían hallarse en un breviario tarótico, que solo esa persona podría llegar a entender jamás. Pero esas asociaciones parecían ocultas bajo el peso de un océano. El Rey Niño nunca había visto aquella carta, pero Bukowski era una de las antiguas asociaciones del caballero. Era peligroso permitir que aquel recuerdo se propagara por su mente; el Rey Niño se sentía traicionado y lo intrigaba el hecho de que su reflejo se estuviera haciendo aquello a sí mismo. Había clasificado toda su vida en contenedores independientes y la había apartado hasta de su propia memoria durante tanto tiempo que ahora solo era el Rey Niño. Tras doce años ocultándose de cazadores que podían infiltrarse en su mente no podía permitirse pensar en cosas preciosas como el método de Calvino; es decir, la forma en que solía emplear las cartas del tarot para relatarle historias de su vida a esa persona afín. ¿Qué significaba que ahora estuviera pensando en aquellas cosas? No podía permitirse pensar en su nombre anterior ni en su identidad anterior. Toda su estrategia de ocultación se balanceaba en el precario fulcro de que no era más que el Rey Niño.

Se disponía a retroceder para bloquear aquello cuando la mano del reflejo descendió y el Rey Niño vislumbró su propio rostro distorsionado por el estrecho arco del guardabarros de la bicicleta. Acto seguido la mano alzó de nuevo la carta. La sota de copas.

Los guardianes y los centinelas de su propia mente se vinieron abajo y los pensamientos prohibidos se desbordaron. Un largo viaje hacia los territorios inexplorados de la historia emprendido por unos jóvenes obsesionados con los místicos que los habían precedido: Crowley, Eliade, la Orden de la Aurora Dorada, y hasta los místicos falaces como *madame* le Normand, la consejera de Napoleón, que había dado forma al concepto moderno del adivino ilustre; el rey de copas. Expediciones desencaminadas llevadas a cabo con mapas irracionales y una búsqueda de los buscadores que quizá hubiesen encontrado los medios para escapar del fascismo opresivo de la realidad. Ese era el compromiso al fin y al cabo: asomarse al otro lado de los pórticos esotéricos de este mundo, abrirlos y franquearlos juntos. Le parecía muy lejano y distante, patéticamente pintoresco frente a los dioses preegipcios y los hechizos arrojados con golpes de martillo. ¿Eso era lo que le estaba diciendo el genio del espejo? ¿Que había un nuevo caballero que acudía galopando a rescatarlo? ¿O acaso el caballero se disponía a desafiar y asesinar al rey? ¿El Rey Niño?

El reflejo alzó otro pedazo de papel, pero este no era una improvisada carta de tarot. Se trataba de una sencilla tarjeta con la imagen de la cabeza de cabra de Jnum con los cuernos arqueados extendidos hacia atrás, tal como aparecía representada en el pliego de papel del traje que había encontrado el Rey Niño. La misma mano. La

misma pluma. Incluso el mismo papel.

—¿Hasta yo me persigo a mí mismo? —El Rey Niño se inclinó sobre el guardabarros de la bicicleta y alzó el dedo corazón para espetarle al reflejo—: Idos todos a la mierda.

Después volvió a desplomarse contra los ladrillos desiguales de la chimenea, sintiendo una palpitación en la frente, la nariz y los ojos. Quería seguir leyendo la colección de Transom y aprender maneras de deshacer el daño que Transom les había ocasionado a sus defensas, pero la deshidratación producida por el alcohol estaba extenuando su cuerpo y estaba mareado, indispuesto hasta el pozo de su alma. Estaba harto de esconderse y echarse a un lado, y hastiado de sí mismo.

A lo lejos, percibía el estruendo de la autopista 35 al cobrar vida. Dejó que el archivador resbalara de sus manos y volvió la cabeza sobre los ásperos ladrillos para mirar por una de las elevadas ventanas del este. En el firmamento relucía el destello taciturno del alba. Cerró los ojos. Su mente bosquejó elucubraciones sobre el mensaje del símbolo de la cabra que había hallado en el traje y la sota de copas de Bukowski. ¿Acaso su terco reflejo se había aliado con Visconti y el culto a Jnum? ¿Se estaba burlando de él? La burla era un sacramento para Remo, cuyo hermano la merecía en abundancia, o quizá, o quizá, o quizá...

Pero, al fin, el silencio pausado anegó su mente, como si la corriente marina fluyese hacia él, llevando consigo una oscura niebla que ocupaba el lugar de sus desasosegados pensamientos.

El único sonido de la *piazza* era el gorgoteo de la fuente. Cuando Rosemont se había ausentado de la mesa, Miles apenas estaba empezando a coger carrerilla y acababan de servirles una ronda de Campari. Rosemont imaginaba que Miles ya habría adquirido un ritmo atropellado. Se detuvo ante la entrada del restaurante capilla, contemplando la mesa desierta y los platos que estaba retirando el camarero.

—¿Adónde han ido? —preguntó Rosemont, abordando al camarero—. ¿Lo ha visto?

El camarero se frotó el bigotito con la uña del dedo índice y no dijo nada; sus pesados párpados hacían las veces de persianas cerradas. Se disponía a recoger los vasos cuando Rosemont reparó en una servilleta de papel embutida en uno que debía haberle pertenecido a Miles. El antiguo sistema de señales que empleaban cuando salían de copas.

—¡Hey! —exclamó, y le arrebató la servilleta del vaso.

El camarero no se detuvo, sino que giró en redondo con la bandeja llena y farfulló algo desdeñoso amortiguado por su bigote.

Rosemont desdobló la servilleta para escrutar la afilada escritura de Miles: «Fuegos artificiales de color púrpura = nada de magia, estás a salvo. 3131 via di S. Prima. Yo invito».

De pronto la *piazza* desierta se le antojaba todavía más siniestra, faltando Miles y Priscilla en las cercanías. Los durmientes habían desaparecido, lo que significaba que el *templum* estaba desconectado, al igual que la sensación de seguridad, ya fuese auténtica o imaginada, que infundía. «Fuegos artificiales de color púrpura = nada de magia, estás a salvo». La pistola que ocultaba en la cintura de los pantalones, lejos de inspirarle la sensación de estar protegido, hacía que se sintiera como si se hallara al borde de un estallido de violencia. Empezó a recorrer la más empinada de las tres calles, esperando que lo condujese de nuevo al albergue, donde podría informarse sobre la via di Santa Prima. La vertiginosa carrera que lo había llevado hasta allí, aunque confusa, había sido cuesta abajo, a grandes rasgos, de modo que ir cuesta arriba parecía el plan más apropiado.

A medida que se acercaba al albergue, el gentío del festival se tornó más denso y exaltado, y Rosemont comprendió al fin que estaba siguiendo o que se había unido a un desfile claustrofóbico que exhalaba y se desplegaba por aquella angosta calle, con un resquicio de cielo teñido por el crepúsculo en lo alto, como un éxodo inusitado de seres humanos pintarrajeados en carruajes con un séquito de criaturas fantásticas. Duendes con cabeza bulbosa. Ángeles ligeros de ropa. Cascos de minero que arrojaban brillantes haces luminosos sobre vasos de cerveza. Una falange de zancudos. Un Cerbero furioso. Un Aníbal lloroso y martirizado. Anteojos de ópera

enjoyados que ocultaban los ojos de brillantes máscaras azules. Burkas confeccionados con sábanas de Barrio Sésamo, mallas de neón y accesorios luminosos para los pezones que parpadeaban bajo finísimas camisetas.

Rosemont caminaba boquiabierto. Engulló a toda prisa dos vasos de cerveza que le ofrecieron desde una carroza unas mujeres ataviadas con túnicas etruscas y turbantes confeccionados con racimos de uvas, y reparó en dos hombres, uno con sombrero de ala ancha y otro de aspecto fiero tocado con pieles de animales y un ramillete de plumas en el cabello. A Rosemont le parecía evidente que uno era Naught, un personaje de los antiguos festivales de cuaresma, o una variación de este. No logró identificar al otro.

—¿Quién es ese? —le preguntó a una joven que estaba a su lado. Señaló al hombre emplumado que pensaba que era Naught.

Ella estaba empapada de alcohol y carcajadas y le sonrió, deseosa de hablar.

—¡Matto! ¡Ese es Matto!

Rosemont lo comprendió. El loco.

—¿Y quién es ese? El hombre de rojo con sombrero.

La mujer ya había levantado el mentón anticipando su pregunta, disponiéndose a responderle.

—Il Bagato.

El mago. Matto y Bagato, los payasos de la *commedia dell'arte*; uno de blanco, otro de rojo. Los embaucadores gemelos. Schlemiel y Schlamazo. El crédulo y el estafador.

—¡Divertíos! —exclamó Matto, dirigiéndose a un grupito de bebedores en un balcón—. ¡Todo se va a acabar en seguida, ya sabéis!

—¿Quién tiene hambre? —prorrumpió Bagato—. Tengo cuanto necesitáis. —Le tendió las manos cerradas a un transeúnte tambaleante, que se inclinó sobre ellas. Se produjo un estallido de flores y un chorro de agua que se estrelló contra el rostro del borracho. Francas sonrisas por parte de ambos.

Bufonadas cutres de la *commedia dell'arte*, se dijo Rosemont. Como La isla de Gilligan ambientada en un festival renacentista.

—¡Vete a casa! —le espetó Matto al tipo empapado—. Esta fiesta se va a acabar de todas formas. ¡Vete a casa ya!

Pero no podía negar que se sentía fascinado y embelesado mientras fluía con el discurrir del tráfico del festival, que inundaba callejones y se estrellaba contra porches espaciosos, sin saber a ciencia cierta cómo hallaría el 3131 de la via di Santa Prima.

En la plaza, a sus espaldas, hacía su entrada la carroza más suntuosa que hubiera visto hasta entonces, una cuádriga cuyos caballos surgían del carro como si embistieran a través de espuma marina, y detrás, un foco de gran tamaño que barría el cielo por encima del jinete mientras tres cohetes surcaban el Aventino llevando el antiguo penacho y los colores del imperio.

¿Cómo es que nunca había oído hablar de este festival? Toda Roma participa. Rosemont se maravilló ante el número de personas, la dimensión del evento, el hombre pintarrajeado de rojo con falda plisada, coraza, hojas de laurel etruscas que le adornaban el cráneo y una lanza en la mano.

—¡Con ese vestido tienes pinta de puta! —le imprecó un viejo travestido al *triumphator*. La adoración del festival por lo profano estrechamente unido a lo sagrado era romana, en efecto, pero su populismo y su amaneramiento no casaban con el Aventino, que era uno de los barrios más cosmopolitas del planeta. El festival era una enorme burla de Roma.

Rosemont se vio empujado hacia delante junto con cientos de personas hostigadas como los cautivos de los romanos victoriosos ante la carroza encarnada del *triumphator*. Pasó junto a un cartel que rezaba: «Piazza de la Haruspex» en una esquina. Siguió a la muchedumbre que abandonaba la plaza: cuellos de jirafa esbeltos e imponentes sobre cuerpos humanos achaparrados, con pestañas femeninas que parpadeaban en lo alto; un diablo de color naranja inflamado que prorrumpía en carcajadas mientras estallaba un despliegue de fuegos artificiales de crisantemos de color púrpura.

—Vale —dijo Rosemont—. Estoy a salvo. Sea lo que sea eso.

La sección de la ingente muchedumbre del festival en la que se hallaba desembocó en un patio donde había una gigantesca rueda dentada de color pardo oxidado que giraba en el suelo, provista de otras ruedas oxidadas de menor tamaño engranadas en su interior que giraban proporcionalmente más deprisa, y en el centro de cada una de ellas había un maniquí desquiciado y reconfigurado posado en un caballete naranja de los que se empleaban para dirigir el tráfico, con las piernas ocupando el lugar de la cabeza y pilas de embudos y sogas con anclas de juguete donde debieran haberse hallado los brazos. Cuando Rosemont accedió al patio divisó un escenario donde una mujer entonaba las cadencias propias de un mulá por encima de ritmos industriales. Literalmente industriales. Un tropel de hombres pertrechados con máscaras de gas tocaba lijadoras y taladros, y un hombre aplicaba una quejumbrosa sierra eléctrica a una lámina de hierro, arrojando una estela de chispas sobre la multitud, y todos ellos giraban en torno a ritmos marroquíes de múltiples capas y al gorjeo reverente de la cantante.

El desfile continuó abriéndose paso por una callejuela angosta y la muchedumbre se transformó en un laberinto dentro de otro mientras Rosemont trataba de acercarse a los edificios para ver mejor las direcciones, pero no lo conseguía, la verdad, pues el tumulto era demasiado denso. La calle, el barrio laberíntico, parecía artificial, con la dorada claridad de los faroles derramándose en los porches excesivamente pulcros y las perfectas casas de ladrillo rojo, con un dosel de nubes en lo alto, como si fuera un desfile celebrado en un recinto cerrado o la recreación de una calle italiana en un museo. No era real.

Rosemont solo conocía la Roma antigua gracias a sus investigaciones, pero allí

estaba el Aventino... o debería haber estado. El tiempo cambia las ciudades, pero no a Roma, lo sabía. Roma no cambia, tan solo olvida de tanto en tanto, así como se menoscaban el ingenio, las digresiones y los detalles menores y más sutiles de un viejo erudito que ha dominado numerosas disciplinas a medida que cede terreno a la senilidad. Había callejones, esquinas y mercados tan antiguos que no podía esperarse que ni siquiera Roma los recordase todos. Pero el Aventino no era una digresión sofocada por edificios temblorosos y arrancada de la mente. Era una de las siete colinas; tal vez la segunda colina de Roma, el lugar donde Remo había celebrado sus auspicios y había determinado que debía construirse la futura ciudad, según dictaba la versión clásica del relato. No era un barrio ni un efímero mercado, sino una parte estática de la topografía de Roma. El festival no debería haberse diseminado tanto, recubierto por tantas personas y callejuelas sinuosas y enmarañadas, comprendió Rosemont cuando se apartó de la turba y se detuvo cerca de una mansión ruinoso. Bajo aquellas calles había otras. No estaban bajo el suelo y tampoco eran calles, sino campos. Parcelas. Terrenos. ¿Qué eran? Rosemont pisoteó el suelo como si pudiera percibirlos por debajo de las losas. Ignoraba lo que eran realmente, pero sabía que de algún modo estaban allí. Que eran suyos.

—Probando, probando, un, dos, tres —se dijo, mientras presionaba de nuevo el suelo con la planta de los pies, como si fuera un hombre subiendo a una barca.

—Jeremiah Rosemont.

Alzó la vista echando mano a la pistola de Gustavo y descubrió a tres niños que lo miraban fijamente desde el edificio con rostros como lunas blancas enmarcadas por la ventana oscura. Rosemont no dijo nada, sino que los contempló sorprendido, percatándose de que nadie había pronunciado su nombre después de todo. Había algo que tironeaba de los confines de su conciencia. Trillizos. Trillizos perfectos. Mientras el desfile discurría a sus espaldas, observó sus hermosas facciones al tiempo que ellos también lo observaban. Mentones afables, hombros estrechos, ojos brillantes. Y los tres parpadeaban al unísono.

—Ven aquí —exclamó el niño del medio.

Rosemont se acercó a la ventana con grandes titubeos. Miles le había asegurado que no había magia durante el festival. Pero los trillizos tenían un aspecto extraño y peligroso, y además estaban las vigas de energía que parecían sostener la ciudad. Nada iba bien.

—¿Qué?

—Acércate —lo instó uno de los restantes niños desde la ventana.

Rosemont se detuvo directamente bajo ellos.

—Hola —dijo.

Casi a modo de amenaza, el tercero lo exhortó:

—Ayúdanos a bajar. —Y de inmediato se dispuso a encaramarse a la repisa. Antes de que Rosemont pudiese objetar, el niño, que llevaba culotes y botas de vaquero, se había arrojado a sus brazos. Rosemont dejó que se deslizara hasta el suelo

y de inmediato el segundo estaba en la repisa, dispuesto a que lo cogiese. Cuando hubo transferido a los tres al suelo, el primero que había hablado anunció:

—Estamos listos. Estamos de camino. Estamos aquí. En marcha. —Rosemont se disponía a preguntarles para qué estaban listos, cuando los tres giraron literalmente sobre sus talones, como muñecas de cuerda sincronizadas, y enfilaron la acera, sorteando el grueso principal del gentío de la calle.

Rosemont dirigió una última mirada a la ventana, preguntándose por qué no había un adulto, ni siquiera una exclamación procedente del interior. Pero al verlos moverse perfectamente al unísono, supo que no había progenitores en aquel apartamento, ni parientes que se admirase ante aquellos curiosos trillizos. Los siguió por la calle.

—Nos fracturamos —le confió por encima del hombro el último trillizo de la fila.

Rosemont se apresuró hacia el chiquillo y se inclinó hacia él mientras caminaban.

—¿Qué?

—Estamos fracturados —apostilló el segundo de la fila con un tono más sonoro.

—Lo que queremos decir es que yo estoy fracturado —añadió el líder, que casi vociferaba para imponerse al estrépito de la multitud—. Y lo odio.

—¿Lo comprendes? —preguntó el tercero, mirando a Rosemont.

—Me parece que sí.

—Algunas veces se rompe la mente, y otras el cuerpo. En este caso, yo había adoptado una forma triplicada, así que hoy me encuentro atrapado así. He... hemos... o sea, yo he venido para llevarte a la vista. Como favor a Di Trafana.

Di Trafana, pensó Rosemont. *¿El astrólogo?*

—Vale, pero ¿qué eres? —inquirió.

—Un dios —respondió uno.

—O sea, un niño —corrigió el siguiente.

—No, un héroe, un héroe —sentenció el último.

Rosemont se apresuró para mantenerse a su altura.

—¿No lo sabes?

—Supongo que hoy no. Es por aquí —señaló uno cuando llegaron ante una intersección.

—No, es por aquí.

—Lo sentimos... lo siento —le dijo el tercero a Rosemont—, pero hace trescientos años que no venimos al laberinto de la *piazza Haruspex*. Nos cuesta recordar. Puede que tardemos un momento.

Los muchachos de ocho años se arracimaron para increparse mutuamente con violencia y durante un instante, por su forma de inclinarse alzando la mandíbula, con el pecho enjuto henchido de furia y los dedos arqueados a modo de garras, Rosemont se preguntó si iban a ponerse a arañarse unos a otros.

Mientras Rosemont esperaba a que el dios tripartito se aclarase, dos hombres ataviados con pesadas capas operísticas negras de Don Giovanni conversaban en las inmediaciones.

—Desbrozaron este barrio ellos mismos —dijo uno con una máscara sonriente—, los dos juntos. Pero las cosas se torcieron, y en este día, uno de los hermanos asesinó al otro, de modo que no hay magia durante el festejo.

La máscara ceñuda resopló.

—¿Los más antiguos de los más antiguos son como tú y como yo esta noche?

—Así es. Patos de feria. Empezó con los cochetes de color púrpura. ¿Comprendes adónde quiero llegar?

Las dos figuras se contemplaron desde detrás de las máscaras, sonriendo y frunciendo el ceño respectivamente.

—Podríamos matarlos a todos —observó el ceñudo.

El sonriente se rió.

—Este sería el momento oportuno para hacerlo.

—Espera. Sabes quién soy, ¿no? —inquirió el hombre ceñudo.

—Sí, lo sé.

—¿Estás seguro?

—Te acabo de decir que sé quién eres.

—Soy Gordon Helfeltz.

El que sonreía permaneció inmóvil como un árbol, sonriente. Parecía enojado.

—Ese es mi nombre. Yo soy Gordon Helfeltz.

—No, yo soy Gordon Helfeltz.

—Yo lo soy.

La máscara ceñuda se volvió de un lado a otro, aparentemente buscando a alguien.

—¡Oh, mierda!

Entonces ambas figuras alzaron los brazos y los faldones de sus pesados mantos y salieron corriendo en direcciones opuestas, presas del pánico.

—Estamos listos.

—Ya lo tenemos.

—Es por aquí. En marcha —dijeron los trillizos, poniéndose en marcha con sus pasos demasiado largos, los dos de atrás siguiendo al primero como si caminasen sobre sus huellas impresas en la nieve.

Rosemont se echó la mochila al hombro y se apresuró a seguirlos, procurando mantener el paso de los veloces trillizos pese a los topetazos y los empujones.

Si no había magia, como afirmaban Miles y los Gordon Helfeltzes, ¿cómo podía ocurrir aquello? ¿Cómo podía haber un niño por partida triple, un dios, y cómo podía percibir otras calles bajo las calles? Le hizo sospechar que algo andaba mal, no en Roma ni en el festival, sino en él mismo.

—Es un Chi Chi's —indicó uno de los niños.

—Está ahí mismo.

—Por ahí. Más adelante.

Rosemont meneó la cabeza y esbozó una sonrisa desdeñosa. Se detuvo para

reprender a los chiquillos, pero estos continuaron la marcha, de modo que se apresuró a seguirlos.

—¿Un Chi Chi's? ¿Me vais a llevar a un Chi Chi's? ¿Va en serio, joder?

Los chicos alzaron la mandíbula y asintieron por encima del hombro, con idénticos mechones de cabello negro derramándose sobre su frente.

—Al sur del Aventino.

—Es donde Remo se proponía abandonar este mundo.

Rosemont intervino:

—En un Chi Chi's.

—Exactamente.

Doblaron una esquina donde la calle populosa y sofocante desemboca en una panorámica del sur de la corriente anchurosa y lisa del Tíber, las magníficas ruinas de los baños y las regiones meridionales de la Ciudad Eterna.

Y ocultando todo aquello había un letrero sobre una columna con el rótulo sinuoso y esmerado de Chi Chi's en rojo cereza.

El festival dejaba de diseminarse en aquella dirección al llegar al borde de aquella importante calzada y fragmentándose, como si ascendiese de nuevo la colina para dirigirse a la historia y la fermentación, lejos del pequeño comercio.

Rosemont acababa de volverse de contemplar el Aventino cuando el primer chiquillo se arrojó a la calzada con veloces pasos. Rosemont gritó. El tráfico se interrumpió a ambos lados del niño entre chirridos y bocinazos al tiempo que los otros dos, que le pisaban los talones, también se dirigían al otro lado. Rosemont los siguió agitando frenéticamente las manos para que no lo atropellase un taxi.

Al otro lado, el líder les abrió la puerta principal de Chi Chi's a Rosemont y a sus dos compatriotas.

—Así pues, aquí estamos.

En el vestíbulo, Chi Chi's salió al encuentro de Rosemont con una desalentadora oleada de falsa decoración mejicana. Dios. Chi Chi's. Recuerdos desgraciados de haberse colado en una ocasión en un Chi Chi's siendo joven para emborracharse a base de margaritas con un par de amigos achispados que parecían creer que ser adulto consistía en eso, que se estaban adentrando subrepticamente en un terreno nuevo y sin límites, entre asquerosos cócteles prefabricados, sombreros de mariachi de color negro y plateado, ponchos de colores brillantes y plantas de plástico que remedaban árboles de caucho. De algún modo todo ello le había parecido una derrota, pues a los diecisiete años ya sabía que la madurez se adquiriría gracias al fracaso de los adultos y a reveses aún más duros, y no a las copas altas. No a los bordes impregnados de sal.

—En el Aventino —musitó Rosemont, mirando fijamente un cartel de terciopelo con motivos taurinos que anunciaba un combinado de margarita—. En el puto Aventino.

Era evidente que se trataba de un error. Había acabado siguiendo a la criatura mágica equivocada al asociarse con los trillizos. ¿Debería haber acompañado a los

Gordon Helfeltzes? No tenía muchas opciones buenas a su alcance, con el trío de chiquillos devolviéndolo a la frivolidad y la tristeza. Pero cuando se volvió nuevamente hacia la puerta, dispuesto a marcharse, su rostro se cubrió de sudor frío ante la visión de los dos hombres apostados en ella para impedirle el paso. Uno era alto, corpulento y calvo, con un cráneo malformado y feo que semejaba un gran bloque de cemento. El otro era un poco más bajo y enjuto como una estaca, con una chaqueta negra entallada de Cardin, y lo contemplaba con curiosidad y odio.

—Quédate a tomar una copa conmigo —le propuso el más bajo, volviéndolo hacia la barra—. Me llamo Transom. Hay alguien a quien debes conocer.

—Espera, espera, espera —protestó Rosemont, arqueando la espalda, con la voz quebrada a causa del miedo al sentir que Transom le quitaba la mochila de los hombros.

Transom la abrió y extrajo el archivador rojo.

—Estabas en lo cierto, como de costumbre, mi señor —dijo al entregárselo a Visconti.

Este lo abrió de inmediato y empezó a leer.

—Es «La impugnación de Rosemont». —Entró una pareja de jóvenes con camisetas impresas a juego que le dirigieron una mirada enconada por bloquearles el paso.

—¿Qué está pasando? —inquirió Rosemont—. ¿De qué va todo esto?

—Tengo entendido que lo has deducido bastante bien —respondió Transom, rodeándole la cintura con ambos brazos para arrebatarle la pistola de los pantalones con ademán despreocupado—. Vas a autenticar la baraja de Watts. Y cuando hayas determinado qué es lo que nosotros creemos, le entregarás la baraja del dios al duque Filippo María Visconti.

Garfios. Los anzuelos relucen bajo el agua poco profunda, esperando bajo tus pies mientras lo vadeas descalzo para devolverte a la orilla. Convéncete de que los garfios no te pueden lastimar, porque aquel día pasaste ileso sobre ellos. No son más que un recuerdo que se hunde en tus sueños. Pero estos garfios dorados pueden desgarrarte. Uno solo puede relucir contra un cielo azul pálido y ser tan diminuto que en su caída no sientas siquiera su gélida curva cuando te acaricia el vello del dorso de la mano. Pero un millar de ellos, un millón, te atraparán y te destriparán. Te despellejarán hasta ponerte del revés y que debido a la voluntad de los ocho mil dioses algo nuevo emerja de los hitos desechos y las demarcaciones de tu cuerpo.

Hubo una época y menuda época fue. Entonces ocupabas una posición ventajosa y tenías acceso a una vista para la que nunca te habías preparado, que tu pueblo nunca había experimentado ni predicho. Cuando el motor restaurado de tu mente quebrantada, restablecida y nuevamente quebrantada está silencioso y ciego (en momentos como este, de negra neblina), tu cuerpo recuerda aquella vista, como la perspectiva de dos espejos situados el uno frente al otro y el pasillo telescópico que surge y se precipita hacia el pasado y el futuro simultáneamente desde las superficies lisas de dos dimensiones. Eso eras tú: un espacioso pasillo de numerosas generaciones, cuyo conocimiento resquebrajaba la barricada de tu materia gris. Dormido contra la chimenea, casi puedes oler el sudor acerado de los corredores, de los pajes que transmiten mensajes entre las ciudades amuralladas de los reyes etruscos, cuando este se funde con la fragancia polvorienta y cálida de los ladrillos de adobe que cocieron los sacerdotes visitantes de Jemet para el primer perímetro de Wilusija y que se enfrían como hogazas de pan, con el humo del incienso que protege a Gilgamesh de los enemigos de Babilonia en las calles del mercado de Ur. Esa fue la práctica que sobrevivió al pueblo, la práctica que abrió, destruyó y erigió tu mente: la alquimia de la defensa, la magia urbana más primitiva. En las generaciones anteriores, la palabra «paraíso» significaba literalmente «muralla protectora», seguridad celestial, y eso es lo que era. La promesa de una nueva ciudad inexpugnable era la promesa del paraíso. Pero en definitiva toda cultura es un paraíso perdido. El enemigo invade y la patria se desmorona. Es trágico, pero ni siquiera la magia, como bien sabías, desde tu nueva posición, es segura, ni dura para siempre. No cuando hay que resquebrajar el paraíso de la mente para adquirir las prerrogativas, el poder y la maestría de los antiguos. Ese pasillo telescópico te atravesó, y en los años que siguieron, aceptaste que el universo y sus ocho mil dioses te aceptaban a su vez. Aprendiz. Maestro. Mago.

¡Pero, oh, el precio, los precios que hubiste de pagar!

Hubo una época y menuda época fue. Esas prerrogativas no te pertenecían y tu

forma de obtenerlas fue nada menos que criminal, pero solo percibes esa verdad en los momentos de mayor ofuscación, cuando esta voz (¿Tu conciencia? ¿Remo? ¿Tu yo anterior?), esta perspectiva que te increpa y se burla de sí misma viene a susurrarte verdades cortantes en tu sueño. Pero nunca recuerdas. Menuda defensa. Aunque en la naturaleza los acontecimientos se puedan suceder en pequeños cortejos donde se confabulan la causa y el efecto (el alba, el ocaso y la medianoche), no sucede lo mismo en la mente humana. Tu mente humana. La tuya salta hacia delante, se detiene, recurre y se eleva. Renombra, desordena y suprime. Ocaso, columpio y mancha solar. Olvido. Mírate. Después de todo lo que obtuviste y de todo lo que te otorgaron. Han invadido tu precioso almacén, han menoscabado y malogrado tus maquinaciones, y te tiendes desnudo, desollado como el día que ella desapareció. Lo reconstruirás, claro, porque has de hacerlo. Pero la defensa de las criaturas no es competencia del mago; tu pueblo posee rasgos del perro salvaje, se sienta en torno a las hogueras y pasa desapercibido. De modo que ahora que ha terminado tu intentona de normalidad, ¿«te esfumarás al territorio», abandonando tus paradojas y paraísos, o entrarás a hurtadillas en otro reino constreñido, coronándote emperador de una concha todavía más pequeña? ¿Quizá compres una televisión? ¿Con un mando a distancia? ¡Oh, hermosa, por tu mente espaciosa! Por la majestad de la montaña fragmentada sobre la llanura temerosa^[12]. Y así sucesivamente. Es difícil recordar cuando uno se ha valido del poder de los antiguos para olvidar tanto. Bueno, aquí tienes un pasamanos en la niebla, algo a lo que agarrarte, si puedes: la traición en su rostro de niña. ¿Te salvaste al robar lo que robaste y romper lo que rompiste, o acaso te salvaste de la culpa y el recuerdo? Aférrate a esto, Rey Niño, o comoquiera que ahora te llames: sus ojos estaban clavados en los tuyos desde debajo de la superficie, antes de que se hundiera, se hundiera cada vez más, y las sombras del lago encrespado se la tragasen. Los anzuelos que te esperaban en la orilla pedregosa no te tocaron la piel, pero ella tendrá dos años para siempre.

¿Lo recuerdas? Recuérdalo.

Ahora despierta. Levántate de otro suelo. ¿Cómo decías que te llamabas? ¿Miles? ¿Rosemont? Rey Niño. ¡Oh, claro! Es muy confuso, hasta para ti, sobre todo cuando retrocede la niebla negra y te quedas a solas con tu nuevo yo hilvanado. No trates de recordar quién eras. Es más sencillo ser un hombre hecho a sí mismo.

Una bandada de gansos canadienses se había posado detrás de Bryce & Waterston para acampar en la antigua vía férrea. Corría el mes de abril, de modo que varias veces a la semana llegaba una nueva bandada cuyos miembros se imprecaban mutuamente hasta el mediodía. Aquella mañana los graznidos eran joviales, entusiastas, y el Rey Niño se despertó con la sensación de que algo había salido bien mientras dormía. Al menos, no había salido nada mal. No lo había asaltado un rastreador en sus sueños. No lo había encontrado un duque del siglo xv mientras

dormía.

Despegándose penosamente del suelo, su rostro parecía una gran glándula mojada, pero la aguda agonía de la nariz fracturada había desaparecido. Eso pareció avivar su optimismo. Aunque el almacén ya no fuese más que ladrillos y madera en descomposición tras la invasión de Transom de la noche anterior, el Rey Niño sentía que la vida era una página en blanco. Que ahora podía hacer cualquier cosa. Ir a cualquier parte.

Pero estaba hambriento, desesperadamente hambriento, y una resaca celestial atronaba en su cabeza. Se consideraba afortunado porque ese fuera el peor de sus dolores. Sentado escuchando a los gansos, devoró una caja entera de galletitas saladas que había recolectado una semana antes. Estaban rancias, pero no demasiado malas. Bebió un poco de agua de una jarra, terminó el último regaliz de una bolsa pegajosa y después se sintió casi humano.

Mientras comía, el Rey Niño decidió que aquel sería su último día en Bryce & Waterston. Transom había logrado persuadir a Visconti de que el Rey Niño no estaba allí. Lo había liberado. Ahora era libre para empezar de nuevo en otro lugar, y se descubrió pensando que quizá se hubiese precipitado censurando a Lara por haber tratado de conseguirle un apartamento. Quizá se hubieran calmado las cosas en Dona Mia y pudiese hablar con ella sobre otra actuación la semana siguiente. El futuro estaba tomando forma, así como una ciudad bendecida se presenta a la vista en el horizonte.

Pero tendría que terminar de leer la colección de documentos de Transom antes de que pudiera ocurrir nada de eso. Se sentó y abrió el archivador.

Había pocas cosas que le dijese algo: diversas copias de jeroglíficos y recreaciones hechas a mano de la cabeza de cabra de Jnum; pero entonces se topó con su propio nombre en una sección que había sido profusamente editada, evidentemente por censores gubernamentales. Retrocedió hasta el principio para comprobar qué era el documento.

Departamento de Justicia
Oficina Federal de Investigación
Washington, DC 20535
15 de enero de 2004
Asunto: acción directa y vigilancia
ALI N.º 1014444-9032

Estimado señor Visconti

Los documentos adjuntos han sido examinados conforme al Acta de Libertad de Información (ALI), Título 5, Código de los Estados Unidos, Sección 52/552a. Se han

realizado supresiones con objeto de proteger la información exenta de divulgación.

El material adjunto procede del archivo o archivos principales de la investigación dedicada a la cuestión o cuestiones que usted solicitó.

Se examinó un documento y se emitió un documento.

Atentamente,

David N. Laurel

Jefe de sección

Sección de difusión de información/expedientes

División de gestión de expedientes

Adjunto(s):

De: División de vigilancia de inmigrantes e indigentes

Re: sujeto no identificado, Mineápolis, MN

ALERTA: figura sospechosa en el Caso N.º 98889A-DE-0 (pendiente)

Fecha: 2 de diciembre de 2003

Estas imágenes del sujeto se tomaron siguiendo las indicaciones de _____, que sugirió que podía tratarse de una figura clave en un caso pendiente de la oficina de Madison, Wisconsin. Se dice que el individuo reside ilegalmente en el almacén abandonado de Bryce & Waterston en Mineápolis, Minesota. Duración de su estancia: desconocida.

Sin embargo, el agente especial _____ se valió del sistema EigenMatch del equipo de Análisis de Imagen Forense, que _____ para identificar a los seres humanos por medio de los ojos, la mandíbula, las mejillas, las orejas y _____. El sistema emplea un _____ algorítmico que sigue siendo controvertido, llamado «fisonomía Eigen»: rasgos faciales estandarizados derivados del análisis estadístico de la base de datos de fotografías faciales de EigenMatch por medio de representaciones de cuatro y cinco dimensiones llamadas «auras», que _____. Como resultado, el agente especial _____ logró determinar una coincidencia del 91 por ciento entre el indigente no identificado del almacén de Bryce & Waterston de Mineápolis y la última fotografía conocida de _____, tomada en el Circo del Pasma Infinito de Austin, Texas. En otras palabras, el AE está seguro en un 91 por ciento de que _____ es el sujeto no identificado de Bryce & Waterston en lugar del sujeto del hospital Cherryvale de Houston, tal como afirma el agente especial _____.

A pesar de la coincidencia casi absoluta, es necesario proseguir el seguimiento. Por ejemplo, según parece, la dirección del almacén abandonado de Bryce & Waterston, _____ indicada en el Caso N.º _____ no existe en el código que se indica. El seguimiento realizado por el departamento de policía de

Mineápolis no halló mapas ni otros expedientes de almacén alguno con ese nombre, no obstante la fotografía adjunta en la que se distinguen claramente el nombre del almacén y el rótulo. El envío de una patrulla no reportó pruebas tangibles de la existencia de dicho almacén, pues el agente no logró encontrarlo.

Solicitamos al AE _____ que reprodujera en tiempo real sus hallazgos de EigenMatch, cosa que intentó, pero debido a circunstancias que escapaban _____ en cuanto al supuesto conocimiento por parte del sujeto no identificado de Bryce & Waterston de la _____ y la desaparición de la misma en Roma en 1991 (la oficina de Washington solicita información sobre su posible localización en los Estados Unidos), el grupo de Visconti, conocido como _____ (a petición de la oficina de Boston), el paradero del fugitivo Leo Burt y otros miembros del Underground de Madison (oficina de Madison), así como diversos albergues para viajeros ocultistas, la conexión con la desaparecida Tanya Elling, o la identidad del sujeto de Cherryvale.

Tal como indica el boletín de la ALI, el _____ dará comienzo la Operación Arreo del Ganado. Debido a este esfuerzo coordinado entre las diversas Guardias Nacionales del Estado, la Seguridad Nacional y _____ de la Oficina será casi imposible llevar a cabo investigaciones subsiguientes en ciudades como Mineápolis. Recomendamos el envío de un AE a Bryce & Waterston para realizar el último interrogatorio antes de que comiencen las detenciones.

El Rey Niño volvió a la carta inicial del Departamento de Justicia: el 2 de diciembre. Habían pasado cinco meses, de modo que probablemente aquella Operación Arreo del Ganado no se hubiese puesto en práctica aún; quizá se tratase de una redada primaveral, cuando numerosos indigentes regresaban a Mineápolis, o de una iniciativa veraniega a más tardar. Ignoraba que hubiesen detenido a nadie recientemente, pero pasaba cada pocos años, y era espantoso. Personas que veía regularmente durante sus recolecciones desaparecían por las buenas, de un día para otro. Y aquella investigación tenía fotos suyas, lo habían estado vigilando y querían interrogarlo.

«Tres cartas^[13]», había dicho Transom al describir el «poder mayor» que lo subyugaba. ¿Había recibido tres cartas? No.

El FBI. La HSA.

El Rey Niño cerró violentamente el archivador y se dispuso de nuevo a ordenar cautelosamente las ilustraciones en la caja de cartón, mientras se imaginaba a agentes especiales arrojándose en paracaídas sobre el techo del almacén. ¿Lograría encontrar a Lara? La necesitaba. Retiró todas las cosas altivas que había pensado sobre su empeño por prestarle ayuda y quiso tener su dirección, su número de teléfono o cualquier otro medio para ponerse en contacto con ella. No sabía dónde vivía ni cómo encontrarla excepto los jueves en Dream Machine y los domingos en el restaurante. Después del tumulto con el matrimonio y el camarero enloquecido de Dona Mia, se

preguntó si Lara estaría dispuesta a ayudarlo siquiera. Debía pensar en otra cosa. La furgoneta no era segura desde la aparición de la réplica de barro, de modo que ya no era posible huir apresuradamente de la ciudad. ¿Dónde podía ir? Se había vuelto blando desde el descubrimiento y la construcción de su pequeño castillo en Bryce & Waterston. Ya no conocía los buenos escondites, los lugares donde no lo buscaría la policía, ni los que ya estaban «okupados» por todos los indigentes de la ciudad.

Palmoteó la cinta de embalar para volver a ponerla en su sitio, volviendo a sellar holgadamente la casa de cartón que albergaba los antiguos dibujos. Quizá le bastase un refugio para indigentes. Pero llegar allí, o a cualquier parte, entrañaba atravesar tramos extensamente urbanos de Mineápolis con los objetos de tantos deseos bajo el brazo. Si un cazador del desierto, un fisonomista Eigen, un adorador de Jnum, o un aprendiz fortuito lo veían...

El Rey Niño cogió la caja; resultaba bastante sencillo llevarla caminando. No podía arriesgarse a cambiarla de forma, con una red de agentes federales y aprendices de camino. Tendría que seguir el Misisipi hasta la ribera occidental para ver si lograba hacerse con un poco de comida y un pasaje que lo alejaría de la ciudad. Echó una última ojeada a su alrededor y abandonó Bryce & Waterston. Jamás volvió a verlo.

Cuando le arrebataron la pistola, el archivador y la mochila, Rosemont se sintió desnudo, tanto que se cruzó de brazos para abrazarse y de ese modo infundirse consuelo y calor. *Esos idiotas*, pensó. *¿Cómo han podido dejarme solo por ahí?* Transom caminaba a su lado atravesando los focos de un pasillo iluminado por rieles luminosos que circundaba el comedor y la festiva música tejana de este.

—Un Chi Chi's —rezongó—. ¿Puedes creerlo? Los romanos han perdido el control.

Rosemont estaba tiritando.

—¿Acabas de llegar a esa conclusión?

—Cuando una franquicia norteamericana invade el corazón histórico y mitológico de tu cultura —prosiguió Transom—, el imperio no solo está muerto, sino que está no muerto. Este debe ser el Chi Chi's de los Malditos.

Rosemont echó una ojeada a sus espaldas mientras caminaban. Visconti seguía leyendo en la puerta, aunque no pasaba las páginas. ¿Para qué demonios iba a necesitar Visconti el archivador de Miles? *Si es quien Miles dice, recuerda la historia de Di Trafana de primera mano, puesto que estuvo allí*, pensó Rosemont. *Pero dijo que quería el informe Guelph. Ingebretsen. Ahora sabe que se ha demostrado científicamente que la baraja tiene más de mil años.*

—Quiero que sepas —le espetó Transom— que tenemos a Miles.

Rosemont tropezó y estuvo a punto de caer.

—¿Por qué? ¿Qué vais a hacerle? —susurró.

—No tenemos tiempo para hacerle todo lo que quisiéramos —respondió Transom.

Es un farol. «Los más antiguos de los más antiguos son como tú y como yo esta noche», había dicho Gordon Helfeltz. *Solo pueden asustarme diciéndome que lo tienen.* Y en efecto, lo habían asustado. No hacía falta poseer un dominio sublime de las disciplinas antiguas para hundir un clavo a martillazos, ni para dar puñetazos. Al pasar junto a una hilera de plantas de plástico que imitaban árboles de caucho, Transom y Rosemont dieron con una sala de banquetes repleta de bancos y sillas rojas con tapicería de cuero falso. En el interior, Priscilla y Marni estaban sentadas pacientemente ante una mesa, la única ocupada de las diez que había en la sala.

—Rosemont —prorrumpió Priscilla. Casi como si no pudiera contenerse, se puso en pie precipitadamente y alargó la mano para indicarle que se acercara.

—Ve con tus amigos —dijo Transom—. Ellos te pondrán al corriente. —A continuación giró en redondo y desanduvo el pasillo hacia Visconti.

Rosemont se dejó caer en una silla junto a Priscilla y, mientras esta tomaba asiento, le preguntó:

—¿Qué significa eso de que tienen a Miles?

—Están intentando influenciar la perspectiva del autenticador de la baraja Watts —intervino Marni, con las manos entrelazadas en el regazo como si estuviera esperando una chimichanga—. Y es probable que funcione.

Gustavo había hecho bien su trabajo, aunque Rosemont le estuviese apuntando a la cara con una pistola. La idea de Jnum estaba firmemente plantada en su mente, no cabía la menor duda. ¿Y la idea de que en ese preciso instante estaban vapuleando a Miles en alguna parte? ¿En un Chi Chi's? De pronto las margaritas de fresa le parecían verdaderamente apetecibles.

Priscilla le puso una mano en el brazo.

—Marni se equivoca —declaró—. Sí que puedes ser objetivo.

Rosemont se zafó de su mano y se frotó el brazo, donde ella lo había tocado.

—¿Cuál es el plan? ¿Tenéis uno? ¿Los tres estáis improvisando sobre la marcha? —Su voz sonaba tensa y se quebró cuando dijo—: No puedo creer que me dejarais en la cafetería.

El negro pico de viuda de Priscilla se recortaba contra su tez blanquecina.

—Lo sé. No hubo modo de evitarlo. Estaba a punto de empezar el festival del Aventino, así que había que cerrar el *templum*. —Su tono tranquilizador contrastaba de un modo alarmante con su aspecto vampiresco. Alzó las manos y palmoteó el aire frente a Rosemont—. Por favor, créeme. Estabas tardando mucho y estábamos en peligro.

—Yo también estaba en peligro —siseó este—, ¿y la mierda que he visto en ese festival? ¿Qué os hizo pensar que estaba preparado para hacerle frente? Entro en este lugar, *tralará*, y Transom me quita el archivador de Miles como quien coge una cereza. ¿Cómo...?

Rosemont cerró la boca.

Priscilla bajó las manos.

—¿Qué?

La cólera de Rosemont se mitigó hasta disiparse.

—Estaba...

Marni puso los brazos en jarras y sonrió.

—Sabía que lo tenía él.

Priscilla se volvió violentamente hacia Marni, pero no dijo nada al contemplar el regocijo de la anciana. Después se volvió lentamente hacia Rosemont, presa de la furia. El alumbrado de los rieles situados justo encima arrojaba sombras terroríficas sobre su rostro.

—¿Le mentiste a Miles? —preguntó.

Rosemont se encorvó, como si el peso del corazón tirase de sus hombros hacia abajo. Se preguntó dónde estaba Miles y si estaba herido. ¿Habría cambiado algo si le hubiera entregado el archivador en la cafetería?

—Lo sé. Lo siento.

—¿Se lo ocultaste a sabiendas de cuánto lo deseaba? —Priscilla se adelantó y el destello se suavizó, pero no así su tono.

—Nadie me contaba nada —se defendió débilmente Rosemont.

—Sí... —Priscilla asintió con un ademán amplio, como si le estuviera explicando algo a un niño— te lo contábamos todo... mucho más de lo que habría que haberle contado a un autenticador. —Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro airado y se inclinó hacia Rosemont sobre los dedos de los pies—. Nos rechazan. Rechazan lo que estamos a punto de ver. Lo rechazan aunque lo hayan visto con sus propios ojos. ¿Tienes la menor idea de lo que sucederá si reclaman la baraja para...?

—¡*Chist!* —la atajó Marni, acallándola—. Déjalo. —Empujó una silla para ponerla junto a ella—. Siéntate, Priscilla.

Rosemont apretó las mandíbulas y protestó:

—¿Lo veis? No me contáis lo importante. Nunca es bastante para entender lo que está sucediendo, ni siquiera lo que hay en juego. —Se volvió hacia la anciana y susurró apresuradamente—. ¿Qué? ¿Qué ocurrirá, Marni? Si Visconti se apodera de ese objeto que queréis que vea, ¿qué desgracia ocurrirá?

—No lo sabe nadie —dijo Marni.

—¿Por qué? —exclamó Rosemont—. ¿Por qué no puedo saberlo?

El semblante de Marni denotaba una expresión de cólera, pero descansó el mentón en una mano, como si encontrase aquella conversación aburrida y enojosa al mismo tiempo.

—Tú crees que «saber» equivale a «que te lo cuenten» —replicó, casi gruñendo—. Para nosotros, así como para Visconti, Transom, los de la Hoja Negra, los babilonios y los aprendices de diversas tradiciones a lo largo y ancho del planeta, saber es descubrir. —Su voz adoptó una cadencia cantarina que sugería que hasta sus palabras la hastiaban—. Conforme a eso vivimos. Conforme a eso morimos. Fracasamos y triunfamos desvelando y descubriendo. No recibéndolo todo masticado.

—Es que yo no soy un aprendiz —rezongó Rosemont, señalándose el pecho con el pulgar—. Yo necesito que me lo den todo masticado, coño. Sigo abriéndome paso en la oscuridad. Necesito un pasamanos, un asidero o algo así.

Al parecer, las palabras de Rosemont despertaron algo en Priscilla, pues soltó una carcajada silenciosa y terció:

—Viniste a Roma cuando te llamó el Monje.

Marni asintió dirigiéndose a Priscilla y entrelazó las manos en el regazo como si la conversación hubiese terminado:

—Exactamente.

—¿«Exactamente»? —le espetó Rosemont—. ¿«Exactamente», qué?

Priscilla respondió exasperada:

—Que sí, que eres un aprendiz.

—Yo juzgaré eso —repuso Marni, con un graznido sarcástico.

—No, Marni. Lo juzgará Rosemont —objetó Priscilla, que volvió a mirarlo por el raballo del ojo, como si lo espíase a través del ojo de una cerradura—. En fin, puede que encuentres tu propio camino, o puede que no. Durante toda tu vida he afirmado que debía ser de ese modo. Ahora debo atenerme a ello.

Las palabras de Priscilla le produjeron un profundo desasosiego. ¿Durante toda mi vida? Se disponía a preguntarle qué significaba eso, pero el rostro de Priscilla parecía una fría puerta cerrada y la mujer alzó un dedo para acallararlo.

—Ahí viene.

Al cabo de un instante, un hombre ataviado con un caftán negro informe y vaporoso penetró en la sala. La túnica le despojaba de todos los ángulos pronunciados, de modo que desde la coronilla de la cabeza redondeada y el sedoso bonete de cabello negro hasta los hombros redondeados, el cuerpo de barril y la barriga de Buda, el hombre formaba un círculo casi perfecto.

—¿Quién es ese? —musitó Rosemont.

—Es Di Trafana, el Monje Loco que le enseñó la baraja a Miles —le explicó Priscilla, acercándose a él—. No te inquietes, pero Miles dice que está un poco loco a causa de una posesión. Así fue como averiguó tantas cosas acerca de Remo, hablando con Di Trafana. Está medio poseído por un fantasma de Remoria.

Di Trafana no respondía a las expectativas de Rosemont, basadas en la descripción que hiciera el *condotierre* en su diario. Había imaginado a un astrólogo cortesano enjuto y demacrado, pero aquel sujeto presentaba un aspecto francamente campechano. Di Trafana esbozó una tenue sonrisa que apenas hizo una muesca en sus infantiles mejillas y atravesó la estancia para unirse a ellos. Con un tono agradable y armonioso, le dijo a Rosemont:

—Miles, me alegro de volver a verte.

—No, no —replicó Rosemont—. Me llamo Jeremiah Rosemont. —Estrechó la mano de Di Trafana y percibió algo levemente perturbador en él; la pendiente de sus hombros, demasiado suave, o la tersura de su mano, que semejava la de una salamandra.

Di Trafana inclinó la cabeza ante Rosemont, efectuando una pequeña reverencia que lo obligó a mirarlo desde debajo de las cejas.

—El autenticador. Qué interesante que decidiese aceptar el billete que le enviaron.

Rosemont contestó:

—No tenía nada que perder.

—Eso no tiene sentido —observó Di Trafana, y cerró los ojos, moviendo los labios, hablando sin emitir sonido alguno.

Rosemont miró a Priscilla y esta se encogió de hombros. Transom apareció en ese instante y, mientras los tres esperaban a que Di Trafana abriese los ojos y dejase de hablar consigo mismo, Rosemont examinó el suelo con las plantas de los pies, tal como hiciera en la colina. Aún percibía la palpación de la superficie secreta del

Aventino a través de las plantas de los pies.

Di Trafana abrió los ojos, que lo miraron refulgiendo.

—¿Qué está haciendo?

Rosemont respondió:

—Nada.

—¿Que qué está haciendo? —repitió Transom.

—He dicho que nada —insistió Rosemont.

La mirada de Di Trafana descendió hasta los pies de Rosemont antes de retornar a sus ojos.

Las facciones macilentas de Priscilla destellaron bajo uno de los rieles luminosos cuando se volvió para susurrarle algo a Marni, mientras miraba fijamente a Rosemont.

—¿Cómo puede ser? —inquirió Di Trafana.

No es una alucinación, se dijo Rosemont. Di Trafana se sorprende de que yo también pueda sentirlo.

—El señor Rosemont posee una sensibilidad que los demás no tenemos —musitó Priscilla, dirigiéndose a Di Trafana—. Muchos hemos estado esperando para ver su manifestación.

Rosemont se preguntó qué significaba eso de «muchos» y cómo podía saber ella nada sobre él. Se disponía a preguntárselo cuando Di Trafana se volvió y se dirigió sinuosamente hacia una salita contigua.

—¿Señor Rosemont? Sígame.

En la salita, alumbrada con candelabros de hierro forjado y velas eléctricas, habían dispuesto un puestecito. Un microscopio. Una luz brillante de gama completa encima de un escritorio. Tiras de pH y una lupa pequeña. En una mesa alargada había una hilera de quince ilustraciones, todas ellas dentro de un marco sellado, excepto una, que estaba preparada para someterse a su examen.

Di Trafana se detuvo detrás de la mesa y le dirigió a Rosemont una mirada prolongada y perturbadora.

—Aquí debería encontrar cuanto necesite. Pero si hubiera cometido algún descuido, hágame saber y me ocuparé de ello.

—De modo que usted afirma que creó esta baraja —dijo Rosemont.

Di Trafana le dedicó una mirada seca y cautelosa.

—Yo no he dicho eso.

—Usted conoce a Visconti. Antaño le merecía una opinión muy pobre. —*Probando, probando, un, dos, tres.* Rosemont no podía dejar de tantear la situación. Examinó cuidadosamente el rostro de Di Trafana mientras hablaba—. ¿No es cierto, *pontifex*?

—Priscilla está en lo cierto sobre usted. Es poderoso. Tiene recursos —dijo Di Trafana—. Y además está muy curtido. Pero lo importante ahora es el futuro y lo que usted vea en estas cartas.

Rosemont quería seguir sondeando para entender lo que ocurría, pero no pudo resistirse a mirar. Las ilustraciones eran pequeñas, y algunas estaban deterioradas por el agua, pero la mayoría se habían preservado en un estado notablemente bueno teniendo en cuenta que tenían milenios de antigüedad. De hecho, si no hubiera visto el informe de Ingebretsen, Rosemont habría supuesto que más bien rondaban los cuatrocientos años.

Recorrió la hilera de láminas. Si aquellas cartas eran un ascendiente perdido de los tarots renacentistas y compartían algunas cualidades con estos, debía tratarse de quince triunfos, naipes del palo de los triunfos, o los llamados arcanos mayores, como se denominaba en la cultura popular al palo de veintidós cartas de la típica baraja de tarot. Rosemont no logró identificar ninguna pinta entre las quince. ¿Significaba eso, sencillamente, que las pintas no habían sobrevivido al conjunto? ¿O acaso las pintas no formaban parte de aquel tarot primigenio, suponiendo que fuera tal cosa? Era sumamente improbable que hubiesen sobrevivido tantas cartas de un solo palo. Era más factible que la baraja fuera así. Pequeños retratos. Representaciones de las vanidades, los arquetipos y los triunfos humanos. Eso era todo. En otras palabras, resultaba evidente que no se trataba de una baraja para jugar a ninguno de los juegos que se le atribuían al tarot en el siglo xv, en particular el *tarocchi*. Aquella «baraja» tenía otro propósito distinto del juego.

Lo siguiente que comprobó que se desmarcaba de la tradición tarórica, echando una simple ojeada a las cartas, era que estaba claro que las ilustraciones de la baraja Watts no se habían confeccionado por encargo de la realeza. No había emblema familiar, lema ni blasón alguno como en las primeras barajas de tarot. La tinta era buena, pero no de una calidad notable; los tonos azulados se habían desvanecido, y todas las cartas tenían una pátina rojiza amarillenta.

Observó la única carta que no estaba sellada. Se trataba de la imagen de una cabra de pie sobre un carruaje, cuyos cuernos estaban dibujados de un modo peculiar, pues eran lisos y se arqueaban hacia fuera como los de un búfalo de agua. Le recordó a la especie ovina que había descrito la rana Gustavo. ¿Quién iba a conocer aquella especie lo bastante como para ilustrarla en la Europa del siglo x? ¿Qué italiano iba a conocer a los misteriosos dioses egipcios, que eran antiguos hasta para el estándar egipcio? ¿O acaso habían implantado la imagen de la cabra en su mente, como aseguraba Gustavo? No. *No vayas por ahí*, se dijo Rosemont. *Te volverás loco si te haces esas preguntas*. Rosemont inspeccionó los trazos externos de la figura de la cabra. No había sido una mano medieval la que había dibujado aquello, ni tampoco una mano moderna. Era muy anterior a cualquier época en la que el realismo hubiese sido la norma imperante. ¿Quizá se remontase al año 950 d. C., como afirmaba el informe Guelph? Hasta eso podría haber sido demasiado poco. Debía admitir que poseía algo sumamente característico de «la Italia bárbara». Los ojos redondos de la cabra le recordaban a las máscaras mortuorias etruscas. Eran estilizados, primitivistas, como se suele decir, como las obras de los haidas del noroeste del

Pacífico, o los toros pintados en las paredes de las cavernas de Lucerna. La verosimilitud renacentista no tenía en alta estima el dinamismo enérgico y consistente del dibujo. El artista albergaba más pasión por lo animal que por lo humano. ¿Rosemont lo sospechaba por lo que le habían contado? ¿Estaba viendo lo que otros querían que viese en la baraja Watts? La cabra parecía dirigirse a él de un modo que no parecía posible, alzándose del papel para proyectar una sombra sobre este, descansando una pezuña húmeda y pesada en su pecho y dejando una huella acuosa y hendida que...

el estandarte de plata
del agua que se eleva

... *pero no posee una hermosura escandalosa*, se dijo Rosemont, como la tinta de los tarots primitivos. La única carta abierta ostentaba la imagen de un pastor reclinado en la ladera de una colina mientras un sol o una estrella centelleaban sobre su cabeza. Rosemont supuso que se trataba de una estrella, puesto que había una medialuna suspendida a escasa altura en el horizonte, pero estaba sola en el firmamento, no formaba parte de una constelación. El pastor estaba ataviado con una falda confeccionada con la piel de un animal y había un cayado tendido en la hierba en las inmediaciones. Los mismos rayos que emanaban del sol o de la estrella brotaban de la frente del pastor. El dibujo era sumamente convincente. Emotivo. El pastor, con su falda hirsuta, parecía elevarse de la cartulina. No había sido una mano moderna, ni una mano medieval, la que había dibujado aquello. Era más antiguo y deliciosamente crudo, y había una presencia colosal en la carta que parecía henchirse hacia Rosemont mientras este permitía que su corazón se elevase hacia la imagen del pastor para contemplarla y abrazarla. Una personalidad inmensa y oceánica lo anegó. En latín, la personalidad le confió: «Soy la mitad y el otro lado de tu esperanza»; y Rosemont no pudo resistir ni una sola de las palabras que le decía, como si las generaciones olvidadas al fin hubieran...

el agua que se eleva
en un estandarte de plata

... de los canadienses nativos o de los toros pintados en los muros de las cavernas de Lucerna.

Aunque era consciente de ello y se maravillaba ante la carta expuesta, Rosemont no analizó aún la imagen propiamente dicha, sino que por el contrario examinó las grietas de la pintura de todas las cartas. El craquelado, como se denominaba al entramado de diminutas fisuras y hendiduras, no era falso *per se*. No se trataba de un fraude pintado, de eso se percató de inmediato, y la capa de pintura estaba

resquebrajada de un modo satisfactoriamente aleatorio, como la tela de una araña ebria. Era evidente que no era una falsificación cocida y enrollada. Bajo el microscopio, Rosemont examinó el craquelado con mayor atención y comprobó que las grietas tampoco estaban grabadas en la base de pintura. En algunos puntos las grietas penetraban hasta la misma base, donde la pintura se separaba ligeramente de la cartulina al modo de los gajos de fruta que se desprenden de la piel cuando madura.

Rosemont apartó la cabeza del microscopio y suspiró.

Era tan real que se le hacía agua la boca. Y siempre lo sabía de aquella forma. Fueran lo que fuesen aquellas imágenes, la cultura o la tradición esotérica que las hubiera engendrado, las ilustraciones se dirigían a sus glándulas salivales, a su estómago y a su cuerpo, y de ese modo siempre sabía que estaba contemplando algo auténtico.

—¿Se encuentra bien, autenticador? —preguntó Di Trafana.

Rosemont se percató de que había dejado de frotarse los ojos.

—Sí. —Estaba agotado después del viaje, del estrafalario recorrido por el Aventino. Eso debía ser. Se sentía mareado y un tanto achispado a causa de la cerveza del festival. Volvió a mirar la carta tras pestañear para aclararse la vista. ¿Qué estaba sucediendo? De pronto comprendió que tenía visiones claramente distintas de la misma carta. Visiones diversas. Un pastor. Una cabra. No eran solo diferentes interpretaciones o impresiones, sino que tenía diferentes... recuerdos de lo que acababa de ver. Una cabra. Un pastor.

—¿Está preparado para decirles a Priscilla y a Marni lo que opina?

Rosemont asintió vagamente.

Di Trafana se inclinó levemente con todo el cuerpo.

—Después de usted.

Rosemont accedió a la sala de banquetes y vio a Miles de pie junto a Transom, Visconti y otros tres hombres que parecían matones a sueldo. Miles parecía en buen estado, ileso, pero su semblante parecía salpicado de sudor frío, aunque se hallara al otro lado de la estancia, de modo que Rosemont supuso que cuando menos le habrían dado un buen susto. Transom y Visconti parecían dispuestos a declarar la victoria de alguien o de algo.

Rosemont estiró los músculos, haciendo ademán de chasquear las vértebras.

—Es falsa.

Rosemont esperaba que el aliento contenido y la tensión de la sala se liberasen lentamente a medida que los actores asimilaban sus palabras. O que quizá se produjera un estallido de «te lo dije» o «no puede ser». Pero la sala permaneció en tensión mientras todos mantenían sus ojos sobre Rosemont, listos, como si quisieran abrirlo a golpes para arrebatárle la verdad con las manos desnudas.

Solo Miles parecía desalentado, abatido por la noticia, y cuando le habló parecía drogado.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabes, Jeremiah?

Rosemont se dejó caer en una silla junto a Priscilla.

—El craquelado es falso —le contestó a Miles, que se hallaba a unos seis metros de distancia—. Es inconfundible. Es muy difícil falsificar un buen craquelado.

—Tiene razón. Es falsa —intervino Visconti—. Yo la vi hace seiscientos años, como todos recordaréis. Entonces también pensé que era falsa.

Priscilla seguía observando atentamente a Rosemont.

—Debería haber quedado reducido a un amasijo de lágrimas y alaridos. Pero está en su sano juicio, miradlo. Sabe de qué está hablando y parece convincente.

—O bien ha sobrevivido —observó Marni— y nos está engañando.

Rosemont dijo:

—Solo os cuento lo que he visto.

—¿Pero qué pasa con Ingebretsen? —se obstinó Miles, tras haber recuperado el aliento—. ¿Qué pasa con el informe Guelph? Decían que era auténtica. Verificaron que era del 950 d. C.

Al parecer Transom consideraba que ese era un buen argumento. Se cruzó de brazos y miró a Rosemont.

—En efecto —admitió Rosemont—, puede que la pintura y la cartulina sean auténticas, pero me parece que alguien lo pintó y lo manipuló para que pareciera real. El método típico para falsificar un cuadro, para que las grietas parezcan antiguas, consiste en meterlo en el horno justo después de terminarlo para que se seque en seguida. Después se saca y se enrolla alrededor de un cilindro o de un rodillo, por ejemplo, mientras la pintura se seca y se vuelve quebradiza, para obtener ese efecto de entramado de grietas «avejentadas». Pero el que hiciera esto sabía muy bien lo que estaba haciendo. Yo diría que resquebrajaron las cartas desde abajo por varios puntos. Aplicando una presión ascendente sobre la cartulina en lo que podríamos llamar el cuadrante central superior. Arriba a la izquierda. Y tal vez en dos puntos del centro —añadió, mintiendo sin tapujos—. Hay un patrón muy parecido en todas ellas. Eso fue lo que me puso sobre aviso. Eso y la pésima pintura. —Fingiendo perplejidad, Rosemont sostuvo la mirada de todos los presentes, como si no diera crédito a su ingenuidad. Pero toda su atención estaba concentrada en las ilustraciones a sus espaldas, dándoles vueltas en la cabeza, haciéndolas suyas con cada fibra y cada anhelo de su cuerpo—. Con óleos mejores, hasta una pintura de hace un siglo tendría un aspecto fresco y reluciente. Con estas pinturas, una obra de cien años parece antigua.

Rosemont simuló que lo fascinaba la reunión, pero estaba calculando desesperadamente cómo podía escabullirse con aquellas láminas. ¿Podía hacerlo ahora, mientras discutían? ¿Podía rescatar también a Miles? Fingió frotarse la oreja y miró subrepticamente a Di Trafana para cerciorarse de que el Monje se encontraba igualmente absorto en la disputa.

Pero Di Trafana estaba mirando fijamente a Rosemont, con los ojos desencajados, inquisitivo, como un gato agazapado ante la hierba rumorosa. Y bajo la mirada de

Rosemont hizo un imperceptible asentimiento de ánimo.

Impulsándose con los dedos de los pies, Rosemont giró en redondo para mirar de nuevo los dibujos, y mientras percibía la vibración de los campos bajo el Aventino, contempló uno de ellos, la imagen del pastor astrólogo, hasta que le pareció que esta empezaba a alzarse del papel. Y justo cuando lo abrumaba aquella extraña sensación, como si fuera un pez al que sacan de la corriente arrastrando consigo un estandarte acuoso plateado, Rosemont tuvo la impresión de que abandonaba la sala de banquetes con tapicería de cuero rojo falso, el Chi Chi's de los Malditos y Roma.

Los juncos fluviales muertos y los tallos inflexibles de las cañas y los matojos ajados se quebraban bajo los pies del Rey Niño mientras recorría la ribera del Misisipi para dirigirse al Wiggle Room Saloon en busca de Lara. Corría el mes de abril. Los nuevos brotes no se habían espesado aún y el río se había desbordado en varias ocasiones recientemente, de modo que sus pies se hundían en el terreno. Había un sendero, un paseo asfaltado para ciclistas y corredores en lo alto de la colina, pero allí abajo podía caminar sin espantar a los transeúntes con sus facciones magulladas y sus ojos morados. Allí abajo podía ver los símbolos y las marcas que habían dejado los cazadores y leer los mensajes escritos con aerosol que los aprendices se transmitían en los tocones de los árboles y los pilotes de cemento derruidos.

Ni hablar de aprendices
Recuperad a Watts

Otro rezaba:

Impugnad a John C. Miles

El Rey Niño se detuvo y trató de identificar la tradición conforme a la caligrafía, quizá hasta identificar al aprendiz que había escrito aquella consigna, pero habían pasado demasiados años. Sabía que cada curvatura de cada letra constituía un mensaje, y percibía el retumbar de los tacones en las calles de Bagdad en las raíces y las volutas de aquellas letras, pero no lograba discernir si procedían del Bagdad premusulmán o del Bagdad moderno asolado por la guerra.

Retrocedió para releer el segundo mensaje y se percató de que conocía el nombre.

John C. Miles

El Rey Niño había conocido a John C. Miles hacía mucho tiempo. Buen Dios, antaño había sido alguien importante para él. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Contempló el nombre y se preguntó qué le estaba ocurriendo a su mente. Primero la falsa visión de una infancia imaginaria y ahora, al parecer, estaba olvidando a personas cruciales de su pasado. Las costuras y los flecos de la realidad se estaban desilachando, y supuso que el Jnum estaba en camino, atravesando la delgada tela que protegía el mundo del Rey Niño, y a través de esta se estaban escabullendo

personas y nombres importantes.

Habría tiempo para dilucidarlo cuando estuviera en un lugar seguro. Continuó siguiendo el curso del río y cuando advirtió que el barrio de las Siete Esquinas se encontraba encima de él, en la cima de la ribera, el Rey Niño ascendió pesadamente la colina llevando consigo la caja de cartón. Era asombroso con cuánta rapidez Mineápolis podía pasar de agreste a urbana, pensó mientras pasaba junto a centros de salud mental, desvencijados albergues para estudiantes y los alrededores de las prolongaciones de la Universidad de Minesota, dirigiéndose a Cedar y Riverside. Dona Mia estaba por allí. También lo estaba el Wiggle Room Saloon.

El Wiggle Room Saloon era un antiguo club de la época disco que había sido resucitado a modo de local para vaqueros homosexuales en los años noventa y que ahora estaba adoptando una posición más confortable como garito humilde. Curiosamente, sus múltiples identidades funcionaban conjuntamente, con murales estarcidos de Donna Summer junto a pósters de Dolly Parton y de Travis Tritt. Diamantes de imitación, máquinas de *pinball* y una pista de baile negra y pegajosa que probablemente había hecho furor en el pasado.

Meciendo la caja de cartón como si hubiera un bebé en su interior, el Rey Niño entró subrepticamente, dando gracias de que Bobby no estuviera cerca. El portero siempre lo hostigaba, hasta lo había derribado de un puñetazo en una ocasión, sin que él pudiera adivinar el motivo. Además, era el único empleado del Wiggle Room Saloon que se oponía a que leyera las cartas. De modo que atraído por el aroma de las grasientas hamburguesas y las crujientes patatas fritas procedente de la cocina, el Rey Niño ocultó la caja debajo de una mesa y se dispuso a ofertar sus lecturas a razón de tres cartas por cinco pavos. Consiguió hacerles dos lecturas de inmediato a unos amantes que habían empezado a beber alrededor del mediodía y que necesitaban convencerse de que todavía estaban enamorados. Al cabo de quince minutos tenía dinero suficiente para unas patatas y un vaso frío de Pabst.

Pero los rumores vuelan en los bares, y en cuanto dio cuenta del almuerzo les hizo cuatro lecturas más a un grupo de mujeres jóvenes que lucían accesorios de los Twins, tres más a otras tantas señoras mayores de Brainerd que estaban de compras y otras tres a un tipo al que no le habían gustado las dos primeras.

Pero algo iba mal. A pesar de la afluencia de efectivo, del radiante desfile de güisquis que había alineado ante sí y del embotamiento del dolor sordo en la frente y la nariz, se sentía igual que en el Misisipi cuando había visto ese nombre extrañamente familiar, ese algo que se deslizaba a través de la red. Seguía vislumbrando escenas extrañas por el rabillo del ojo. Un hueso. Un hueso desnudo en el escaparate de vidrio del bar. Un cuerno, quizá. Pero cuando miraba no era sino un efecto luminoso. Sin embargo, había algo raro en el local, como si fuera un decorado de una película sobre un bar y no el auténtico Wiggle Room Saloon que había conocido.

Le desagradaba aquella sensación de suspense, y lo que era aún peor, daba

muestras de titubear ante sus clientes, poniendo a prueba los límites de su paciencia con él. Todavía no había visto a Lara, de modo que se tomó un descanso de las lecturas, cogió la caja y se encaminó al fondo del bar, donde estaban los juegos, por si hubiera entrado mientras estaba absorto en las cartas. Si Lara estaba en el bar, la encontraría allí. No fue así, pero, en cambio, se tranquilizó al toparse con Garbus, un sujeto con el cabello ensortijado que siempre le recordaba a una versión siniestra de Harpo Marx. Garbus estaba jugando a los dardos con un amigo y el Rey Niño le dirigió un breve saludo. Garbus apartó la mirada, fingiendo estar enfrascado en el juego.

—Garbus —dijo el Rey Niño, dejándose caer en un taburete frente a él. Depositó la caja en su regazo.

No hubo respuesta.

—¿Has visto a Lara?

Garbus y el Rey Niño habían bebido juntos en diversas ocasiones, o mejor dicho, habían salido con Lara mientras esta y sus amigas ponían copas. A decir verdad, ahora que lo pensaba, el Rey Niño no sabía nada sobre él. Sencillamente, ambos formaban parte de un círculo más extenso que Lara atraía cuando deseaba visitar los barrios bajos, emborracharse, jugar al billar y a los dardos, y armar jaleo. El Rey Niño no lo consideraba un amigo, y, a juzgar por la expresión y la airada resolución de la mandíbula de Garbus, este no quería saber nada de él. Arrojó los dardos y cerró el dieciocho, ignorando al Rey Niño durante las dos rondas siguientes, hasta que al fin dijo:

—Tú eres el pirado que cabreó a los Elling en Dona Mia.

El hombre que estaba jugando a los dardos con Garbus no lo miró, pero el Rey Niño se percató de que le estaba prestando toda su atención.

—No pretendía hacerlo —se disculpó—. Esos dos son bastante excitables.

—He oído que te rompieron la nariz —añadió Garbus, mirándolo al fin a la nariz y los ojos.

El Rey Niño le devolvió el asentimiento.

—Y ahora estoy metido en un lío —susurró—. La verdad.

La mirada de Garbus pasó de la caja de cartón al rostro magullado del Rey Niño antes de volverse hacia su compañero para decirle «necesito un minuto», dirigirse nuevamente hacia el Rey Niño y decirle:

—Ya te digo que estás metido en un lío. La poli te persigue. —No se trataba de una pregunta.

—¿Ah sí?

—¿No lo sabías? —dijo Garbus—. Los Elling quieren que te detengan.

—¡Oh, cojonudo! —se burló el Rey Niño—. Se lo merecían, coño. Además, yo no...

—¿«Se lo merecían»? —exclamó Garbus, enarcando las cejas.

El chillido de unos neumáticos y la súbita explosión de luz reflejada deslumbrante

procedente del exterior los distrajo a ambos. El accidente en ciernes concluyó con bocinazos y juramentos, y el estallido de los motores condujo a los dos coches en direcciones opuestas.

—¿«Se lo merecían»? —repitió Garbus, riendo fríamente—. ¿Cómo puedes decir eso? Los Elling son las personas más enternecedoras de América. Son iconos. La niña... su hija desapareció hace años. —Se frotó la rizada cabeza y bebió un sorbo de cerveza—. ¿Qué demonios les dijiste?

Por alguna razón al Rey Niño le costaba mantener una conversación. Las palabras de su cabeza se bloqueaban, no salían limpiamente. Le sucedía desde hacía varios años, pero las tres botellas de licor que había consumido en los últimos días enlodaban sus pensamientos y los hacían más lentos que de costumbre. Deseaba explicarle a Garbus que las cosas eran siempre más complicadas, que en realidad las personas que uno considera héroes están sencillamente desesperadas y que en todo caso la desesperación podía convertir a cualquiera en un villano. Esos eran sus pensamientos, pero lo que brotó fue:

—Querían la verdad, así que les conté un poco.

Era evidente que Garbus estaba al tanto de la reputación del Rey Niño gracias a Lara. Por primera vez, lo miró como si fuera otra cosa que un sucio mendigo.

—Querían un poco de información psíquica, ¿eh? ¿Qué les dijiste?

Todo el mundo quiere echar una ojeada, pensó el Rey Niño. Todos están encerrados y quieren asomarse al otro lado del muro.

—Si te lo digo, ¿me ayudarás?

Garbus pareció enojado durante un instante fugaz, pero luego sus labios se distendieron en una sonrisa sardónica.

—Vale. Si puedo.

El Rey Niño se colocó la caja de cartón debajo de la mandíbula y le refirió la historia al completo, tal como la había presenciado. La chica, Tanya, su nuevo nombre y la impotencia de sus padres. Se preguntó si Garbus se lo creería, pero en definitiva no le importaba. Era irrelevante que se lo creyera. Hasta le relató el altercado, cómo papá Elling le había fracturado la nariz y el caos que se había desencadenado a resultas de ello.

—No sé por qué me atacó aquel camarero —confesó—. Supongo que solo estaba buscando una excusa para darle un puñetazo a alguien.

Pero Garbus continuaba aferrándose a la descripción de lo que había visto cuando lo habían abordado los Elling. La muchacha. Con solo mirarlo, el Rey Niño supo que todos los habitantes de América deseaban saber lo que ahora sabía. El paradero de la chica.

Pero entonces el semblante de Garbus se agrió y volvió a mirar a un mugriento indigente.

—¿Les contaste todo eso? Joder, mira que eres frío —dijo, contemplándolo con las manos detrás de la cabeza—. ¿Es que no has seguido esa historia? ¿No sabes lo

que ha sufrido esa gente? Eres un poco cabrón, ¿sabes?

—Pero si yo no quería herir sus sentimientos —repuso el Rey Niño—. Garbus, mira. —Empezaba a presentir que tardaría demasiado tiempo incluso en localizar a Lara—. ¿Puedes ayudarme a salir de la ciudad?

Garbus se puso una mano en la cadera con aire ofendido.

—¿Quieres que te ayude a huir de la poli?

—No. Ni siquiera sabía eso. Necesito... no puedes saber a qué me estoy enfrentando —le confió el Rey Niño—. Aunque te lo dijera. —Rompió a reír. *¿Qué vistacito al otro lado del muro podía ofrecerle a aquel hombre que no lo apagase como una vela?*—. Hay alguien que me quiere muerto. Así es. Sí, puede que sea papá Elling, ahora que lo pienso. Pero no lo sé.

Garbus suspiró y apuró la cerveza con el aire de un banquero que sopesa un préstamo. Empuñó su teléfono móvil y repasó el índice, para finalmente asentir mientras miraba al Rey Niño.

—Mira, tengo un amigo granjero que dirige una pensión de cama y desayuno fuera de la ciudad. Viene a Mineápolis los fines de semana para beber en la Leaning Tower. Puedo llamarlo. Quizá esté dispuesto a sacarte de la ciudad —propuso.

El Rey Niño meneó la cabeza y cerró los ojos, agradecido.

—Sí, por favor. No tienes idea de cuánto significaría eso para mí. Gracias, Garbus. Gracias.

—No te preocupes —respondió este, y tecleó el número, alejándose de él.

El Rey Niño sentía que su cuerpo estaba a punto de explotar. Estaba agradecido por la ocasión de marcharse de la ciudad, pero era un plan desesperado en el mejor de los casos. No podía esperar toda la noche hasta que el granjero de la pensión fuese a recogerlo. Y además, la policía lo andaba persiguiendo. Vaya. Tendría que seguir buscando un transporte en otra parte, en cualquier parte. Quizá pudiese sonsacarle a Garbus la dirección de Lara o convencerlo para que la llamara. Quizá ella acudiera en su ayuda.

Garbus se volvió hacia él y anunció:

—Tienes suerte.

—¿Ah sí?

—Estaba en el Hard Rock Café. Dice que puede pasarse a recogerte en cuanto termine su especial vegano. —Garbus cerró el teléfono móvil—. ¿Qué te parece?

El Rey Niño exhaló un suspiro de gratitud.

—Garbus, no puedo creerlo —dijo—. ¿Cómo puedo agradecértelo?

Garbus observó las cartas del Rey Niño, que este aferraba así como él mismo sostenía el móvil.

—¿Qué te parece una lectura antes de que te marches?

Durante un breve instante, el Rey Niño pensó que era extraño que hacía tan solo un momento Garbus no hubiese querido saber nada de él y que ahora le pidiese una lectura. Pero barajó las cartas, contento por abandonar la ciudad.

—¿Hay algo que quieras preguntarle a las cartas? ¿El amor? ¿La suerte?

Garbus lo contempló con mordacidad.

—No.

El Rey Niño cortó la baraja y se dispuso a echar las cartas. Se interrumpió cuando solo había dos naipes descubiertos sobre la mesa: el mago y el loco.

—Parece fuerte —comentó Garbus, observándolo.

El Rey Niño los contempló. El mago y el loco lo contemplaron a su vez. Al fin respondió:

—Es la baraja entera en dos cartas. Aquí mismo, en una ecuación binaria básica. El loco equivale al cero. El mago es el uno. Todo son unos y ceros, y el mundo entero está aquí, en estas dos cartas. Deprisa, ¿cuántas cartas hay en una baraja ordinaria?

—¿Eh?

—¿Cuántas cartas hay en un mazo normal? —insistió el Rey Niño, agitado, incapaz de hablar lo bastante rápido.

—Cincuenta...

—¡Mal! Cincuenta y tres. Todo el mundo se olvida del comodín. En otras palabras, del loco. El cero nunca se cuenta. ¿Te das cuenta? Lo mismo pasa con Lemuria, o Remuria. O Remoria. La ciudad perdida de Remo. Lo único que podía aplacar a Remo y a sus fantasmas, los lémures, era regresar a la ciudad perdida que este había fundado y a la que había puesto su propio nombre. Se llamaba Remuria o Lemuria, ¿comprendes? Weisman y Versnal en particular se han referido a la posibilidad de que dicha ciudad se encontrara en el Aventino, y la arqueología los respalda. Ahora bien, como en una ocasión escribió John C. Miles en su artículo «Lemuria: ¿un culto romano o americano?», existen numerosas pruebas del empeño de Remo y de sus lémures por volver a su ciudad olvidada. Piensa en los animales llamados lémures, a los que en 1783 Linneo puso el nombre de los fantasmas de ojos desorbitados que deambulan profiriendo alaridos en la mitología romana. ¿Vale? Linneo era un miembro de la Disciplina Etrusca y fue el primero que propuso entre los aprendices la teoría de que los lémures no son primates. A decir verdad, ni siquiera son «reales», conforme a nuestro concepto de la «realidad». Los lémures también son fantasmas, agentes de Remo, espías suyos, que buscan pórticos para regresar a la ciudad perdida de Remuria. En la actualidad recorren el globo observando con sus grandes ojos espantados el desfile de los humanos con el propósito de identificar almas humanas en nombre de Remo, almas que posean el coraje suficiente para encontrar el sendero que conduce a la ciudad perdida de su amo.

Garbus introdujo la mano en el bolsillo de la camisa, extrajo un cigarrillo y le ofreció otro.

—¡Dios, sí! —exclamó el Rey Niño, y se lo puso entre los labios sin encenderlo.

—Sigue hablando —dijo Garbus, cuyo cigarrillo cabeceaba mientras hablaba.

—Está todo aquí —prosiguió el Rey Niño, tamborileando repetidamente aquellas

dos cartas mientras hablaba; las palabras manaban a trompicones con imposible rapidez—. El tarot se creó para jugar a un juego llamado *trionfi*, es decir, «triumfos». Dicho juego conmemoraba la muerte de Remo y el ritual inspirado por ella. Cada una de las cartas del *trionfi*, acompañada por una «carta de triunfo», era un recordatorio del avance del *triumphator* hacia el *templum*, el Templo, y la súplica que elevaba al dios sobre el hígado arrancado del toro sacrificial. No se puede separar el rito del mito, el juego del rito, ni las cartas del ocultismo. Porque está todo aquí, como si fuera una pequeña ciudad. Estas dos cartas bien podrían ser la carta del Mundo. Los hermanos. El desfile. La evocación del crimen. La pregunta cuya respuesta necesitaba saber Rómulo, que era: «¿Me han perdonado lo que le hice a mi hermano?». —El Rey Niño se cubrió la boca. Reprimió una carcajada y comprendió de inmediato que se trataba de un sollozo. Miró a Garbus, retiró la mano y sonrió.

—Parece que tienes muchas cosas que decir, John —observó Garbus.

El Rey Niño puso el dedo en el pecho del Mago. Después se interrumpió. Alzó la vista hacia Garbus y le preguntó:

—¿Qué me has llamado?

—John —repitió Garbus, sonriéndole—. John C. Miles.

¿Quién era? ¿Garbus se hallaba en el mundo real? ¿Cómo sabía ese nombre?

El Rey Niño no deseaba averiguarlo. Aferró la caja de cartón y echó a correr hacia la puerta principal. Oía a Garbus abriéndose paso para seguirlo. Derribó un taburete para bloquearle el paso y vio, en la parte anterior del bar, a tres agentes de policía y a un cuarto hombre enfundado en un traje negro con una enorme cabeza blanca y gafas oscuras.

Ese cabrón, pensó el Rey Niño. ¡Garbus me ha delatado a la policía!

Con la puerta principal bloqueada, se detuvo, derrapando, y cambió de rumbo, mientras detrás Garbus sorteaba de un brinco el taburete. El Rey Niño atravesó a la carrera las puertas batientes de la cocina, con la esperanza de que allí atrás hubiera una salida de incendios.

—¡Lo tenemos, lo tenemos! —exclamó un oficial—. Que no se mueva nadie.

La cocina era estrecha, de modo que no pudo evitar estrellarse contra Elaine y Sarah, las dos cocineras de línea de servicio, mientras les gritaba que se hicieran a un lado. Después de apartarlas de la freidora, abrió la caja de cartón y volcó las pequeñas láminas en el aceite hirviendo.

—¡Rey Niño! ¡No! —chilló Sarah.

Elaine se arrojó contra la nevera.

—¡Detente!

Se produjo una tremenda exhalación de aceite burbujeante cuando el contenido de la freidora se desbordó hasta derramarse en la parrilla. Cuando el aceite caliente se vertió sobre la superficie se formó un penacho de humo negro aceitoso en la pequeña cocina.

Elaine y Sarah tuvieron que esquivarlo para salir de la cocina. Él se quedó con la

mirada perdida. No había salida. Había imaginado una puerta trasera, un *sprint* en un callejón y la libertad. Por el contrario, la policía atajó su fuga fácilmente y lo sacó a rastras de la cocina, mientras Sarah y Elaine vociferaban a cuenta de la grasa hirviente que se había desparramado por todas partes y el tuerto calvo lo miraba encolerizado, con un odio abyecto.

—Visconti —dijo el Rey Niño.

—¡Esa no era la baraja! —exclamó Visconti frente al rostro del Rey Niño mientras la policía lo sacaba a empujones del bar—. ¡Dime que esa no era la baraja!

Garbus gritaba en algún lugar del local:

—¿Es John C. Miles? ¿Tenía yo razón? ¿Hay alguna recompensa?

—John C. Miles, queda usted arrestado —le decía uno de los agentes de policía mientras lo aferraban por el cinturón y la camisa para sacarlo a rastras de la cocina y del Wiggle Room Saloon—. Vamos a detenerlo por alteración del orden público. ¿Comprende lo que le digo, señor Miles?

El Rey Niño se devanaba los sesos.

—¿Por qué me llama así? —bramaba, retorciéndose para mirar al agente a la cara—. ¿Por qué me llama por ese nombre?

—Usted es John C. Miles. Tenemos un dossier completo sobre usted —replicó el agente.

—Se han equivocado de hombre —exclamó el Rey Niño—. ¡No lo soy! ¡Yo no soy ese hombre!

—La has destruido —continuaba imprecándolo Visconti a sus espaldas mientras el agente lo empujaba hacia la luz del sol—. ¿Este es el fin? ¿Lo has arrojado a una maldita freidora? ¿Así es como acaba todo?

Había un coche patrulla aparcado en batería ante la puerta principal del bar con dos ruedas en el bordillo. Cuando salieron del Wiggle Room Saloon, el agente empujó al Rey Niño contra la puerta trasera para cachearlo. Ya se había congregado una muchedumbre alrededor del automóvil y, mientras le recitaban sus derechos, el Rey Niño miró al otro lado del techo del vehículo y vio a un hombre de cabello hirsuto con chaqueta negra, pantalones de punto de espiga y relucientes zapatos negros de policía. Lucía una sonrisa sarcástica y asintió a modo de saludo cuando el Rey Niño lo vio.

—Me mentiste —le dijo el hombre al otro lado del techo del coche patrulla, enarcando sus cejas pobladas— aquella vez en Trudy's.

¿Trudy's?, se dijo el Rey Niño. Así se llamaba su bar favorito de Austin, en los viejos tiempos, cuando lo frecuentaba con Jer...

¿Quién era ese hombre?

—No es tan asombroso como parece —prosiguió el sujeto de pelo áspero. Se enjugó la frente. Tenía el semblante pegajoso debido a la transpiración—. Para ti han pasado doce años, pero para mí solo han sido un par de días de trabajo, Miles.

El Rey Niño le escupió.

—¡Yo no me llamo así!

—Maldito animal. —Visconti se detuvo junto al hombre de cabello hirsuto, observando el esputo del Rey Niño en el suelo. Alzó su fea cabeza calva y le dijo—: Te has destruido a ti mismo. Me las pagarás, Miles, vaya si me las pagarás.

—¡Yo no soy ese! —vociferó el Rey Niño mientras el agente le ponía una mano en la cabeza para conducirlo al interior del coche patrulla—. ¡Yo no me llamo así!

Se disponía a terminar la excavación. La hoja curva del arado horadó la turba, descubriendo la tierra negra, y se desprendieron penachos de polvo de los cuerpos musculosos y los pesados cascos de su equipo de labranza. La larga zanja dejaba una estela tras el equipo y describía un círculo en derredor de la mayor de aquellas siete colinas, para terminar justo enfrente, a varios cientos de pasos, donde había comenzado el círculo del arado. Tiró de las riendas, arqueando hacia atrás su cuerpo sudoroso y tostado por el sol, y los dos caballos torcieron el cuello, enseñándole los dientes al cielo.

El cenagoso río Tíber discurría por aquella reseca planicie aluvial que había adoptado un tono ambarino a causa de la sequía. A escasa distancia de la negra herida abierta en la turba se había congregado una cuadrilla de pastores pertrechados con gruesos bastones que observaban al labrador. Uno de los pastores, que tenía la misma estatura que este, se había adelantado a los demás, desarmado. Ambos eran jóvenes. Ambos eran fornidos, anchos de espaldas, y era evidente que estaban emparentados: eran hermanos. Los rayos de sol atravesaban el polvo anaranjado que se diseminaba a su alrededor.

Rosemont observaba aquella escena sentado en la cara norte de la segunda colina más elevada, con los codos en las rodillas. Miles apareció a su lado, contemplando el anchuroso valle fluvial.

—¿Qué cojones has hecho? —Era consciente de la escena, pero no parecía sorprenderse por lo que estaba viendo—. ¿Cómo has hecho que sucediera esto?

El pastor que se había desmarcado del resto profirió una exclamación larga y complicada, y el labrador se detuvo como si estuviera soportando palabras crueles, aferrando unos guantes con un puño apoyado en la cadera, con la cabeza inclinada y mechones de negro cabello suspendidos sobre sus ojos.

—¿Qué está diciendo? —inquirió Rosemont.

Miles volvió la oreja hacia la voz cantarina del pastor.

—Así que eso es el etrusco. Se parece al griego. —El pastor continuó el monte Aventino y describiendo un arco dramático con el brazo para referirse al valle o al extenso círculo que había trazado su hermano. Miles citó de memoria, como si estuviera traduciendo sus palabras—: «Las doncellas de Ilión abandonaron sus emparrados / Los soldados desertaron de las torres fortificadas / Las empalizadas se desmoronaron, al igual que las puertas / Ulises franqueó murallas como las tuyas».

Rosemont miró a Miles.

—Qué bonito. ¿De quién es?

—De un contemporáneo de Jonson y Shakespeare —respondió Miles—. *Remo et Romolo*, de Lionel Crane. Él lo sabía.

En aquel momento el labrador estaba agitando sus guantes de trabajo ante el pastor y respondiendo a sus gritos, desdeñoso y condescendiente. Contempló a la atenta asamblea de pastores que se había congregado a espaldas del pastor y les hizo gestos para ahuyentarlos.

—Rómulo es el que está dentro del círculo, ¿verdad? —dijo Rosemont.

—Exacto —confirmó Miles, atento.

—¿Va a matar a Remo? ¿El pastor?

Miles asintió.

—Eso es lo que dice la historia.

—¿Sabes por qué están discutiendo?

—Remo está a punto de saltar al otro lado de la zanja tratando de arruinar la magia de Rómulo —respondió Miles.

—¿Por qué?

—Nadie está seguro de por qué.

El labrador, cuyo cuerpo estaba sucio debido al polvo que había removido su equipo, se dispuso a retroceder siguiendo el curso de la zanja, con el aparente propósito de inspeccionar su trabajo. El pastor lo persiguió.

—No tiene ningún sentido —añadió Miles—. Los dos estaban adiestrados en la Disciplina Etrusca, que entonces versaba sobre el arte de construir ciudades: fabricar puertas, trazar calles y levantar murallas. ¿Saltar ese círculo? ¿Después de la diáspora troyana? Habría sido como si un católico derribase una cruz del Vaticano el Domingo de Pascua. Esta es la conclusión de una búsqueda de quinientos años para la secta de los etruscos de Rómulo y Remo —apostilló, recorriendo con la mirada los bosques y las laderas de aquel paraje, la Ciudad Eterna en ciernes—. Querían resucitar Troya en este lugar y para hacerlo necesitaban ese círculo, esa muralla.

El hermano que se hallaba en el interior del círculo se volvió para dirigirse nuevamente hacia su equipo de labranza. El hermano del exterior le siguió los pasos; la zanja los separaba como si ya mediase una muralla entre ambos. Rosemont y Miles los siguieron con la mirada mientras iban de un lado a otro de aquel modo varias veces, el pastor bramando y el labrador ignorándolo.

Miles comentó:

—Esto es una puta locura. ¿Cómo hemos llegado aquí, Rosemont? ¿Qué está pasando?

Rosemont respondió:

—Quería que nos fuéramos de ese Chi Chi's. Quería la baraja y te quería a ti. Así que nos fuimos.

Miles frunció el ceño.

—¿Querías la baraja?

Rosemont alzó una mano. Sostenía quince naipes de aspecto ordinario. Cuando les dio la vuelta vieron las imágenes que estaban grabadas en ellas y Miles apartó bruscamente la cabeza.

—¡Aj! —rezongó—. Dales la vuelta. Escóndelas. —Cuando Rosemont le obedeció, Miles volvió a mirarlo y le espetó—: ¿Te las has llevado? ¿Las has cambiado? —Miró con fijeza a Rosemont—. ¿Qué cojones eres tú?

Rosemont dijo:

—No sé cómo lo hice. No lo intenté.

—La idea era enseñársela a Marni —explicó Miles—. La idea era demostrar la existencia de un hilo conductor intacto entre Wilusija, Roma y nosotros, y reclamar la baraja como parte de él. No está hecha para una sola persona.

El diálogo al pie de la colina se estaba acalorando. El pastor se tendió para postrarse ante su hermano, haciendo además de adorarlo. Acto seguido se levantó la falda de piel de lobo y le enseñó el trasero, arrastrándose a cuatro patas frente al labrador, mientras ladraba, rebuznaba como un burro y emitía sonoras pedorretas a lo largo de la zanja. El labrador permaneció inmóvil, con los hombros echados hacia atrás y el pecho un tanto hinchado a causa de la cólera, presenciando las burlas de su hermano. Finalmente Remo se puso en pie y pareció implorarle a su hermano que saltase al otro lado. Lo estaba adulando, pero no obstante parecía sincero, como si deseara honestamente que su hermano rompiera su propio conjuro y se uniese a él al otro lado del círculo.

—Remo no quería una ciudad —dijo Rosemont.

Miles lo miró.

—¿Tú crees? ¿Qué quería entonces?

Rosemont meneó la cabeza.

—Liberarse de todo eso. Y quería que su hermano compartiera su deseo.

Rómulo cogió un arma de su cinturón, quizá fuese una pala o una espada, se dirigió velozmente a la sección del círculo que no estaba labrada, enarboló la herramienta, le habló y corrió arrastrándola por el polvo, exclamando la misma frase, breve y rítmica, una y otra vez. Cuando llegó al comienzo del círculo lo remató con un brusco movimiento de la hoja, con un gesto de desprecio tan manifiesto que Rosemont y Miles se rieron entre dientes.

Pero cuando el ufano Rómulo se disponía a encararse con su hermano apareció algo detrás de él, en el interior del círculo.

—¿Qué es eso? —exclamó Miles, poniéndose en pie.

Rosemont también se incorporó.

—Gente.

Un instante después, Remo estaba amenazando con saltar al otro lado del círculo y Rómulo le estaba dando la bienvenida con ademanes socarrones. Al parecer, ninguno de los hermanos veía a las tres figuras ataviadas con túnicas del desierto de color arenoso que aguardaban detrás de Rómulo.

—A lo mejor no están ahí de verdad —sugirió Rosemont.

—¿Qué demonios? —farfulló Miles con voz quebrada—. ¿Los ha conjurado Rómulo?

Remo saltó sobre la zanja y se detuvo ante su hermano. Rómulo reculó tambaleándose como si lo hubiesen golpeado. Soltó la pala y rehusó la mano alentadora de su hermano, contemplando la zanja con la espalda erguida y la cabeza entre las manos, como un hombre que estuviera presenciando una colisión ferroviaria. Remo se dirigió al foso para instar a sus compañeros a que avanzasen, a que lo cruzaran, a que penetraran en el círculo impotente. Cuando Remo alzaba el brazo izquierdo para dirigirse a ellos, Rómulo giró en redondo, aferró con ambas manos la pala que había detrás de Remo y la hundió con un poderoso empuje en las costillas de este, debajo del brazo. La sangre manó sobre los antebrazos de Rómulo mientras este abatía a su hermano hincando la herramienta en su cuerpo hasta postrarlo sobre una rodilla, después sobre el costado derecho y finalmente de espaldas.

Rómulo se incorporó y sacudió la herramienta hacia la tierra, como un jardinero que desprendiera el barro de la hoja de una paleta. Entonces las tres figuras envueltas en túnicas echaron a correr hacia el Aventino.

—Se ha ido —dijo Rosemont. Lo decía literalmente. Remo había desaparecido, no se lo veía por ninguna parte dentro del círculo. No había cuerpo. Ni sangre.

—Mierda —masculló Miles—. ¿Qué demonios son?

Rosemont le dio la vuelta a una de las cartas y procuró recrear el mismo estado de ánimo que había empleado para sustraer la baraja. Examinó la tierra con los dedos de los pies y percibió una fuerza que estuvo a punto de arrojarlo hacia atrás.

Miles lo sostuvo instintivamente.

—¿Tienes alguna idea? ¿Quieres que intentemos salir de esta hablando?

Rosemont aferró el brazo de su amigo y comprobó que los cazadores de las túnicas habían llegado al pie de la colina. Las colinas eran enormes, pero las criaturas corrían de un modo cambiante e impreciso, al igual que hiciera Priscilla, y cubrían terreno con pasmosa velocidad.

Quiero marcharme. Quiero la baraja. Quiero a Miles. Y esta vez, quiero marcharme de Roma del todo.

Cerveza rancia, efluvios de humeante parrilla de mesquite procedentes de Ruby's, calle abajo, persistentes emanaciones de sofocante colonia, botellines en mesas de *picnic* y estrellas que, en efecto, son grandiosas y resplandecientes por la noche^[14], en el firmamento, sobre los combados árboles de magnolia y un ruidoso bar de Texas. Rosemont sabía dónde se hallaba del mismo modo que sabía atarse los cordones de los zapatos, con un conocimiento habitual e inconsciente. Presentía que si doblaba la esquina del bar descubriría que el lector de tarot de más edad ya había pedido una jarra de cerveza y le estaba sonriendo por encima de ella, como un mono enloquecido con una ensortijada melena, dominando a su ídolo dorado, para servirle otro vaso mientras el más joven argüía excusas endebles, confiados ambos en la certidumbre de que ninguno se iría a ninguna parte.

Rosemont dobló la esquina, en la que había una gramola con música variada en un engorroso pasillo sin salida, y allí estaban ambos, como jugadores de ajedrez inclinados sobre un tablero imaginario. Habían pasado toda la jornada en el Circo del Pasma Infinito, platicando entre arrebatos de lecturas taróticas, y ahora se disponían a pasar la noche dislocados de su propia mente, pronunciando discursos, riéndose y discutiendo, como si las palabras no brotasen lo bastante deprisa, como si hubieran pasado los dieciocho años anteriores esperando el comienzo de las disputas y la cerveza.

Los estudiantes merodeaban por la taberna luciendo más tatuajes de los que Rosemont había visto jamás siendo joven. Laca de uñas fosforescente. Pelo magenta. Qué propio de Austin. Parecía moderno y no obstante antiquísimo.

La encarnación adulta de Miles apareció a su lado, contemplándolos a ambos desde el otro lado de Trudy's.

—Qué inocentes parecen. ¿Por qué no los matamos ahora y los sacamos de nuestra miseria?

Al cabo de un instante, un individuo con una americana oscura sobre una camiseta negra ceñida y pantalones de punta de espiga de tonos claros se acercó subrepticamente a Miles. Rosemont se rió con disimulo cuando Miles lo miró de arriba abajo, desde los bucles de fox terrier a los relucientes zapatos de policía.

El hombrecillo achaparrado de cejas hirsutas interpeló a Miles:

—¿Quién es usted?

Miles le devolvió una mirada hostil.

—Soy Hillary Clinton. ¿Quién es usted?

—Hillary, soy el agente especial Erturk Mehmet —respondió el otro—. Y sé que usted no debería estar aquí, porque yo tampoco debería.

Rosemont hizo ademán de salir corriendo, pero ¿hacia dónde? Miró a Miles.

—Somos turistas —repuso este.

—Yo estoy tumbado en un hospital sin nombre con un hipnotista del FBI que me susurra sandeces amorosas al oído —declaró el agente especial Mehmet—. Estoy buscando a una persona. Un indigente. Él tampoco debería estar aquí, pero no sé de quién se trata. —Volvió la cabeza como si percibiera una melodía distante y alzó la vista hacia el techo inexplicablemente.

—¿Sí? Nosotros acabamos de llegar, pero tendremos los ojos bien abiertos —le aseguró Miles—. ¿Qué aspecto tiene?

El agente especial miró de nuevo a los dos hombres que tenía enfrente.

—Se parece a usted. A los dos. —Mehmet examinó sucesivamente el rostro de ambos—. ¿Son hermanos?

—Nos lo decían mucho —intervino Rosemont.

—¿Alguno de ustedes ha estado en Mineápolis?

Miles se estremeció.

—Ni de coña.

—Permitan que les haga una pregunta —prosiguió Mehmet. Se tocó el pecho, inspeccionando el bolsillo de la pechera, y profirió un juramento—. ¡Oh, claro! Mi cuaderno está en el hospital de operaciones encubiertas, igual que yo. —Se puso la mano en la frente y se la frotó con abatimiento—. El ácido iboténico y el muscimol^[15] están fluyendo suavemente. —Sus espesas cejas se juntaron. Rosemont se percató de pronto de que Mehmet estaba sudando profusamente—. Pero me cuesta recordar dónde y cuándo me encuentro. Escuchen. Escúchenme bien. Necesito que me ayuden con dos palabras.

Miles se rió.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo que le ayudemos con las palabras?

—«Meschasipi». —Se mordió el labio y meneó la cabeza—. ¿No? ¿Conocen esa palabra? *Meh-Shah-Sipi*. Algo parecido.

Rosemont le aseguró que ignoraba de qué se trataba y se apartó. Mehmet lo ponía nervioso.

Pero Miles siguió riéndose. Al otro lado del bar, sus contrapartidas juveniles estaban discutiendo a pleno pulmón, hendiendo el aire frente al rostro del otro con las manos y los dedos extendidos.

—Puede que sea una ciudad. Conozco a muchísimas personas que se dirigen hacia allí, buscando al indigente del que les estaba hablando. Yo quiero unirme a ellos, pero no sé lo que es —explicó Mehmet, secándose la frente con la palma de la mano.

En ese momento enmudeció la gramola y Rosemont prorrumpió en el local repentinamente silencioso:

—¡Creía que había dicho que el indigente estaba aquí! —*Cherub* de los *Butthole Surfers* había terminado. Rosemont bajó la voz y se repitió.

—Nadie sabe dónde está. —Mehmet miró en derredor con suspicacia y añadió—: ¿Y esta? No estoy seguro de cómo caen las vocales en este nombre. ¿Jnemu? ¿Jnum? ¿Les suena?

Hank Williams llenó el silencio desconcertado con *I'm a Long Gone Daddy*. Al cabo de una pausa, Miles decidió reírse un poco más.

—¿Eso también es una ciudad? —inquirió Rosemont con frialdad, conminándose a no sentir miedo ante aquel hombre.

—No. —Mehmet dejó de secarse la frente y dio muestras de una confianza creciente al referirse a Jnum—. Es el nombre de una agencia de inteligencia extranjera. He estado siguiendo sus movimientos y prestándoles apoyo. Aquí. —Extendió las manos con las palmas hacia abajo y miró en derredor del bar—. En este nivel.

—¿Les está ayudando? —Miles dejó de reírse, pero su sonrisa siguió siendo amable y amistosa—. ¿Qué están buscando?

—Algo farmacológico, creo —dijo Mehmet—. Debe de ser potente. Las veintitrés expresiones le permiten a uno crear *doppelgängers*, que es lo que

Ehirllimbal^[16] devolvió a los Estados Unidos, desde luego, pero las expresiones intermedias contribuyen. —Asintió con aire significativo y volvió a recorrer la sala con su mirada huidiza—. Ustedes dos saben todo lo que hay que saber sobre eso.

—¿De qué cojones está hablando? —masculló Rosemont.

—Dígame usted. ¿Una nueva ruta hacia el proyecto astral? —reflexionó Mehmet—. Eso explicaría muchas cosas. ¿Algo superior a la vigesimotercera expresión? Ni siquiera me puedo imaginar lo que hay en juego, ni lo que está buscando todo el mundo, pero seguro que la Oficina lo sabe. —Entrecerró aún más sus ojos perlados y atizó afablemente a Rosemont con el dorso de la mano—. ¿Qué es eso? Lo veo desde hace rato. —Señaló al otro lado de la ventana.

Rosemont se volvió y atisbó el tejido terso y leonado de una túnica del desierto en el instante preciso en que esta se perdía de vista. La pared de la taberna parecía ondularse al paso de la criatura por el exterior, dirigiéndose a la puerta.

Antes de que pudiera contenerse, Rosemont cogió la baraja Watts.

Miles y el agente especial Mehmet bajaron la vista para ver lo que estaba sosteniendo.

—¿Qué pasa? —siseó Miles, contemplando el rostro de Rosemont.

Mehmet también apartó la vista de la mano de Rosemont para mirarlo a los ojos, y retrocedió, observando nuevamente la baraja. Introdujo la mano bajo la chaqueta, quizá en busca de una pistola que normalmente se encontrase allí. Profirió otro juramento y volvió a mirar la baraja.

—Es eso, ¿verdad? Es una expresión. ¡La tienes tú!

Basta. ¡Basta! Rosemont se apartó de Mehmet. *¡Vámonos!*

Cuando Miles y Rosemont se alejaron, la atmósfera del bar parecía sofocante, cargada, como si hubieran bombeado demasiada sangre en una sola vena.

—¡Eres tú!

—Desintégrate en el Circo del Pasma Infinito. —La grabación de una voz de mujer flotaba en el improvisado parque de atracciones, bajo el dosel de álamos temblorosos—. En el Circo. En el Circo. En el Circo del Pasma Infinito. —Y acto seguido la reverberación, mientras continuaba el arrullo de la voz femenina—: Ohohohohohohohoh.

Los compases de tres por cuatro de música ácida y carnavalesca propagaban caprichos siniestros entre los puestos de forzudos tatuados y tragasables, *pony girls* enfundadas en ceñidos uniformes de cuero que transportaban en carrito a la concurrencia hasta el escenario principal, donde Ed Hall estaba representando un número con las Diosas del Fuego, que despedían chorros ardiendo de líquido inflamable sobre sus pechos desnudos, gigantones musculosos con pantalones cortísimos y trajes de gato que ofrecían paseos sobre sus lomos, el Hombre Comelotodo («porque me lo como todo, tío»), Jigsaw, el Contorsionista Humano, las

Hermanas Tenazas, Orgasma, el Mentalista Perverso... y en ese recuerdo aparecieron Rosemont y Miles.

—Es más colorista de lo que recordaba —observó Miles, leyendo la enseña principal.

—Yo tenía diecisiete años —decía Rosemont—. Todo me parecía nuevo después de Racine.

Fueron juntos a la carpa del tarot, y Rosemont se preguntó si realmente se encontraban a salvo allí. No quería problemas. No quería más muestras de surrealismo amenazador. ¿No podían quedarse en aquel Austin y explorarlo sin tener que preocuparse de que los persiguieran, les dieran caza y los hostigaran?

—Quiero deshacerme de la baraja Watts —anunció.

—Ahora no la quieres —replicó Miles—. Ahora quieres arrojarla al río.

—No, es que... —Rosemont se interrumpió. Sí que quería arrojarla al río—. Es un alivio estar lejos de Roma.

Miles cogió las cartas y le preguntó:

—¿Sabes lo que es un *templum*?

—No.

—Es una franja de territorio seguro desde la que se puede observar el otro mundo y llevar a cabo el trabajo más importante. Allí —añadió, señalando a la carpa del tarot—. Eso es un *templum*. Lo sé. Lo dibujé antes de que instalásemos la carpa.

Rosemont lo siguió.

—¿Lo dibujaste entonces?

Miles se encogió de hombros.

—Debía saber lo que estaba haciendo —repuso—. Es poderoso. Ahora lo percibo. Puede que también fuera el motivo de que consiguieras encontrar un punto de apoyo y nos trajeras a este lugar. Ven conmigo.

En el Circo del Pasma Infinito los dos lectores de tarot habían sido geranios insulsos entre orquídeas selváticas. A pesar de la máscara de lucha libre marca registrada de Miles, las lecturas de tarot ralentizaban la marcha del Pasma Infinito hasta una pausa carente de atractivo comparadas con el bullicioso tumulto de, por ejemplo, los malabaristas de campo a traviesa o los Doce Poderosos (enanos boxeadores), pero resultó que una buena parte de los asistentes al circo consideraba la carpa de los lectores de tarot un refugio pasajero frente a la sinfonía de extravagancia física del Pasma Infinito. Siempre estaba atestada de jóvenes apoltronados en sillas plegables que bebían Shiners mientras observaban las lecturas de Miles.

Miles retiró el toldo de la carpa y torció el gesto al mirarse a sí mismo.

—*Puaj*. Qué visión más espeluznante.

Pero Rosemont sonrió. Tenía diecisiete años cuando conoció a Miles, el momento oportuno para el género de excentricidades que producía el Pasma Infinito. Se enamoró de John C. Miles en cuanto lo vio leyendo cartas, la clase de amor que uno siente cuando la extravagancia y la singularidad de otro se le antoja una pieza de

puzle que encaja en su sitio. Con la máscara de lucha libre sobre el rostro, las manos entrelazadas apaciblemente y una velita que alumbraba la calurosa carpa, el joven Miles estaba inclinado sobre el tapete, pinchando con el dedo índice a un muchacho de granja que lucía una gorra de los Longhorns.

—¡Trece días! —estaba gritando Miles con su máscara de lucha mejicana—. ¡Ese es el tiempo del que dispones para arreglar las cosas con tu hermana! Después, te explotarán en los morros como un globo de agua. Lleno de líquido inflamable. Cuando estás fumando. Así que nada de cigarrillos encendidos, y no me vengas llorando cuando se te caiga la cara. El siguiente.

Rosemont recordó la primera lectura de ese tipo que le había hecho Miles. El Circo lo había contratado a modo de lector ortodoxo porque Miles estaba ahuyentando grandes cantidades de dinero. El joven Rosemont creía que su estilo de lectura era para desternillarse de risa, lo que le había procurado la estima de Miles, pero también que resultaba enervante. Como ver sus naipes con notas garrapateadas escritas con bolígrafo. A Rosemont no le entraba en la cabeza.

—¿Escribes en tus barajas de tarot?

—Claro. —La máscara de lucha roja se había encarado con él—. Pero solo mierda importante —afirmó Miles, cuya voz estaba ligeramente amortiguada tras la boca de lamprea de agua dulce de la máscara—. Tampoco es que escriba números de teléfono en las cartas, coño.

Las encarnaciones adultas de Miles y Rosemont se detuvieron un momento en la carpa alumbrada por la vela escuchando las lecturas del joven Miles, y después Miles le indicó a Rosemont que lo siguiera, contorneando la gran carpa para dirigirse al fondo.

—La sota de espadas es una trampa. Es despiadada y tendrás que arrancarte la pierna a mordiscos para escapar de ella, así que no te andes... *hey*, ¿os queréis sentar, payasos? —les reprendió el Miles más joven, apartando la mirada de la configuración de las cartas—. Estoy en mitad de una operación quirúrgica, ¿vale?

—Cierra la boca, gilipollas —se dijo Miles a sí mismo.

La máscara de lucha libre continuó apuntándolos un segundo más mientras se adentraban en las sombras de la carpa, y después el joven Miles prosiguió.

—Así que esa es la sota. Vamos a echar un vistazo al «cuatro de testículos».

En el fondo de la carpa Miles retiró abundante parafernalia sadomasoquista hasta dar con un cuadrado dibujado en el suelo con aerosol azul, semejante a las indicaciones realizadas por las empresas de servicios públicos antes de excavar.

—Ahí está. Pon las cartas ahí mismo.

Rosemont volvió a mirar al Miles joven.

—¿No lo encontrará nadie?

—*Nah*. No es lo que se dice Remo preparándose para los auspicios, pero servirá —le aseguró Miles—. Déjalas ahí y dibujaré otro *templum* en alguna parte para recuperarlas.

Rosemont depositó las cartas en el centro del cuadrado azul y la baraja se desvaneció al instante. Casi sintió alivio al presenciar la desaparición de las cartas.

—¿Qué es lo que son? —susurró Rosemont, contemplando el cuadrado vacío—. ¿Qué es lo que he robado?

Miles entrecerró los ojos asombrado.

—Todavía no lo sabes.

—¿Cómo demonios voy a saberlo, Miles? ¿Cómo demonios voy a entenderlo? Recibo una carta en mitad de la noche y la sigo hasta el remitente, y en efecto, admito que fui yo quien aceptó el billete, eso lo entiendo. Pero eso no explica lo que es la baraja Watts ni quién es esa gente que está obsesionada con ella. Ni por qué acabo de llegar desde el Aventino hasta Trudy's con un mitólogo urbano pirado. ¿Comprendes?

—Hey, capullo —exclamó el joven Miles en la estancia principal de la carpa—. ¡Vete a sufrir tu patético colapso mental a otra parte!

—Nadie lo sabe, Rosemont. Ninguno de ellos lo sabe —repuso Miles, alzando el toldo de la carpa y agachándose para salir detrás de Rosemont—. Quieren que sea algo, pero no saben lo que es.

—Parece que Visconti lo sabe. Parece que posee cierto control —apuntó Rosemont. Podía oler la carne de cordero que siempre llevaban los proveedores de On the Lamb—. ¿Tienes algo de dinero?

—No —gruñó Miles, irguiéndose al husmear el cordero asado—. Mira. Tengo una teoría sobre ti y sobre Visconti. Pero especialmente sobre ti, porque te conozco. Lo que acabas de decir es falso. No es lo mismo saber que controlar. Me parece que poseemos un recuerdo cultural de una época en la que no imperaba la lógica, en la que reinaban el instinto y la magia y nos topábamos regularmente con el caos sin que este destruyera nuestra mente. Ahora hacemos bien en llamar locura a ese caos, pero entonces la locura era un mecanismo aceptado del pensamiento humano. Era necesaria. Y yo creo que algo como la baraja Watts no existe sin ella.

—Locura —repitió Rosemont, escéptico y desdeñoso—. Quizá.

—Para nuestros estándares, locura, sí. Esquizofrenia. Alucinaciones. Personalidades múltiples.

A Miles nunca le había gustado que Rosemont lo contradijera de un modo tan franco y rotundo. A Rosemont le gustaba fastidiarlo.

—Una mierda.

—¡Bueno, pues explícame lo que acaba de ocurrir! Venga. Explícamelo, ridículo hijo de puta. Explícame cómo has llegado hasta aquí.

Rosemont había estado adoptando la antigua cadencia de ambos, argumentando desde su acostumbrada postura de ecuanimidad, como si no hubiese acabado de atravesar el globo terráqueo y el tiempo en un instante.

—No puedo.

—Exacto, no puedes, porque necesitas el control para explicar cualquier cosa —prosiguió Miles—. Eres un caballo ensillado. Eres una herramienta leal a Rómulo, a

George Bush, a los demócratas y a la Ford Motor Company. Confías en el control más que en tus propios ojos.

Rosemont no daba crédito a sus oídos.

—¿Me estás llamando maniático del control?

Miles soltó una carcajada áspera, como un cuervo.

—¿Qué te hace tanta puta gracia?

—Tú. Tú, con tu pelo perfecto y tus botitas de trabajo perfectas —exclamó Miles—, y acabas de robar el Santo Grial —continuó, golpeando la mesa—. Eres el mayor maniático del control que he conocido en mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué has robado la baraja?

Rosemont no fue capaz de responder, porque presentía que su amigo estaba en lo cierto. No le gustaba pensar así de sí mismo. Prefería creer que era un libertino, la clase de sujeto que podía tirarse a un sacerdote sin después sentirse mal por ello. Pero sabía que Miles estaba en lo cierto y sabía lo que alegraría él sobre sus motivos. No había seducido a Aurelio impelido por el amor a la libertad ni por el respeto al libre albedrío del individuo. Deseaba controlar la situación, deseaba guiar al anciano por la calle, llevarlo a la cama y afirmar que estaba impulsado por la lascivia. Pero Rosemont no se había atusado los bigotes antes de precipitarse sobre aquel pobre hombre. Lo había hecho sin pensar, como si cogiera un cigarrillo o se dejara llevar por su estómago hasta un restaurante, excepto que su anhelo interno, la necesidad de satisfacción, compromiso y control, era espantoso.

Rosemont recordaba que hacía mucho tiempo, después de que Miles lo hubiese observado leyéndole las cartas en el Pasmó Infinito a una señora de Dallas con un ostentoso peinado, Miles había afirmado:

—Eres más meloso de lo que te conviene. —Oírlo había supuesto una conmoción para Rosemont; era una de las observaciones más acertadas que jamás habían hecho sobre él. Y seguía siendo así. Las lecturas, las explicaciones, el análisis de las reliquias, las conferencias, los informes históricos, los artículos, las verdades, las mentiras, todo eso podía manar más aprisa que el pensamiento, tanto, en ocasiones, que más adelante se preguntaba de dónde habían salido las palabras apropiadas. En el Chi Chi's de los Malditos, donde había comprendido que la baraja Watts era tan auténtica como aseguraba el análisis Guelph, Rosemont la había codiciado, de modo que cuando se volvió para encararse con los presentes, dispuesto a decirles lo que pensaba de la baraja, las palabras ya estaban fluyendo. Se había hecho con el control de aquella estancia sin saberlo, sin planearlo. Sencillamente lo había hecho sin saber por qué.

Cierto día, Rosemont se había demostrado a sí mismo que era así, un controlador, aunque entonces se lo había planteado como un juego, un desafío y una liberación de sus anhelos. El día de los espejos de la casa de la risa, cuando le había revelado su identidad a Miles. Ese día se había iniciado un duelo aún inconcluso de cuerpos, corazones y egos que seguían atacándose y defendiéndose sin parar.

—Podríamos ser hermanos —había observado Miles, arrimándose a Rosemont y contemplando el reflejo de ambos en un espejo, el uno al lado del otro.

Un globo azul había levitado hasta el tejado rematado en punta de la carpa de la casa de la risa, y el joven Rosemont observó como su reflejo se deslizaba sobre el espejo.

Su cabello negro como el betún y su rostro bien afeitado se veían reflejados de un modo singular en la versión más desaliñada y tosca de sí mismo que había en Miles. Sí que podríamos ser hermanos. Pero la forma en la que Miles lo había dicho parecía una insinuación, una proposición. ¿De verdad le estaba tirando los tejos? Tres flechas surcaron el aire en derredor del globo azul y Rosemont empujó juguetonamente a Miles, pero ignoraba por qué, excepto que se encontraba repentinamente abrumado, al cabo de varios días bebiendo, echando cartas, bebiendo, enfrascándose en tertulias alcohólicas con Miles y bebiendo un poco más. Pero antes de que se rompiera el contacto se produjo un acre reconocimiento de la piel y los músculos que encontraban los suyos y anhelaban más, y Rosemont miró de nuevo a Miles y el momento se prolongó interminablemente, y los días de las bromas de colegiales, de las estrategias para establecer una intimidad bravucona, de los juegos de persecuciones y las peleas de caballitos en la piscina, en los que Rosemont participaba con un sonriente conocimiento de sí mismo, incluso a temprana edad, ahora lo colmaron de miedo escénico, observando a Miles y la forma de su delicada mandíbula. Porque detrás de todos los velos de John C. Miles (el tejano hortera, el charlatán embustero, el intelecto revoltoso y desbocado, y el adivino chiflado) había una pesadumbre desconcertante. Rosemont no la había percibido en su amigo hasta entonces, pero comprendía aquella carga de su corazón, como la de un colosal planeta que alteraba la gravedad a su alrededor y socavaba la realidad en sí mismo, porque cuando miraba a Miles y la veía, la percibía, la sentía en él mismo. Cuando lo sacaron de Valhalla como si fuera un pez al que sacan del agua plateada. Las pistolas y los chalecos antibalas. Cuando lo arrojaron a la casa de sus abuelos. Un nombre nuevo para una nueva escuela. Cuando lo obligaron a que todo fuese normal. Y no había ninguna madre que se lo explicara, que lo protegiera. Todo se había llevado a cabo como si él no importara. Y no importaba, nunca lo había hecho. No como ahora.

—Sí que podríamos —insinuó Rosemont en respuesta, sintiéndose desnudo y desenmascarado al ver a Miles de aquel modo.

Y entonces fue el turno para la timidez y las evasivas de Miles, que le volvió el hombro a Rosemont para hacer muecas frente al espejo.

—*Hey*. Soy el Hombre Elástico.

En el instituto, Rosemont había descubierto que en el fondo la mayoría de los hombres eran niños, hasta los mayores. Se sentían más cómodos convirtiendo en juegos los momentos de inocente intimidad y a la mayoría no le interesaba el corazón. Rosemont esperaba algo más de Miles, que el joven fuese un guía en lugar de un muchacho. Pero aquella carga, aquel denso planeta que rotaba en su interior...

era asombroso que Miles pudiera mantenerse en pie y respirar, cuánto más ofrecer consejo.

Deteniéndose un poco más atrás, Rosemont se apoyó en Miles.

—Nunca me han tumbado.

Miles le sonrió en el espejo distorsionado.

—Y una mierda.

—Jamás. Y tú tampoco podrías hacerlo.

—Podría tumbarte con los ojos vendados.

Rosemont meneó la cabeza, contemplando el reflejo de ambos por encima del hombro de Miles.

—Lo siento.

Era un día libre. No había visitantes ni clientes. La mayoría de los artistas del Pasma Infinito se habían desplazado a la isla Mustang, en la costa del Golfo, para ingerir setas alucinógenas. Así pues, Rosemont descubrió que Miles le apresaba la muñeca con el puño y lo empujaba hacia delante para aprisionarle el cuello bajo la axila con una llave, y un instante después se encontró empujándolo hacia delante con la cadera, arrojando sus gafas tintadas de amarillo sobre la hierba y liberándose de su presa para montarlo a horcajadas, victorioso.

—¡Vamos! —exclamó Miles desde debajo de Rosemont, riendo y tratando de recuperar el aliento—. Vamos, colega.

—No voy a dejar que te levantes.

Miles puso las manos en los muslos de Rosemont.

—No te lo he pedido.

Qué bien. Rosemont no se habría podido incorporar aunque hubiera querido. Sus cuerpos eran imanes acoplados, demasiado poderosos como para separarse, de modo que Rosemont mantuvo paralizado a Miles y besó su delicada mandíbula y su garganta. Después alzó la cabeza y lo miró, aturdido al comprender que los detalles folletinescos de lo que había lastimado a su amigo carecían de importancia; bien podría estar contemplando una versión traumatizada de sí mismo al observar a Miles.

—No te preocupes, yo nunca te haría daño —le aseguró.

—¿Qué? —dijo Miles, y soltó una áspera carcajada debajo de Rosemont. Pero se calló. Era inútil, parecían decir sus ojos relucientes. Rosemont lo había visto.

—Haría lo que fuera —susurró Rosemont, que no estaba seguro del significado de sus palabras, pero sabía que eran ciertas.

Miles asintió con la vehemencia de un niño pequeño.

—Lo sé. Yo también —afirmó—. Donde tú vayas, te acompaño. ¿Vale?

Rosemont asintió, desabotonándole la camisa hasta el estómago.

—Vale.

La piel de uno ciñó la piel nueva del otro y sus cuerpos se estrecharon y se abrazaron. Una boca alimentaba a la otra, que resollaba, y una mano la cubría para acallar los gemidos, mientras los dientes rechinaban silenciosamente con un incesante

anhelo. ¿Duraría aquel momento? ¿Se mantendría alejado el dolor? ¿Tendría el mundo tanto sentido cuando pasara? Un terremoto estremeció todos aquellos músculos y huesos. Una descarga indómita y sinuosa, y el placer que se produjo a continuación fue una separación triste y aplastante. No duraría. Se había terminado y eso era todo.

—Querías hacerte con el control, ¿verdad? —le estaba diciendo Miles en el Circo del Pasma Infinito, algunos años mayor pero igualmente excitable—. Querías que Visconti, Transom y yo supiéramos que había otra fuerza que debíamos tener en cuenta en la mesa de negociaciones.

Quizás fuera cierto, pero Rosemont contestó:

—No siempre se trata de una competición, Miles.

Miles esbozó una sonrisa ladina, como si compartiera una broma deliciosa.

—Contigo sí.

Rosemont meneó la cabeza, sopesando la idea de que antaño había amado a Miles, aunque sabía que aquello estaba muy lejos de la verdad. Miles no se lo había confiado nunca, jamás le había hablado de la cruenta herida que le habían infligido. De modo que solo les quedaba el juego. Si eso era amor, ¿qué había sido la Casa Evangelista, descubrir el delicioso temor del viejo sacerdote a que lo atrapasen y apoyarse en ello hasta dominarlo? ¿Aquello había sido amor? Y cuando el joven profesor Rosemont atraía a una caterva de estudiantes y colegas docentes, la mayoría mayores que él, pero todos ellos devotos, entregados hasta un punto que resultaba inquietante... ¿eso era amor? Y cuando uno de sus jóvenes alumnos recibía una tarjeta de cumpleaños escrita por la mano de su difunto padre y a otro lo poseía un espíritu que le grababa símbolos alquímicos en la piel con cabezas de cerilla, cuando se trazaban líneas rectas irracionales que llevaban hasta Rosemont, y una noche caían sobre él los mangos de las palas... ¿eso era amor? El profesor Rosemont había jurado renunciar a su extravagancia, a su embrujador carisma y a su otredad al verse tendido en aquella camilla de hospital. Se había despeñado por las autopistas mejicanas y centroamericanas y las hileras de plantas cafetaleras solo para acabar de nuevo en aquel lugar, en el Circo del Pasma Infinito, con un talismán robado en el bolsillo, frente a John C. Miles, mientras el antiguo duelo sobre lo que eran continuaba recrudeciéndose con cada palabra que escogía o dejaba de escoger.

—No. No siempre, John.

Miles le dedicó una sonrisa bobalicona; era evidente que ignoraba cómo replicar, pues ahora no lo consideraba sino un jugador que obtenía lo que deseaba, y lo admiraba por ello.

Al otro lado del lago Travis, una tormenta se abatía sobre la ciudad con corrientes de aire y lluvia que llegaban al otro lado de las aguas. En torno a ellos las telas se agitaban bajo la inesperada tormenta, y les parecía extraño no unirse al resto del equipo para desmontar el circo. Debido al restallido de las carpas que se desarraigaban solas y el estremecimiento de las banderas, Rosemont no percibió el

silbido de las túnicas ni vislumbró los tejidos de color de arena que se distorsionaban y se disolvían. Un relámpago hendió el firmamento ennegrecido del noroeste y se quedó congelado, sin esfumarse, como una brillante franja metálica enarbolada en la oscuridad. Manos en las muñecas. Una muñeca en la tráquea. Estaban derribando a alguien por la fuerza y Rosemont estaba bastante seguro de que se trataba de él. A continuación hubo una oscuridad impenetrable. Tanto que Rosemont apenas podía respirar. ¿Cómo había sucedido aquello? ¿Cómo había acabado en aquel lugar? ¿Con cinta adhesiva en los ojos y una funda de almohada en la cabeza? También tenía cinta adhesiva en las manos y estaba tendido en un lugar estrecho, sobre algo semejante al líquido limpiaparabrisas.

Se oyó un sonido como de gomas elásticas arañando un parachoques, y cuando estas restallaron y lo azotaron el estruendo fue ensordecedor.

Porque estoy en un maletero, se dijo Rosemont. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿De repente soy Miles? ¿Estoy otra vez en Roma? ¿Quién está abriendo el maletero de este Volvo? ¿Soy yo que vengo a salvarme?

Al cabo de un momento lo estaban cogiendo para llevarlo sobre el hombro de alguien como si fuera un saco de harina. Lo único que olía era aceite. Maquinaria. ¿Un garaje? Intentó preguntar qué sucedía, pero su cerebro estaba nublado y en ese preciso instante no le importaba lo que le estuviera sucediendo tanto como para hablar o quejarse de la dura silla en la que lo habían depositado. Una caverna de tiempo, profunda y llena de ecos, lo dejó hueco mientras esperaba interminablemente.

Al fin, percibió el sonido de pasos que se arrastraban en la sala a unos quince o veinte metros de distancia. También había restregones y rascaduras. Uñas sobre cemento. En aquella habitación también había animales con él. Un momento después, retiraban el tejido que le recubría la cabeza.

—Es él. Lo hemos encontrado —declaró una voz femenina.

—¿Priscilla? —preguntó Rosemont.

—Sí —le dijo ella, cerca de su oreja—. ¿Estás herido?

Se percató entonces de que tenía las muñecas atadas, sujetas a los brazos de aquella incómoda silla.

—No, no creo. Pero no me puedo mover.

—Rosemont —prosiguió Priscilla—, no llevas la baraja encima, ¿verdad?

—No —contestó, y dudó por un instante que aquella fuese realmente Priscilla—. Está a salvo —añadió.

—Bien, bien —dijo ella—. Porque tú no lo estás. No podemos permitir que te subyuguen... tu mente no lo soportaría. Ahora escucha. No estoy aquí de verdad. Estoy investigando con Marni, y Miles también te está buscando. Está más cerca que yo, pero no creo que te alcance a tiempo.

Rosemont volvió la cabeza hacia la voz de Priscilla.

—¿A tiempo? ¿Para qué? ¿Dónde estoy?

—Visconti te va a sacar el paradero de la baraja —susurró Priscilla. Cada sílaba

parecía un secreto tierno en la espaciosa estancia desierta—. Para ello ha de lastimarte.

Rosemont movió la cabeza a derecha e izquierda al tiempo que se debatía con sus ligaduras.

—¡Dios, Priscilla, sácame de aquí!

—Calla, calla —murmuró Priscilla con urgencia—. ¡Deja de decir mi nombre!

Rosemont dejó de forcejear con las ataduras y se obligó a serenarse.

—¿Dónde está Miles? ¿Va a venir? ¿Está cerca?

—Sí —dijo Priscilla—. Pero... se está comportando como un idiota. Así que he de decirte algo.

Rosemont sintió que un gemido resignado surgía de su interior. Lo reprimió, imaginando que se disponían a ofrecerle una disculpa ridícula por haberlo llamado, por haberlo precipitado en una situación para la que no estaba preparado.

—¿Qué? ¿Qué tienes que decir?

La voz de Priscilla sonaba tan cercana que Rosemont estaba seguro de que sus labios se hallaban a escasos centímetros de su oreja, de su cabello.

—Te he observado durante toda tu vida —le dijo, y fue casi un canturreo—, desde que eras un chiquillo en Madison. Yo fui la profesora de tu madre y *Tomillo Goldblatt* fue la mía.

Tomillo Goldblatt. Sopesó aquel nombre en su cabeza como si fuera un talismán. ¿*Tomillo*? Hacía años que no pensaba en ella, ni en la Comuna de Valhalla, para ser francos, desde el invierno en que lo habían separado de ella. Su nombre le parecía algo sacado de un cuento de hadas; en efecto, se trataba de un cuento de hadas, puesto que aquella época no existía en nada semejante a la realidad, pues había sido suprimida por los agentes del FBI que se presentaron para transplantarlo a Racine. A medida que crecía, sus abuelos habían congelado todo lo referente a Madison como si no hubiera ocurrido nunca, como si su propia hija no hubiera estado implicada. Le pusieron un nuevo nombre, Jeremiah Rosemont, para protegerlo de las figuras del movimiento *underground* de Madison que, según les habían advertido los agentes federales, quizás fueran en su busca. Figuras como *Tomillo Goldblatt*.

—¿Qué le sucedió a Anita? —inquirió Rosemont—. ¿Dónde está mi madre?

Priscilla musitó:

—A salvo. En Praga.

—Bueno, pues de puta madre —masculló Rosemont—. Supongo que no va a aparecer en la escena final flotando en una burbuja como Glenda para mandarme de vuelta a Kansas.

—No, Jeremiah —dijo Priscilla.

—*Je*. Una última traición —rezongó. Se volvió hacia la voz—. ¿Por qué cojones me cuentas esto ahora? ¿Solo para burlarte de mí? ¿Por qué no me lo dijiste hace años, si me estabas observando?

—Porque no podíamos encontrarte. ¿Es que no crees que habríamos ido a

secuestrarte? Tuvimos que esperarte —le explicó Priscilla—. Te esperábamos todos. También tu madre. Estábamos esperando para comprobar si te desprendías de esa ciega normalidad que te habían impuesto tus abuelos. Que le imponen a casi todo el mundo. —Se interrumpió—. Es la hora de que comprendas que no necesitas las cartas. Ni el Aventino. No necesitas nada, ni siquiera la baraja Watts. Lo que eres...

—Sí, soy especial —la atajó Rosemont haciendo una parodia burlona del señor Rogers^[17], porque soy yo. Vete a tomar por el culo, Priscilla. ¡Déjalo! ¡Lárgate! Si no puedes mover ni un puto dedo...

Hubo un sonoro impacto, como el de un cuerpo al desplomarse contra el suelo. En efecto, comprendió Rosemont, un cuerpo se había desplomado contra el suelo justo delante de él. Se impulsó hacia atrás en la silla para apartarse de él. Una voz femenina gimió y empezó a boquear en busca de aire.

—¡Oh no! —dijo.

Era Priscilla.

—La tengo —anunció una voz; se trataba del peculiar tenor de la rana Gustavo—. ¿Estaba hablando con él? ¿La cabrona se estaba comunicando con él? Joder, qué descaro...

Gustavo emitió una risotada y al cabo de un segundo hubo un disparo. La denotación produjo ecos agudos, resonó como si las paredes estuvieran hechas de metal. En la quietud sofocante, el dolor del disparo continuó lacerando los oídos de Rosemont.

—Transom —dijo una voz estentórea.

—No —repuso este, tajante y tenso—. Ni se te ocurra.

—No hacía falta —prosiguió la voz estruendosa e implacable—. Me hará falta un poco más de discreción por tu parte durante la próxima media hora. Quítale la funda de almohada de la cabeza al señor Rosemont.

—Ya lo has oído. Quítale la funda de almohada de la cabeza a Rosemont —espetó Transom.

La capucha se desprendió, le arrancaron la cinta adhesiva de los ojos y Rosemont volvió a encontrarse cara a cara con la rana Gustavo. Pero ahora el sujeto de calva incipiente y delicados ojos verdes llevaba un traje de lino beis y su aspecto esperpéntico se había disipado. Estaba de pie ante Transom, que llevaba aquella ceñida chaqueta negra de Cardin y el cabello ralo peinado hacia atrás. Tenía una mano en la espalda de Gustavo y a Rosemont no le gustó la expresión de los ojos verdes de este. Era firme. Violenta.

Ahora sí que parecía desesperado.

Un taller mecánico o un garaje. Habían apilado un amasijo de antiguas transmisiones contra una de las paredes. En otra había herramientas suspendidas de las clavijas de un tablero. Cerca había trece puertas de coche amontonadas contra una especie de prensa o forja. El cuerpo de Priscilla estaba tendido a varios metros de distancia sobre el suelo de cemento de aquel extenso espacio abierto.

Al igual que la mujer japonesa a la que viera en el apartamento romano, le habían amarrado los antebrazos a sendos fragmentos de madera, rectangulares y alargados, como pancartas. La madera de las pancartas era magnífica, madera noble de excelente calidad. Rosemont intentó levantar los antebrazos para examinar los tablones, pero habían enrollado cinta adhesiva en torno a los brazos de la silla, la madera y sus brazos.

Gustavo y Transom lo estaban contemplando, y Rosemont observó su nuevo entorno.

—Me parece que has cambiado —declaró la voz estentórea, y Visconti se adentró en el campo de visión de Rosemont, eclipsando a Transom y a Gustavo. Era alto e imponente. Además, era mucho más feo de lo que Rosemont había creído en un principio, con ojos descoloridos de pez y una voluminosa escultura inconclusa por cabeza que parecía una calavera de tiza blanca tallada apresuradamente. Cuando se inclinó, un colgante suspendido de una cadenita se balanceó hacia delante. El símbolo de Jnum—. He dicho que me parece que has cambiado —repitió Visconti—. Todo el mundo lo dice.

—Todo el mundo lo dice, ¿eh? —dijo Rosemont, cuya mirada pasaba rápidamente de Gustavo a Transom y después a Visconti.

—¿Cómo has cambiado? ¿Puedes decirlo? —lo interpeló Visconti.

Rosemont no podía fingir que ignoraba de qué estaba hablando Visconti, pero estaba ocupado tratando de mantener el pánico bajo control y de no mirar a Priscilla. Después de Roma y de Austin, le parecía que habían orientado sus sinapsis hacia estrellas que explotaban, y le habría asombrado que un aprendiz como Visconti no hubiera sido capaz de olerlo en él.

—¿Por qué no me lo cuentas? —insistió Visconti.

—Soy una cuarta parte italiano. —Rosemont se miró los brazos—. Me cuesta hablar sin usar las manos.

Transom, después de esbozar una sonrisita que denotaba que no lo había impresionado, alargó la mano fuera del campo de visión de Rosemont y al cabo de un instante tenía un martillo en la mano.

Las fanfarronadas de Rosemont se desmoronaron y se hicieron añicos al ver el martillo, sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

Mientras tanto, los ojos absurdamente redondos de Visconti siguieron exánimes en la extraordinaria roca de su cráneo, contemplando a Rosemont.

—Háblame de la baraja Watts y de lo que pasó el año pasado en Roma —dijo el duque—. Deprisa. Antes de que los demás adivinen dónde estamos.

¿El año pasado? ¿Me está tomando el pelo? ¿Ha pasado un año? Antes de que supiera lo que estaba haciendo, la imaginación de Rosemont se había proyectado hacia Visconti, rodeando amistosamente el hombro del repelente sujeto con la mano y el brazo, y se había convencido de que creía lo que estaba diciendo cuando respondió:

—No he cambiado. Soy yo. Solo soy yo mismo.

El rostro de Visconti se distendió a causa de la lástima y la decepción.

—¡Oh!

Rosemont añadió:

—Soy una víctima de circunstancias que no comprendo. Para mí solo han pasado unos minutos.

—Ya veo. Bueno, eso le puede pasar a un aprendiz como tú o como yo —admitió Visconti—. El tiempo, el tiempo. ¿Quién sabe, cuando se trata del tiempo?

Transom miró de soslayo a Gustavo, que le devolvió la mirada. Acto seguido miró a Visconti con los ojos entrecerrados de cólera.

Priscilla le había dicho que Miles estaba cerca, pero le había llamado idiota, de modo que Rosemont se preguntó si acaso le estaría costando averiguar dónde estaba. Debía andarse por las ramas y ganar más tiempo para que Miles lo encontrase.

—Yo no cogí la baraja Watts. Me expulsaron —afirmó—. Fue ese tal Di Trafana.

—Ya veo —dijo Visconti—. ¿Entonces Di Trafana tiene la baraja?

Rosemont se encogió de hombros.

—No sé quién la tiene.

—Di Trafana nos dijo que tú la habías cogido —intervino Transom.

Con el aire arrogante de un gato enseñoreándose de su presa, Visconti observó:

—Di Trafana era el Monje Loco, como solíamos llamarlo. Un lémur... ese era el término que empleábamos para referirnos a los sacerdotes de la ciudad perdida de Remoria. Creemos que fue él quien creó la baraja, pero eso no significa que no haya algo de Nuestro Señor Jnum en su obra. Jnum fue el primero. Como alfarero divino, sus huellas están en todas las cosas.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Transom—. ¿Qué estás chismorreando?

Rosemont atrajo a Visconti, imaginando que ceñía su brazo en torno al viejo cabrón repelente.

—Estoy hablando de una criatura de extraordinaria longevidad dotada de poderes insólitos. De eso es de lo que estoy hablando —le dijo Visconti a Transom, como si lo estuviera reprendiendo—. Al igual que tú, Jeremiah, yo atraje la atención de poderes antiquísimos cuando era joven, hace quinientos sesenta y ocho años. De Di Trafana y de un mago de Jemet, un discípulo de Jnum, Nuestro Señor de la Rueda. Se disputaron mi lealtad en mi ciudadela milanesa. Yo los escuché, porque quería unificar Italia bajo mi ducado.

Gustavo estaba embelesado. Era evidente que no había oído nunca aquella historia, y sus ojos afables parecieron llenarse de pensamientos de la Italia renacentista. Ahora Transom también estaba escuchando, aunque no dejaba de mirar a Rosemont, en la silla.

Rosemont ignoraba si había algo de verdad en todo aquello, y no le importaba; tan solo quería que Visconti siguiera hablando.

—Así que te dieron las cartas antiguas y te pidieron que las mirases —dijo Rosemont—. ¿Fue Di Trafana?

Visconti asintió y frunció el ceño como si Rosemont estuviera demostrando un juicioso interés.

—Lo que Di Trafana no entendía era que la respuesta a su acertijo no era Remo. El gemelo que Italia necesitaba recordar era el *triumphator*, el heredero de Troya, el conquistador. Rómulo. Y yo me di cuenta de que Jnum y Rómulo eran uno. Eran moldeadores. Constructores de imperios. Di Trafana encontraba el poder en el subterfugio y el disimulo, y yo lo encontraba en...

—¡Alto! —exclamó Transom—. ¡Mongólico estúpido y deforme! Está jugando contigo desde la silla de tortura. ¡Déjalo!

Visconti arremetió contra Transom y los dos forcejearon un instante, hasta que el duque le arrebató el martillo a Transom. Lo blandió contra Gustavo y acto seguido contra Transom.

—¿Quieres dejar de interrumpirme?

—¿Qué te pasa, baboso idiota...?

—¡Vete al despacho y espérame allí! —Hizo un nuevo ademán de atizar a Gustavo—. ¡Y llévate a este gilipollas contigo!

Gustavo retrocedió y se puso una mano en el pecho, como si lo hubiesen herido.

—¡Has de saber que yo me escapé de Rosemont aunque me estaba encañonando con una pistola! No hace falta insultar...

—¡Llévatelo de mi vista, Transom!

—Y dejarte a solas con...

—¡Vete! —bramó Visconti, alzando el martillo.

Rosemont supo que había perdido a Visconti. La había tomado con Transom de ese modo porque lo enfurecía que sus subalternos lo hubieran visto dando vueltas sobre la cabeza. Rosemont sintió todo aquello como si se tratara de sus propios sentimientos, que bullían furiosamente en su propio corazón, y lo aterraba Visconti libre y desencadenado, pues nunca había experimentado nada tan amenazador y tan sádico como cuando este había alzado el martillo. Visconti habría matado a Transom si el hombrecillo no se hubiese retirado acobardado.

—¡Subnormal abotargado! —Transom se alejó pataleando, molesto y petulante. Agarró a Gustavo por el hombro y lo empujó hasta la sala exterior a través de la entrada—. ¡Imbécil! —le gritó a Visconti. Desenfundó la pistola y se fue, mirando a Visconti con el ceño fruncido en un gesto infantil por la rendija de la puerta mientras la cerraba entre ellos.

Visconti se volvió hacia Rosemont. Su rostro denotaba su humillación y su amargura.

—¿Qué te dio el Jnum, Jeremiah Rosemont?

Rosemont estaba suspendido de la imagen del dibujo, aunque no comprendía su significado, ni sabía cómo decirle a Visconti lo que este deseaba saber. No había sido Jnum. Suponía que Jnum estaba presente, pero solo en la medida en la que Gustavo había envenenado a Rosemont de antemano. No había sido Jnum, por mucho que el

viejo repitiese aquella afirmación. Había otra presencia en las cartas y no era egipcia, ni era lo que Visconti quería que fuese. La imagen había reformado a Rosemont, pensar en ella lo estaba reformando en ese preciso momento, mientras la evocaba mentalmente. Lo único que fue capaz de decir fue:

—Dibujos. Lo que me dieron fueron dibujos de la baraja Watts.

—Eso es lo que cogiste. —Visconti alzó el martillo—. Pero eso no es lo que te dio.

Mira el martillo. Mira el martillo. Mira el bendito, maldito martillo.

—No sé lo que me dio.

—Piensa. Para ti fue hace solo unos instantes. Piensa. Te dio algo. ¿Qué era?

No había nada. No había ningún objeto. ¿Acaso Di Trafana le había dado algo? Había habido un asentimiento de ánimo y aquel extraño momento de recuerdos duplicados al contemplar la baraja, una desorientación fruto del aturdimiento y la imagen del pez que emergía del agua, que apenas le parecía digna de recordarse en absoluto. ¿Qué era? ¿Visconti quería que le hablara de eso?

—No puedo decirlo. Era...

Como un carpintero que hubiera encontrado un nudo en la madera que estaba cortando, Visconti dijo:

—La verdad es que no lo sabes, ¿no?

—No —confesó Rosemont, y exhaló un suspiro.

—Te cuesta demasiado recordar.

Rosemont asintió, aliviado.

—Así es.

Visconti extrajo un clavo largo y pesado del bolsillo de la americana. Agitó la cabeza del clavo frente a Rosemont.

—Siempre he dicho que la tortura es un fracaso, puesto que es reconocer un poder igual.

Tal vez gritase al ver el clavo, pero no estaba seguro. Rosemont empezó a transpirar por todo el cuerpo.

—Tú tienes algo que yo deseo y que no puedo coger por las buenas —dijo Visconti.

La cara de Rosemont, la parte posterior de sus piernas, hasta sus pies parecían manar sudor.

—Era un dibujo. Unos dibujitos de mierda. No hace falta el clavo. No hace falta que hagas eso.

—Pero si es una arraigada tradición romana para derrocar a los magos... o para colgarlos —repuso Visconti, santiguándose con una carcajada—, según sea el caso.

Rosemont apretó los ojos con energía y, gloriosamente, en la negrura que imperaba bajo sus párpados cerrados, vislumbró a Miles, que miraba de un lado a otro como si estuviese esperando a alguien. Se encontraba junto a una caja registradora y una exposición de neumáticos. Había una puerta a sus espaldas que

indicaba: «Solo empleados». Si Rosemont gritaba, Miles lo oiría. ¿Pero qué pasaría si no reaccionaba a tiempo? Visconti lo mataría con un veloz martillazo si no actuaba correctamente. *Oh, joder, Miles, ¿por qué no nos oyes hablar? Estamos muy cerca. ¡Abre la puerta y crúzala!*

Le dijo a Visconti, alzando la voz:

—Los cogí porque los deseaba. Lo siento. Pero no los necesito. No los necesito tanto.

Visconti emitió un ruidito en el fondo de la garganta como si lo encontrara fascinante.

—¿De qué eran?

Rosemont apenas disponía de la presencia de ánimo necesaria para comprender que aunque Visconti hubiera visto la baraja con sus propios ojos en el Chi Chi's, aunque la hubiera visto en otras ocasiones durante su vida, quizás no la hubiese visto nunca. Tal vez solo hubiera visto lo que esperaba que fuese. De lo contrario, ¿por qué iba a querer saber tal cosa? Deseaba saber lo que había visto el autenticador. Deseaba ver lo que había visto Rosemont. Rosemont volvió a cerrar los ojos para ver dónde se hallaba Miles. Con el ojo de la mente comprobó que ni siquiera parecía haber reparado en la puerta que daba acceso al taller. Actuaba con cautela, titubeando. Estaba tanteando con la mente, buscándolo, pero no lograba precisar su paradero. Rosemont se hinchó de desprecio al verlo tan cerca de la puerta de «Solo empleados». *Dios, idiota, ¡date la vuelta y crúzala! ¡Cruza la puta puerta!*

Pero no lo hizo. Permaneció apostado al otro lado, como si la estuviera guardando.

Al cabo de un instante, Transom y Gustavo entraron en el despacho donde estaba Miles, empuñando sendas tazas de café de poliestireno, y los tres entablaron una conversación, charlando como antiguos conocidos que intentaran ubicarse mutuamente.

¡Miles!

—Vamos, vamos —lo conminó Visconti—. No te retuerzas como un pez en el anzuelo. No trames ni maquinas nada, que a un tipo como tú eso no le trae nada bueno. —Tomó el clavo, se inclinó hacia delante y puso la punta en el dorso de la mano derecha de Rosemont, hundiéndolo dolorosamente entre sus tendones—. ¿Pueril? ¿Bárbaro? ¿Terrorífico en su simplicidad?

Habían apretado demasiado la cinta adhesiva. Por mucho que forcejeara y se debatiera no lograba eludir la punta del clavo.

—¿Qué quieres? ¿Qué me estás preguntando?

—Las imágenes de la baraja Watts —dijo el duque con paciencia, firmemente—. Descríbelas.

—Sí. —Rosemont asintió frenéticamente, impaciente por decir algo que sabía—. Así es. Son primitivas. Es imposible que las hiciera una mano moderna.

—Ya veo. Así que nos mentiste sobre todo eso. ¿La tienes, Jeremiah? —El gran

rostro de Visconti se cernía cerca del suyo, blanco como la tiza—. ¿Cabe la posibilidad de que esté en esta habitación?

—No. No, no lo está.

—Estás mintiendo. Es tan evidente para mí como un semáforo.

—¡No estoy mintiendo! —gritó Rosemont con todas sus fuerzas—. ¡No está aquí! ¡No está en este taller! ¡No está cerca, te lo juro! —Rosemont cerró los ojos.

Miles se estaba precipitando hacia la puerta de «Solo empleados». ¡Jeremiah! Gustavo se interpuso en su camino y Transom cogió a Miles alrededor del torso.

¡Oh, Dios!, ese pequeño empollón no se ha metido en una pelea en su vida, comprendió Rosemont desalentado mientras observaba como los dos hombrecillos reducían fácilmente a su amigo. Miles no veía el abrecartas encima del mostrador. La cuchilla. La tubería que descansaba a sus pies. Rosemont se debatió con más ímpetu en la silla.

—¡Maldita sea! ¡Sácame de aquí!

—¡Jeremiah! —Rosemont oyó a Miles desde el despacho—. Jeremiah, ¿qué pasa?

—Ah. Ya veo. Ahora sí que lo veo. Está escondida. La has escondido tú. En un *templum*. Muy astuto por tu parte. Pero en ese caso podría estar en cualquier parte. —Visconti miró el clavo colocado entre sus dedos—. Ahora relájate.

Y ante su horror, Rosemont se relajó. Distendió el puño y extendió la mano como estuviera preparándose para el clavo. Visconti se había hecho con el control de su cuerpo. El control absoluto. Pero Rosemont todavía podía pensar, mentir y tener miedo, y en lo alto descubrió una estructura de piedra, el terso bajo vientre de un extenso arco con crueles personajes grabados.

El yugo, le dijo una voz. El arco es un yugo. Alza la vista, esclavo, y contempla el arco que construyó Rómulo. Alza la vista, esclavo, y contempla la visión que veían los enemigos de Roma capturados, lamentándose

—¡Miles! —gritó Rosemont.

Pero la voz era Miles. La voz de su cabeza pertenecía a Miles. La mano que sentía en el hombro, conduciéndolo hacia delante, bajo aquel arco, era la mano controladora de Miles.

—¡Detente! ¡No! —exclamó Rosemont.

La muchedumbre burlona y socarrona congregada en la base del arco los estaba imprecando a ambos, y Rosemont estaba seguro de que estaban castigando a Miles por su traición.

—¿Por qué haces esto? —gritó por encima del hombro—. ¡Miles, no!

Pero el daño estaba hecho y Rosemont sintió que todo su ser, su propio yo, se arrodillaba ante Miles, subyugado. Acto seguido sintió que reculaba hasta el solitario abismo, la oceánica presencia que había percibido en la baraja, que se sumergía hasta el fondo de un océano inexplorado donde iban los mundos para sumirse en el olvido... y que aterrizaba en el cuerpo de Miles.

Porque haría cualquier cosa para salvarte, decía este. Incluso esto.

Rosemont sintió las manos de Transom sobre sus hombros. Sintió que Gustavo le rodeaba las caderas en un abrazo de oso. De repente había un cartel que indicaba: «Solo empleados», justo enfrente de Rosemont. Y la cuchilla. Entonces, ¿quién estaba atado a la silla? Brazos, cuerpos y piernas trataban de arrastrarlo hasta el suelo, y la cólera borboteó en su interior mientras se zafaba de sus atacantes y se precipitaba hacia la cuchilla.

¡Mátalos, Rosemont! ¡Sálvame! Deshazte de ellos y ven a buscarme, maldita sea.

Rosemont tiró de la cabeza de Gustavo hacia atrás aferrando los gruesos pliegues de la base de su cráneo, transformando su cuello en una abultada protuberancia, y le segó la garganta con la cuchilla como si fuera un sobre con una brillante hendidura roja.

Una serie atronadora de estruendosas notas metálicas resonó al otro lado de la puerta, seguidas de un alarido como el de un animal al ser sacrificado.

Gustavo se desmoronó bajo el peso de Rosemont, debatiéndose y gorgoteando. Transom soltó a Rosemont y se apartó, horrorizado, cuando este aterrizó encima de Gustavo y puso fin a su agonía con dos nuevas cuchilladas feroces.

Giró en redondo y huyó por la puerta principal de la tienda.

La sangre goteaba de los dedos y la cuchilla. Respiraba pesadamente. Madison, Racine, Austin y Nicaragua estaban lejísimos de la persona que antaño había sido Jeremiah Rosemont. Su cuerpo no era su propio cuerpo. Su yo estaba doblegado, sumergido. Ahora era una persona ausente.

¡Tengo problemas, Jeremiah! Tengo problemas. Tengo problemas. Tengo problemas. Eso ha sido. Eso no. No puedo. Lo peor está por llegar. ¡Oh, Dios!, Jeremiah Rosemont, te necesito, te necesito, tengo muchísimos problemas.

A través de la nova escarlata de dolor que la persona ausente percibía que emanaba de los gritos, comprendió que debía ayudar. Asistir. Atravesó aquella nube roja, sintiendo que franqueaba puertas literales y sobrenaturales al dirigirse directamente hacia Visconti y Rosemont-Miles, que estaba atado a la silla.

Visconti estaba inclinado sobre Rosemont-Miles, que se había desplomado bajo su cuerpo, con una mano en su hombro y la otra enarbolando el martillo.

—Está aquí. Está en la ciudad de Austin —decía Visconti—. En un *templum*.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé —lloraba Rosemont-Miles.

La no persona solo veía a Visconti, la curvatura de su espalda y su distracción. Su único interés consistía en acercarse lo suficiente para saltar sobre aquella enorme espalda y cortarle la garganta como le había hecho a Gustavo.

Pero Visconti se irguió como si hubiera oído aquel pensamiento y lo miró directamente.

—¿Transom?

La no persona se detuvo. ¿Por qué iba Visconti a llamarlo así? Hasta Rosemont-Miles, en la silla, parecía confuso bajo mechones de cabello sudorosos y

enmarañados.

—¡Ahora! —exclamó una mujer.

La no persona saltó. El túnel de niebla roja se concentró sobre Visconti como un marco y la no persona sintió que su cuerpo giraba inevitablemente hacia el duque. Visconti alzó el martillo para defenderse, desconcertado, al parecer, por el ataque de su propio esbirro. Pero la mano que empuñaba la cuchilla fue demasiado rápida y le asestó un tajo en el ojo izquierdo. Mientras el duque caía hacia atrás, cegado, su martillo conectaba poderosamente, asestándole un *uppercut* en la mandíbula a la no persona. Se desplomaron juntos, la no persona encima de Visconti, asestándole tajos frenéticos en los brazos y en la cara. Sentía que la hoja entraba y salía, cortando y seccionando.

Pero después no hubo nada. Debajo no había sino niebla roja y el suelo de cemento del taller. Ni duque ni martillo.

—Alto, alto —decía una anciana a sus espaldas—. Se ha ido. —Una mano afectuosa tomó el brazo de la no persona mientras esta recuperaba el aliento—. Lo has asustado. Gracias. —La anciana dio un paso hacia él, lo miró a los ojos y le agarró los hombros para que bajase la vista. La mujer armenia / turca / árabe. Qué anciana era. ¿Cómo se llamaba?—. Ven. Aquí. Aquí abajo. Mira —dijo.

En las simas de aquel mar sin nombre, bajo estratos glaciales de agua y tinieblas, Rosemont se sentó en el lecho del océano y rompió a llorar. La no persona también se sentó y se desplomó sobre el suelo.

Rosemont-Miles se había arrellanado en la silla de tortura, debilitado por la pérdida de sangre, y solo podía repetir:

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento!

La no persona se había tendido en el suelo del taller, derrotado y abatido a causa de la penetrante mirada de Marni y de la carencia absoluta de voluntad.

—Se ha ido. Jeremiah se ha ido. Te lo has llevado —le dijo Marni a Rosemont-Miles, sentado en la silla. Llevaba el mismo chaquetón azul de marinero que se había puesto un año antes en Roma.

Lo siento, siento haberme llevado tu hermoso yo. Creía que te estaba librando de la tortura. Pero entonces tuve problemas. ¡Oh, por favor, perdóname, Jeremiah!, se lamentó Rosemont-Miles.

En todo caso, eso fue lo que oyó Jeremiah, sepultado bajo el insondable mar azul, quebrantado por el yugo de Miles.

La sangre goteaba de la silla. El tictac de un reloj resonaba junto a la puerta del despacho, el reflujo del océano se alejaba de Rosemont-Miles y la marea se llevaba consigo el nombre de Miles y su semblante. Inhaló a su prima de dos años y a sus tíos. Lo despojó de la tragedia, la pesadumbre, la culpabilidad, la amargura colérica, de su épico instinto de huida y del desgarrador encuentro en Sarajevo en el que había vuelto a verla. El océano se replegó a la manera de un músculo poderoso, absorbiendo todo cuanto había sido como John C. Miles para engullirlo en su

encarnación de leviatán, y se fue nadando.

Exánime, Marni se apartó de la no persona como si la aterrara lo que atisbaba en sus ojos. Le arrancó la cuchilla ensangrentada de la mano con la misma facilidad que si le arrebatara un objeto peligroso a un niño y cortó la cinta adhesiva para liberar a Rosemont-Miles. Al cabo de un segundo, el clavo de la mano derecha había desaparecido, aunque la mano seguía sangrando. Rosemont-Miles alzó la mano izquierda para que Marni lo ayudara a incorporarse. Ella observó las salpicaduras y los charcos de sangre que se habían formado en el lado derecho de la silla y retrocedió.

—No pienso seguir ayudándote —anunció—. A partir de ahora estás solo.

—Lo sé —dijo Miles, que ahora era Rosemont.

—Debo escoger a uno de vosotros para ayudarlo y escojo a este —le escupió Marni—. De lo contrario no me cabe duda de que el egipcio lo atraparé. Y no te engañes, a ti también te perseguirán. Ahora levántate. —Introdujo la mano en el bolsillo del chaquetón y extrajo un juego de llaves en un llavero—. He robado esta furgoneta, pero te la puedes quedar. La he enmascarado. Puede que te oculte una temporada, pero no para siempre. Buena suerte, Miles.

Este la observó mientras se marchaba, parpadeando a modo de despedida o de adiós. El nombre de «Miles» ya no le parecía adecuado. Él era esto. Esto era él. No quería saber nada de aquel cabrón de John C. Miles, y cuando Marni abandonó la estancia con el cuerpo de la antigua no persona, supo que aquel nuevo Jeremiah, su hilvanado nuevo yo, era el ser que debía preservar. Se puso en pie y sintió una dolorosa descarga voltaica en el brazo.

Ya vienen, le advirtió una voz desde el fondo del océano. ¡Tienes que huir! Da igual a dónde vayas, apremió Jeremiah a su nueva encarnación, musitando dulcemente el nombre infantil que se llamaba en los momentos más terribles para infundirse coraje y fortalecerse. Vagamente consciente de que las mentes de los demás aprendices se estaban volviendo hacia la suya, hacia aquel lugar de Texas, Rosemont, que ahora era un nuevo Rosemont, se levantó de la silla de tortura tambaleándose, con la mano derecha goteando todavía.

¡Rey Niño, tienes que huir y no mirar atrás!

El Rey Niño estaba sentado con los codos sobre las rodillas, inclinándose ante una pared blanca desnuda. Estaba a solas en una habitación desierta de techo alto y bastante espaciosa, pero a pesar de sus dimensiones sentía que se ahogaba al verse encerrado en aquella sala sin picaporte.

No tenía nada, ni siquiera un punto de apoyo para impulsarse hacia otro lugar. Una semana antes podría haberse deslizado por la rendija de la puerta como si fuera una sombra. Pero se lo habían arrebatado todo durante la semana precedente. Ya no tenía la furgoneta, ni la maraña de conjuros para disuadir a los intrusos de Bryce & Waterston, ni el propio almacén, ni el barrio escondido, ni el monte Aventino bajo sus pies, ni un círculo de amistades que se ofrecieran a llevarlo, ni a Lara ni a Marni presentándose al galope para salvarlo en el último momento, ni una infancia a la que pudiese culpar, que pudiese anhelar o tratar de comprender. Le habían quitado hasta los cordones de los zapatos y el cinturón.

—Rey Niño.

Lo habían atrapado y las consecuencias serían inmediatas, veloces y fulminantes como los cazadores del desierto que habían ido a buscarlo a Austin. Eran tan ágiles que ni siquiera había sabido por qué dirección venían, quién podía traicionarlo ni quién iba a asestarle el golpe. Había visto al FBI al dirigirse a aquella sala. Tabaco y armas de fuego. Chaquetas de la TSA y de la HSA con alfileres de Jnum en la solapa. La Policía de Mineápolis y la Guardia Nacional. Hasta había visto a Visconti tuerto, en compañía de su nuevo protegido, charlando con un grupo de hombres y mujeres jóvenes con las clásicas venas oscuras en la garganta que denotaban la adicción a la Hoja Negra. Cuando lo estaban escoltando, el duque se interrumpió el tiempo preciso para advertirle:

—Lo siguiente será la mano izquierda, seas quien seas.

Porque ya no era una cuestión de información ni de sumisión, ni siquiera de subyugación. Era una cuestión de justicia, o cuando menos de la noción de justicia que abrigaban los poderosos, y el Rey Niño sabía que ante sus ojos debía responder de muchas cosas. Había robado, había ocultado y se había atribuido poderes antiguos que los poderosos deseaban sofocar. Había insultado a los Elling. Había echado a perder una hornada de patatas fritas.

La baraja.

Rómulo había asesinado a su hermano gemelo por haber hecho algo parecido, por haber destruido su santo grial, y los imperios y los poderes de este mundo estaban basados en sentimientos tan rotundos como esos. El mundo de Rómulo no admiraba la compasión. La piedad carecía de poder y Jnum de clemencia.

—¿Rey Niño? ¡Rey Niño!

Se volvió de lleno hacia la pared, negándose a mirar a la fuente de aquella voz.

Seguía preguntándose dónde estaba el dios con cabeza de cabra. ¿Acaso no había sino alfileres y colgantes, y ningún emisario impregnado de barro procedente del antiguo Jemet? ¿Cuándo iba a descender ese martillo? Cuando descubrió que el más poderoso lo perseguía sintió cierta excitación, ahora podía admitirlo. Se sintió halagado, digno del desafío. ¿Seguía persiguiéndolo? ¿Aún tendría que hacerle frente en una habitación 101, como Winston Smith^[18], o desaparecería en un archipiélago de gulags sobrenaturales? Ahora deseaba que realmente hubiera una semibestia primordial dispuesta a trastornar aquel *status quo* tan ordinario.

Hasta el conjuro que había empleado consigo mismo se había esfumado, su empeño por salvarse, protegerse y rescatar a su amigo y a sí mismo. Ya no era el Rey Niño, no pensaba en sí mismo de esa forma. Debajo había un Jeremiah Rosemont resquebrajado y restaurado, una encarnación que apenas subsistía, a pesar de la respiración asistida. No le importaba otro nombre, ni deseaba otra encarnación. Ni siquiera llevaba un guante en la mano derecha, lo habían desnudado por completo en aquella horrible celdilla y sus sentimientos de culpa y de vergüenza eclosionaban, pero no lograban desprenderse del cascarón para salir a la luz del sol ni de arrastrarse de nuevo hasta los huevos que habían hecho añicos.

Las cosas que había hecho. Las cosas que le había hecho a su Jeremiah. Se miró la mano izquierda. Se la entregaría a Visconti si supiera que de ese modo Rosemont permanecería a salvo e ileso.

—¡Rey Niño!

Se tapó los oídos con las manos y en seguida se quitó un zapato, se volvió sobre la cadera y lo arrojó contra el espejo bidireccional que ocupaba la pared entera devolviéndole el reflejo de la habitación.

—Mírame.

Miró. Y apartó la vista, presa del pánico. Lo mismo que había sentido en Roma al contemplar a aquella criatura reptiliana que se metamorfoseaba en flores y en imágenes fractales de sí mismo lo llenó de espanto y repugnancia.

—¡Eso no me pasó a mí! —vociferó para recordárselo. John C. Miles no había visto nunca a su «yo aprendiz», como lo había designado Gustavo—. Yo no soy Rosemont. Yo no soy el Rey Niño.

Miró de nuevo y comprobó que su reflejo se había puesto en pie, con los brazos en jarras, aunque él estaba sentado procurando no observarlo durante demasiado tiempo.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó su reflejo cuando le sostuvo la mirada—. Los espejos son familiares, pero no tanto. No tienen calor, humedad ni tacto.

El hombre que había sido el Rey Niño repuso:

—¡No queda magia! ¡Esto no debería pasar!

Su reflejo lo conminó:

—Ven aquí.

Observó el reflejo, lo escudriñó por primera vez desde hacía una década, examinó sus ropas y su porte. Se parecía mucho a la imagen que se había formado de sí mismo. Pero no era él. Tenía la mano derecha intacta. La cara íntegra. Era Rosemont tal como debería haber sido. No. En realidad era el rostro de John C. Miles.

—¿Comprendes quién soy? —le preguntó el reflejo.

El hombre que había sido el Rey Niño asintió.

—Ven aquí. Ya me he encargado. Venga, colega —lo apremió el reflejo.

El hombre se arrastró hasta el espejo y su reflejo se puso en cuclillas para mirarlo, susurrándole:

—¿Sabes lo que es un espejo, Rey Niño?

Él meneó la cabeza.

—No me llames así.

—¿Sabes qué es un espejo?

—Odio los espejos.

—Yo también. Pero mira, tiene cuatro esquinas. Y cuatro lados. Te permite observar otro mundo sin peligro —lo aleccionó—. ¿Entiendes?

Él esbozó una sonrisa de admiración. Ignoraba por qué lo había sobrecogido tanto aquella idea, pero suspiró:

—¡Ahh!

—Sí que lo entiendes —dijo el reflejo.

—Es un *templum*.

—Un arado alzado —apostilló el reflejo—. Un pórtico. ¿Está claro? Una brecha en la muralla de Rómulo. Vamos. Toca el espejo donde está mi mano.

Era la mano izquierda del reflejo. Tendría que alzar la mano derecha pulverizada sin el guante y mirarla.

—No puedo hacerlo.

—Hazlo.

—No puedo. No puedo hacer lo que me pides. Ni siquiera puedo escuchar tu voz sin morirme por dentro... y eso que antes era la mía.

El reflejo bajó la mano y lo miró compasivamente.

—¿Por lo que hiciste?

El hombre torció la comisura de los labios y se instó a no llorar.

—Me salvaste, Miles —dijo el reflejo—. Me salvaste de aquella atrocidad y le hiciste frente.

Él volvió el perfil hacia el espejo, pero el reflejo no apartó la mirada.

—No digas eso.

—Pues tócame.

El hombre se volvió y alzó la mano. La sostuvo contra el espejo, extendiéndola cuanto pudo, con la herida repugnante y brutal justo delante de sus ojos.

Caliente. El tacto del reflejo era tibio, como de piel caliente en lugar de cristal.

Apartó bruscamente la mano herida.

—No te detengas ahora —lo alentó el reflejo—. Vamos, colega. Arriba, arriba que nos vamos.

El reflejo volvió a poner la mano en el espejo y el hombre la tocó, apretando la palma de la mano contra la suya. Emitió un gritito cuando su mano se disolvió en el espejo fundiéndose con la piel cálida y húmeda del reflejo.

Acto seguido alzó la otra mano, el reflejo lo imitó y juntaron las manos a través del cristal.

—La cabeza —dijo el reflejo.

El hombre apretó la cabeza contra el cristal al mismo tiempo que el reflejo. Y cuando se tocaron, se sintieron, se apartaron y volvieron a unirse, ya no hubo vuelta atrás para el hombre que antaño había sido el Rey Niño. Su cabeza, sus pensamientos, su mente, su memoria, sus temores y su cuerpo empezaron a apretarse a través del espejo contra la cabeza, los pensamientos, la mente, la memoria, la infancia y el cuerpo de su encarnación del espejo. Experimentó una sensación de frescura y de calidez cuando la membrana, la barrera del espejo, se deslizó sobre su coronilla, sobre sus ojos, y resbaló por el puente de su nariz como un dedo amoroso. Los labios. La mandíbula. La garganta. Y continuó presionando sin descanso.

—¡Se marcha! —exclamó débilmente alguien a lo lejos, desde el otro lado del espejo bidireccional.

Los hombros y el pecho, fundiéndose una carcajada en otra, y un glorioso estallido de alegría cuando su corazón y el de su reflejo se interpenetraron.

—¡No se lo permitáis! Agarradlo.

El estómago. El pene. El trasero. Los muslos. Las rodillas y un pie seguido del otro.

Y Miles y Rosemont se fueron muy, pero que muy lejos.

Notas

[1] N. del t.: Las palabras seguidas de asterisco están en castellano en el original. <<

[2] N. del t.: Cofundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que puso fin a la dictadura en Nicaragua. <<

[3] N. del t.: Actor norteamericano conocido por su histrionismo, que interpretó al capitán Kirk en la serie *Star Trek*. <<

[4] N. del t.: Lara se burla del Rey Niño refiriéndose al título de la famosa película de Bruce Lee, *Enter the Dragon*, conocida en España como *Operación dragón*. <<

[5] N. del t.: Miembros de una comunidad de artistas que abogan por un estilo de vida alternativo. <<

[6] N. del t.: Marca de cerveza local de Texas. <<

[7] N. del t.: Referencia a dos personajes del poema de Lewis Carrol «Galimatazo», incluido en *Alicia a través del espejo*. <<

[8] N. del T.: Algunos historiadores sostienen que fue el propio Filippo María Visconti, duque de Milán, el inventor del tarot. <<

[9] N. del t.: Conocida franquicia de clubs homosexuales. <<

[10] N. del t.: Personaje de la serie de televisión *Leave It to Beaver*, convertido en arquetipo del adulator hipócrita. <<

[11] N. del t.: *En ego dimidium vestri parsque altera voti, cernite sim qualis, qui modo qualis eram!* «Aquí me tenéis, a mí, que era la mitad, la justa mitad de vuestros desvelos; ¡mirad cómo estoy, tan distinto de como era hace poco!». Parlamento del fantasma de Remo, Libro V, *Fastos* de Ovidio. <<

[12] N. del t.: Parodia de la canción patriótica *America the Beautiful*: O hermosa, por tus cielos espaciosos / Por la majestad de la montaña púrpura / Sobre la llanura fructífera. <<

[13] N. del t.: En el original, *letter* puede significar «carta» o «letra». <<

[14] N. del t.: Alusión a la canción *Deep in the Heart of Texas*. <<

[15] N. del t.: Sustancias psicoactivas presentes en algunas especies de amanitas. <<

[16] N. del t.: El doctor Ehirllimbal abogaba por el uso de sustancias psicotrópicas como medio de liberación personal. En sus escritos se refiere a la disociación de la personalidad y a la búsqueda de las veintitrés expresiones de la hoja negra. <<

[17] N. del t.: Fred Rogers, presentador de la serie infantil *Mr Rogers' Neighborhood*.

<<

[18] N. del t.: Winston Smith, el protagonista de *1984*, de George Orwell, es torturado en la habitación 101, donde los prisioneros han de hacer frente a sus peores temores.

<<